

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ ∫ FUNDACIÓN BBVA

HISTORIA DEL PERÚ

JUAN BASILIO CORTEGANA

VOLUMEN I

CARMEN MCEVOY y MARCEL VELÁZQUEZ (DIRECTORES)



GANNAN
GANNAN
GANNAN
GANNAN
GANNAN

HISTORIA
DEL PERÚ
JUAN BASILIO CORTEGANA

HISTORIA DEL PERÚ

JUAN BASILIO CORTEGANA

VOLUMEN I

CARMEN MCEVOY y MARCEL VELÁZQUEZ (DIRECTORES)

Fundación
BBVA

bnp biblioteca
nacional
del peru

 BICENTENARIO
DEL PERÚ
2021 - 2024

Cortegana, Juan Basilio, 1801-1877, autor.

Historia del Perú / Juan Basilio Cortegana ; Carmen McEvoy y Marcel Velázquez, directores.— Primera edición.— Lima : Biblioteca Nacional del Perú : Fundación BBVA Perú, 2022-

394 páginas : facsímiles ; 24 cm.

«Bicentenario del Perú, 2021-2024».

D.L. 2022-11226

ISBN 9786124045868 (tomo 1)

ISBN 9786124045820 (Colección)

1. Perú - Historia I. McEvoy Carreras, Carmen, 1956-, director II. Velázquez Castro, Marcel, 1969-, director III. Biblioteca Nacional del Perú, entidad editora IV. Fundación BBVA Banco Continental (Perú), entidad editora V. Título

985

Historia del Perú. Volumen I

Juan Basilio Cortegana

© Biblioteca Nacional del Perú

© Fundación BBVA Perú

Av. De la Poesía n.º 160, Lima-Perú.

www.bnp.gob.pe

Hecho el depósito legal en la
Biblioteca Nacional del Perú n.º 2022-11226

ISBN de la colección 978-612-4045-82-0

ISBN del volumen 978-612-4045-86-8

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora n.º 165, Breña, Lima, Perú

Primera edición: noviembre 2022

Tiraje: 1000 ejemplares

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Jefa institucional

FABIOLA VERGARA RODRÍGUEZ

Asesora de Jefatura institucional

KRISTEL BEST URDAY

Director de la Dirección de Acceso y Promoción de la Información

SANDRO TUCTO TRIGOSO

Directora de la Dirección de Protección de las Colecciones

KELLY CARPIO OCHOA

Coordinador del Equipo de Gestión Cultural, Investigaciones y Ediciones

ROGER CÁCERES ATOCHA

FUNDACIÓN BBVA PERÚ

Presidente

ALEX FORT BRESCIA

Consejero

FERNANDO EGUILUZ LOZANO

Gerente

NELSON ALVARADO JOURDE

Responsable de Relaciones Institucionales

MERCEDES CASTRO SALAS

Responsable de Proyectos Culturales

BÁRBARA DAVID

DIRECCIÓN ACADÉMICA

CARMEN McEVOY CARRERAS

MARCEL VELÁZQUEZ CASTRO

Selección y notas

JAVIER FLORES ESPINOZA Y

MARCEL VELÁZQUEZ CASTRO

Corrección ortotipográfica

JAVIER FLORES ESPINOZA

Diseño y diagramación

RODOLFO LOYOLA MEJÍA

Digitalización

EQUIPO DE SERVICIOS BIBLIOTECARIOS BNP

EQUIPO DE CONSERVACIÓN BNP

TABLA DE CONTENIDOS

- 13 **AGRADECIMIENTOS**
- 15 **PRESENTACIÓN**
Fundación BBVA
- 17 **PRESENTACIÓN**
Biblioteca Nacional del Perú
- 21 **PRESENTACIÓN**
Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia
del Perú
- 23 **JUAN BASILIO CORTEGANA: LETRAS Y ARMAS
REPUBLICANAS**
Carmen McEvoy y Marcel Velázquez
- 29 **TRAS LAS PISTAS DE JUAN BASILIO CORTEGANA.
ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL
MANUSCRITO *HISTORIA DEL PERÚ***
Juan Antonio Lan Ninamango
- 53 **JUAN BASILIO CORTEGANA Y LA BATALLA DE
AYACUCHO**
Nelson E. Pereyra Chávez

87	BASILIO CORTEGANA, LA REPÚBLICA MILITARIZADA Y EL SIGLO DE LAS REVOLUCIONES Gustavo Montoya
115	CRITERIOS DE EDICIÓN
117	INTRODUCCIÓN
	HISTORIA DEL PERÚ. VOLUMEN I
123	MANUSCRITO I (SELECCIÓN)
125	Dedicatoria del autor a la Nación Peruana
129	Libro I, Capítulo 1 [Origen de los habitantes del Perú; duración del imperio de los incas; sobre el contenido de la obra]
139	Libro I, Capítulo 2 [Importancia de una historia sobre los incas; aparición de Manco Cápac y Mama Ocllo; fundación del imperio]
145	Libro I, Capítulo 3 [Primeras leyes de Manco Cápac; organización política del imperio; poema dedicado a Manco Cápac]
153	MANUSCRITO II (SELECCIÓN)
155	A la Nación Peruana. Discursos o idea general del origen de los incas y los primeros moradores antes del imperio de estos
167	Libro II, Capítulo 7 [Carácter civil y moral de los antiguos peruanos]
177	Tradición de la rebelión del general Ollantay en el Cuzco contra el emperador Túpac Inca Yupanqui
191	MANUSCRITO III (SELECCIÓN)
193	A la Nación Peruana [Descubrimiento de la mar del Sur]

- 209 **Libro I, Capítulo 2** [Discusión entre Bartolomé de las Casas, Fernando de Luque, Francisco Pizarro y Vicente de Valverde]
- 221 **Libro I, Capítulo 3** [Convivencia de Las Casas con nativos en Panamá; evangelización que realiza el fraile; encuentro de Las Casas con el español Gonzalo Dávila, prisionero de los indios]
- 237 **Libro I, Capítulo 4** [Persuasión de Rava Ocllo a su hijo Huáscar para iniciar la guerra contra Atahualpa]
- 243 **Libro II, Capítulo 5** [Desplazamiento de los ejércitos de Atahualpa y Huáscar; captura y escape de Atahualpa; sublevación de los cañaris a favor de Huáscar]
- 261 **MANUSCRITO IV (SELECCIÓN)**
- 263 **Libro I, Capítulo 3** [Entrada de Francisco Pizarro a Cajamarca; Hernando Pizarro y Hernando de Soto son elegidos embajadores y visitan a Atahualpa]
- 277 **Libro I, Capítulo 4** [Encuentro entre Atahualpa y Pizarro en Cajamarca; malentendido entre Valverde y Atahualpa; Batalla y saqueo de Cajamarca; prisión de Atahualpa]
- 297 **Libro I, Capítulo 5** [Entrevista de Pizarro con Atahualpa; tesoros que ofrece Atahualpa a cambio de su libertad; cronología de gobernantes incas y reyes españoles]
- 323 **Libro II, Capítulo 5** [Rebelión de Manco Inca; Manco Inca asedia la ciudad del Cusco]
- 343 **Libro II, Capítulo 6** [Ataques de Manco Inca a las tropas españolas]
- 361 **FACSIMILARES**

AGRADECIMIENTOS

A la Fundación BBVA, pues su compromiso con el proyecto ha hecho posible la publicación de esta selección de la *Historia del Perú*. En particular a Nelson Alvarado, Mercedes Castro Salas y Bárbara Marie David por confiar la dirección académica en nosotros y acompañarnos en este largo proceso.

A la Biblioteca Nacional del Perú, que ha coordinado y facilitado el desarrollo de este proyecto editorial gracias a la preservación y digitalización de los trece manuscritos de Juan Basilio Cortegana. A Ezio Neyra, ex jefe institucional, y a Fabiola Vergara, Jefa institucional de la BNP, por su respaldo, y a Kristel Best Urday y Roger Cáceres por la gestión editorial.

A Víctor Arrambide, por su interés en la realización de una transcripción de los trece manuscritos de la *Historia del Perú*, iniciativa que fue desarrollada por Martín Guadalupe en el marco del Proyecto Especial Bicentenario y que sirvió de base para la transcripción y fijación definitivas del texto realizada por nuestro equipo académico en nuevas y permanentes compulsas con el manuscrito. Al comité editorial del proyecto Bicentenario que trabajó ad-honorem durante los peores tiempos de la pandemia y alentó este proyecto.

A todo el equipo de profesionales (historiadores y literatos) que compusieron el equipo académico de manera permanente o temporal: Juan

Carlos Almeyda, Raúl Morales Herrera, Javier Flores-Espinoza, Juan Lan
Ninamango, Jorge Paredes Lara, Nicolás Díaz Sánchez, Gustavo Montoya
y Maricarmen Arata.

CARMEN McEVOY y MARCEL VELÁZQUEZ

PRESENTACIÓN

Las memorias individuales de protagonistas directos de hechos históricos contribuyen al debate educativo y ayudan a comprender e interpretar la realidad.

¿Qué lleva a un joven de apenas 20 años a sumarse a las batallas libertarias del Perú en el siglo XIX? ¿Cuántos soldados jóvenes tuvieron la fortuna de regresar a sus hogares? ¿Quiénes contaban con la capacidad de absorber todo lo vivido en los campos de batalla y tomar una pluma para registrar, sobre el papel, los hechos grabados en la memoria?

Juan Basilio Cortegana (Cajamarca, 1801-Lima, 1877) es un hombre con una educación incipiente, pero que asume una tarea sorprendente: se convierte en historiador a partir de su servicio militar en la gesta independentista, que recientemente ha cumplido 200 años.

Él volcó sus experiencias de vida y su recuento de la historia del Perú en trece manuscritos que conformaron una significativa obra, declarada patrimonio cultural de la nación por su invaluable aporte histórico, pues se trata de una de las primeras investigaciones completas sobre el Perú, desde los incas hasta la consolidación de la república.

Un hecho adicional que enriquece los avatares de esta obra es que estos manuscritos estuvieron por varios años en custodia de un coleccionista

privado fuera del Perú, pero fueron recuperados por Jorge Basadre durante su gestión como director de la Biblioteca Nacional.

Décadas después, esta historia, en un soporte material de papel amarillento y quebradizo y con una escritura a puño y letra, se convierte en cinco volúmenes pulcramente editados, gracias al trabajo de selección y adecuación ortográfica y gramatical de historiadores y literatos.

Como entidad comprometida con la educación y la cultura, la Fundación BBVA ha acompañado el proceso de investigación y elaboración de este proyecto, con la seguridad de que se convertirá en una valiosa fuente de conocimiento para estudiantes, docentes, profesionales y todo aquel interesado en conocer y reflexionar sobre la historia del Perú.

FERNANDO EGUILUZ
Consejero
Fundación BBVA Perú

PRESENTACIÓN

La Biblioteca Nacional del Perú, el presente año, conmemora 201 años de creación y 200 años de apertura. Nace con el ideal de libertad e igualdad basado en una nación que se construye a partir del acceso a la educación, la cultura y el fomento del pensamiento crítico. José de San Martín promueve su creación con la firme convicción de que «[l]a biblioteca, destinada a la ilustración universal, es más poderosa que nuestros ejércitos para sostener la independencia». Desde entonces, la primera institución cultural del Perú independiente ha transitado los principales eventos que han marcado la historia de nuestro país.

El acervo bibliográfico y documental de la Biblioteca Nacional del Perú es monumental por su riqueza histórica, cultural y simbólica, el cual abarca los siglos XIV al XXI y está conformado por libros, mapas, manuscritos, cartas, fotografías, revistas, partituras y material fílmico, entre otros. Una parte significativa de este acervo son los 39 libros impresos en los albores de la imprenta sudamericana, que están inscritos en el programa Memoria del Mundo de UNESCO.

La BNP, con el fin de preservar, proteger y poner en valor, impulsa el proceso de declaratoria de patrimonio cultural de la nación del material bibliográfico documental a través de un conjunto de lineamientos que se realizan dentro de una política de identificación, valoración y protección

y que están normados por ley. Dicha labor cuenta con la participación de un equipo multidisciplinario conformado por bibliotecólogos, historiadores, conservadores y abogados, entre otros. A través de la declaratoria de Patrimonio Cultural de la Nación se preserva nuestro legado en el presente y para las nuevas generaciones, contribuyendo a la construcción de nuestra memoria.

En ese sentido, nos complace participar en el proyecto de coedición junto con la Fundación BBVA de la obra *La Historia del Perú* de Juan Basilio Cortegana Vergara, datada en 1848. La obra original de Cortegana, conformada por trece tomos manuscritos, es custodiada y preservada por la BNP. A través de esta importante publicación cumplimos con su difusión y puesta en valor para todos y todas las peruanas.

Juan Basilio Cortegana narra nuestra historia, recogiendo la información que dieron los cronistas del siglo XVI hasta los sucesos posteriores a la Independencia en el siglo XIX, de los cuales fue testigo y protagonista. Este último periodo es de gran valor en su obra por describir momentos cruciales de la Emancipación con las características literarias de tipo informativo que predominan en los textos producidos en aquel contexto. En este apartado, Cortegana se enfocó en resaltar la labor de aquellos guerrilleros y soldados que hicieron posible la independencia del Perú y de América, a diferencia de los escritos sobre los altos mandos militares y presidentes durante las primeras décadas republicanas, que se convertirían en historia oficial.

En ese sentido, la importancia, valor y significado de la *Historia del Perú* radica en su condición de trabajo precursor dentro del quehacer historiográfico peruano, constituyendo la primera historia general del Perú. Valiosa, además, por ser escrita en base al testimonio de Cortegana, quien fue partícipe de la gesta emancipadora.

En cuanto a la obra como ejemplar podemos mencionar que tras ser culminada por Cortegana y luego de la muerte del autor, ocurrida el 11 de diciembre de 1877, debió pasar al poder de su hija, María de los Santos Corina Cortegana, al ser ella su heredera universal. Sin embargo, en la década de 1950 el historiador Apolonio Carrasco Limas aseveró haber

encontrado información que confirmaba que Cortegana donó en vida su obra manuscrita al gobierno peruano.

Hacia 1933, estuvo en posesión del historiador Emilio Gutiérrez de Quintanilla, quien cita algunos párrafos de la obra, para entonces inédita, en un estudio que publicó en la *Revista del Museo Nacional*. Tras la muerte de Gutiérrez el manuscrito fue adquirido por un librero de Buenos Aires, Julio Suárez, y luego pasó al poder del presidente argentino Agustín Pedro Justo. En 1945, tras su fallecimiento, su biblioteca fue adquirida por la Biblioteca Nacional del Perú gracias a las gestiones de Rubén Vargas Ugarte y de Jorge Basadre, entonces director de la BNP. Con la compra de la colección Justo, el Perú pudo recuperar la valiosa obra manuscrita de Juan Basilio de Cortegana.

Los trece tomos de la obra manuscrita de Juan Basilio Cortegana Vergara conforman un material inédito, del cual solo se han publicado extractos en la década de 1950, a pesar de haberse escrito en el siglo XIX. En ese sentido, la obra constituye un texto único, el cual ve incrementada su rareza documental al contener escritura autógrafa, sin que se tenga noticia de otras copias sobrevivientes en el tiempo.

Cabe resaltar que, por sus más de 160 años de existencia, algunos de los tomos de este grupo de manuscritos presentan deterioro. Sin embargo, en gran medida se ha conservado su contenido de manera legible y se ha realizado un proceso de conservación, digitalización y transcripción. El manuscrito se encuentra de manera íntegra en la plataforma de la BNP. Asimismo, la obra fue declarada como Patrimonio Cultural de la Nación el 21 de julio del 2021, mediante Resolución Ministerial n.º 000145-2021-VMPCIC/MC y fue ingresada al Registro Nacional de Material Bibliográfico.

En el marco de las conmemoraciones del Bicentenario de la Independencia del Perú, la BNP y la Fundación BBVA han sumado esfuerzos para realizar la publicación de una selección de este valioso manuscrito comprendida en cinco volúmenes. Es importante mencionar que se contó con el apoyo del Proyecto Especial Bicentenario para la transcripción del manuscrito. La presente publicación ha contado con la dirección académica

y editorial de la historiadora Carmen McEvoy y del crítico literario Marcel Velázquez, quienes con rigor histórico y pasión por la cultura nos traen al día de hoy este importante testimonio de nuestra Independencia.

FABIOLA VERGARA RODRÍGUEZ
Jefa institucional de la Biblioteca Nacional del Perú

PRESENTACIÓN

El bicentenario de la independencia del Perú es una oportunidad para reconocer nuestra historia, para mirarla con ojos del presente, recuperando y visibilizando personajes, sucesos y obras que enriquezcan nuestra comprensión del pasado y conformen el legado del bicentenario para el Perú del futuro. Por ello, como Proyecto Especial Bicentenario, que tiene como misión implementar la Agenda de Conmemoración de la Independencia del Perú, nos satisface la publicación de esta selección crítica de la *Historia del Perú*, del militar, político e intelectual cajamarquino Juan Basilio Cortegana (1801-1877).

Cortegana, nacido en Celendín, peleó en la campaña militar por la independencia del Perú, desde su incorporación a la Expedición Libertadora de San Martín en Huaura en 1820, hasta las batallas de Zepita, Junín y Ayacucho en 1824, bajo las órdenes de José de la Mar y José María Plaza. Tras la independencia, continuó su carrera militar hasta 1841, participando también de la campaña restauradora contra la Confederación Perú-Boliviana. Asimismo, fue representante por Celendín en el Congreso de 1868, y estuvo entre los creadores de la Sociedad de Fundadores de la Independencia. Su gran contribución intelectual, sin embargo, ha permanecido en el olvido por casi dos siglos. Su *Historia del Perú* se compone de 13 volúmenes manuscritos (más de 5000 páginas),

custodiados por la Biblioteca Nacional del Perú y que habían permanecido inéditos durante casi dos siglos. En esta obra, Cortegana narra una historia general de la nación peruana, desde el «origen primitivo» del país, el incanato, la conquista española, las guerras civiles incaicas, la gran sublevación indígena del Cusco, las distintas fases del Perú virreinal, el prelude de la guerra de la independencia, las luchas de la independencia y los primeros años de la república, llegando hasta 1827.

Dada la importancia de la obra, por su valor testimonial y porque contribuye a rescatar la figura y la perspectiva de un personaje provinciano sobre el proceso de independencia del Perú y la participación de los peruanos en dicha gesta, en 2020 el Proyecto Especial Bicentenario solicitó a la Biblioteca Nacional del Perú una copia digital del manuscrito para realizar la transcripción paleográfica y su posterior publicación. Encargamos dicha transcripción a Martin Guadalupe, tarea que le tomó 7 meses de intenso trabajo, y con esta monumental obra transcrita, se iniciaron las gestiones que culminaron en el proyecto editorial que ahora lidera la Biblioteca Nacional del Perú y que cuenta con el apoyo de la Fundación BBVA Perú.

Para el Proyecto Especial Bicentenario es una enorme satisfacción haber contribuido a la puesta en valor de esta obra monumental, que ahora, casi dos siglos después de su redacción, se pone a disposición de la ciudadanía a través de esta selección crítica, gracias al esfuerzo conjunto de instituciones públicas y privadas comprometidas con el conocimiento histórico, el patrimonio cultural, especialmente bibliográfico, y la reflexión crítica, y a la labor de un equipo de investigadores competentes liderados por Carmen McEvoy y Marcel Velázquez. Igualmente, invitamos a la ciudadanía a leer esta historia del Perú, contada desde la mirada de un testigo provinciano, reconociendo en ella una voz que enriquece el legado de la cultura peruana en su bicentenario.

HILDEBRANDO CASTRO-POZO CHÁVEZ

Director Ejecutivo

Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú

JUAN BASILIO CORTEGANA: LETRAS Y ARMAS REPUBLICANAS

Juan Basilio Cortegana (1801-1877) inició la escritura de su *Historia del Perú* probablemente en 1848, pues esa fecha aparece autografiada en el segundo tomo del manuscrito. Los trece tomos, escritos a puño y letra, comprenden más de 5000 folios. Hay intervenciones explícitas de 1858, 1863, e incluso una de 1864. Esto quiere decir que Cortegana siguió escribiendo y revisando el manuscrito por 16 años, por lo menos. Por estas intervenciones en múltiples tiempos, por su fuerte intertextualidad con diversas fuentes históricas y ficcionales y por la singularidad de la perspectiva de Cortegana podemos considerar esta obra como un palimpsesto en el que están inscritas diversas autorías, múltiples voces, reescrituras con diferentes tintas y una intención pragmática de celebrar al Perú, reivindicar el papel de los soldados peruanos en las batallas de Junín y Ayacucho y exigir honores y reconocimientos económicos a los veteranos de la independencia.

Cortegana decidió unirse al ejército de la Expedición Libertadora en 1820, a los 19 años. Fue parte de la «Legión Peruana de la Guardia», dirigida por Torre Tagle, que participó en la Campaña de los Puertos Intermedios y afrontó las derrotas de Torata y Zepita en agosto de 1823. Posteriormente, alcanzó el grado de teniente primero y con ese rango fue parte de las tropas que, bajo la dirección del general La Mar, participaron en Junín y

Ayacucho. Cortegana poseía un fuerte sentimiento hacia su cuerpo institucional, creía que los militares conformaban la «virtud armada» de la república. Por esto, dedicó gran parte de su vida a la defensa de sus compañeros de armas mediante la asociación Fundadores de la Independencia, de la que llegó a ser tesorero.

Cortegana nunca olvidó que Sucre, jefe del Ejército Unido Libertador, propició el ascenso de sus tropas, pero los soldados peruanos que pelearon en la Pampa de la Quinua y en los cerros adyacentes no obtuvieron el mismo trato. Como testigo y actor de las primeras décadas de la experiencia republicana, vivió el período del caudillismo apoyando a Salaverry y peleando contra Santa Cruz. En una significativa autorrepresentación, el autor habla de sí en tercera persona:

No ha obtenido compensación alguna por sus servicios, pues hasta en los ascensos de escala siempre se le ha postergado por los gobiernos injustos. Solo vive parcamente con el haber de la clase en que se le ha retirado por el arbitrario que así lo hizo, y solo porque no ha entrado en bajas adulaciones ni en guerras intestinas (Manuscrito XII, f. 351).

El texto de Cortegana, a semejanza de un ámbar gigante, captura una etapa fundacional de nuestra historia republicana y, además, permite entender el instrumental, tanto emocional como discursivo, de uno de los soldados que junto con otros miles, venidos de todas las regiones del Perú, marcharon en condiciones desfavorables para dar la batalla que selló la independencia sudamericana. Lo que resulta admirable es que a casi veinticinco años de ocurrido el hecho que marcó su vida para siempre, Cortegana asumió la calidad de historiador empírico, utilizando su pluma para validarse y dignificar a esa república que ayudó a fundar a sangre y fuego en Junín y Ayacucho. Instalado en el popular barrio de Malambo, el militar celendino decidió rodearse de una serie de libros, recortes periodísticos y tal vez hasta apuntes personales para dar cuenta de una serie de hechos que lo enorgullecían, a pesar del tiempo transcurrido. Su mayor objetivo fue eternizar su nombre en la larga y milenaria historia del Perú, mientras un buen número de los jefes militares optaban por otra estrategia menos noble: capturar el Estado que sentían que tenía una vieja deuda con ellos.

La voz y la experiencia de Cortegana es clave para entender lo que la independencia suscitó entre los soldados provincianos que se enrolaron en las múltiples maquinarias cívico-militares que fueron convergiendo en los Andes peruanos. Llama a la reflexión que durante el tiempo que Cortegana construyó su relato, corregido y ampliado en múltiples ocasiones, el ejército peruano fue sorteando una serie de crisis que entorpecieron aquella unidad anhelada por sus conductores. Entre ellos el mariscal La Mar, comandante del Batallón Perú en Ayacucho, de quien Cortegana destaca por su ecuanimidad y liderazgo en el campo de batalla. En consecuencia, el militar historiador puede ser considerado un institucionalista que desea ser parte de una corporación basada en una memoria compartida y en una vida digna para sus miembros. Además, representa a su provincia en calidad de diputado de la república y mostrará un particular interés por la educación de los niños y mujeres.

Testigo de un proceso de (re)construcción estatal —marcado por la guerra, la violencia política y la anarquía de intereses—, Cortegana se refugia en la palabra, pero también en la actividad política para defender a sus camaradas y a su Celendín nativo. Su actividad da cuenta de la participación militar en la definición de la nueva república donde, a diferencia de lo que se ha sostenido, los poderes locales fueron logrando una serie de ventajas en medio de la guerra pero, también, en la discusión congresal. El caso de Juan Bustamante, diputado por Puno, es ejemplar, pues él sostuvo que sin la extensión de la ciudadanía a los indios de todo el Perú, la república seguiría siendo incompleta.

Estos cinco volúmenes constituyen una selección de trece manuscritos que suman más de 5000 folios. Cortegana ensambla textos de otros autores (Garcilaso, Marmontel, Padre Juan de Velasco, Córdova y Urrutia, Torrente, García Camba, Miller) mediante diversos procedimientos: cita, condensa, parafrasea o copia directamente. Además, transcribe documentación de periódicos oficiales (*Gaceta del Gobierno*, *El Peruano*). También interviene directamente con su propia voz, una singular perspectiva que va creciendo a lo largo de los volúmenes y alcanza mayor presencia en los últimos, donde se enfrenta y corrige a sus habituales fuentes y brinda información peculiar de la cultura material de la guerra y de actores

desconocidos, como Jacinta, una rabona patriota, esposa del cabo José Chuquillán, a quien describe en la siguiente nota:

Este cabo, que era de la segunda compañía, llevaba siempre consigo a su mujer, que, fielmente y con resignación y sufrimiento, hacía a pie todas las jornadas de marcha que vencía el batallón. Era de casta mestiza y se llamaba Jacinta, natural de la provincia de Huamachuco, la misma que se halló en Junín, Corpahuaico y la batalla de Ayacucho, demostrando mucho entusiasmo, mucho valor, y también alentando a su marido y a los soldados, y por consiguiente sirviendo a todos los que caían heridos y alcanzando agua a los sedientos que con ansia le pedían este refrigerio. En las marchas, si no había peligro de enemigos, ella se adelantaba al punto adonde iba a pernoctar el batallón, con el fin de que, cuando llegara su cabo, tuviera la comida hecha y pronta para que matara el hambre y reposara de la fatiga que había traído. La serenidad y el heroísmo de esta célebre mujer, en medio de los azares de las batallas en que se hallaba, la hicieron de la mayor admiración para todos los que la veían. Así que en el batallón se la llamaba a doña Jacinta, la Patriotísima (...) (Manuscrito XII, f. 352).

El texto ofrece más anécdotas de este tipo, que reconstruyen la cultura material de la guerra, la alimentación de la tropa, el desvaído color de los uniformes y otros muchos aspectos que nos permiten ingresar a la microhistoria.

En momentos como el actual, en que nos encontramos reevaluando e incluso resignificando el vocabulario republicano, con palabras tan poderosas como justicia, igualdad, mérito, dignidad e incluso felicidad, esta selección crítica de la *Historia del Perú* de Cortegana nos pone en contacto directo con un constructor de la república que se negó a darse por vencido en su tarea de comprender y servir a esa patria que vio nacer cuando era aún un adolescente. Porque si bien es cierto que su texto contribuye a la comprensión de una vida asociada profundamente a la experiencia militar y a la tarea de un historiador que inscribe su presente en una historia general con vocación totalizadora y unitaria, es también la de un peruano que vive la angustia de la promesa constantemente quebrada. Para mantenerla viva, el veterano de Ayacucho apuesta por la palabra y el recuerdo,

reflexionando en voz alta sobre el costo que significó la república, tanto en recursos como en el aporte de la vida y energía de miles peruanos anónimos. En su apuesta por una comunidad de memoria y esperanza, Juan Basilio Cortegana enlaza el pasado incaico y el mundo colonial con las demandas y urgencias del nacimiento y consolidación de la república peruana. Una singular aventura de amor a la patria y a las letras que merece conocerse en nuestra sociedad tan necesitada de un horizonte común, pero también de modelos que sinteticen la vocación, el compromiso y el quehacer cotidiano y constante. Tal como lo muestra esta obra escrita a la luz de un candil y a lo largo de muchos años, que luego de un sinnúmero de peripecias es puesta en valor, a los doscientos años de la fundación de la República del Perú.

CARMEN McEVOY y MARCEL VELÁZQUEZ

TRAS LAS PISTAS DE JUAN BASILIO CORTEGANA. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL MANUSCRITO *HISTORIA DEL PERÚ*

JUAN ANTONIO LAN NINAMANGO
FLACSO-Ecuador

El 4 de abril de 1984 se trasladaron los restos mortales de Juan Basilio Cortegana y Vergara desde el cementerio Presbítero Maestro, Cuartel N 123, letra «B», al Panteón de los Próceres. A este acto asistieron distintas personalidades civiles, militares y eclesiásticas. Según la descripción que realizó el narrador de la videograbación concerniente, también participaron en la actividad tanto el batallón de los Húsares de Junín como la Banda de Guerra del Perú. Además, se realizaron tres discursos de distintas personalidades, y el historiador Apolonio Carrasco Limas, quien fue el principal investigador de la vida y obra del prócer, declaró a la prensa. Es interesante observar que la descripción de la lápida de Juan Basilio Cortegana, dedicada por su hija Corina, señalaba lo siguiente: «héroe fallecido en 11 de diciembre de 1877, quien fuera fundador de la independencia y restaurador de la patria; además de vencedor de Junín y Ayacucho, el Sitio del Callao».¹

1 La videograbación del acto puede ser visualizada en los siguientes enlaces: <https://www.youtube.com/watch?v=hdaAyVLxQ9w> y <https://www.youtube.com/watch?v=mJcVoOOA2Cw>.

Este acto iba en cumplimiento con la ley 23631 del 15 de junio de 1983, que rendía homenaje al «Prócer, Historiador, Parlamentario Don Juan Basilio Cortegana y Vergara». La disposición traía consigo los siguientes artículos: el primero era rendirle homenaje; el segundo, declarar que se trasladan sus restos mortales del cementerio Presbítero Maestro al Panteón de los Próceres; el tercero, autorizar al Poder Ejecutivo para que, a través del sector correspondiente, se disponga la publicación de su obra *Historia del Perú*; el cuarto, derogar las leyes y demás disposiciones que se opongan a tales mandatos; por último, afirmar que la ley estaría en vigencia al día siguiente de su publicación.²

Si bien es cierto que se realizó el traslado de los restos del héroe a un lugar más acorde a su rol desempeñado en las guerras de independencia, no sucedió lo mismo con el cumplimiento del tercer artículo, que decidía la publicación del manuscrito *Historia del Perú*. Desconocemos exactamente las razones de aquel incumplimiento. No fue hasta el año 2020 que el manuscrito volvió a resonar y el nombre de Juan Basilio Cortegana reapareció en la palestra pública gracias a iniciativas de distintos actores públicos y de la sociedad civil en nuestro país, como es el caso del Proyecto Especial Bicentenario.³ Ante ello, surgen dudas como ¿quién fue Juan Basilio Cortegana?, ¿cuáles son las características de su manuscrito?, ¿qué peculiaridades posee como fuente histórica?

Para resolver las interrogantes planteadas y brindar algunas consideraciones básicas en torno al autor y a su manuscrito, el presente estudio realizará, en primer lugar, una semblanza biográfica para situar al personaje.

Revisados el 1 de mayo de 2021.

- 2 Esta información puede ser consultada en el siguiente enlace: <https://peru.justia.com/federales/leyes/23631-jun-15-1983/gdoc/> Revisado el 25 de abril de 2020.
- 3 Roxana Judith Padilla, quien es parte de la Dirección Desconcentrada de Cultura Cajamarca (DDC), comentó, en una entrevista publicada el 21 de enero de 2021, que hay un trabajo conjunto para reforzar las memorias de Juan Basilio Cortegana en su región. Para ello, se desea realizar publicaciones y actividades oficiales para llevar el manuscrito a distintos niveles educativos. Inclusive, una de las intenciones es renombrar como Juan Basilio Cortegana a una calle en Celendín. Con estas iniciativas se desea revalorar a este prócer en Celendín y en la región Cajamarca. La entrevista se puede consultar en el siguiente enlace: <https://www.facebook.com/elportalcelendino/videos/234074101583192>

En segundo lugar, se explicará la naturaleza del escrito y sus diferencias con el género testimonial o de memorias de la independencia. En tercer lugar, se abordará la circulación del manuscrito como un objeto cultural. Finalmente, se mostrará de qué manera aparece el manuscrito *Historia del Perú* en la historiografía peruana.

EL AUTOR DEL MANUSCRITO⁴

La vida del autor nos ayuda a entender el contexto de producción de su obra. Nació en 1801 en Celendín, Cajamarca. Gracias a la influencia de sus padres —Dionisio Cortegana y María Vergara— y con una tradición católica muy presente en el seno familiar, aprendió, desde una temprana edad, sobre la Antigüedad clásica, la declamación, el latín y el griego. No obstante, no siguió la vida religiosa, como sus padres hubiesen deseado, sino que se sintió inclinado por la vida militar. Así, tan solo un adolescente, se enroló a las filas del ejército realista y tuvo una carrera militar en ascenso (Carrasco, 1954: 9).

Las guerras de independencia generaron un conflicto de intereses al interior de la sociedad peruana: hubo grupos que apoyaron la llegada de la patria, mientras que otros deseaban seguir perteneciendo a la monarquía hispánica. A la llegada de José de San Martín y la Expedición Libertadora a Paracas muchos jóvenes oficiales, como Andrés de Santa Cruz y Agustín Gamarra, desertaron del ejército realista; el joven Juan Basilio fue uno de ellos. Estos oficiales se trasladaron a Huaura para jurar lealtad a la nueva patria y brindar sus servicios a San Martín. Fueron acogidos con los brazos abiertos y se convirtieron en los primeros miembros de la Legión Peruana de la Guardia, que estaría bajo el mando de Torre Tagle. Este cuerpo militar estaba conformado por un batallón de infantería, dos escuadrones de caballería y una campaña de artillería volante de cien piezas. Guillermo

4 Para entrar a aspectos de la biografía de Juan Basilio Cortegana, tenemos como pilar la obra de Apolonio Carrasco.

Miller fue el coronel a cargo de la infantería, y el mayor Eugenio Necochea hizo lo propio con los escuadrones (Carrasco, 1954: 10).

Bajo esta nueva bandera, Cortegana fue testigo de la proclamación de la independencia en Lima el 28 de julio de 1821. Sin embargo, la euforia libertaria no duraría mucho tiempo, dado que los realistas no habían sido derrotados militarmente y se hacían cada vez más fuertes en el centro y sur del Perú, por lo que se organizaron diversas expediciones militares entre 1822 y 1823. Cortegana estuvo presente en ambas expediciones a los puertos intermedios, que resultaron en un fracaso para las armas patriotas. Al año siguiente, gracias al genio táctico de Simón Bolívar y al desgaste de los realistas, se consolidó la independencia nacional a través de las batallas de Junín y Ayacucho: Cortegana participó en ambos enfrentamientos como subordinado de José de la Mar y del coronel José María Plaza, respectivamente (Carrasco, 1954: 11).

Durante los primeros años del Perú independiente la carrera militar de Cortegana no fue fácil. Se publicó un artículo cuya autoría se le adjudicó a Cortegana, por el que tuvo un altercado con dos oficiales del ejército en la vía pública. Asimismo, tuvo activa participación en los diferentes enfrentamientos entre caudillos militares: se involucró en la insurrección de Salaverry contra el gobierno de Gamarra en marzo de 1833. Los implicados fueron enviados al exilio y Cortegana acabó en Maynas. No obstante, retornaría años más tarde a Trujillo para unirse nuevamente a Salaverry. Hacia 1838 ascendió al grado de teniente coronel y participó en las campañas contra la Confederación Perú-Boliviana, que estaba bajo la protección de Andrés de Santa Cruz. Dos años más tarde fue destinado al sur del Perú, específicamente en el límite con Bolivia; pero, en 1841, fue procesado y separado del servicio militar activo por razones políticas.

Alejado de la vida castrense, decidió optar por una carrera política, por lo que en 1842 postuló como senador de Cajamarca para el Congreso. Hacia los primeros meses de 1850, Cortegana juntó esfuerzos con Leandro Pereyra, José Burga y Manuel Pereyra para que Celendín sea elevado a la categoría de provincia. No era la primera vez que se realizaba este pedido, hubo otros similares en 1810 y 1812. Cinco años más tarde, en 1855, encontramos a Cortegana insistiendo en el mismo asunto con la

publicación del folleto titulado *Estadística Histórica, Geográfica, Física y Política del Distrito de Celendín*. Se trata de una fuente estadística muy valiosa porque no solo ofrece contenido vinculado a la demografía o los recursos cuantitativos de la región, sino que visibiliza el carácter político del tratado: elevar a Celendín a provincia. Así lo cuenta Apolonio Carrasco en su biografía: «Cortegana redactó un interesante folleto [titulado] ESTADÍSTICA DE LA PROVINCIA DE CELENDÍN, ampliándolo más tarde con otra documentación complementaria [...] La gratitud de los vecinos del lugar no se hizo esperar y en la Legislatura de 1868, lo eligió su representante» (1954: 15).⁵ Pero, hasta el momento en que fuera elegido representante político, la situación económica de Cortegana no era buena, por lo que tuvo que aceptar un puesto administrativo en un establecimiento comercial en Lima. De acuerdo con Apolonio Carrasco, es probable que por estos años, alejado de la vida militar y alojado en el barrio Malambo⁶ —considerado entre las zonas más pobres del Rímac— empezara a redactar su *Historia del Perú*. Podría afirmarse, entonces, que su obra nació desde un lugar no hegemónico en la sociedad de aquel entonces.

De forma paralela, Cortegana tuvo una vida muy activa como civil, la cual buscó vincular con su pasado militar. En 1845 fundó, con otros veteranos, la Sociedad Humanitaria, que buscaba convertirse en un espacio de asistencia mutua entre veteranos del proceso de independencia. Por ello, el 9 de setiembre de 1848, solicitaron al Poder Ejecutivo que se proporcionase a estos ex miembros del ejército un auxilio económico, ya que la gran mayoría vivía en la indigencia.

5 José Ragas muestra que, entre 1791 y 1876, en el Perú se llegó a interiorizar la importancia de los estudios sobre la población y el uso de la información estadística, e incluso reclamar por su difusión. Así, no debe extrañar que la estadística se convirtiera en una gran herramienta de poder para muchos de los pueblos del interior, puesto que, además de formar identidades regionales, los datos podían utilizarse para efectuar las agendas locales en el contexto de la política nacional. Para ejemplificar ello, se puede observar a los reclamos de la población para ascender de jerarquía y pasar de categoría de pueblos a provincias. Estos datos debían ser muy cuidadosos, ya que si existía alguna cifra tomada de manera incorrecta podría ocasionar menos representantes de la localidad en el Parlamento o un ataque al orgullo local. De esta manera, nos encontramos en un ámbito reivindicativo que contribuía a fomentar sentimientos de unidad nacional.

6 Según Luis Tejada, Malambo fue un lugar donde habitaron no solo negros, sino también indios, cholos, chinos y muchos blancos empobrecidos (Tejada, 1995; Panfichi, 2000).

Juan Basilio también participó en la creación de la Sociedad Fundadores de la Independencia, que estuvo integrada por jefes y oficiales, veteranos civiles, capellanes y médicos que lucharon en distintas batallas de las guerras de independencia, desde Pichincha hasta el segundo sitio del Callao. Con el lema *Igualdad, Fraternidad y Unión*, D. Miguel San Román y D. Benito Laso fueron el primer presidente y vicepresidente respectivamente. Por iniciativa de Cortegana, los socios debían llamarse «hermanos». Para la instalación de esta comunidad, tuvo lugar una misa en el templo del Convento de San Francisco de Asís el 9 de diciembre de 1848: el clérigo Nicolás Garay ofició la ceremonia, apoyado por José María Arce, Gabino Uribe y Juan Sánchez.⁷ Al finalizar, hubo una reunión que contó con las palabras de Francisco Javier Mariátegui, Benito Laso, Blas José Alzamora, José María Arce y Nicolás Garay; nuestro personaje en cuestión cumplió el rol de maestro de ceremonias (Carrasco, 1954: 14).

No obstante, por temas políticos, se percibió a esta institución como un centro de conspiración contra el gobierno de Ramón Castilla. En consecuencia, se buscó su disolución, así como la prisión y el confinamiento para los miembros de su directiva: José Miguel San Román, Agustín Lezundi y Mariano Pagador fueron algunos de los detenidos. Pese a estas adversidades, la Sociedad insistió en ser reconocida por el gobierno y, el 28 de setiembre de 1857, Juan Basilio Cortegana y Casimiro Negrón se acercaron a Palacio de Gobierno para exponer los propósitos de la institución: esta nacía con el objetivo de atender los males e infortunios de los veteranos de guerra. Muchos de ellos, abandonados por el Estado, fallecieron con pocos recursos, olvidados en hospitales e incluso sus familias tuvieron que pedir ayuda para poder enterrarlos con honor. En respuesta a estas necesidades, el gobierno aceptó la instalación de la Sociedad.

Durante el conflicto con España en 1864, el Perú tuvo que realizar un empréstito forzoso de diez millones de pesos. La Sociedad colaboró monetariamente con las necesidades económicas del Estado, por lo que Juan Basilio, quien actuaba como tesorero, hizo la entrega de 500 pesos a la

7 Garay y Arce fueron colaboradores en la redacción de las memorias de Pruvonena de José de la Riva Agüero.

Tesorería del Crédito Público. Por si fuera poco, nuestro personaje también tuvo otros roles importantes para el país durante esta coyuntura, como su participación en comisiones de gratitud con Chile, cuyo apoyo fue vital para enfrentarse a los españoles que habían ocupado las islas de Chincha.

Cuando Basilio Cortegana fue elegido parlamentario (1868-71), se propuso convertir a su lugar natal en una de las primeras provincias de Cajamarca. Para ello, consideró que la educación era más que necesaria, pues no solo consistía en la instrucción de funciones y pensamientos abstractos, sino que también debía orientarse «hacia la praxis para conseguir la felicidad individual y social» (Carrasco, 1954: 15). Apoyó, por tanto, la inauguración de varias escuelas elementales y la promulgación de una ley que ordenaba abrir el primer colegio de instrucción secundaria en su provincia; consciente de que también era necesario contar con buenos docentes, buscó mejorar sus salarios. No descuidó otros rubros que pudieran beneficiar a Celendín, como la construcción de un cementerio y la mejora del servicio de agua a través de acueductos. Hacia 1869 intentó que se reconociese el aporte de distintos ciudadanos de su provincia a las guerras de independencia; no obstante, esto último fue desestimado.

Los últimos días de Juan Basilio fueron complicados por su enfermedad ulcerosa. Pocos fueron los amigos que lo visitaron en su lecho, pero los que siempre estuvieron con él fueron su hija Corina y su yerno Agustín Rosillo. En su testamento, citado en el estudio preliminar de Carrasco, se registró que, en noviembre de 1877, reconocía a su hija natural Corina como heredera de todos sus bienes, derechos y acciones. En la madrugada del martes 11 de diciembre de ese año, exactamente a las 5:30 am., el veterano falleció tras recibir confesión por Narciso Alvarado, clérigo de San Lázaro. A las ocho de la mañana del día siguiente se realizaron las honras fúnebres, en las que participaron personas cercanas a Cortegana, al igual que excombatientes; el batallón Pichincha le rindió los honores de héroe de guerra.

Sobre los bienes que dejó, Apolonio Carrasco —su principal biógrafo— afirma que el veterano murió pobre pero, en su testamento, fechado el 26 de mayo de 1868 y ubicado en el Archivo General de la Nación, dio cuenta de varios inmuebles que dejó:

mis bienes una casa solar situada en la misma población de Celendín que compré a los [...] de ese pueblo. Otra parte de ese [45r] solar en el [...] pueblo, frente a la casa de don Pedro Ortiz. Del mismo modo, otra casa solar aquí mismo que compre a donde Pedro Silva, natural y [...] de Sumampa, cuyos documentos o títulos de propiedad de todas las fincas mencionadas antes existen entre mis papeles lo que expongo para que conste (AGN Colonia, Prot. N° 180 S. XIX).

Esta información que reseña varias propiedades de Juan Basilio nos muestra un panorama completamente distinto a la opinión de Carrasco acerca de los últimos días de suma pobreza de Cortegana.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LAS FORMAS DE ESCRITURA HISTÓRICA

La principal obra que dejó Cortegana fue *Historia del Perú*, presuntamente redactada en 1848. Este manuscrito, dividido en trece tomos, aborda la historia general del país en sus tres etapas: prehispánica, colonial e independiente. Llama la atención el interés de Cortegana por redactar una historia «nacional» que presentara una visión total del Perú como un ente que transcurre en el tiempo, a diferencia de otros veteranos y contemporáneos que solo dejaron memorias parciales de hechos y aspectos coyunturales de la independencia.

En ese sentido, es uno de los pocos casos en el que se pretende hacer una historia de este tipo antes de la obra emblemática de Sebastián Lorente, que apareció durante la segunda mitad del siglo XIX (Dager, 2010; Quiroz, 2012; Thurner, 2012). Tanto Quiroz como Thurner demuestran que Lorente fue el autor emblemático de su siglo para la historia. El primero muestra que su visión presentaba un marco interpretativo e integrador de escritores coloniales como el Inca Garcilaso y Pedro Peralta. Lo peculiar de este autor es que trataba de ir más allá de la centralidad de Lima y el Cuzco, además de mostrar una visión progresiva de la historia en que los nuevos períodos superan a los precedentes. Así, Lorente reconoció la importancia del Imperio incaico y, además, la época colonial juega un rol importante

porque es el paso posterior para la conformación del Perú moderno, a pesar de los altibajos y las rebeliones. De acuerdo con Lorente, a través de la colonia el Perú se inserta en el mundo occidental.

Para el historiador norteamericano Mark Thurner (2009; 2012), el tratamiento de la historia peruana en el siglo XIX estuvo marcado por la muerte poscolonial del «libro de los reyes», lo que implica el desplazamiento desde una escritura de la historia al servicio de la monarquía hacia una historia ciudadana, cuyo máximo exponente es el mencionado Lorente. Su historia era crítica y contemplaba el desarrollo nacional como la armonía de los elementos civilizados desde un pasado remoto y primitivo hasta el futuro. De esa manera, se establece «un marco genealógico perdurable del discurso histórico peruano contemporáneo» (Thurner, 2009: 114). Además, con ello el Perú presentaría una narrativa nacional propia cuyas raíces eran antiguas y cuyo futuro solo estaba limitado por el alcance providencial de su glorioso nombre propio.

Ambos trabajos nos ayudan a contrastar y ver similitudes entre los escritos de Lorente y el manuscrito de Cortegana. En ese sentido, estas narrativas dejan huella de una visión genealógica y teleológica de la historia del Perú, comenzando desde el pasado prehispánico. A diferencia de Lorente, Cortegana sí fue testigo de los hechos de la emancipación y, por ello, su *Historia* mezcla las descripciones con aspectos cronísticos y con los tópicos propios de los libros de memorias, a pesar de querer ir más allá de ellas con su visión total y temporal de la historia del Perú.

El tercer autor que posee planteamientos sugerentes sobre la historiografía decimonónica es Joseph Dager. Para él, los trabajos del XIX tenían como fin consolidar la nación y el nacionalismo y, con ello, integrar a todos los peruanos en torno a un proyecto colectivo. Entre los temas más recurrentes en estos escritos se encuentran: a) el pasado inca como utópico, b) crítica a la conquista española, c) visión de la etapa virreinal como germinadora de la nación, d) la emancipación como un sentimiento compartido por todos los peruanos, e) una visión de Chile como enemigo. Si bien es cierto que el trabajo de Dager no incluye a Cortegana, sus parámetros son útiles para analizar su obra. Estos puntos se cumplen en el manuscrito, a excepción del último por cuestiones temporales.

En cuanto al género histórico —en el contexto de Cortegana—, los autores decimonónicos utilizaron diversa documentación histórica, reconstruyeron acontecimientos a través de fuentes orales y narraron sucesos políticos (De la Puente, 2020). Un género muy concurrido fue el de la escritura de memorias vivenciales, las cuales estaban cargadas con una gran subjetividad sobre procesos como el de la independencia y, además, de acuerdo con Denegri, «hacen frecuente la defensa de la fama y el buen nombre de sus propios autores, que escribieron para protegerlos» (Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, tomo XXVI). En ese sentido, el manuscrito ayuda a dilucidar las formas de escritura de la historia antes de que esta disciplina se formalice o institucionalice propiamente. En particular, se debe entender el régimen de historicidad que presentaba el manuscrito pues, a diferencia de sus contemporáneos interesados en escribir memorias sobre la época de la independencia, Cortegana intenta dejar de lado su función de testigo —no necesariamente de forma exitosa— y se presenta como un narrador que buscaba dar una visión en conjunto de un ente historiable como el Perú, que trasciende los hechos circunstanciales y testimoniales de alguna época particular.

El historiador Gustavo Montoya afirma que las primeras narrativas sobre la independencia provenían de los mismos actores, en su mayoría militares y políticos que fueron testigos de los hechos. Entre algunos ejemplos se encuentran las memorias de Guillermo Miller, Daniel O'Leary, Francisco O'Connor, José Rufino Echenique, Andrés García Camba, Manuel de Mendiburu, Antonio Gutiérrez de la Fuente, Francisco J. Mariátegui, Bernardo Monteagudo, Santiago Távara, José de la Riva Agüero, José Bernardo de Torre Tagle, Juan de Berindoaga, Manuel Lorenzo de Vidaurre, José de San Martín y Simón Bolívar. Estos personajes apelaban en sus discursos sobre la independencia a la memoria de los hechos; además, tenían afanes auto reivindicativos. Por ello, «esta es una narrativa justificatoria en la medida que sus gestores privilegian en sus relatos la participación que les tocó desempeñar, así tenemos diversas imágenes encontradas con respecto a un mismo acontecimiento» (Montoya, 2000: 1). En esa línea, el discurso historiográfico decimonónico privilegiaba el papel del individuo en la historia, y las personalidades terminaban

por opacar la participación de los actores colectivos y sociales. A pesar de esto, ninguno de estos protagonistas puso en discusión el carácter revolucionario de las independencias, «más aún, conscientes de que asistían a la inauguración de un nuevo orden histórico, se imaginaron a sí mismos como portadores de una modernidad política que admitía formas de organización social y política realmente avanzadas para su época. La república popular democrática» (Montoya, 2000: 2).

Otro estilo de escritura histórica por aquel entonces fue el de la «historia general» y, para Joseph Dager, la primera obra en ofrecer un esfuerzo sintético sobre una visión global de la historia nacional es el libro *Las tres épocas del Perú* (1844) de José María Córdova y Urrutia, que abordó la pregunta sobre los orígenes del Perú (Dager, 2009: 96). A su vez, para Francisco Quiroz, Córdova y Urrutia fue el primero en mostrar una historia completa del Perú en tiempos republicanos a pesar de ser un texto hecho con apresuramiento, poca investigación y, lo más importante, sin demostrar un curso progresivo entre las cuatro épocas (Quiroz, 2012: 149-248). Según Mark Thurner, en esta obra se abre camino a la historia patria, pues Córdova y Urrutia rechazaba las rudas especulaciones de aquellos sabios europeos que habían sugerido que el fundador de la dinastía inca no había sido «peruano». Al contrario, en *Las tres épocas del Perú* se cita la versión del Inca Garcilaso sobre el mito de los hermanos Ayar y se insiste en que tanto Manco Cápac como Mama Ocllo (la reina madre inca original) indudablemente «provinieron de una pequeña isla del Lago Titicaca» (Thurner, 2012: 150). Traemos esto a colación para hacer notar que el manuscrito de Juan Basilio Cortegana iba muy en consonancia con esta última forma de escribir historia, ya que también realiza una «historia general».

A la par con todo lo anterior, el manuscrito de Cortegana podría verse, en el contexto de las tempranas repúblicas latinoamericanas, como una fuente que nos muestra el uso de la escritura histórica con fines políticos y reivindicativos de parte de un sector de los veteranos de las guerras de independencia. Basilio Cortegana representa el caso de un autor que era miembro de un grupo de poder tras la independencia y que necesitaba construir una «historia general» que sería el sostén fundamental para

conseguir ciertos derechos y privilegios económicos por parte del Estado (Sobrevilla, 2019).

Aquí nos adentramos a dilucidar los vínculos entre política y escritura de la historia durante las primeras décadas del Perú posindependiente, mediante el análisis de los recursos ideológicos que se encuentran presentes en el manuscrito *Historia del Perú* de Juan Basilio Cortegana. Esto es relevante en tanto nos permite comprender la cultura letrada de las primeras generaciones de veteranos de las guerras de independencia americanas, así como el lugar que la escritura de la historia podría ocupar como componente de sus proyectos políticos. Así, veremos que existe un contrapunto entre el plano ideal del autor y el aspecto pragmático de usar a la historia con fines políticos.

LA HISTORIA DEL PERÚ DE JUAN BASILIO CORTEGANA

Si el manuscrito hubiese sido publicado, según Francisco Quiroz,

es muy probable que la historia de Cortegana hubiese coadyuvado a la tendencia nacionalista en el pensamiento histórico del Perú, tanto por rescatar el devenir incaico (aunque en un texto dudoso por su falta de originalidad y fundamentación) como en su enfoque patriótico del período colonial y, sobre todo, su reivindicación de lo peruano en la gesta fundacional de la nacionalidad peruana (2012: 248).

Eso lo podemos hallar dentro de los objetivos explícitos de Cortegana, entre los que pretende construir nación a partir de la historia y buscar la continuidad del Perú.

Según Nazario Chávez Aliaga, «Cortegana quería salvar este vacío nacional; deseaba escribir una historia articulada, vertebrada, que abarcará todos los hechos en conjunto y fuese el exacto reflejo de la vida entera del país» (1962: 37). En la dedicatoria a la nación peruana que el prócer realiza en el primer tomo de su manuscrito, se ven muchas de sus posturas sobre lo que es la nación y, además, aspectos sobre la escritura de la historia. Lo peculiar de esta dedicatoria es que se puede apreciar el lugar de

enunciación desde donde Cortegana escribe, quien se considera, respecto de la patria, «uno de sus más leales y mas desididos hijos que ha trabajado y trabaja por vuestro engrandecimiento y felicidad» (Cortegana, 1848, t. 1: ii). Así, encontramos a un personaje que afirma «llevarse desde luego la gloria de ser uno de los primeros que han procurado con valor y con constancia afianzarle su Independencia y su libertad en la guerra, y ahora con positivas letras, también su historia» (Cortegana, 1848, t. 1, ii). Estas citas permiten afirmar que Cortegana sabía, desde el inicio, el papel que cumplió como héroe militar en el proceso de emancipación: ello le daba suficiente autoridad para escribir una «historia general». El autor termina la dedicatoria con la siguiente expresión: «¡O magnanima Nación Peruana acoged pues con protección y aprecio estas primeras paginas históricas que se ovaciona uno de sus más leales y mas desididos hijos que siempre ha trabajado y trabaja por vuestro engrandecimiento y felicidad!» (Cortegana, 1848, t. 1, ii).

Es muy ilustrativo que haya una asociación entre las armas y las letras de la historia, pues ambos son actos heroicos, y son realizados por un militar. Ello nos mueve a un ámbito que ha sido resaltado por la historiadora Carmen Mc Evoy: la cultura letrada militar. Ella afirma que Cortegana es parte de una tendencia entre combatientes y veteranos de guerra que poseían una cultura castrense letrada. En otros términos, son muchos los militares que son, a la vez, intelectuales y que generan un cambio de paradigma, pues pasan de ser hombres de fusiles a hombres de pluma. Estamos ante una visión ilustrada del ejército que lucha no solo en la guerra, sino también en lo simbólico.⁸

Para Cortegana, escribir su *Historia del Perú* no fue sencillo y solo le fue posible cuando se encontraba en la «paz de su retiro». Esta labor también incluyó ordenar y «desarrollar tantos y tantos acontecimientos antiguos, de variedad de nombres, épocas y encadenamiento de los multiplicados hechos» (Cortegana, 1848, t. 1: iii). Por otro lado, hay una crítica directa a los historiadores, a quienes califica como escritores que solo dan

8 Carmen Mc Evoy y Víctor Arrambide. Conversatorio «El manuscrito de Cortegana» en la Feria del Libro de Cajamarca, 27 de noviembre. <https://www.facebook.com/FeriadelLibroCajamarca/videos/1070783373390661/>

pequeñas versiones de lo ocurrido en su tiempo y no realizan una narrativa que va de manera correlativa y de manera clara, pues «ha sido preciso recoger muchas páginas de todos aquellos confusos historiadores pasados, que si dan una pequeña idea de lo ocurrido en sus tiempos no los absuelven en su plenitud correlativamente, sino de un modo cortado, y luego nada específico ni claro, y he aquí el mayor trabajo que se ha tenido que superar» (Cortegana, 1848, t. 1: iii). Los contenidos de los tomos pueden describirse de la siguiente manera:

Contenido de los tomos del manuscrito *Historia del Perú*

Tomo I	Los orígenes del Perú hasta el reinado de Yahuar Huaca y un ensayo sobre las costumbres de los incas
Tomo II	Los reinados de Viracocha, Pachacútec e Inca Yupanqui, las conquistas de Túpac Yupanqui y Huayna Cápac, con una descripción del carácter civil y moral de los antiguos y presentes peruanos
Tomo III	La guerra civil entre Huáscar y Atahualpa y la llegada de los españoles
Tomo IV	Desde la entrada de Pizarra a Tumbes hasta la muerte de Manco Inca
Tomo V	La revolución de Gonzalo, la reacción de la Gasca y el epílogo de Hernández Girón
Tomo VI	La época de los virreyes desde Cañete a Armendáriz (1556-1724)
Tomo VII	La época del virrey Armendáriz hasta Abascal (1724-1811)
Tomo VIII	La agitación revolucionaria en los períodos de los virreyes Abascal y Pezuela (1812-1819)
Tomo IX	La etapa de 1819 a 1820
Tomo X	Tomo perdido y recuperado, se ocupa de la acción de los guerrilleros peruanos y el Protectorado
Tomo XI	Los preparativos de la conferencia de Guayaquil, la caída de Monteagudo, la obra administrativa del Protectorado, el regreso de San Martín del Norte y su renuncia ante el primer Congreso Constituyente
Tomo XII	Relata las campañas finales de la Independencia
Tomo XIII	Los años de 1825 a 1827. Se ocupa del asesinato de Monteagudo, la dictadura de Bolívar y el viaje del libertador al Alto Perú

Fuente: Porras Barrenechea, Raúl (1955). *Fuentes Históricas Peruanas*. Lima: Juan Mejía Baca.

A partir de este cuadro, se observa que Juan Basilio Cortegana inició su historia con los tiempos prehispánicos y utilizó, como base, a escritores que realizaron obras canónicas sobre la época incaica. A lo largo de su escrito, cita al Padre Blas Valera, al jesuita Padre de Velasco y a Garcilaso de la Vega; además, menciona a otros autores como Francisco López de Gómara, Agustín de Zarate, Joseph de Acosta, Pedro Peralta, Doctor Castro y otros. De todos ellos, dio más importancia al padre Blas Valera y al inca Garcilaso de la Vega por los siguientes motivos:

El Padre Blas Valera fue el primero que escribió como Peruano su obra presentando la historia política de los Yncas. El mestizo y nuevo Garcilazo que sin embargo de ser de la línea materna más inmediato pariente de la familia de los Yncas en ese orden de legitimidad que ellos observaban y al que al final acabaron de destruirla los espesados conquistadores Españoles no lo hizo sino mucho después, públicamente cuando sus primeros comentarios en Italia con el objeto de que no fueran impedidas en España. Tiempos después y en los mismos más comentarios llegó a reimprimirse y publicarse en Madrid a la de agosto de 1823 (Cortegana, 1848, t. 1: 6).

Para Cortegana, el hecho de ser peruano otorga mayor legitimidad a la escritura de la historia. ¿Qué significa escribir como peruano en el manuscrito? Para él, la construcción de una historia no consiste en la escritura de un solo hombre, sino que es el recuerdo del pasado de un pueblo, cuya narración de acontecimientos obedece a figurar el orden social y político de la vida del Perú (Cortegana, 1848, t. 1: 7). Cortegana también criticó el desconocimiento de los peruanos frente a la historia antigua y presente del país: «ignorándola, es el colmo de la estupidez y abandono o en el de la más infamante insensatez ignorando así aun si mismo origen» (Cortegana, 1848, t. 1: 6-7).

En los escritos de Cortegana hay un diálogo muy fluido entre su tiempo y los inicios de la historia peruana, ya que muestra que el carácter civil y moral de los antiguos peruanos era muy similar al de los presentes. En esta sección, critica a filósofos como Conde de Buffon y William Robertson, puesto que estos «escritores extranjeros» caracterizaban a los

indianos como individuos no óptimos a nivel físico y cívico. A diferencia de estos autores, otros referentes como el Padre de Velasco, Jorge Juan y Charles Marie Le Condamine sí creían en la civilidad de los peruanos. Es peculiar que Basilio Cortegana utilizara a Juan de Velasco, considerado precursor de la nacionalidad ecuatoriana, como un autor peruano para justificar una visión «nacionalista» del Perú porque defendía a los antiguos habitantes. En esto, el militar celendino se diferencia de la mayoría de los escritores decimonónicos peruanos. Según Joseph Dager,

los primeros historiadores peruanos no extendieron los sentimientos de admiración por la cultura incaica a la población general y, menos aún, a la deprimida realidad que travesaban por aquel entonces. No deja de ser paradójico que el propósito nacionalista de enorgullecerse del pasado inca no le hubiese acompañado uno de valorar a quienes eran los descendientes más directos de aquellos antepasados (Dager, 2009: 135).

No obstante, el caso Cortegana es distinto, pues era tajante y decía que pensadores como Bass solo calumniaban a los «yndianos» por considerarlos «estúpidos de poco entendimiento, de las potencias del alma muy limitadas, que no tienen ideas». Esta afirmación es cuestionada por el celendino, al señalar que los antiguos peruanos tenían todos los dotes extendidos al tamaño de la civilidad de aquel entonces:

En la época del Ymperio una sociedad bien regalada y llena de magnificencia. Esto lo prueban las riquezas de que se hicieron los conquistadores. Sus agriculturas y las crías que tuvieron habían llegado a sú perfección. La sanidad en todos ellos, la prueba hasta el día manifestando que es la gente más sana que puebla casi la mayoría del Perú, y en quienes jamás se oye decir que mueren acabada de un mal venéreo que se les supone tan impúdicamente. Sus males epidémicas más ben son cortadas, tabadillos, calenturas o disentería. Así que el Señor Bass está muy equivoco de que de ella emanan ese mal destructor que tal ves vino de Europa a difundirla en lo inocentes naciones de América. (Cortegana, 1848, t. 1: 143-144).

UN MANUSCRITO, MUCHAS MANOS

En este apartado, observaremos el itinerario de viaje y las múltiples manos por las que pasaron los tomos manuscritos de la *Historia del Perú* de Juan Basilio Cortegana. Es de suma importancia mostrar los entretelones por los que la Biblioteca Nacional del Perú atravesó para adquirir en 1945 los tomos a la biblioteca del General P. Justo, fondo argentino donde se encontraba el manuscrito. Era considerada una de las mejores bibliotecas particulares de Sudamérica, pues contenía alrededor de 28 000 volúmenes, de los cuales casi el 90% eran obras americanas o referentes a América (Boletín de la Biblioteca Nacional, 1945: 409-416).

Antes de esta adquisición, el trabajo de Cortegana ya era relativamente conocido entre la intelectualidad limeña. Emilio Gutiérrez de Quintanilla, quien fuera director del Museo de Historia del Perú, en su texto *La entrega del Oriente Peruano a la Gran Colombia Fue Ambición I Empeño del Libertador Bolívar*, presentado en el número tres de la Revista del Museo Nacional en 1932, citó tres veces la *Historia del Perú* para complementar información sobre los movimientos geopolíticos en la disputa que se encontraba Maynas:

El material inserto en el presente número es un corto fragmento de la Introducción que escribí, hace tres años, para la enorme Compilación de documentos originales, que 30 grandes tomos, forman mi obra histórica intitulada *La Acción peruana en la independencia del Perú*, todavía tan inédita como la *Historia General del Perú* que en trece tomos escribió hace ochenta i cuatro años, nuestro ilustre i benemérito prócer D. Juan Basilio Cortegna, vendedor en Junín i Ayacucho, -adquirida i poseída por mí (Gutiérrez de Quintanilla, 1932: 77).

No se sabe a ciencia cierta cómo llegaron los tomos a sus manos. Ludeña Restaura cita que, para José de la Riva-Agüero, Gutiérrez de Quintanilla era un férreo defensor del patrimonio histórico y documental peruano y que se le había encomendado la tarea de reunir los materiales para la obra *La Acción Peruana de la Independencia*, los cuales constaban de más de treinta tomos (Vargas Ugarte, 1971: 227-278).

Sin embargo, hacia la década de los treinta, los documentos que se encontraban bajo su custodia fueron vendidos al embajador argentino Colombrés Mármol luego de varias negociaciones secretas. Así, para 1939, Fernando Gutiérrez de la Quintanilla, hermano de Emilio, «(...) puso a disposición de dicha comisión (argentina) seis mil documentos (...)» (Ludeña Restaura, 2006: 131); además, el revisor «informó haber hallado treinta documentos vinculados al año 1822 y a la entrevista de Guayaquil. La Comisión Argentina mencionada consideró que dentro de este grupo de treinta documentos solo dieciocho eran realmente importantes» (Ludeña Restaura, 2006: 131).

Fuera del anecdótico hecho de que Colombrés Mármol pagó la mitad del valor correspondiente de los documentos, a partir de este corpus documental el diplomático mandó, en 1940, a realizar un trabajo histórico sobre la entrevista de Guayaquil con una publicación titulada «San Martín y Bolívar frente al hallazgo de nuevos documentos». El prologuista «fue el historiador argentino Rómulo Carbia quien indicó que los documentos eran del archivo de Gutiérrez de la Quintanilla» (Ludeña Restaura, 2006: 131). En trabajos posteriores, este mismo prologuista y el hijo de Colombrés realizaron otras publicaciones defendiendo la autenticidad de los documentos e indicando que estos fueron vendidos por Gutiérrez de Quintanilla (Ludeña Restaura, 2006: 131). Asimismo, Ludeña Restaura (2006: 131) afirma que estos fueron usados por la Dirección de Asuntos Históricos del Ejército Argentino en una publicación titulada *Comando en Jefe del Ejército Dirección de Estudios Históricos. Colección documental Emilio Gutiérrez de Quintanilla: Guerras de la Independencia*.

Como hemos visto, el manuscrito de Cortegana tuvo una circulación azarosa y, dada su importancia como fuente histórica, pudo servir a diversos autores en Argentina. Sin embargo, en unos años regresaría al Perú gracias a las gestiones del historiador Jorge Basadre. En su libro de memorias *La Vida y la Historia* (1975), narró los pormenores de la adquisición de la Biblioteca Justo como una gran hazaña para la institución que dirigía. Desde los tiempos en que el historiador tacneño desempeñaba funciones en la Biblioteca Central de la Universidad de San Marcos, pudo escuchar sobre las gestiones que el general argentino Agustín P. Justo realizaba

«para adquirir obras raras y valiosas, peruanas y americanas (...) Justo ansiaba emular y superar a su compatriota el general Bartolomé Mitré, en el esfuerzo de para atesorar una gran biblioteca». Ya para inicios del año 1943, Basadre se enteró con mucha emoción que aquella biblioteca se encontraba a la venta, pero le generó angustia saber el precio, dado que la Biblioteca Nacional no disponía de ese dinero (Basadre, 1975).

Este asunto fue comentado a uno de sus acaudalados amigos, quien le afirmó que podían reunir esa suma junto a sus allegados. Ante esto, Basadre se comunicó con el presidente Prado, «quien aceptó el aporte de los particulares sólo hasta por la mitad de la cantidad pedida por la familia Justo». La compra no fue una tarea para nada fácil, pues Perú se enfrentaba a un competidor grande como era la Universidad de Texas, que ofrecía una suma mucho mayor; no obstante, la familia Justo prefirió realizar el intercambio con la Biblioteca Nacional y el Perú debido a que poseían una visión antiimperialista en contra de los Estados Unidos de América. Al enterarse de esto, el gobierno argentino deseó impedir la exportación del corpus documental por su valioso contenido; pero, para la alegría de los peruanos, al abonar el precio a la familia Justo, se trasladó la biblioteca a la Embajada de Perú en Argentina para impedir alguna acción coercitiva. También se tuvieron que vencer las críticas de algunos ministros por miedo a roces diplomáticos con la Argentina. No todo quedó allí, pues el acaudalado amigo de Basadre se ausentó de Lima y se encontraba fuera de comunicación. Por tal razón, tuvo que «buscar donativos de empresas y capitalistas particulares para completar los fondos necesarios». (Basadre, 1975).⁹

Por otro lado, en un informe publicado en el octavo *Boletín de la Biblioteca Nacional* de 1945, se cita una carta fechada el 29 de diciembre de 1944, en que el R.P. Vargas Ugarte se dirigía al director de la Biblioteca Nacional «comunicándole que estaba en venta la librería del General Agustín P. Justo, cuyo precio era, más o menos, medio millón de pesos (...). El original de esta carta fue puesto en manos del presidente de la

9 Esto puede complementarse con la información que aparece en los dos tomos de *Introducción a las bases documentales para la Historia de la República del Perú con algunas reflexiones*. En este trabajo, Basadre brinda al público más que una bibliografía de Historia de la República,

República, Dr. Manuel Prado, quien manifestó inmediatamente el más cordial interés por el asunto» (Boletín de la Biblioteca Nacional, 1945: 409). Además de esto, se hace una descripción detallada del fondo peruano en la Biblioteca Justo y se puede observar que «Entre los manuscritos, el de mayor valor para nosotros es la *Historia del Perú* de Juan Basilio Cortegana. Son trece tomos que llevan la fecha de 1848, y que pertenecieron al historiador peruano Emilio Gutiérrez de Quintanilla» (Boletín de la Biblioteca Nacional, 1945: 416).

Sobre la *Historia del Perú* de Cortegana ya se ha afirmado que se mantiene hasta el día de hoy en forma manuscrita e, inclusive, el historiador Víctor Arrambide (2020) asevera que se encuentra prácticamente en el olvido; no obstante, existe evidencia de que el manuscrito ya era relativamente conocido entre la intelectualidad peruana. Se hizo un análisis y trabajo crítico con estudio preliminar, a cargo del historiador peruano Apolonio Carrasco Limas, en una publicación titulada *La Historia del Perú de Juan Basilio Cortegana. Una contribución al Estudio de la Historia Nacional* (1954). Este trabajo es muy útil por la información que dispone; sin embargo, el problema con este estudio es que cae en la hipérbole heroica del accionar de Cortegana. A pesar de que los tomos de la *Historia del Perú* comprenden etapas como la época incaica y la virreinal, Carrasco centró su narración y atención en la emancipación¹⁰ (Carrasco, 1954). Por su parte, Rubén Vargas Ugarte usó el manuscrito para realizar una edición de fuentes primarias sobre las batallas de Junín y Ayacucho a 150 años de su aniversario. La intención de Vargas Ugarte era mostrar testimonios de los participantes directos y presenciales de ambas batallas, por lo que usó *Historia de Perú* y las memorias del español Manuel de la Haza (Vargas Ugarte, 1974).

«una lista sencilla, una guía práctica para quienes le interesen en los temas, autores o períodos anotados, organizándolos en lo posible, de modo sistemático, con algunos comentarios». Entre las fuentes que usó Basadre, podemos ver que cataloga a la *Historia del Perú* de Cortegana con las etiquetas de manuscrito y de historias generales de la República, además de nombrar que fue adquirida en su gestión (Basadre, 1971: 108).

10 Tampoco hay que olvidar la denuncia y gestiones de Apolonio Carrasco sobre la desaparición del tomo X de Cortegana, que se encontraba en un taller en los Estados Unidos hasta su regreso al Perú.

En la década de 1980, Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart utilizaron la obra de Cortegana en el primer capítulo del clásico de las ciencias sociales *El Perú desde la escuela* (1980). En aquella sección, los autores analizaron la *Historia del Perú* en los textos escolares decimonónicos y prestaron atención a las construcciones narrativas acerca de los períodos claves como la época prehispánica, la conquista y la colonia. Para ello, se muestra cómo los relatos realizados por los historiadores se han ido transformando con los años; enfatizan también en los prejuicios que eran funcionales a las formas de discriminación y exclusión social de aquel siglo. En ese sentido, resaltan la visión de Juan Basilio Cortegana sobre el período prehispánico y colonial; sin embargo, para los autores, en el manuscrito es notoria la ausencia de un trabajo de investigación, así como el predominio de la adjetivación excesiva en la descripción de los pasajes históricos (Portocarrero y Oliart, 1989: 23). Más recientemente, Francisco Quiroz (2012) también hace referencia al manuscrito, pero no lo analiza exhaustivamente, pues no existía acceso a la obra, por lo que la mayoría de las ideas tienen como base al estudio preliminar antes mencionado de Carrasco.

REFLEXIONES FINALES

Juan Basilio Cortegana posee una trayectoria de vida significativa para entender la independencia y los primeros años de la República del Perú. Hemos visto que, desde su papel como militar, cumplió un rol importante en estos procesos y, por tal razón, fue considerado uno de los fundadores militares de la naciente república. Pero no solo participó en la carrera de las armas, sino que, posteriormente, también fue un actor importante de la sociedad civil, como líder de asociaciones de exveteranos que buscaban reclamar sus derechos y prerrogativas del Estado como combatientes que lo sacrificaron todo por la independencia del Perú.

Si bien su vida es sumamente importante, también lo es su obra de trece tomos titulada *Historia del Perú*. Este esfuerzo significó apuntar por una historia general y, para ello, debía ir más allá del género de memorias, que solo apuntaba a narrar los acontecimientos en búsqueda de realzar

individualidades. En ese sentido, el trabajo de Juan Basilio Cortegana fue el ejemplo de un cambio en la forma de hacer historia, ya que con una visión que abordaba las etapas incaica, virreinal y emancipadora, su obra anticipa los planteamientos del historiador que marcó la historia peruana del siglo XIX: Sebastián Lorente.

Por otro lado, a pesar de que el manuscrito no estuvo al alcance por mucho tiempo al gran público por los motivos narrados en este estudio, creemos que es de suma relevancia para identificar las primeras concepciones del Perú y de su historia como forma de legitimar los proyectos de ciertos sectores y grupos de poder, como fueron los veteranos de guerra de la gesta emancipadora. En momentos como el bicentenario de nuestro país es necesario saber cuáles fueron las primeras visiones históricas de la República, ya que esto nos ayuda a entender la construcción del Perú como sujeto historiable que hace posible vivir con sentido de pertenencia a aquellos que lo habitamos física y simbólicamente.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Archivo General de la Nación, Colonia, Prot. N° 180 S. XIX.

Cortegana, Juan Basilio (1848). *Historia del Perú*. 13 tomos. Manuscrito. Biblioteca nacional del Perú. Enlace digital: <http://bibliotecadigital.bnp.gob.pe>

Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, tomo XXVI (1971). *Memorias diarios y crónicas*. 4 vols. Impreso en Perú.

FUENTES SECUNDARIAS

Basadre, Jorge (1951). «Prólogo» a *Historia de los Partidos de Santiago* Távara. Lima: Editorial Huscarán.

Basadre, Jorge (1971). *Introducción a las Bases Documentales para la Historia de la República del Perú con Algunas Reflexiones*. 2 vols. Lima: Ediciones P.L.V.

- Basadre, Jorge (1975). *La vida y la historia. Ensayos sobre personas, lugares y problema*. Lima: Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú.
- Boletín de la Biblioteca Nacional*, Año II. Lima, diciembre de 1945. n.º 8
- Carrasco, Apolonio (1954). *La Historia del Perú de Juan Basilio Cortegana. Una contribución al estudio de la historia nacional*. Lima: Tipografía Peruana.
- Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú (1971). *Memorias diarios y crónicas*. Tomo XXVI. 4 vols. Impreso en Perú.
- Chávez, Nazario (1962). *Semblanza de Juan Basilio Cortegana*. Celendín: Imprenta Guácar.
- Dager Alva, Joseph (2009). *Historiografía y Nación en el Perú del siglo XIX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú
- De la Puente Brunke, José (2020). *Ser historiador en el Perú del siglo XIX*. Manuscrito
- Gutiérrez de Quintanilla, Emilio (1932). «La entrega del Oriente Peruano a la Gran Colombia Fue Ambición I Empeño del Libertador Bolívar». En *Revista del Museo Nacional*. n.º 3
- Ludeña Restaura, Hugo (2006). «Defensa del patrimonio cultural. Los delitos culturales: ¿Qué pasó con las colecciones de manuscritos que reunieron Jorge M. Corbacho y Emilio Guiterrez de Quintanilla? En *Tipshe. Revista de Humanidades*. Año VI. N 5.
- McEvoy, Carmen (2020). Conversatorio «El manuscrito de Cortegana» en la Feria del Libro de Cajamarca, 27 de noviembre. <https://www.facebook.com/FeriadelLibroCajamarca/videos/1070783373390661/>
- Montoya, Gustavo (2000). *Narrativas históricas en conflicto – Independencia en el Perú*. Lima: SHRA.
- Panfichi, Aldo (2000). «Africanía, Barrios Populares y Cultura Criolla a Inicios del siglo XX», en *Lo africano en la cultura criolla*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Portocarrero, Gonzalo y Patricia Oliart (1989). *El Perú desde la escuela*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- Porrás Barrenechea, Raúl (1955). *Fuentes Históricas Peruanas*. 1955. Lima: Juan Mejía Baca.

- Ragas, José (2016). «Ideólogos del Leviatán. Estadística y sociedad en el Perú (1791-1876)». *Estudios Sociales del Estado*, 2(4), 14-34. Recuperado de <https://doi.org/10.35305/ese.v2i4.89>
- Quiroz, Francisco (2012). *De la patria a la nación. Historiografía peruana desde Garcilaso hasta la Era del Guano*. Lima: ANR.
- Sobrevilla, Natalia (2019). *Los inicios de la república peruana. Viendo más allá de la «cueva de bandoleros»*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Tejada, Luis (1995). «Malambo», en *Mundos interiores*, editado por Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero. Lima: Universidad del Pacífico.
- Turner, Mark (2009). 'La invención de la historia nacional,' en Palacios, G. (ed.) *La Nación y su Historia*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Turner, Mark (2012). *El nombre del abismo. Meditaciones sobre la historia de la historia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Vargas Ugarte, Rubén (1974). *Historia de las batallas de Junín y Ayacucho*. Lima: Milla Batres Edit.

JUAN BASILIO CORTEGANA Y LA BATALLA DE AYACUCHO

NELSON E. PEREYRA CHÁVEZ

Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga

Sin embargo, no habrá que olvidar que no todo comienza en los archivos, sino con el testimonio, y que, cualquiera que sea la falta originaria de fiabilidad del testimonio, no tenemos, en última instancia, nada mejor que el testimonio para asegurar que algo ocurrió, algo sobre lo que alguien atestigua haber conocido en persona y que el principal, si no el único recurso a veces, aparte de otras clases de documentos, sigue siendo la confrontación entre testimonios

RICŒUR (2013: 190).

Sin lugar a dudas, la batalla de Ayacucho es uno de los acontecimientos centrales en la prolongada guerra por la independencia, pues en ella se consolidó la liberación de los pueblos del Perú y Sudamérica. Fue transformada en *hecho histórico* poco después de su culminación, cuando los protagonistas escribieron sus recuerdos y contribuyeron a la construcción de la memoria sobre el acontecimiento, que se complementa con alegorías literarias y pictóricas, monumentos y celebraciones cívicas que garantizaron la perpetuidad del recuerdo (Pereyra, 2017). Algunas de estas memorias fueron publicadas convirtiéndose en referentes imprescindibles;

otras, se mantuvieron como fuentes inéditas hasta que pasaron al anaquel de algún archivo histórico. Aun así, su consulta es restringida a los especialistas que necesitan de las técnicas de la paleografía y de la diplomática para transcribir su contenido y entender su sentido.

Ello precisamente sucedió con la *Historia del Perú*, que el político y militar Juan Basilio Cortegana redactó en 13 volúmenes, obra inédita que narra la historia del Perú desde los incas hasta la salida de Bolívar y que puede ser considerada, con justicia, como la primera gran síntesis decimonónica de la historia peruana. El volumen XII del manuscrito, dividido en 14 capítulos y con un total de 406 folios, está dedicado a la organización del ejército bolivariano, la campaña final y las victorias de Junín y Ayacucho. Es el único tomo que fue parcialmente publicado en anterior ocasión: en 1974, por el editor Carlos Milla Batres y gracias al empeño del jesuita e historiador Rubén Vargas Ugarte.¹ Cincuenta años después, la obra de Cortegana sale a luz gracias a la iniciativa del Proyecto Bicentenario del Ministerio de Cultura, con el auspicio de la Fundación BBVA, en homenaje a los 200 años de independencia y en recuerdo de su autor, el preclaro prócer cajamarquino que participó en la guerra separatista de 1820-1824 y en la posterior construcción del Estado republicano desde la línea de combate, la curul parlamentaria y la producción intelectual.

CORTEGANA: SU GENERACIÓN, CARRERA MILITAR Y OBRA

Conocemos algo de la vida de Cortegana por las biografías que publicaron Apolonio Carrasco Limas y Nazario Chávez Aliaga en 1954 y 1962, respectivamente. Por ellos sabemos que nació en 1801 en el pueblo de Celendín, en Cajamarca, y que murió en Lima en 1877. Siendo adolescente se enroló en el ejército realista y con algunos de sus compañeros de armas (como Gamarra o Santa Cruz) se trasladó al ejército de San Martín.

1 La edición junta las memorias de Cortegana con los apuntes biográficos de Manuel de La Haza redactados en 1880 por su hijo Lorenzo Haza. Lleva el arbitrario título de *Historia de las batallas de Junín y Ayacucho* y fue publicada en homenaje sesquicentenario de ambos acontecimientos. Debo la versión digital de esta obra a la gentileza del historiador Juan Antonio Lan Ninamango.

Tras ser admitido, participó en las juras de la independencia de Trujillo y Lima. Luego, fue incorporado a la Legión Peruana de la Guardia bajo el mando del marqués de Torre Tagle; con esta unidad militar participó en las campañas de intermedios y en las decisivas batallas de Junín y Ayacucho.

En el encuentro del 9 de diciembre de 1824 la Legión Peruana de la Guardia formó parte del «Ejército del Perú» al mando del general José de La Mar, junto con tres batallones de infantería.² Fue precisamente esta división la que soportó el mayor peso de la batalla, al recibir la embestida de la vanguardia española liderada por Jerónimo Valdés. Pudo resistir al contar con el apoyo de los batallones colombianos Vargas y Vencedor que estaban en la reserva patriota. Cortegana estuvo en la división de La Mar con el grado de capitán y compartió la agri dulce experiencia del encuentro junto con otros oficiales y suboficiales, como Pedro Pablo Bermúdez, Ramón Castilla, Domingo Nieto, Miguel de San Román, Felipe Santiago Salaverry, Narciso Tudela, Juan Antonio Pezet, Juan Crisóstomo Torrico o Manuel Ignacio de Vivanco.

Precisamente, en la batalla de Ayacucho encontramos a los generales y oficiales que en las siguientes décadas intervendrán en España y en el Perú en los conflictos políticos y militares. En el lado realista, los oficiales pertenecieron a una generación con trayectoria política y militar particular, pese a la diferencia de edades. Ellos (La Serna, Canterac, Valdés, Monet, Villalobos, Ferraz y García Camba) adquirieron experiencia y reconocimiento al luchar contra el ejército de Napoleón en la coyuntura del primer liberalismo ibérico. Luego, fueron enviados al Perú y destacados en el Alto Perú. Protagonizaron el famoso motín de Aznapuquio del 29 de enero de 1821, con el que depusieron al virrey Pezuela y lo reemplazaron con La Serna. A partir de entonces modificaron las estrategias de la guerra, desocupando Lima y convirtiendo a la sierra en su bastión. Triunfaron en las campañas de intermedios, pero fueron derrotados en Junín y Ayacucho.

2 Al iniciarse la campaña final, el «Ejército del Perú» (que es como se le conocía a la división de La Mar) estaba integrado por la Legión Peruana, cinco batallones de infantería y tres batallones de caballería. Antes de la llegada de Bolívar a la sierra central, los batallones de infantería de Trujillo y de la Guardia Nueva se separaron del ejército y se retiraron a la costa; por tal motivo, no estuvieron en la batalla de Ayacucho (Espinal, 2020: 132).

Después de la guerra, retornaron a España, donde fueron conocidos como los «ayacuchos» y degradados por la corona, sobre todo por sus posturas liberales. Sin embargo, su posición cambió y empezaron a ocupar puestos prominentes con la llegada de los moderados al gobierno español durante las guerras carlistas, especialmente con la regencia de Baldomero Espartero, quien también fue un «Ayacucho», por haber estado en Perú entre 1814 y 1823. Así, Valdés llegó a ser virrey de Navarra, ministro de Guerra, capitán general de Cuba, vizconde de Torata y conde de Villarín, mientras que Canterac se convirtió en capitán general de Madrid hasta su muerte en 1835 y fue reemplazado por Monet, quien además fue capitán general de Baleares poco tiempo después. García Camba fue diputado por Lugo, capitán general de Filipinas y de las Provincias Vascongadas, ministro de Guerra y Marina, capitán general de Galicia, Baleares y Puerto Rico y senador vitalicio (Sobrevilla, 2011: 482-483; Martínez, 2018: 149-150).

Los oficiales peruanos de Ayacucho también se entremezclaron en los conflictos políticos del siglo XIX. A ellos los podemos agrupar hasta en dos generaciones. La primera generación es la de mayores, que fue conformada por aquellos que nacieron hacia fines del siglo XVIII (La Mar, Gamarra, Castilla, Bermúdez) e ingresaron a las milicias corregidas por las reformas borbónicas. Mientras que La Mar inició su carrera militar en Europa, combatiendo contra los franceses en Rosellón y Zaragoza, los demás aprendieron las lecciones de la guerra en el Alto Perú, bajo los órdenes de Goyeneche y Pezuela, peleando contra las expediciones militares enviadas por la junta de gobierno de Buenos Aires. Castilla además fue enviado a Chile para combatir a San Martín. Todos ellos emigraron al ejército libertador y combatieron unidos en Ayacucho ocupando puestos preponderantes: en el Estado Mayor (Gamarra, Castilla), como jefes de división (La Mar) o de batallón (Bermúdez). Mas la unidad jamás fue eterna: conseguida la victoria e instaurada la República, los amigos devinieron en rivales en medio de las guerras caudillistas que sumieron al país en la inestabilidad y la anarquía. Son conocidos los conflictos entre La Mar y Gamarra en 1827-1828; entre Gamarra (aliado con Bermúdez) y Orbegoso (aliado con Santa Cruz) en 1834-1835; entre Gamarra y Castilla (aliados con los chilenos) contra Santa Cruz en el periodo de la Confederación

Perú-Boliviana y de Castilla contra Vivanco en 1841 y 1856-1858. Por supuesto que todos ocuparon el poder: La Mar en 1827-1828, Gamarra en 1828-1833 y 1839-1841, Bermúdez en 1834 y Castilla en 1845-1851 y 1855-1862. De todos los mencionados, fue Castilla quien tuvo la más prolongada trayectoria, debido a que era el «más joven» entre sus coetáneos. Nacido en 1797, no solo gobernó el país en la segunda mitad del siglo XIX, sino que continuó activo en la década de 1860, cuando contaba con más de 60 años y cuando sus contemporáneos vivían en el exilio o yacían en el sepulcro.

La segunda generación estuvo integrada por combatientes más jóvenes (Nieto, Salaverry, San Román, Pezet, Torrico, Vivanco, Cortegana), que nacieron en la primera década del siglo XIX. Algunos (Torrico, Cortegana) iniciaron su carrera militar con una breve estadía en el ejército realista, pero todos terminaron enlistándose en las fuerzas patriotas entre 1820 y 1821. En Ayacucho combatieron como oficiales bajo las órdenes de sus superiores de la «primera generación» y, al igual que estos, protagonizaron revoluciones y conspiraciones y terminaron como amigos-rivales. Son conocidas las revoluciones de Salaverry contra Orbegoso (1835), de Vivanco contra Gamarra (1841), contra Vidal (1843) o de Nieto y Castilla contra Vivanco (1844). En tales conflictos, no dudaron en establecer confusas filiaciones y relaciones a partir de intereses comunes, ideologías compartidas, afinidades y cercanías personales. Pero eran lealtades temporales que acababan con la traición y el enfrentamiento conforme los intereses se lograban o perdían y según las cambiantes circunstancias de la época. Así, encontramos alianzas de Pezet y Gamarra en contra de Sucre y los bolivianos (1828), de Pezet con Orbegoso en contra de Bermúdez (1834) y de Pezet con Vivanco en contra de Nieto y Castilla (1844). Ocurrió lo mismo con San Román y Bermúdez en contra de Orbegoso (1834) y con San Román y Torrico en oposición a Nieto (1842).

Además de la amistad transformada en rivalidad, ambas generaciones tienen más similitudes que diferencias. Están conformadas por criollos y mestizos provenientes —en su mayoría— de las capas medias de la sociedad colonial peruana, incorporados a los ejércitos como oficiales y soldados, forjados en el campo de batalla. Por eso desarrollaron en el

último ejército virreinal y transfirieron a las tropas patriotas ciertas actitudes, creencias y habilidades técnico-profesionales asociadas a sus orígenes sociales y regionales. No en vano los de la primera generación combatieron en su adolescencia contra las fuerzas de la junta de Buenos Aires porque creían que Charcas, Cusco y Arequipa constituían una conveniente unidad geopolítica (Macera, 2017: 671). Tal vez por razones similares los de la siguiente generación lucharon con arrojo contra los realistas que tomaron posesión del sur peruano; luego, unos pocos defendieron la unidad de Perú y Bolivia con o sin Confederación y los demás (especialmente los norteños como Cortegana) se opusieron a ella por una posición regionalista. No lo sabemos por ahora. Pero sí conocemos que les tocó comandar tropas conformadas por reclutas y voluntarios mestizos, indígenas y mulatos. Como bien dice Macera: «toda esa heterogeneidad de procedencia exigió de los primeros ejércitos peruanos una organización colectiva fuertemente unificada tanto en el orden de los procedimientos militares como en el terreno de la formación ideológica y doctrinaria. Este es uno de los grandes méritos de quienes formaron los diferentes niveles de oficialidad de aquel entonces» (2017: 672).

Cortegana pertenece a la segunda generación. Ya hemos señalado que combatió en Ayacucho. Sin embargo, no siguió el sendero común de sus compañeros de armas; al contrario, su trayectoria tomó un recodo en 1841. Sus biógrafos señalan que secundó a su colega y amigo Salaverry en la conspiración de 1831 y en la revolución de 1835 y, poco después, integró las fuerzas contrarias a Santa Cruz y la Confederación, tal vez por una posición regionalista, como sugerimos anteriormente. No obstante, en 1841 fue procesado, dado de baja y hasta conminado a abandonar Lima, desconociéndose la causa de tal sanción (Carrasco, 1954: 13). ¿Acaso fue separado del servicio activo debido a «falsas imputaciones» como sugiere Apolonio Carrasco? ¿O fue arrastrado al retiro por la regeneración de Vivanco que reconfiguró las lealtades y filiaciones en medio de la restauración de Gamarra? No lo sabemos. Pero, a partir de entonces, Cortegana optó por la vida política y el servicio civil en favor de sus coetáneos de la independencia y de sus paisanos de Celendín. Al mismo tiempo, concibió su *magnum opus* sobre la historia del Perú.

Poco sabemos de su *Historia del Perú*. Apolonio Carrasco señala que fue redactada desde 1848, cuando el autor incursionaba en la política y se esforzaba por crear una sociedad humanitaria para el beneficio de los combatientes de la independencia (1954: 27). Por tanto, la obra parece ser anterior a la producción de Sebastián Lorente, solo que aún permanece inédita. Los textos de Cortegana y Lorente aparecen como los primeros libros de síntesis de la historia del Perú, desde el incario hasta el siglo XIX, y como los referentes necesarios para la consolidación de la nación y del nacionalismo. Y en la síntesis del primero, la batalla de Ayacucho resalta como el punto de quiebre de la historia peruana.

LAS FUENTES SOBRE LA BATALLA DE AYACUCHO

El documento de Cortegana sobre la batalla de Ayacucho constituye una fuente importante en el conjunto de testimonios elaborados por los mismos protagonistas del acontecimiento. Tales testimonios provienen de sus memorias inscritas en un soporte (la noción de documento) mediante la escritura y a partir de un proceso donde el recuerdo declarativo se separa del tiempo y espacio de producción. Al transformarse en documento escrito, el testimonio es depositado en un archivo y vale como una fuente (una huella) que prueba la existencia de un *hecho histórico* y sirve para su reconstrucción. Tal es el proceso de documentalización y archivamiento de la memoria, descrito por el filósofo francés Paul Ricoeur (2013).

Las memorias de los soldados de Ayacucho pasaron por tal proceso. Incluso el recuerdo de Cortegana, que desde mediados del siglo XIX (unos 30 años después de la batalla) fue colocado en escrito y archivado con la intención de ser publicado. Hablamos de nueve testimonios que, desde el campo realista o del campo patriota, describen la batalla y escudriñan las causas de la victoria patriota o de la derrota española.

En el lado patriota, en 1825 el coronel santafesino José María Aguirre publicó en Buenos Aires su *Compendio de las campañas del Ejército de los Andes*, donde brevemente comenta la batalla. En 1829 Guillermo Miller publicó su testimonio y en los siguientes años también lo hicieron Manuel

Antonio López y José María Rey de Castro y Arce. En el siglo XX se publicaron las memorias de Francisco Budett O'Connor y Juan Basilio Cortegana.³

También los oficiales realistas transformaron sus memorias en testimonios, en medio de los conflictos políticos que estallaron en España y de los cuestionamientos por su desempeño en el Perú. Por ejemplo, José Sepúlveda escribió su *Diario* para denostar a Jerónimo Valdés, mientras que este último escribió una *Exposición* y una *Refutación* para defenderse y acallar a sus críticos. Su ayudante Bernardo Escudero y Reguera también redactó un *Diario* para enaltecer a su jefe. Andrés García Camba fue más ambicioso: a través de sus memorias ofreció el punto de vista de los militares españoles sobre la independencia americana.⁴

A la lista anterior agréguese los partes oficiales de la batalla, elaborados por los jefes militares de ambos ejércitos después de culminado el enfrentamiento (Sucre, Gamarra y Canterac),⁵ la correspondencia de los

-
- 3 Agréguese a la lista la descripción que el secretario de Bolívar, Daniel Florencio O'Leary, escribió hacia 1831 con el parte de Sucre y el testimonio del general Jacinto Lara. Agréguese también las memorias del vicario castrense del ejército libertador y posterior obispo de Cartagena y Popayán Pedro Antonio Torres, tituladas *Recuerdos de la campaña del sur, de Colombia y del Perú* y citadas en el testimonio de José María Rey de Castro y Arce, que no pudimos hallar para el presente estudio. Del citado prelado se conoce su autobiografía, publicada fragmentariamente por el historiador ecuatoriano Ricardo Márquez en 1939. El escritor caucano José María Cordovez Moure refiere que Torres fue herido en el pie derecho en la batalla de Ayacucho (Vinke, 2019: 269).
 - 4 En el lado realista existe también la refutación que Ramón Gascón y Loarte hizo a la obra de Andrés García Camba, documento que tampoco pudimos consultar para el presente estudio introductorio. Gascón y Loarte combatió en Ayacucho como jefe del Estado Mayor de la caballería realista y después de la batalla fue comisionado para llevar la capitulación a la fortaleza del Real Felipe en el Callao y entregársela a Rodil.
 - 5 Existe un primer parte oficial de Sucre a Bolívar de fecha 9 de diciembre de 1824, en el que remite el acta de la capitulación de Ayacucho. El siguiente parte es del 11 de diciembre de 1824, en el que Sucre da detalles de la batalla. Este parte fue publicado por la *Gaceta del Gobierno* en Lima el 1 de enero de 1825. Agustín Gamarra, como jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador, también redactó un documento oficial sobre la batalla en Cusco el 20 de enero de 1825. Por su lado, Canterac (quien quedó al mando del ejército español tras la captura del virrey La Serna en la batalla) dio detalles de la capitulación de Ayacucho y de las razones que le llevaron a firmar el acta de la capitulación en las cartas que envió al ministro de guerra del gobierno español entre el 1 de abril y el 23 de agosto de 1825. Adicionalmente, se pueden hallar detalles de los acuerdos adoptados por los oficiales realistas para la suscripción de la capitulación en la correspondencia entre Canterac y Valdés del mismo 9 de diciembre de 1824. Estos últimos documentos aparecen en Conde de Torata (1896, III agregado: 76-95).

oficiales patriotas y realistas y los escritos de los exsoldados plasmados en documentos administrativos que sirvieron para demandar algún reconocimiento, una pensión o una deuda impaga y que hoy están guardados en algún archivo histórico, público o privado. A guisa de ejemplo mencionamos la carta que el colombiano José María Córdova, jefe de la Segunda División del Ejército Libertador en Ayacucho, envió el 18 de diciembre de 1824 a su amigo y aliado político Sinforoso García Salgar, comerciante y minero de Rionegro en Medellín, en la que describe la intervención de su unidad en la batalla.⁶

También agréguese a la lista las primeras obras de historia sobre la independencia, que escritores de España y América del Sur elaboraron en el siglo XIX. Dichas obras reconstruyen la batalla de Ayacucho a partir de fuentes como las de Miller o García Camba y con los testimonios de los sobrevivientes de la guerra, y son consideradas como fuentes de «segunda mano» para el estudio del acontecimiento. Destacan *La historia de la revolución hispanoamericana* del español Mariano Torrente, publicada en 1829 y 1830, y la *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional* del historiador colombiano José María Restrepo, publicada en 1858. En el Perú existe el texto de Valentín Ledezma, *Ensayo histórico de las operaciones del Ejército Libertador del Perú en la campaña de 1824*, publicado en Lima en 1853, y la *Historia del Perú Independiente* de Mariano Felipe Paz Soldán, publicada a partir de 1868.⁷ Esta última incluye un mapa de la disposición de los ejércitos en la pampa de Ayacucho y algunos documentos de la batalla.

Todos estos documentos forman un conjunto de fuentes con el que se reconstruye el devenir de la batalla o la experiencia diaria de los ejércitos, puesto que proporcionan información única e insustituible. Pero su consulta entraña un riesgo, ya que se trata de escritos controvertidos y

6 La carta, que se halla en el archivo de Mamerto García Montoya (el hijo de Sinforoso García Salgar) en la ciudad de Medellín, fue publicada por el boletín *Informativo* del Ministerio del Interior del Perú en su edición especial conmemorativa del sesquicentenario de la batalla de Ayacucho (IV: 40, 1974, p. 50).

7 Tras revisar la obra de Ledezma podemos determinar que este autor no estuvo en la campaña final de 1824 y describió la batalla de Ayacucho a partir de fuentes como el parte de Sucre. Por ello, su *Ensayo* no ha sido incluido en la nómina de testimonios del acontecimiento.

parciales elaborados tiempo después del acontecimiento. Para examinar sus contenidos y realizar adecuadamente la *operación histórica* con ellos, Alejandro Rabinovich sugiere confrontarlos paso a paso con los archivos, las fuentes y la prensa alternativa (2013: 18-19). También se puede optar por la *heurística de fuentes*, entendida como la operación que se ocupa de buscar el material histórico a partir de las preguntas que se plantea el historiador (Matute, 1999: 11). Esta operación incluye el examen crítico de dicho material, como forma de evaluar y compulsar testimonios en el fondo dispares. Al respecto, Carlos Aranibar sugiere plantear dos preguntas básicas (¿Qué grado de confianza merece tal fuente? ¿Qué grado de confianza merecen los testimonios consagrados en tal fuente?), relacionadas con la crítica externa y la crítica interna de las fuentes. Así, la primera pregunta pretende determinar la autenticidad, fecha, lugar de procedencia de la fuente y edición si se trata de obras impresas. La segunda busca reconstruir la trayectoria del testificante o autor de la fuente y sus grados de competencia y seguridad con respecto al acontecimiento que describe, para luego cotejar su testimonio con otras fuentes coetáneas y determinar su valor y originalidad. «Solo a condición de ensayar respuesta a ambas preguntas, es permisible la interpretación de las fuentes y la construcción histórica propiamente dicha» (Aranibar, 1963: 104).

a) Crítica externa: la edición de las fuentes

Las citadas fuentes sobre la batalla de Ayacucho fueron publicadas en diferentes momentos. Algunas (Miller, García Camba) en fechas tempranas; otras (Valdés, O'Connor, Cortegana) en fechas ya tardías.

Veamos los casos. En el lado realista, el primer testimonio en publicarse fue el del general Andrés García Camba (1846), bajo la forma de una ambiciosa historia de la guerra de la independencia desde el punto de vista español. Años después, entre 1894 y 1898, el conde de Torata publicó la *Exposición y Refutación* que su padre, el mariscal Jerónimo Valdés, hiciera ante las críticas de sus rivales. En cuatro tomos, Fernando Valdés no solo compiló los escritos de su progenitor, sino también numerosas epístolas de los oficiales realistas y dos testimonios sobre la batalla de Ayacucho: el

del capitán José Sepúlveda y el del teniente coronel Bernardo Escudero y Reguera.

Precisamente, las versiones más tempranas de la batalla de Ayacucho provienen de oficiales realistas como Sepúlveda o Valdés. Es cierto que sus testimonios aparecieron impresos en 1896 por iniciativa del conde de Torata; sin embargo, fueron redactados poco después de la batalla y en medio de la polémica que en España suscitó el retorno de los «ayacuchos».

Todo empezó cuando estos volvieron a la península e intentaron explicar a Fernando VII la pérdida del Perú. Sus detractores aprovecharon la restitución del absolutismo para fustigar a los retornantes —cuyas tendencias liberales eran muy conocidas— por la deposición de Pezuela, la traición de Olañeta y la derrota de Ayacucho. En una carta de 1826, el antiguo comisario de guerra, pagador y tesorero de La Paz Francisco Martínez de Hoz reveló que en Madrid se reunieron un grupo de civiles y militares españoles para tramar contra los «Ayacuchos», bajo la dirección de José María Valdez, un excomandante del ejército de Olañeta conocido como «Barbarucho», cercano a Pezuela y homónimo del oficial asturiano que comandó la vanguardia realista en Ayacucho. En dicha reunión se habría concebido el *Diario* de Sepúlveda, que después llegó a manos del historiador Mariano Torrente (Conde de Torata, 1896, III: 7).⁸ Entonces, podemos deducir que el testimonio de Sepúlveda fue redactado en 1826 con fines políticos, aunque estuvo inédito hasta 1896. Por lo tanto, es el testimonio más antiguo de la batalla, elaborado dos años después de ocurrido el evento. Además, lleva el largo título de *Diario de la última campaña del ejército español en el Perú en 1824 que terminó con la batalla de Ayacucho*, que es similar al rótulo del diario de Escudero —también publicado en 1896— porque participa de una dialéctica de exposición-réplica, o porque fue colocado por el compilador de la *magnum opus*; es decir, por el conde de Torata.

Si Sepúlveda es cuestionado en la compilación del conde de Torata, Escudero al contrario es mencionado con gratitud. Señala que en Ayacucho

8 Efectivamente, el diario de Sepúlveda contiene el primer mapa del movimiento de los ejércitos en la batalla de Ayacucho.

fue ayudante de su padre y que hasta en tres ocasiones se vio con él. En 1880 le entregó su diario, poco antes de su muerte. «Este ha debido de escribirse, al menos en parte, durante el curso de la campaña [la guerra de la independencia], por el gran número de observaciones y detalles que contiene; pero indudablemente ha sido rehecho bien al sacarse la copia que tenemos, o antes, pues notamos en él cierta vaguedad...» (Conde de Torata, 1896, III: 24). Nos hallamos, entonces, ante un escrito que fue reelaborado en varias ocasiones y en un prolongado tiempo, no como el diario de Sepúlveda o las refutaciones de Valdés, redactadas para acusar y responder en una coyuntura determinada.

En medio del cuestionamiento, Valdés escribió primero una *Exposición* y luego una *Refutación*. La primera, firmada en Vitoria-Gasteiz el 12 de julio de 1827, está dirigida a Fernando VII y contiene tres partes relacionadas con la deposición de Pezuela, la traición de Olañeta y la batalla de Ayacucho, más una descripción sobre el descuidado estado de la fuerza militar española durante la guerra de la independencia americana, situación que según su apreciación ocasionó la derrota del 9 de diciembre de 1824. La *Exposición* compila unos cuantos documentos de la campaña final, como el famoso parte de Sucre y un mapa de la disposición de los ejércitos en la pampa de Ayacucho.

En la *Refutación*, Valdés amplía lo que escribió en su primer documento, pero con una aproximación militar para dar cuenta de los pormenores de la batalla de Ayacucho (Martínez, 2019: 207). Cierra el escrito con una enumeración de las variadas causas por las que el ejército realista perdió el combate, siempre en réplica a Sepúlveda.⁹

De igual modo, la citada obra del gallego García Camba fue publicada entre la regencia de Baldomero Espartero, la insurrección de Barcelona, la caída del gobierno liberal y el inicio del reinado moderado de Isabel II, cuando los «ayacuchos» fueron nuevamente cuestionados por un sector del

9 La compilación del conde de Torata aparece también como refutación al texto del historiador y político chileno Gonzalo Bulnes *Historia de la Expedición Libertadora del Perú* y como respuesta a una de las tradiciones de Ricardo Palma sobre la batalla de Ayacucho, titulada *Pan, queso y raspadura*. Ambas obras fueron publicadas mucho después de la muerte de Jerónimo Valdés; por lo tanto, estas incorporaciones forman parte del interés expiatorio del conde de Torata hacia la imagen y trayectoria de su progenitor.

ejército y por los partidos moderado y progresista por ocupar importantes puestos en la estructura militar española. En dicha circunstancia, tal testimonio aparece no solo como la versión española de la independencia peruana, sino como la defensa pública de los «ayacuchos» frente a sus críticos y detractores.

En el campo patriota, el testimonio de Guillermo Miller fue la primera fuente en publicarse en Londres cinco años después de la batalla de Ayacucho, por iniciativa y empeño de su hermano John, quien reunió la correspondencia y los documentos que Guillermo le enviaba desde el Perú y hasta consultó obras como las *Noticias secretas de América* de Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

En 1843 el coronel colombiano Manuel Antonio López publicó su testimonio con el largo título de *Campaña del Perú por el Ejército Unido Libertador de Colombia, Perú, Buenos Aires y Chile a las órdenes del inmortal Bolívar en los años de 1823, 24 y 25 con los mapas de los campos de batalla que dieron libertad a aquella República y aseguraron la independencia del Nuevo Mundo*. Lo hizo en Caracas, ciudad donde residía, lejos de su patria que atravesaba por el liberalismo de Santander y enfrentaba la «guerra de los conventos». En 1878, cuando estuvo de vuelta en Bogotá, corrigió y amplió la segunda edición con un rótulo cambiado y abreviado: *Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López, ayudante mayor general libertador, Colombia y Perú, 1819-1826*. En la introducción de esta nueva edición comenta que

Empleado en el Estado Mayor General Libertador de 1822 a 1824, allí contraí la afición de escribir y la ejercitaba apuntando, para informar a mi familia y mis amigos, algo de lo que presenciaba o se disponía en aquella Dirección general de las operaciones redentoras de la América del Sur; y hacía otro tanto en mis intervalos de servicio de línea, como lo fue el de la campaña de Ayacucho, para la cual solicité del Libertador, en Huamanga, me permitiera quedar en las filas del ejército porque quería participar de las glorias de aquella campaña; y habiéndomelo concedido, fui destinado al batallón Vencedor, en el que serví hasta que se consiguió la Independencia del Perú y Bolivia (López, 1919 [1878]: 19).

Resulta curioso que en la tercera edición de la obra de López —de la Biblioteca Ayacucho de Madrid (1919) dirigida por el escritor Rufino Blanco-Fombona— se haya suprimido un párrafo de la introducción que indica que para la reedición de su testimonio el autor contó con la ayuda de un amigo, cuyo nombre no menciona. ¿Quién fue tan misterioso acompañante intelectual? ¿Acaso Tomás Cipriano Mosquera, quien además de ser militar colombiano y presidente de Nueva Granada fue matemático, geógrafo e historiador? ¿O el político y militar venezolano Antonio Leocadio Guzmán, con quien López cooperó en el semanario *El Colombiano* en 1863?

En 1883 Juan Pérez y Soto publicó en Guayaquil el testimonio de su amigo, el arequipeño José María Rey de Castro y Arce, con el título de *Recuerdos del tiempo heroico: páginas de la vida militar y política del gran mariscal de Ayacucho*. Rey de Castro conoció a Sucre en 1823, cuando el militar cumanés ocupó la ciudad de Arequipa durante la segunda campaña de intermedios. Su testimonio constituye sobre todo una exaltación al vencedor de Ayacucho, a quien consideraba como un padre.

Similar tono encomiástico contiene la obra del coronel Francisco Budett O'Connor, aunque en este caso sobran los autoelogios y restan los enaltecimientos hacia los jefes del ejército libertador. Su testimonio inconcluso fue publicado en 1915 en Madrid por su nieto T. O'Connor d'Arlach con el simple título de *Independencia americana*.

A diferencia de los oficiales realistas que escribieron sus memorias para defenderse de sus críticos, los militares sudamericanos transformaron sus recuerdos en documentos para enaltecer a sus jefes (López, Rey de Castro) o perennizar su conducta militar (Miller, O'Connor), cuando las posibilidades de las nuevas naciones estaban en ciernes debido a las guerras caudillistas o al fracaso de los proyectos federativos (Gran Colombia, Confederación Perú-Boliviana). Tanto españoles como americanos elaboraron sus testimonios en medio del enfrentamiento político, recurriendo al cercano pasado para hallar en él lecciones de patriotismo, valor y desprendimiento que iluminasen su nuboso presente e impredecible futuro. Ello nos lleva a revisar los contenidos de los diez documentos para perfilar la crítica interna de las fuentes.

b) Crítica interna

Con la crítica interna podemos determinar el grado de confianza de los testimonios sobre la batalla de Ayacucho. Para ello es importante perfilar una breve semblanza de sus autores e identificar el lugar preciso donde estuvieron en el decisivo encuentro del 9 de diciembre de 1824. Empecemos con los autores españoles.

Es conocida la trayectoria del mariscal de campo Jerónimo Valdés. Natural de Somiedo en Asturias, adquirió entrenamiento y experiencia militar al participar en la guerra contra las tropas de Napoleón en la península ibérica. Luego, fue enviado a Sudamérica junto con el general La Serna. Tras la deposición de Pezuela, se convirtió en uno de los hombres de confianza del nuevo virrey (el otro fue Canterac), encargándose de reprimir a las tropas peruanas en las campañas de intermedios y al indócil Olañeta en Alto Perú. En Ayacucho comandó la vanguardia realista, con cuatro batallones de infantería (Cantabria, Centro, Castro y 1° Imperial) bajo su mando. Consumada la derrota, participó en las negociaciones para la capitulación, regresando con prisa a España junto con La Serna y otros oficiales a fin de besar la mano del rey y explicarle las razones de la derrota (Martínez, 2018: 149-150; 2019: 183).

Tanto Sepúlveda como Escudero fueron subordinados de Valdés. La poca información con la que contamos sobre el primero proviene de la pluma del mismo mariscal de campo, quien indica que Sepúlveda fue oficial del batallón de Granaderos de Reserva del Cusco y que en Guayaquil optó por apoyar la revolución del 9 de octubre de 1820, siendo uno de los que capturaron al escuadrón de caballería Daule, bajo las órdenes de Luis Urdaneta. Tras ser incorporado al ejército insurgente, fue enviado a Chile, donde se reintegró a las fuerzas realistas. El 9 de diciembre fue uno de los atacantes a la división de La Mar, aunque desertó en medio del combate dirigiéndose hacia el Cusco (Conde de Torata, 1896, III: 39). Probablemente emigró con rapidez a la península, pues aparece en fecha tan temprana como 1825 en el grupo ligado a Pezuela, cuando el exvirrey fue nombrado capitán general de Castilla la Nueva. Al contrario, Escudero permanece como un leal subordinado al mariscal de campo, pese a que luego de la independencia se unió al lado patriota y se convirtió en cercano

colaborador de Agustín Gamarra. Natural de Gijón, era un estudiante de la Universidad de Oviedo cuando le tocó participar en la revolución de Rafael Riego en Sevilla por la restitución de la monarquía constitucional y la Constitución liberal. Entonces pasó al virreinato peruano para combatir como capitán y ayudante general de Valdés en la vanguardia del ejército realista. Tras participar en la guerra civil de 1834 y despertar la admiración de la viajera franco-peruano Flora Tristán, retornó a la península, dedicándose a las labores administrativas e intelectuales.

Similar es la trayectoria de Andrés García Camba, natural de Monforte de Lemos, en Galicia, quien también luchó contra los franceses. En América, combatió en Alto Perú y junto con La Serna y Valdés formó parte del grupo de oficiales liberales que conspiró en contra del virrey Pezuela. Ascendido a brigadier por el nuevo virrey, participó en las batallas de La Macacona, Torata y Moquegua. En Ayacucho comandó una brigada de la caballería realista.

Por el lado patriota, la trayectoria de los testimoniantes es casi análoga, pues se incorporaron a las fuerzas libertarias para posteriormente terminar comprometidos en las guerras civiles de Colombia y Perú. Solo Rey de Castro se unió a las fuerzas patriotas después de Ayacucho y debido a la gran admiración que sentía por Sucre, como mencionamos anteriormente. En 1823 no pudo enrolarse en el ejército patriota y fue enviado al Cusco para servir como amanuense al virrey La Serna; como tal, estuvo en la batalla de Ayacucho. Después de la victoria se convirtió en secretario del mariscal de Ayacucho.

Guillermo Miller nació en 1795 en Kent, cerca de Londres. Tras combatir contra los franceses en España bajo el mando del duque de Wellington, se incorporó al ejército de San Martín, con el que cruzó los Andes y derrotó a los realistas en Maipú. Luego se trasladó al Perú con la Expedición Libertadora del Sur. Estuvo en las campañas de intermedios y en las batallas de Junín y Ayacucho. Después de retornar a su patria, reapareció en 1830 para participar como militar o diplomático en los conflictos políticos del Perú y para apoyar a Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana, hasta que en 1839 fue degradado por Gamarra.

Al igual que Miller, O'Connor también dejó su tierra de origen para comprometerse en la guerra separatista que estalló al otro lado del Atlántico. Nacido en Cork, un pueblo de la provincia de Munster en Irlanda, su carrera militar empezó en 1820 en las operaciones en la península de la Guajira. Estuvo en la batalla de la Laguna Salada, en el asedio a Cartagena y en la campaña sobre Santa Marta, en el caribe colombiano. Cuatro años después llegó al Perú y combatió en las batallas de Junín y Ayacucho. Luego, se asentó en Bolivia, llegando a ser gobernador militar de Tarija, lugar donde murió en 1871.

Nacido en Popayán e incorporado al ejército libertador de Nueva Granada en 1819, López participó primero en la batalla de Pichincha y en la liberación de la Audiencia de Quito. Combatió en Ayacucho con el grado de capitán en el batallón Vencedor del ejército colombiano, apoyando en las primeras horas del encuentro a la división peruana de La Mar para enfrentar el ataque de la vanguardia realista. Después pasó a residir en Venezuela, participando luego en los conflictos políticos de Colombia de mediados del siglo XIX.

Ya hemos señalado la trayectoria de Cortegana, quien se incorporó al ejército de San Martín en 1820 para participar en la guerra de la independencia y estar en Ayacucho como capitán de la Legión Peruana de la Guardia.

Como se habrá notado, todos estos testimoniantes ocuparon posiciones distintas en la pampa de Ayacucho. Valdés, Sepúlveda y Escudero estuvieron al lado derecho del campo realista, mientras que García Camba maniobró hacia el centro y a la izquierda del ejército español, junto con la infantería de Monet y Villalobos. En el lado patriota, Cortegana y López pelearon codo a codo contra Valdés, Sepúlveda y Escudero, mientras que Miller comandó la caballería que apoyó a la infantería para dismantelar la izquierda y el centro del enemigo. O'Connor presenció la batalla al lado de Sucre y al final luchó con los Granaderos de los Andes; Rey de Castro observó el combate en una posición más privilegiada: desde la cima del Condorcunca.

La posición de nuestros testigos en el campo de batalla, más sus orígenes y sus ubicaciones en los ejércitos contendientes, repercutió en la

elaboración de sus memorias. Influyen también los tiempos distintos en los que transformaron sus recuerdos en documentos, pues generaron una circulación de datos con una cadena de filiación de la información que nos lleva a discutir la novedad u originalidad del testimonio y su dependencia de otros anteriores (Araníbar, 1963: 122). Aunque la mayoría de las fuentes (Cortegana, Miller, López, Rey de Castro, Valdés, García Camba, Escudero) dependen del parte oficial de Sucre para «actualizar el recuerdo», el sistema de préstamos y transferencias es más notorio en autores posteriores como García Camba, López (1878) o Cortegana, quienes citan a Miller; en Rey de Castro, quien toma datos de López (1843) y en López (1878) y Cortegana que también citan a García Camba.¹⁰ Sin embargo, todos los testimoniantes desean subrayar su condición de observadores para captar la voluntad de sus lectores y convencerlos de la credibilidad de su testimonio. Así, Cortegana refuta en su texto algunos de los datos de García Camba; López (1878) hace lo mismo con Miller y García Camba. Pero quien llega al extremo es Valdés, al impugnar punto por punto las anotaciones de Sepúlveda y hasta los datos sobre la cantidad de combatientes españoles que aparecen en el parte de Sucre. Mientras que este último describe un poderoso ejército realista compuesto de 9310 hombres, Valdés calcula una cantidad menor (6000 soldados) y resalta la composición indígena de las tropas españolas. Los indígenas eran «tomados a la fuerza y embebidos en los cuadros sin instrucción ni disciplina y a quienes era preciso campar en cuadro o en columna cerrada con los oficiales y sargentos a los extremos, porque el que se separaba con cualquier pretexto no volvía a reunirse jamás» (Conde de Torata, 1896, III: 44).

Para el mariscal de campo, la composición indígena del ejército, las constantes deserciones y los estragos de la campaña final ocasionaron la derrota en Ayacucho. En tal sentido, un punto de discusión de los autores es el plan de ataque de los españoles, que no era tan sofisticado y pretendía aprovecharse del pie de monte del Condorcunca, del extremo septentrional

10 Los préstamos y transferencias provienen también de las obras de historiadores como Torrente o Restrepo. Por ejemplo, Cortegana, López (1878) y García Camba citan a aquel, mientras que Rey de Castro cita a este último.

del llano y de las quebradas que lo cruzan y rodean. Según el plan, la vanguardia comandada por Valdés y la división de Villalobos atacarían por la derecha e izquierda realistas, con el fin de encerrar al ejército libertador en una media luna. Al centro, se situaría la división de Monet. La caballería formaría a la izquierda realista para sostener a la artillería, mientras que los batallones Gerona y Fernando VII quedaban en la reserva (Conde de Torata, 1896, III: 63-64; García Camba, 1916 [1846], II: 300-302). Sin embargo, no todas las fuentes realistas coinciden en la autoría del plan y en el asentimiento de los oficiales españoles.

Valdés, Sepúlveda y Escudero afirman que el plan fue concebido por todos los oficiales españoles. García Camba señala que el autor del plan fue Canterac. López (1878) repite esta versión. Al margen de este detalle, es notorio que el plan fue aceptado por todos los oficiales, incluyendo a Jerónimo Valdés. No en vano este valiente militar asturiano se batió con entusiasmo y vigor en la batalla con el fin de debilitar el flanco izquierdo del ejército libertador. Algunos autores (López, O'Connor, García Camba, Escudero) sostienen que cumplió con su cometido al ocupar una casa abandonada en el campo, arrollar con los cuatro batallones de la división de La Mar e iniciar el cruce de la quebrada que rodea la pampa. Pero, otras fuentes (Miller, Cortegana, Rey de Castro y Sepúlveda) sostienen que no culminó su operación y fue contenido por el «Ejército del Perú», posteriormente apoyado por la reserva colombiana. Citando el testimonio de Jacinto Lara, O'Leary refiere que el ataque de Valdés fue detenido por la reserva patriota y que la división de La Mar «nada sufrió porque estaba a retaguardia sobre el pueblo de Quinua» (1919: 189). En la otra orilla, Sepúlveda denuncia al jefe de la vanguardia realista por actuar con torpeza y lentitud (Conde de Torata, 1896, III agregado: 19-20). Sin embargo, se trata de una acusación formulada por un exsoldado en medio de las disputas políticas y personales de los «Ayacuchos» en España, como anotamos anteriormente. Al contrario, parece no haber malicia ni subalterna intención en la conducta de Valdés; más bien, este oficial mostró valentía y compromiso con la táctica realista, al punto que sostuvo el enfrentamiento

hasta que vio flamear la bandera colombiana en el cerro Condorcunca (O'Connor, 1915: 148).¹¹

No obstante, el punto de mayor discordia es el de la capitulación. Valdés y García Camba detallan las tratativas previas con el propósito de explicar a sus lectores sus razones para la negociación y justificar su conducta. Refieren que un ayudante de La Mar ofreció una capitulación que fue aceptada por los oficiales españoles y negociada por Canterac y Carratalá porque advirtieron la imposibilidad de rearmar su ejército. Sepúlveda es de la misma opinión y termina reprochando a los oficiales españoles por aceptar un tratado vergonzoso y deshonoroso (Conde de Torata, 1896, III agregado: 20). Por el lado patriota, todos los autores refutan a García Camba y mencionan que un oficial realista (¿Canterac, Mediavilla?) pidió en el campamento patriota una capitulación. Los detalles no son claros; pero es evidente que los españoles consintieron la capitulación por la desastrosa situación en la que quedaron sus fuerzas que, además de derrotadas, se hallaban divididas. Y aunque para Valdés la decisión fue apresurada, al final aceptó el tratado porque con él los realistas consiguieron condiciones favorables para permanecer en el Perú o retornar a España (Martínez, 2018: 161-162; 2019: 202). En efecto, la capitulación estableció la rendición del ejército español y la entrega de las guarniciones militares y del parque de guerra al ejército libertador, además del retorno de los realistas a la península o su incorporación a la naciente República con el respeto de sus propiedades. Fue suscrita por Sucre y Canterac en la ciudad de Huamanga el 11 de diciembre de 1824 (García Camba, 1916 [1846]: 310-311).

Finalmente, tras establecer los datos coincidentes y discrepantes en las fuentes señaladas, podemos reconstruir los detalles de la batalla de Ayacucho, tomando como hilo conductor el testimonio de Cortegana.

11 Escudero y García Camba agregan que, al observar el desbande entre sus tropas, Valdés rindió su espada y se sentó en una piedra esperando que sus enemigos le ejecutaran; sin embargo, el coronel Diego Pacheco y otros oficiales le hicieron cambiar de opinión y le obligaron a retirarse hacia el cerro junto con lo que quedaba de su división y con la caballería realista (Conde de Torata, 1896, III agregado: 42; García Camba, 1916 [1846], II: 307).

CORTEGANA Y LA BATALLA DE AYACUCHO

La compulsión de los testimonios nos lleva a señalar que la embestida de la vanguardia realista y el ataque de las divisiones de Villalobos y Monet fueron los momentos más críticos de la batalla de Ayacucho. Pese a que la lucha se desarrolló en dos ejes simultáneos, al final se prolongó hacia el centro del campo y en toda la línea de batalla. Al igual que los demás testimoniantes, Cortegana nos ofrece una descripción de todo el encuentro. Pero es poco probable que haya notado los detalles del ataque de la división de Villalobos, de la resistencia de Córdova o de la lucha cuerpo a cuerpo en la derecha patriota, al estar ocupado en pelear contra la vanguardia realista en su batallón de la Legión Peruana de la Guardia. Por ello, en su testimonio describe con bastante locuacidad y profusión el enfrentamiento que desde las diez de la mañana sostuvieron las divisiones de Valdés y La Mar en el flanco izquierdo del ejército libertador. No obstante, en él inserta un panorama general de la batalla elaborado a partir del parte de Sucre, de las obras de Miller y García Camba y, probablemente, de las versiones orales de sus compañeros de armas que oyó cuando hizo las acciones humanitarias para los excombatientes de la guerra de la independencia.

La descripción del prócer cajamarquino sobre la batalla de Ayacucho se inicia en el Capítulo XIII del Tomo XII de su obra, con la narración de los acontecimientos previos al encuentro, como la emboscada de Colpahuaycco —en la que el ejército libertador fue atacado por la vanguardia realista con el resultado de 200 soldados muertos— o la ubicación de ambas fuerzas en el cerro Condorcunca y en la pampa de Ayacucho, a la espera del choque final. En el siguiente apartado, en el que describe la intensidad de la batalla, ofrece una extensa cita de la crónica de García Camba, que llega a cuestionar. El brigadier realista afirma que la división de Valdés arrolló a la división de La Mar, algo que —según su opinión— es completamente falso. Al mismo tiempo objeta a Mariano Torrente, quien señala que Sucre comprometió su reserva en las primeras horas del encuentro para contener el avance de la vanguardia española.¹² A continuación,

12 La misma crítica la realiza López en su obra de 1878.

realiza un quiebre en su narración: deja de lado la «versión española» de la batalla (representada por los dos autores citados anteriormente) para ofrecer la «versión peruana» personificada en él; es decir, replica a García Camba y Torrente para dilucidar cómo fue la batalla y qué es lo que sucedió en Ayacucho. Para probar su «aproximación a la verdad» del acontecimiento, inserta ciertos documentos como la misiva del sargento Pantaleón Baraona sobre la captura del virrey, la capitulación de Ayacucho, los partes de Sucre y algunas cifras de combatientes o armamento decomisado extraídas de la obra de Miller. Cierra el capítulo con una amarga queja sobre la desafección e ingratitud de La Mar hacia los soldados y con una extensa nómina de estos combatientes, mencionando sus datos biográficos básicos.

De este modo, el prócer cajamarquino ofrece un díptico de la batalla que se distingue de los capítulos anteriores de su obra, con un tono muy personal y particular en el que la información oficial y testimonios como el de Miller o García Camba establecen un contrapunto con sus íntimos recuerdos. Un díptico en el que la «visión peruana» del encuentro deviene en una reivindicación de los combatientes peruanos de Ayacucho que, en la segunda mitad del siglo XIX, yacían en el abandono o en el olvido. No olvidemos que Cortegana redactó su *Historia del Perú* cuando gestionaba la fundación de una sociedad humanitaria para el auxilio de los beneméritos de la patria. Las últimas páginas del capítulo sobre Ayacucho empatan con tal propósito solidario.

Al describir la batalla, Cortega señala que el plan de ataque de los españoles se ejecutó a medias y provocó un desastre en el ejército del rey. Refiere que el encuentro empezó cuando la vanguardia realista, comandada por Valdés, cargó sobre el flanco izquierdo del ejército libertador. Al mismo tiempo, un batallón de la división de Villalobos bajó desde las faldas del cerro Condorcunca y atacó la derecha patriota, pero dicha embestida fue repelida por la división de Córdova, que incluso destruyó parte de la división de Villalobos en una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo y con el apoyo de los Húsares de Colombia. A continuación, los soldados de Córdova avanzaron hacia el centro, derrotando al batallón imperial Alejandro, a cuatro escuadrones de la caballería realista y a dos divisiones

de su reserva, para luego girar hacia su izquierda y hacer retroceder a la división de Monet.

Para evitar el arrollador avance de los patriotas, La Serna se lanzó al ataque con los Húsares de Fernando VII, siendo contraatacado por la división de Córdova y la caballería patriota y capturado por el sargento Baraona.¹³ La noticia impactó entre los soldados realistas, quienes retrocedieron en desorden hacia la cumbre del Condorcunca u optaron por fugar, mientras que Córdova avanzó arrolladoramente sobre el pie de monte y empezó a trepar el cerro.

En el lado izquierdo patriota, la vanguardia realista trabó brutal encuentro con la división de La Mar que, al verse reforzada con dos batallones de la reserva y una compañía de la segunda división, arrolló a los atacantes y se apoderaron de su artillería. Los soldados españoles intentaron persistir en su empeño pero, al notar que los patriotas ascendían al cerro, iniciaron la retirada o abandonaron el campo de batalla. Los soldados del ejército libertador comprendieron que habían derrotado al poderoso ejército realista. «Entonces y solo entonces fue cuando ese ejército verdaderamente patriota entona el canto de ‘victoria’, ‘victoria’. Y la gran victoria inmortal de Ayacucho es fijada para siempre en beneficio de los presentes y futuras generaciones de los Estados de Hispanoamérica» (f. 338).

Tan cruento enfrentamiento no solo generó actos de coraje y valentía como la arremetida de Valdés, la resistencia de La Mar o el empuje de Córdova, sino también tensiones, temores y desesperanzas que permanecieron en el recuerdo de los combatientes. Testimonios como el de Cortegana sirven para reconstruir la historia de la batalla, pero también evocan en público experiencias traumáticas relacionadas con un enfrentamiento mortal, con la resistencia a la muerte y con la desaparición de la identidad individual en un colectivo que glorifica el conflicto. Mejor

13 Existen varias versiones sobre la captura del virrey. López (1843) señala que La Serna fue capturado por la caballería patriota. Luego (1878), precisa que fue derribado del caballo y detenido en una ensenada cuando huía por un oficial portorriqueño que lo intentó matar. García Camba indica que el virrey fue arrollado, derribado de su caballo y capturado cuando intentaba restablecer el combate. Sepúlveda indica que fue capturado en el punto donde estaba el escuadrón de reserva Fernando VII.

dicho, «ayudan a destacar las vivencias de un puñado de hombres que lucharon por conservar el recuerdo de su gesta además de su propia vida» (Mc Evoy, 2011: 232). Y con mayor razón si dichos testimonios fueron escritos y publicados tiempo después del encuentro, pues en ellos hallamos la transformación del tiempo lineal y del espacio en un tiempo heterogéneo que combina la angustia del presente con la incertidumbre del futuro, el temor y la tristeza con la creatividad y la fantasía y la discusión política con la idea de la trascendencia. En suma, escritos como los de Cortegana, al ser una visión de la guerra que no es puramente histórica ni puramente memoria, ofrecen un testimonio de la dimensión cultural del conflicto, «así como de la variedad de productos que se gestaron como respuesta a este inmenso desafío personal y comunitario» (Mc Evoy, 2011: 235).

Pero, para develar la cotidianidad subjetiva e íntima de los testimoniantes, debemos desarrollar una lectura detallada o «entre líneas» del testimonio, puesto que los autores resaltan en un primer nivel de comunicación el despliegue de las estrategias y tácticas militares o el movimiento de las tropas en las etapas de la batalla, para luego discutir entre sí, defenderse de sus críticos o perennizar su conducta o la de sus jefes, como vimos anteriormente. Tal deducción deviene en una hermenéutica de los conceptos o significados que utiliza el autor para interpretar los sentidos que le proporciona a la cultura o al hecho histórico (Geertz, 2003). En tal sentido, heurística, introspección y hermenéutica constituyen el procedimiento metodológico para el estudio de escritos que combinan la historia con la memoria o las luces y sombras, como el de Cortegana.

Para empezar, el autor menciona entre líneas la topografía accidentada y sinuosa de una cuenca como Ayacucho, caracterizada por la presencia de apretujados cerros, llanuras de pie de monte y profundos cañones. Por tal escenario natural los ejércitos marcharon de forma paralela entre fines y noviembre e inicios de diciembre de 1824, llegando incluso a encontrarse en más de una oportunidad para sostener escaramuzas como la de Colpahuaycco. Los realistas optaron por subir a las alturas de Pacaycasa y Huamanguilla para sorprender en cualquier momento desde arriba. De esta forma evitaron «un camino lleno de sinuosas escabrosidades y además de estar cortado por dos quebradas al mismo tiempo, cual circunstancia

embarazosa los ciñó al indispensable caso de subir los desfiladeros y desde luego emplear muchos terreno, tiempo y distancia con columnas prolongadas a su retaguardia» (f. 305). Son los patriotas quienes tienen que marchar por aquel camino de «sinuosas escabrosidades» hasta llegar al pueblo de Quinua y ocupar la pampa de Ayacucho.

En tal complicada geografía, los patriotas hicieron denodado esfuerzo para avanzar y enfrentar a sus enemigos, peor aún si no contaban con los recursos necesarios al hallarse lejos de su núcleo de aprovisionamiento (la sierra norte y central) y en un medio hostil. En Colpahuaycco, por ejemplo, habían perdido la artillería, el parque militar, los caballos y hasta el equipaje por el ataque de los españoles. En las vísperas de la batalla estaban «pobres y desnudos» y desprovistos de víveres para subsistir, pero con la voluntad «de combatir hasta morir o dar la libertad que la América esperaba de sus resignadas resoluciones, arrancando a toda costa para ello la más espléndida victoria» (f. 314). Con estas anotaciones, Cortegana combina en un tiempo heterogéneo el temor y la angustia con las expectativas gloriosas y el sentido de la trascendencia. Y acentúa tal combinación cuando folios más adelante describe al ejército realista que estaba mejor equipado y preparado para el encuentro. No obstante, menciona una simple apariencia, pues las «poderosas» tropas del rey tenían suficientes soldados y armamento, pero carecían de las expectativas e ideología que cohesionaban a sus oponentes. Un experimentado militar como Valdés refiere que el ejército real contaba con solo 500 combatientes de origen europeo y la mayoría de sus soldados eran peruanos o americanos capturados en batallas anteriores, o indígenas reclutados a la fuerza que desertaron en plena batalla (Conde de Torata, 1896, III: 61-62).

Seguramente Cortegana fue consciente de la precaria situación de las fuerzas realistas debido al desinterés de sus combatientes, pero prefiere silenciarla cuando escribe sus memorias y confiere a los soldados peruanos de la división de La Mar el protagonismo de la victoria y la gloria del triunfo. En cambio, no calla detalles como el alimento o el uniforme de las tropas.

Al describir las actividades cotidianas, señala que el 9 de diciembre los soldados de ambos ejércitos despertaron con el toque de diana de las

bandas y con sus armas en la mano pasaron las listas de costumbre. Luego, rompieron fila y sazonaron «un parco y desagradable rancho», mientras que el sol de la mañana avanzaba y ahuyentaba de «entre las restregaciones de manos de los valientes y el calor natural de aquellos el penetrante hielo de la madrugada» (ff. 315-316). Con el testimonio de Escudero sabemos que el rancho de los realistas consistió en maíz tostado con un poco de carne (Conde de Torata, 1896, III agregado: 36). Miller señala que por la falta de provisiones se vieron obligados «a comer carne de caballo, mula y borrico» (1910: 394), versión que es desmentida por García Camba. En el lado patriota, los soldados no podían abastecerse de recursos debido a la animadversión de los pobladores de Huancavelica, Huanta, Chincheros y Quinoa hacia ellos. Precisa Cortegana que estos no pudieron conseguir en Huanta «ganado alguno con que poder satisfacer el hambre urgente de las tropas libertadoras» debido a la sublevación de los huantinos en su contra (f. 305). Aún así, comieron algo de charqui el 9 de diciembre al amanecer, porque dos compañías de infantería y una de caballería trajeron algunas reses de Huanta (López, 1843: 59).

Tras la revista general de sus fuerzas, los realistas se prepararon, vistiéndolo el uniforme de parada (pompones, penachos y plumajes, cascos de oro y plata, fusiles, bayonetas, sables y lanzas). Algunos de sus oficiales optaron por el poncho blanco, convirtiéndose en un blanco fácil durante el encuentro. Nada nos dice el prócer cajamarquino de la vestimenta de los patriotas, aunque ya en los folios anteriores ha insinuado que el ejército libertador estaba pobre de uniforme; en cambio describe el sencillo traje de Sucre, «que no pasaba de pantalón y levita de paño azul, chaleco grana bordado de oro, gorra de nutria con franja de oro y capeta del mismo género y color azul del referido vestido» (ff. 319-320).

En medio de la tensión producida por la guerra emergen la solidaridad y la camaradería entre los soldados patriotas, que venían a combatir de distintos lugares y empezaban a diferenciarse por un incipiente nacionalismo asociado a la fundación de nuevas repúblicas como Gran Colombia o Perú. Incluso, en los momentos previos a la batalla, los parientes y afines que estaban en ambos ejércitos y tenían distintas expectativas protagonizaron un abrazo de despedida. Los autores españoles omiten toda

mención al respecto y solo el colombiano Manuel Antonio López ofrece una descripción bastante emotiva del encuentro porque participó en él.¹⁴ Cortegana reduce la escena a la entrevista que los hermanos Antonio y Vicente Tur y Berrueta sostuvieron la noche del 8 de diciembre de 1824. Ambos eran valencianos, pero militaban en fuerzas distintas. El brigadier Antonio era jefe del batallón Cantabria de la vanguardia realista, mientras que el teniente coronel Vicente era oficial del Estado Mayor del ejército libertador.

La escena fue bastante sentimental y afectuosa, pero sin tocar en sus opiniones procedieron a saludarse y abrazarse y hasta que el brigadier al despedirse le dijo: «siento, hermano, que estés metido en una causa que va a sucumbir». Y a lo que le contestó el patriota inspiradamente: «hermano, no tengas tal aflicción porque pudiera ser que te sirva de algo el día de mañana» y cada uno se restituyó a su respectivo ejército (f. 307).¹⁵

Esta descripción, sentida y personalizada, contrasta con los detalles macabros del choque entre patriotas y realistas, quienes recurrieron a la bayoneta, la lanza y el sable para avanzar o defenderse. Como señala Alejandro Rabinovich, el combate cuerpo a cuerpo con arma blanca requería de una «resolución extraordinaria por parte del atacante. Durante varias decenas de metros había que avanzar bajo el fuego enemigo sin perder el orden de la formación, para luego batirse mano a mano» (2018: 94). Tal técnica devastadora, que provenía de las guerras napoleónicas, se extendió por toda la línea de batalla. Por ejemplo, en la izquierda patriota, el ataque

14 En la segunda edición de su obra, López refiere que la despedida de los parientes sucedió por acuerdo de Monet y Córdova, quienes se entrevistaron antes del hecho. Sin embargo, O'Leary ubica este acuerdo para el 8 de diciembre en la tarde. Estos previos a la batalla han sido usados por autores como Salvador de Madariaga para dudar del encuentro. A partir del breve diálogo entre estos dos militares, de la actuación de los batallones de Monet y de Canterac, del pésimo desplazamiento de la caballería realista y de la capitulación generosa deduce Madariaga que el resultado de la batalla estuvo de antemano negociado y arreglado (1979, II: 256).

15 Refiere López que entre los soldados patriotas que participaron de la emotiva despedida se hallaban los colombianos Rafael Cuervo, Antonio Zornosa y Pedro Torres, los venezolanos Pedro Guas y Antonio Guerra, entre otros.

de la vanguardia realista provocó un colosal choque de infantes que es descrito por Cortegana con bastante crudeza:

Al encontrarse españoles y patriotas produjeron un choque terrible; porque [el batallón] Caracas, al tomar una de las piezas de artillería que traían los agredientes haciendo fuego, dejó a mucha parte de su tropa tendida y entre ella a su bizarro comandante León que recibió al pie del párpado del ojo izquierdo un metrallazo cuya acción soslayada no le destapó la cara, habiendo por tal casualidad escapado milagrosamente su existencia; pero el momento de este fatal suceso Caracas fue reforzado de la reserva por el general colombiano Lara con el batallón Vargas y el N°1 del Perú [la Legión Peruana de la Guardia] fue consiguientemente constituido en reserva para apoyar a la legión que inutilizaba y destruía a la vez que Caracas a los mencionados cuerpos españoles y los fuegos de la demás artillería enemiga... (f. 332).

Asimismo, en el centro y derecha patriota, el desesperado ataque de La Serna y de los Húsares de Fernando VII causó la inmediata respuesta de la división de Córdova y de los granaderos de la caballería patriota que avanzan «entre muertos de bayonetas, sables y lanzas, sobre cadáveres de hombres y caballos muertos, sobre alaridos y confusión de las propias masas realistas» hasta capturar al virrey y dispersar a los oponentes (f. 335).

Por supuesto que tal enfrentamiento ocasionó una gran cantidad de víctimas y heridos: 1400 muertos y 700 heridos en el ejército español, 370 muertos y 609 heridos en el ejército libertador (Dammert y Cusman, 1976: 169). El mismo Cortegana nos ofrece una panorámica del espeluznante sitio de batalla lleno de muertos y heridos:

... ya el campo no fue otra cosa sino un horroroso teatro de destroz y muerte y el denso humo esparcido en todo él formaba un velo de fúnebre hilo por las víctimas que se inmolaron entre la temeridad de los realistas y la libertad de la patria. La roja sangre corría a borbotones, los combatientes caían a tierra y roselados en ella apenas podían ser ya dolientes espectadores de sus insignificancias y del azar de una muerte tormentosa o de la prolongación de una vida desgraciada (f. 330).

Destrozo y muerte entre un grueso mayor de combatientes que militaban en ejércitos opuestos y al fin y al cabo pertenecían a una misma tierra; por ello, la batalla de Ayacucho constituye «un combate civil entre dos bandos, asistido cada uno por auxiliares forasteros», que preludia a los conflictos caudillistas de la temprana república (Riva-Agüero, 1969: 154). Y la misma vida de Cortegana prueba tal apreciación, pues el prócer cajamarquino peleó en Ayacucho en contra de otros peruanos movilizados bajo el pendón real (como Leandro Castilla, el hermano de Ramón Castilla, o los pobladores de las punas de Huanta) y más tarde se enfrascó en sórdidas disputas políticas y militares en contra de otros peruanos como él.

Culminamos este estudio introductorio mencionando el singular plano de la pampa de Ayacucho, elaborado por Cortegana. Benedict Anderson (1993) señala que los mapas y planos reproducidos mecánicamente por la imprenta ayudaron a consolidar el nacionalismo al construir y socializar la representación del espacio considerado como nacional. No obstante, los primeros planos sobre Ayacucho contribuyeron a representar gráficamente el desarrollo de una batalla que fue imaginada como trascendental para el inicio de las naciones sudamericanas y su vida republicana. A ello contribuyeron también los autores españoles al permitir la reproducción de sus planos en obras que después se difundieron en estas tierras, como es el caso de Mariano Torrente.

El primer plano de la batalla fue adjuntado al diario de Sepúlveda y reproducido por el citado Torrente. Se trata del gráfico que probablemente elaboró el subordinado de Valdés en la víspera del 9 de diciembre de 1824, porque en la compilación del Conde de Torata aparece también como ingeniero (¿acaso topógrafo?). Planos similares aparecen en los testimonios de Miller, López, García Camba y O'Connor. Todos ellos resaltan los accidentes geográficos del llano y el movimiento de las divisiones patriotas y realistas en una representación bidimensional y en planta del espacio, pero el de Cortegana es completamente distinto.

Este último desarrolla un dibujo tridimensional, con un inmenso tronco de cono en primer plano que representa al cerro Condorcunca. En el fondo aparecen las ondulantes siluetas de las montañas, configurando la perspectiva del diseño. Dos anchas e irregulares bandas simbolizan a las

quebradas que delimitan el cerro y la pampa y en el interior del macizo aparecen los batallones en movimiento, distinguibles por los colores azul y rojo que aluden a españoles y patriotas, respectivamente. Completan la representación diminutos dibujos de árboles, matorrales y casas y una leyenda que se despliega en el ángulo inferior izquierdo, con la nómina de compañías de cada ejército.

Este dibujo tridimensional no responde a las convenciones de la topografía de inicios del siglo XIX, que representaba a los cerros como lugares planos. Al contrario, se asocia a la imagen racializada de la cordillera andina, elaborada desde mediados de la mencionada centuria por intelectuales limeños como Mariano Felipe Paz Soldán o Pedro Paz Soldán y Unanue, muy interesados en fijar la identidad racial como identidad geográfica cuando en Lima se consolidaba el racismo decimonónico contra las poblaciones indígenas (Méndez, 2011). El Condorcunca de Cortegana se asemeja a la cordillera andina que aparece en el *Atlas Geográfico* de Mariano Felipe Paz Soldán, que data de 1865, donde además se la concibe como un obstáculo de difícil superación. Probablemente, el prócer cajamarquino consultó esta obra antes de dibujar su plano y, al optar por tal forma de representación, tal vez intentó dejar un mensaje subyacente a sus futuros lectores antes que reproducir racismo alguno. En efecto, lo implícito en el dibujo refiere que los soldados peruanos, al combatir en Ayacucho doblegaron primero tan tremendo obstáculo geográfico para luego vencer al poderoso ejército del rey, pese a todas las adversidades existentes.

EPÍLOGO

Juan Basilio Cortegana, el preclaro prócer cajamarquino que participó en la guerra separatista de 1820-1824 y en la construcción del Estado republicano, elaboró un valioso testimonio de la batalla de Ayacucho, que aparece como un capítulo en su síntesis de la historia peruana. Dicho testimonio, redactado años después de su participación en tan trascendental evento, es un díptico sobre la batalla, muy personal y distinto a los demás capítulos de su obra, porque establece un contrapunto entre sus recuerdos y

la información oficial o demás testimonios sobre el encuentro. Asimismo, constituye la «visión peruana» de la batalla, en contraposición a la «versión española» ofrecida por García Camba, que culmina con una reivindicación de los combatientes peruanos de Ayacucho, quienes a mediados del siglo XIX —la época en que inició con la redacción de su obra— habían sido olvidados y abandonados por el Estado y la sociedad.

Cortegana se asemeja a los demás combatientes de Ayacucho (españoles y patriotas) que posteriormente escribieron sus recuerdos sobre la batalla. Como los demás, pertenece a la generación de militares que aprendió de estrategias y tácticas en el mismo campo de batalla, que estuvo en la independencia y después se comprometió en los conflictos políticos y militares de su tiempo y sociedad. Como los demás, configuró en medio de la guerra sus expectativas y deseos relacionados con sus orígenes sociales y regionales. Al mismo tiempo, engendró miedos, vacíos y desesperanzas, pues en la guerra no solo se luchaba para alcanzar el ideal de la libertad y la trascendencia terrenal, sino también para esquivar a la muerte y subsistir al final de la campaña. Por ello, en su testimonio no solo consignó el coraje y el pundonor de sus compañeros de armas, sino también la sobrevivencia de los soldados en una complicada geografía, la cotidianeidad de la campaña, la brutalidad del choque de soldados armados con bayonetas, sables y lanzas y el espeluznante reconocimiento del campo de batalla regado de muertos y heridos.

Testimonios como los de Cortegana nos ayudan a reconstruir los acontecimientos políticos y militares de hace 200 años, relacionados con nuestra independencia y con la fundación de nuestra república. Al mismo tiempo, nos permiten reconstruir el día a día de un proceso largo, con sutiles recodos y abruptas interrupciones, protagonizado por hombres de carne y hueso que se batieron en batalla, apostaron por uno u otro caudillo y culminaron sus días demandando el reconocimiento de su tiempo y de la historia. Personajes multifacéticos y complejos como Juan Basilio Cortegana, el hombre de Celendín, el autor de una *magnum opus* sobre la larga historia de nuestra nación, que en el transcurso de su vida alternó entre la línea de combate, la curul parlamentaria y la producción intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Araníbar, Carlos (1963). «Algunos problemas heurísticos en las crónicas de los siglos XVI-XVII». En *Nueva Corónica*, 1, pp. 102-135.
- Carrasco Limas, Apolonio (1954). *La Historia del Perú de Juan Basilio Cortegana. Una contribución al estudio de la historia nacional*. Lima: Tipografía Peruana.
- Dammert León, Augusto y Tulio Cusman Cárdenas (1976). *Ayacucho: la libertad de América, 1824*. Lima: Comisión Mixta de los Sesquicentenarios de Junín, Ayacucho y Convocatoria al Congreso de Panamá, 2da. Edic.
- Espinal Enciso, Víctor Felipe (2020). *Guerra y guerrilla en los andes centrales. Perú, 1820-1824*. Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- García Camba, Andrés (1916). *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú, 1822-1824*. Madrid, Editorial América, Vol. 2°.
- Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- López, Manuel Antonio (1843). *Campaña del Perú por el Ejército Unido Libertador de Colombia, Perú, Buenos Aires y Chile a las órdenes del inmortal Bolívar en los años de 1823, 24 y 25 con los mapas de los campos de batalla que dieron libertad a aquella República y aseguraron la independencia del Nuevo Mundo*. Caracas: Imprenta El Venezolano.
- López, Manuel Antonio (1919). *Recuerdos históricos de la guerra de la independencia, Colombia y el Perú*. Madrid: Editorial América.
- Macera, Pablo (2017). «El ejército en la República, siglo XIX». En *Obras escogidas de historia*. Lima: Congreso de la República, Vol. 3°, pp. 667-679.
- De Madariaga, Salvador (1979). *Bolívar*. Madrid: Espasa Calpe, Vol. 2°, 2da. Edic.

- Martínez Riaza, Ascensión (2018). «Contra la independencia. La guerra en el Perú según los militares realistas (1816-1824)». En McEvoy, Carmen y Alejandro M. Rabinovich (eds.), *Tiempo de guerra: Estado, nación y conflicto armado en el Perú, siglos XVII-XIX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 139-168.
- Martínez Riaza, Ascensión (2019). «El retorno de los vencidos. Los ayacuchos se justifican (1824-1833)». En Peralta, Víctor y Dionisio de Haro (eds.), *España en el Perú (1796-1824): ensayos sobre los últimos gobiernos virreinales*. Madrid-Michoacán: Marcial Pons-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, pp. 181-216.
- Matute, Álvaro (1999). *Heurística e historia*. México D. F.: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mc Evoy, Carmen (2011). *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura durante la Guerra del Pacífico*. Lima: Centro de Estudios Bicentenario, 2da. Edic.
- Méndez, Cecilia (2011). «De indio a serrano: nociones de raza y geografía en el Perú (siglos XVIII-XIX)». En *Histórica*, 35 (1), pp. 53-102
- Miller, Guillermo (1910). *Memorias del general Guillermo Miller al servicio de la República del Perú*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, Vol. 1º.
- O'Connor, Francisco Burdett (1915). *Independencia Americana*. Madrid: Editorial América.
- O'Leary, Daniel Florencio (1919). *Junín y Ayacucho*. Madrid: Editorial América.
- Pereyra Chávez, Nelson E. (2017). «La batalla de Ayacucho: cultura guerrera y memoria de un hecho histórico». En Chust, Manuel y Claudia Rosas (eds.), *El Perú en revolución. Independencia y guerra: un proceso, 1780-1826*. Castelló: Universitat Jaume I-El Colegio de Michoacán A.C.-Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Rabinovich, Alejandro (2013). *La société guerrière: pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata, 1806-1852*. Rennes: Presses universitaires de Rennes.

- Rabinovich, Alejandro (2018). «El cuerpo, las armas y el combate. Hacia una antropología histórica de la guerra». En *Diferencias, Revista de Teoría Social Contemporánea*, 1 (6), pp. 86-110.
- Rey de Castro, José María (1888). *Recuerdos del tiempo heroico: páginas de la vida militar i política del gran mariscal de Ayacucho*. Guayaquil: Imprenta de Calvo i Compañía.
- Ricœur, Paul (2013). *La memoria, la historia, el olvido*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2da. Edic.
- Riva Agüero, José de la (1969). *Paisajes peruanos*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Obras Completas Vol. 9°.
- Sobrevilla, Natalia (2011). «From Europe to the Andes and back. Becoming ‘Los Ayacuchos’». En *European History Quarterly*, 41 (3), pp. 472-488.
- De Torata, Conde (1896). *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*. Madrid: Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, Vols. 3° y 3° agregado.
- Vinke, Ramón (2019). «El presbítero Pedro Antonio Torres capellán del Libertador». En *Montalbán Revista de Humanidades y Educación*, 54, pp. 259-306.

BASILIO CORTEGANA, LA REPÚBLICA MILITARIZADA Y EL SIGLO DE LAS REVOLUCIONES

GUSTAVO MONTOYA

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

El espíritu renovador
que en todas partes anima
hasta las sociedades mas
viejas, vino al fin a revelarse, en
el Perú, al través de treinta años
de revoluciones personales,
desnudas de todo principio, y de
toda idea de perfección social

FERNANDO CASÓS (1854)

Juan Basilio Cortegana fue, sin duda, un testigo y actor privilegiado del establecimiento de la república y de su posterior y tumultuosa trayectoria. El soldado de las guerras independentistas fue también partícipe de los enfrentamientos entre caudillos civiles y militares. Un escenario político, social y militar, estructuralmente inestable y en donde el uso de la violencia formaba parte del sentido común entre actores sociales recientemente constituidos. Testigo de vista de una sociedad y de una época de tránsito, el celendino republicano que se presentó como voluntario al ejército

libertador, dejó para la posteridad una portentosa obra escrita. Cortegana se embarcó en un ambicioso proyecto historiográfico personal, en el que la historia como experiencia colectiva se fundía con su propio derrotero biográfico. Habría que empezar por preguntarse sobre las motivaciones subjetivas que lo condujeron a intentar registrar «una exactitud de cuanto ha ocurrido en el Perú» (Carrasco, 1954: IX).¹ Una sentencia de tal magnitud, que proviene de un personaje que no formaba parte del mundo académico, merece con toda seguridad más de una explicación.

Con toda seguridad, a cualquiera de sus contemporáneos el propósito de Cortegana le debió resultar una pretensión abrumadora: reescribir toda la historia del Perú con todas las implicancias que ello supone. Nada menos que desde sus orígenes, pasando por el periodo prehispánico y el sistema de dominio colonial, para detenerse en el periodo de las guerras separatistas, de las que fue, como ya se ha mencionado, participante y testigo. Un propósito intelectual de tales proporciones, llevado adelante por un personaje de escasos recursos económicos y, sin embargo, con sólidas certezas existenciales, sin duda era parte de una tendencia compartida por personajes cercanos al mundo popular. Y es lo que también nos interesa poner en relieve: a través de su obra, se puede identificar la existencia de cierta sensibilidad historiográfica plebeya que, al compás de la iniciación republicana, emergía como una corriente crítica a los desafíos y las carencias institucionales de su época. En realidad, aquí no interesa demasiado la veracidad con que reconstruye lo acontecido. Importa, más bien, indagar bajo qué consideraciones se sitúa ante el pasado: el propósito aleccionador que lo anima.

La aspiración de organizar un relato y una narrativa totalizadora fue, en su caso, un imperativo ético y moral, casi la obligación de «un fiel hijo suyo» con su país, una demostración «de amor a su Patria y a todos sus compatriotas». Se trata, efectivamente, de la relación casi romántica entre un sujeto y su comunidad de origen, conexión que halló en el discurso histórico un elemento vinculante para otra de las aspiraciones presentes y

1 Carrasco Limas fue uno de los primeros estudiosos de la monumental obra de Cortegana; en adelante, todas las citas de Cortegana provienen del libro aquí mencionado.

urgentes en la obra de Cortegana: fundir la patria con la nación peruana. Es decir, el enlace entre la figura de las patrias, esas comunidades locales y regionales que la guerra por la independencia había logrado movilizar, convocando actores y voluntades colectivas. Tales identidades debían disolverse en la promesa republicana, cuya figura era justamente la nueva nación peruana.

Para tal emprendimiento, el relato histórico tenía un papel estelar que cumplir. La imagen de Cortegana se nos presenta como la de un cantor épico, pues la suya fue una experiencia marcada por la tragedia y hasta cierto punto el desarraigo, si se tienen en cuenta sus múltiples tentativas por obtener alguna forma de reconocimiento de los poderes públicos y del Estado. Una plena conciencia que lo confrontaba por el hecho de haberse embarcado en un proyecto hasta cierto punto peligroso: corregir y enmendar las narrativas dominantes que, desde su punto de vista, habían falseado la historia.

Desde su domicilio ubicado en el barrio plebeyo de Malambo, el soldado republicano que había peleado en las batallas de Torata, Moquegua, Zepita, Junín y Ayacucho, por intermedio de un trabajo infatigable en la paz de su retiro, quería trascender a su generación y habitar en la memoria de la posteridad, puesto que, además de haber contribuido en favor del establecimiento de la república, su propósito también era «llevarse la gloria de ser uno de los primeros que ha procurado con valor y con constancia afianzarle su Independencia y su libertad en la guerra, y ahora con positivas letras, también su historia». Resulta sumamente interesante que Cortegana se haya empeñado en establecer la verdadera historia, que en sus términos debía ser objetiva. La contemporaneidad con que desea dotar al conocimiento histórico es evidente. Dejando a un lado las obvias dificultades conceptuales a las que tuvo que hacer frente, así como sus limitaciones retóricas, de las que se desprende el uso de categorías un tanto ambiguas, interesa destacar cierto vitalismo existencial que lo anima, una moral e ilustración plebeya que se pone en movimiento para refundar el trasfondo histórico de la nación peruana.

Sin embargo, si se le compara con algunos de sus contemporáneos, como Juan Espinosa o Manuel de Mendiburu (ambos militares),

poseedores de recursos intelectuales más sofisticados como el acceso a fuentes bibliográficas o una biblioteca diversificada, destaca el aplomo de Cortegana, quien con sus escasos medios académicos se aventuró no solo a reescribir la historia peruana, sino a enmendarle la plana a algunos historiadores ya consagrados: García Camba, Miller y Torrente. El reproche es contundente cuando se refiere a los nombrados. Evidentemente estamos ante una inteligencia vivaz y empírica, cuya fortaleza debió nutrirse de la certidumbre que tenía por haber sido testigo y actor de los hechos que se proponía narrar, fundamentalmente en lo que toca al proceso político y militar independentista.

Efectivamente, los volúmenes dedicados a la etapa militar separatista, entre 1821 y 1824, años en los que Cortegana ya se había alistado en el ejército libertador —y, en consecuencia, era actor de las campañas militares—, son los pasajes más vivos y coloridos de su relato. Es la voz del actor y testigo que rememora con emoción los sucesos que dieron lugar al nacimiento de la república. Un elemento que aparece insistentemente en el relato de Cortegana es la búsqueda de objetividad, una aspiración que va tomando el cuerpo de juicio moral para dotarle de certeza a su discurso. A tono con el romanticismo decimonónico de su tiempo, la reflexión histórica adquiere resonancias aleccionadoras: «Nada es más justo y digno de una imparcial historia que hacer justicia al mérito o condenar el vicio encuéntrale donde le encontrare». La Historia como discurso y como experiencia colectiva adquiere en su relato un protagonismo casi inmanente. Advierte que su propósito no es «comentar satíricamente la vida pública de nadie»; tampoco pretende ensayar «apología alguna por mera adulación o interés privado»; insiste una y otra vez en su objetivo fundamental: «no hace más que referir las acciones de los hombres».

En primer término, había que conocer y ordenar «el desarrollo de tantos y tantos acontecimientos», señala Cortegana; es decir, lo que hoy podríamos decir como un estado del arte, una suerte de balance historiográfico sobre el derrotero de la historia del Perú y su errática y tumultuosa trayectoria. En consecuencia, continúa, «ha sido preciso recorrer muchas páginas», lo que da cuenta de su trabajo paciente y artesanal en medio de las limitaciones materiales que lo agobiaban. Cortegana se propone una

hermenéutica alternativa, con todo lo que ello implica. Redacta para un nuevo auditorio y pretende restituir con contenidos legítimos las acciones y los personajes de la gesta emancipadora. Además, nuestro personaje busca la gloria, una redención que aspira obtener en la posteridad, precisamente a través de su monumental relato.

En 1848, a menos de tres décadas de haberse instalado la república, Cortegana inicia la redacción de su obra, en la que nuestro personaje se presenta como una esponja social de su tiempo. No es cualquier fecha, pues 1848 es el año de la gran agitación europea. La conmoción que se gestó en el nuevo mundo por los sucesos de la primavera revolucionaria está plenamente documentada (Leguía, 1939). Lima era en esa época una de las ciudades más cosmopolitas del continente americano. Periodo de cierto esplendor y de un optimismo modernista, que hundía sus razones en los generosos ingresos a las arcas del Estado efecto de las exportaciones del guano de isla. Cortegana inicia la redacción de su obra en tal contexto y también es contemporáneo al ascenso del segundo ciclo del liberalismo peruano. Sin duda alguna, también fue testigo de las expectativas que generó el primer gobierno de Castilla.

No es difícil imaginar a nuestro personaje cruzando a pie, una y otra vez, el puente de piedra que une Malambo (en el actual distrito limeño del Rímac) con la plaza de armas de la capital. La suya fue sin duda alguna una trayectoria y biografía colectiva, cuyos afanes y desilusiones fueron compartidos con sus camaradas de armas. Toda una generación de soldados republicanos para quienes la fortuna resultaría esquiva. No obstante, lograron preservar con celo aquello que consideraban de mayor valor y, por lo mismo, intransferible: sus recuerdos, una memoria viva aunque lacerante. La revolución, en un sentido negativo, de la que habían sido en parte gestores, era definida como «una cadena de materias heterogéneas» no exenta de «sucesos viciosos», y por lo tanto «atribuido a la veleidad e inconsecuencias de los hombres»; en consecuencia, había que preservarse de «ser víctima de semejante torbellino». Eran las intermitentes guerras civiles, la anarquía y la desolación que asomaba a la joven república.

Este ensayo se divide en tres partes. En primer término, nos interesa discutir los elementos fundamentales que Cortegana pone en movimiento

para ofrecernos una imagen e interpretación alternativa de la independencia y, por esa vía, peruanizar las guerras separatistas. En segundo lugar, nos proponemos exhibir el panorama político, social y militar del periodo conocido como la iniciación republicana —siguiendo la clásica periodización de Basadre— para ensayar una mirada al primer militarismo peruano. Finalmente, pretendemos reconstruir el entorno político, social e intelectual en el que Cortegana elabora su relato.

LA INDEPENDENCIA COMO EPOPEYA

Un aspecto gravitante de las guerras independentistas en el Perú, que tendría honda repercusión en las décadas posteriores, fue el hecho de que, si bien tanto las élites patriotas como las mayorías urbanas y rurales de la época no lograron constituir un ejército revolucionario, en cambio tuvieron, durante esa coyuntura, un acelerado y portentoso aprendizaje político e ideológico. En efecto, los sectores populares y medios, bajo el encuadramiento de milicias, guerrillas y montoneras, se involucraron desde niveles locales y regionales tanto en favor de la ruptura como por la continuidad. Tal participación, mediatizada por los ejércitos libertadores que también fueron percibidos luego como tropas de ocupación, generó una subjetividad particular, aunque diferenciada entre todos los grupos sociales.

Ese distanciamiento entre las fuerzas patriotas peruanas y los ejércitos republicanos que llegaron desde la periferia continental terminó por marcar una tendencia en la gestación de la cultura política entre los peruanos. Una relación de necesidad impuesta por la contingencia pero, al mismo tiempo, por la decantación de posiciones e identidades colectivas locales y regionales, así como también por la gestación de ciertos lazos de cohesión de diversa procedencia —culturales, étnicos, políticos, de clase, sociales, territoriales—, impuestos y galvanizados por la dinámica de las guerras que ya se habían echado a andar. Los escritos de Cortegana sobre la guerra dan cuenta de tales fenómenos.

La independencia en el Perú fue vivida por los actores históricos como una portentosa suma de complejidades de toda índole: políticas, sociales,

militares, ideológicas y culturales. Una suerte de aceleración de la historia. Una acumulación de procesos iniciados y sin concluir. Una ruptura que fue experimentada como el final del dominio español en la esfera política y como la apertura de múltiples vías de autonomía. Cada grupo social, étnico y cultural concibió este proceso de ruptura desde sus expectativas e intereses. Lo que aquí nos interesa resaltar es que, en el universo militar peruano que recién se iba gestando, se abrían múltiples y heterogéneas vías de realización. Lo interesante fue que eran grupos humanos provenientes de sectores plebeyos los que rápidamente racionalizaron tales oportunidades de realizaciones personales. Fueron realmente nuevos proyectos de vida que se abrían hacia el futuro. El estancamiento y la fijación estamental impuesta por los mecanismos de control del antiguo régimen ya se venía haciendo trizas por la guerra revolucionaria en la periferia, pero ahora esa experiencia y promesa llegaba al Perú con las banderas de la patria.

Los innumerables casos de jóvenes —algunos casi adolescentes— entre los sectores medios de las élites regionales y limeñas que se acercaron y se ofrecieron como voluntarios para conformar el ejército libertador, dan cuenta de la emergencia de un amplio y extenso segmento social inédito. Las distancias y diferencias con las milicias coloniales, con el ejército de línea realista, con sus reglamentos, usos y tradiciones fueron notables. Estamos ante toda una galería de biografías que se formaron militar y políticamente combatiendo en contra del despotismo y los regímenes absolutistas.

Recuperar esa experiencia desde sus circunstancias y desafíos nos obliga a reconocer que se trata de grupos humanos que se comprometen en favor de la revolución. En favor de la libertad. Ese aliento romántico y revolucionario fue la seña de quienes luego serían protagonistas del proceso político y la inicial gobernabilidad republicana. Es esa imagen según la cual, durante las primeras décadas de la república, los que ejercían la titularidad del poder real eran esos coroneles y generales mestizos provenientes de las regiones, a cuyo alrededor rotaban los locuaces criollos civiles, ya fuera como asesores, ya fuera como oficiosos publicistas, periodistas o ideólogos de coyuntura.

El aprendizaje al que estuvo expuesta esta primera generación de militares peruanos, de la cual Cortegana formaba parte, no distinguía

nítidamente entre la esfera política y militar. La guerra era una gesta política, del mismo modo en que la política era una cruzada militar. El ADN de estas primeras generaciones de oficiales peruanos estaba profundamente impregnado de tales certezas ideológicas. Valores éticos y sociales en favor de la autonomía y la libertad. Un liberalismo que recusaba el absolutismo en todas sus manifestaciones. Las ideas y nociones de cambio estaban a la orden del día.

Lo que le preocupa a Cortegana cuando tiene que representar y destacar la participación peruana en favor de la independencia es, según sus términos, establecer «la ilación histórica» de los acontecimientos. Le subleva que los historiadores hayan dejado a un lado la peruanidad del proceso separatista, dándole más importancia a la presencia de los libertadores. Para Cortegana «la imparcialidad de la historia» debe encargarse de situar los hechos «en su lugar y curso». Su relato toma, entonces, todas las prevenciones morales para presentar «los sucesos tales como son ellos, y tales como son los hombres que las practican». Nuestro personaje tiene su propia filosofía, sus propias certezas sobre el sentido y curso de la historia.

Cortegana no desconoce las iniciativas revolucionarias locales en el virreinato peruano y las anteriores a la presencia de los libertadores. Cuando tiene que establecer una genealogía del proceso emancipatorio, su mirada tiene una doble perspectiva: de un lado, el registro de las principales insurrecciones internas; de otro lado, el horizonte continental. Sobre lo primero, se remonta a la rebelión liderada por Juan Santos Atahualpa, registra la revolución de Túpac Amaru II, los sangrientos sucesos de Huánuco en 1812 y la rebelión de los hermanos Angulo y Pumacahua en el Cuzco en 1814-1815. Todo esto sin dejar de evocar la sucesión de conspiraciones, motines y la represión del Estado virreinal desde Abascal hasta La Serna.

Como se expondrá en adelante con respecto al proceso político y militar independentista, la postura que exhibe Cortegana pretende imparcialidad, sin que ello le impida pronunciarse a la hora de desaprobado a determinados actores, o cuando intenta dar cuenta de algunos acontecimientos particularmente escabrosos. Por ejemplo, el fusilamiento de Juan de Berindoaga por orden de Bolívar, donde recoge consideraciones legales del juicio poco transparentes. No oculta Cortegana los méritos del ajusticiado: «habiendo

sido Berindoaga una capacidad limeña por su ilustración, además de sus precedentes de origen, Título de Castilla y exaltado por la Patria al alto rango de General y Ministro de Estado»; al mismo tiempo, registra la enorme conmoción y desaprobación que causó en la capital su muerte: «El día de esta ejecución fue para Lima horroroso: todos conocían el crimen; todos confesaban lo justo de la sentencia; pero a todos repugnaba el que así se les hubiese ajusticiado».

Lo mismo puede decirse con relación al incendio de oficinas públicas, específicamente los ministerios de Guerra y Hacienda. Cuando se ocupa de estas cuestiones —a las que muy pocos historiadores se han dedicado—, en realidad discute las sombras que rodearon al régimen del protectorado; no obstante, la figura de San Martín aparece casi siempre en términos de aprobación. En ello radica la agudeza de Cortegana, pues trata de situarse en el punto medio de los juicios valorativos. El incendio y las circunstancias en que se produjo vinculaban directamente a Bernardo Monteagudo e Hipólito Unanue, encargados de ambas estratégicas carteras del gobierno. Agrega que, para la opinión pública de la época, el desastre había sido ocasionado para encubrir actos de corrupción que comprometían a ambos personajes, puntualmente «de haberse aprovechado para sí (...) de inmensas sumas de los secuestros de los bienes de los españoles que habían expulsado». De ello desprende que los incendios habían sido alevosamente provocados, «como único arbitrio empleado con éxito para salir de toda responsabilidad, en este particular».

Otro tema que ocupa la atención y crítica del autor es la convocatoria al primer congreso constituyente como el inicio práctico del gobierno conducido por los peruanos; es decir, «la voluntad de los pueblos y la emanación legal del poder Supremo de la Nación Peruana». No obstante, desliza sus resquemores en torno a la designación de la Junta Gubernativa, debido a que estaba compuesta por dos extranjeros: José de la Mar, a quien identifica como colombiano al estar Cuenca bajo la soberanía bolivariana, y el argentino Felipe Antonio Alvarado. Además, menciona a un aristócrata: «el peruano limeño que menos se esperaba que fuera electo», el conde de Vista Florida, Manuel Salazar y Baquíjano.

Siguiendo su inclinación que hoy podríamos nombrar como la de un nacionalismo exaltado, Cortegana advierte en torno a la composición de la Asamblea que «no obraba nacionalmente» debido a que, fundamentalmente, los diputados electos estaban «divididos en bandos, a causa de sus opiniones heterogéneas [...] del más execrable egoísmo». En consecuencia, sus intereses e inclinaciones eran divergentes, «por ser unos colombianos, otros argentinos, chilenos y el resto de peruanos, buenos o malos a la causa de la Independencia y libertad del país». A pesar de que reconoce el patriotismo militante y comprometido de la representación peruana «entre ellos al primer golpe de vista [...] algunos pretendían secretamente el partido del rey de España». Pero es sobre Luna Pizarro donde descarga sus furias más encendidas. Para Cortegana, el habilidoso sacerdote arequipeño, a quien Basadre identificara como el poder detrás del trono, no era sino «la cabeza de la demagogia y la anarquía [...] y el agente más activo de sus desgracias». Es interesante y sintomático el equilibrio y el esfuerzo que despliega por iluminar el claroscuro de esta época. Si bien admite la existencia de sectores realistas en Lima, ello no le impide reconocer la voluntad colectiva de la capital y de sus habitantes en favor de la libertad. En abierta discrepancia con los que negaban el patriotismo limeño, agrega: «¡Qué cúmulo de injusticias puede engendrar el odio y la intolerancia! Cómo desestimar la valiosa colaboración limeña en la magna gesta de la libertad».

Repasa el breve gobierno de Riva Agüero, en quien identifica al líder peruano llamado a conducir la revolución independentista, reseñando las principales gestiones de su gobierno. Este personaje representa, para Cortegana, el temprano inicio de las conspiraciones desde el seno de la elite limeña, destacando su papel como informante de San Martín mucho antes del arribo de la expedición libertadora. Ya en el poder, la obra de Riva Agüero se multiplica: la formación del ejército compuesto por oficiales y tropa nativa, el establecimiento de la academia militar, el apoyo e incentivo hacia las guerrillas y montoneras que operaban en la sierra central. Recoge también la opinión generalizada de que fue Riva Agüero el líder o promotor de la caída de Monteagudo en julio de 1822, en momentos en que San Martín se hallaba en Guayaquil en la entrevista con Bolívar. Sobre las circunstancias en que accedió a la presidencia observa que «Dicho jefe

aceptó el encargo y lo desempeñó vigilantemente». También le atribuye a Riva Agüero el fortalecimiento del ejército unido que peleó en Junín y Ayacucho, recordando a la tropa que seguía al caudillo limeño en Trujillo, Huaraz y Cajamarca y que, pese a su salida del Perú, se pusieron a las órdenes del libertador venezolano.

Las escenas acontecidas luego de la victoria en Junín hasta antes del desenlace en Ayacucho, en ese extenso y complejo corredor que une Huamanga con el Cuzco, dan cuenta de la suma de reconfiguraciones en la posición política e ideológica que los pueblos y localidades tuvieron en relación con ambos ejércitos. Los actores colectivos rurales no permanecieron al margen del final de la guerra. Habían seguido el curso de los sucesos políticos y militares desde sus intereses, sobre todo para resguardar sus propiedades, pequeñas o medianas, y la vida de los suyos. El desplazamiento de ambos ejércitos por territorios sumamente accidentados, atravesados por valles profundos, laderas escarpadas y cimas agrestes, bordeando los márgenes del gran río Pampas y de las comunidades que lo circundaban y, en general, todo lo acontecido entre estas localidades durante los decisivos meses entre agosto y diciembre de 1824, tuvo un impacto determinante en las mentalidades y el estado de ánimo de la tropa, tanto realista como republicana.

Pero es al describir las batallas de Junín y Ayacucho cuando Cortegana desborda en detalles y exhibe lo que más le interesa: destacar el heroísmo republicano en la guerra. Ambas batallas son relatadas al detalle, puesto que se trata de las remembranzas de alguien que estuvo presente como participante de la jornada. El aliento épico que destila de tales descripciones es ejemplar. En primer término, cuestiona que la disensión entre La Serna y Olañeta haya sido la principal causa de las victorias patriotas y, más bien, se ocupa de las diferencias de opinión entre los oficiales fieles a La Serna. Puntualmente, entre Canterac y García Camba, en lo relativo a concentrar todas sus fuerzas y marchar al norte en busca de Bolívar al inicio del año 1824. Esta duda entre el Estado Mayor realista habría sido una ventaja crucial para que el Libertador cuente con el tiempo necesario para aclimatar a sus tropas a los rigores del clima serrano y avituallarlas convenientemente.

Bolívar estaba convencido de que ese era un imperativo estratégico ineludible para luego buscar a Canterac en la sierra central.

Como fue señalado al inicio, el relato sobre Ayacucho adquiere tonos épicos, reconociendo el heroísmo de ambos ejércitos, sobre todo cuando rememora la violencia y la crueldad desplegada en el campo de batalla. Un gran duelo donde el honor y la gloria iban de la mano con la plena conciencia de los soldados de estar definiendo una guerra de dimensiones continentales. Junín y Ayacucho son, para Cortegana, escenarios límites donde se desplegó todo el valor acumulado por más de quince años de combates en diferentes escenarios del continente.

Las imágenes hablan por sí mismas cuando evoca y escribe que «el campo no fue otra cosa sino un horroroso teatro de destrozo y muerte, y el denso humo esparcido en todo él, formaba un velo de fúnebre luto por las víctimas que se inmolaban entre la temeridad de los realistas y la libertad de la Patria». Si se tiene en cuenta el elevado número de muertos, mucho mayor que en las anteriores batallas, entonces se puede calibrar la magnitud del evento que reconstruye: «la roja sangre corría a borbotones, los combatientes espectadores de sus insignificancias para la continuación de la pelea». Siguiendo el hilo de sus recuerdos, se puede colegir que en Ayacucho lo que se produjo fue, en efecto, un duelo. Un gran duelo y un gran espectáculo.

Sobre el desempeño de los jefes realistas, el soldado historiador desborda en alusiones al gran valor derrochado, como si fuera un recurso inconsciente para exaltar la valentía sin límites de la tropa republicana. Hay que insistir en que se trata de la voz de un soldado peruano, provinciano, que escribe para restituir la abnegación de los peruanos en la guerra. En consecuencia, su relato se distancia de la cuidadosa y metódica remembranza de Miller, o del tendencioso —tal es el juicio de Cortegana— relato de reconstrucción que García Camba ofrece.

En las faldas de las pampas de la Quinua, donde se había apostado el ejército republicano, y desde la cima del cerro Condorcunca, donde estaban las orgullosas divisiones realistas, el espectáculo que reconstruye Cortegana es dantesco e imponente. Así, tenemos la furia del «ataque impetuoso» con que Valdés intenta arrollar a las legiones patriotas, evocando que el general

español, a lo largo de toda la campaña libertadora, había demostrado ser un militar «endurecido en las vicisitudes de la guerra, sereno en los peligros y más audaz como fecundo en ideas y sacar recursos en las desgracias». Escribe también sobre el coronel español Rubín de Celis, a quien identifica como «un valeroso y arrojado jefe» que perdió la vida debido a la impetuosidad de su descenso para chocar violentamente con el flanco derecho de Sucre, intentando «verificar la ruina de los patriotas».

Si el arrojo y valentía del ejército del rey asombra a nuestro cronista, en cambio, el desempeño de los batallones republicanos alcanza una dimensión épica que lo sobrecoge. Las figuras de Córdova y La Mar, «el previsor La mar, lleno de serenidad y valentía», destacan con una nitidez precisa. El joven general colombiano que por efecto de su audacia recibe el generalato en el mismo campo de batalla, se presenta ante Cortegana como uno de los artífices que inclinó la balanza para definir el triunfo. La escena que reconstruye es, en efecto, tremenda. Córdova, en las faldas del Condorcunca, debe resistir y atravesar las líneas del oficial español Villalobos, que desciende con resolución. Ahí es donde transcurre la célebre arenga del temerario colombiano. Este, desmontando su caballo, con el sombrero batiendo al aire enrarecido por la pólvora y el griterío, y de cara a su tropa pronuncia: «adelante, paso de vencedores, y se encamina con arma a discreción al punto donde es el tremendo encuentro». Lo que sigue es terrible, pues llegando hasta las columnas del enemigo, «y haciéndoles dar una descarga a quemarropa e irse a la bayoneta y jugar los sables y las lanzas de su caballería en los cuerpos realistas que decididos los resisten, es obra de los momentos críticos y horribles, como de la ínclita conducta del famoso general que los conduce». No obstante, «el altivo español» (se refiere a Villalobos), animado de igual coraje, acude a la cita con la muerte combatiendo «lleno de coraje, cruzando sus bayonetas, sus fuegos de fusil y artillería, sus lanzas y sables con las de los patriotas». Esta embestida de terror dura alrededor de una hora, causando entre las filas de ambas tropas una mortandad espantosa, «los mayores estragos de cadáveres y heridos que cubren el campo». Sin embargo, aún no se decide la victoria. Es en tales circunstancias que el valeroso Córdova, lleno de inspiración y animando a su tropa, vuelve a la carga con una irresistible fuerza arrolladora,

abriéndose paso entre «muros de bayonetas, sables, lanzas, sobre cadáveres de hombres y caballos muertos, sobre alaridos y confusiones de las propias masas realistas y entre hacer morir, huir, defenderse penetra hasta (...) la persona del Virrey D. José de la Serna». En realidad, la batalla ya estaba por decidirse.

Sobre el virrey La Serna, anota que este «se hallaba en persona mandando los ataques de sus líneas y colocado a retaguardia en el centro de sus líneas». Resulta de particular interés la captura del virrey en lo más recio de la batalla y, con ello, el desánimo de la tropa española y el renovado vigor patriota. Fue el sargento Pantaleón Barahona quien reconoció a La Serna, pues a pesar de que estaba vestido de paisano, se había entremezclado en el tráfago de sables, bayonetas y pólvora. Al caer a tierra y ante el inminente ataque de un soldado que con la bayoneta calada casi le abre el pecho, Barahona logra salvarlo «al mismo tiempo que me hizo una señal masónica en su auxilio». El valeroso sargento se asombra cuando describe el rico ajuar que llevaba consigo el virrey:

«tuvo consigo sus cintos de onzas de oro sellados: cada cinto entiendo que no bajaría de quinientas o más onzas: tuvo dos relojes de oro montados en diamantes y brillantes con sellos y cadenas del mismo metal y pedrería; tuvo una soberbia espada de vaina y puño de oro; una casaca toda guarnecida y bordada en oro, con todas sus cruces de medallas de sus condecoraciones, cubierto con un poncho café de seda y unas espuelas de plata que por lo menos valdrían sus dos onzas».²

Estas imágenes que Basilio Cortegana registra en su *Historia del Perú* dan cuenta de una sensibilidad historiográfica particular que se fue gestando al compás de la tumultuosa trayectoria republicana. Sus méritos están anclados en la memoria viva de un sujeto que formó parte de una tendencia y de una voz colectiva. De esos soldados de provincias que, desde sus certezas éticas y consideraciones morales, se enrolaron en los ejércitos libertadores que llegaron al poderoso virreinato peruano. La veracidad o

2 En este pasaje, Cortegana cita la carta que le remitió Pantaleón Barahona (Carrasco, 1954: 90-92).

falsedad de los hechos que Cortegana reconstruye no es distinta ni distante a la de otros actores y cronistas de la guerra. Se trata de recuperar este tipo de narrativas en donde confluye esa voz colectiva nacional, una mirada y narrativa probablemente artesanal y vibrante de la guerra separatista, y del establecimiento de la república.

LA REPÚBLICA MILITARIZADA

Una fecha simbólica, que podría tomarse como funcional al proceso de iniciación del militarismo peruano, sería la salida definitiva de la influencia bolivariana en el Perú durante el verano de 1827. El pronunciamiento del cabildo limeño la última semana de enero del mismo año tuvo entre sus protagonistas y sostenedores a los oficiales y a la tropa peruana acantonada en los diferentes cuarteles de la capital. Si bien todas las expectativas estaban puestas en Santa Cruz, quien fue elevado a la presidencia de facto, su encumbramiento no hubiese sido posible sin la existencia de una ágil y fluida red de entendimiento al interior de las unidades peruanas. Justamente las que habían sido un tanto desplazadas en el protagonismo de la independencia debido a la abrumadora presencia colombiana, argentina y chilena. El general Andrés Santa Cruz, que por entonces presidía el Consejo de Gobierno, prácticamente fue obligado por el propio ejército a desechar la Constitución vitalicia y convocar al Congreso. Y la prueba de la hegemonía del militarismo sería cuando el Congreso eligiera como nuevo presidente a José de la Mar, el héroe de Ayacucho.

Pese a ello, la guerra contra Colombia no hizo sino enfrentar por primera vez, aunque no por última, a los vencedores en Ayacucho, una oportunidad para que los otrora aliados ahora despejaran asuntos diferentes, como el acceso al poder y la decantación de cierto nacionalismo precoz que se había ido gestando bajo la penumbra durante la guerra separatista. Emergía la figura de Agustín Gamarra, el astuto militar cusqueño para quien tanto Santa Cruz como La Mar eran lisa y llanamente extranjeros. La deportación de La Mar y el retiro de Santa Cruz a la recientemente creada república boliviana, volvían a reacomodar las piezas dispersas entre

los militares peruanos, y muchos de ellos creían tener razones más que suficientes para acceder a la suprema magistratura.

Si se verifican las primeras leyes sancionadas por el Congreso de 1826 se verá que estuvieron destinadas a proveer gratificaciones, medallas, mejores salarios y una serie de beneficios a las tropas que, indistintamente de su nacionalidad, habían participado en la campaña independentista. Puede decirse que, para el sentido común dominante de la época, los militares eran naturalmente los depositarios y los guardianes de la soberanía nacional. Sin embargo, si se revisan las sucesivas constituciones, lo que llama la atención es la discreta legislación sobre sus funciones, límites y atribuciones. Solo un capítulo de la Constitución de 1826 indica escuetamente: «Habrà en la repùblica una fuerza armada permanente».³ La siguiente, de 1834, también es breve, y lo sintomático es que se limita a proclamar un principio en el que nadie cree, ni menos obedece: «La fuerza pública es esencialmente obediente: no puede deliberar». En 1839 se introducen por primera vez algunas innovaciones donde ya es visible cierto intento de domesticar la multiplicidad de intervenciones de los militares en el sistema político, mediante la limitación de ascensos que hasta entonces era muy corriente e indiscriminado entre los que accedían al poder: «Habrà a lo más en el Ejército un Gran Mariscal, tres generales de División y seis de Brigada [...] Habrà en la Armada un Vice-almirante y un Contralmirante y demás subalternos, según la ordenanza naval».

Ahora bien, resulta interesante dirigir la atención a la intersubjetividad de la época, para explorar algunas imágenes del sentido común en torno al ascenso del militarismo, sus símbolos y las categorías que lo distinguían. En la obra del dramaturgo Manuel Ascencio y Segura, quien fue militar de carrera y había peleado en las filas realistas, existen sugerentes figuraciones y críticas al militarismo galopante. En sus dos obras, *El Sargento Canuto* y *La Pepa*, piezas que se sitúan y fueron elaboradas durante un periodo particularmente convulsionado como fue la presidencia de Agustín Gamarra, los militares aparecen con múltiples signos inequívocos de crítica y censura.

3 Para una lectura y citas de todas las constituciones véase: <https://www.leyes.congreso.gob.pe/constituciones.aspx>

El sargento Canuto es un militar bonachón y avisado que intenta hacer un buen matrimonio para salir de la pobreza. Pero, a pesar de sus carencias económicas, tiene lo que considera valioso: la fama y el honor de vestir el uniforme militar. Es lo que le dice al padre de su posible esposa: «cada galón nos cuesta a nosotros, suegro, sudar lo mismo que un negro».⁴ Y del mismo modo intenta desautorizar a su rival, un civil de quien dice: «¿qué importa un volantuso?»⁵ ¡Vaya, vaya! Un militar que ha llegado ya a sargento, no se debe acobardar». Sin embargo, Canuto no puede encubrir la situación en la que se hallaban muchos militares que no tenían destino y entre quienes abundaban las carencias: «un viejo soldado en zaga. ¡Ah, que es muy duro vivir, como estoy yo, a media paga! ¡Que a esto me haya reducido la ingratitud de mi tierra, a quien tan bien he servido en la paz como en la guerra!». Cortegana podía muy bien haber suscrito esas frases de desencanto que el sargento Canuto pronuncia, en relación con el descuido que percibía de parte del gobierno, hacia militares como él. Un desmovilizado. Militares sin destino y, en consecuencia, de situación económica vulnerable. De estos grupos saldrían esas columnas de tropas que se embarcarían en los innumerables golpes de Estado, motines y revoluciones.

En su segunda pieza titulada *La Pepa*, que no llegó a ser estrenada debido a que podía comprometer a su autor en su carrera en el ejército, sus críticas y acusaciones al despotismo militar son mucho más contundentes. Uno de sus personajes de provincia, cuando razona sobre las revueltas o *puebladas* protagonizadas por las poblaciones civiles locales y regionales, las opone con la fuerza de las armas, o lo que es lo mismo, con el militarismo ya entronizado que hace caso omiso de la opinión pública y las libertades civiles y políticas: «ya se habrán desengañado / los que el barullo fomentan / los que proclaman principios/ libertad y otras quimeras/ que la opinión es un cuerno / y no hay mas ley que la fuerza»⁶. Y en otro diálogo es mucho más enfático, cuando uno de sus personajes, justamente un militar, se

4 Todas las citas de *El Sargento Canuto* disponibles en: <https://biblioteca.org.ar/libros/656284.pdf>

5 Adjetivo denigrante que indica la pobreza de una persona debido a la humilde vestimenta que exhibe.

6 Las citas de *La Pepa* están disponibles en: <http://www.acuedi.org/ddata/6020.pdf>

autoddefine como «los que garantizan el orden y la opulencia [...] nosotros los militares pensamos de esa manera». O cuando el personaje Antonio, que se opone al matrimonio de su hija con un militar, esgrime el siguiente argumento, intentando disuadirla: «Capaz es de cometer / crímenes aún más horribles, / es militar, y esto basta».

Son estos los años y décadas en los que la sucesión de presidentes vía golpes de Estado, breves juntas de gobierno, conspiraciones, motines en los cuarteles y guerras civiles en todas las regiones, asolaban y poblaban el imaginario del país. Las secuelas de la guerra para derrotar la confederación entre Perú y Bolivia fueron el caldo de cultivo de las imágenes de Manuel Ascencio Segura. Columnas de soldados que recorrían las regiones del sur, centro y norte del país, dejando a su paso una estela de confiscaciones, levas y toda una suma de exacciones y arbitrariedades. Antes, en 1833, Cortegana se había comprometido en un conato de sublevación liderada por Salaverry en contra del presidente Gamarra, a quien Segura le dedica atrevidas acusaciones. Durante este periodo de fuerte y sostenida dispersión territorial e ideológica, las guerras civiles entre regiones y caudillos estuvieron en permanente estado de latencia. El uso político de la violencia es asumido por los actores sociales como forma legítima de acceder al poder, o como medio secular en la defensa de fueros institucionales y corporativos. Regiones y territorios con valores sociales profundamente jerárquicos y militarizados.

Como fue señalado, ni bien se iniciaba el periodo de autonomía del Estado republicano, el ejército fue movilizadado al norte durante la guerra con la Gran Colombia y luego al sur contra Bolivia; Gamarra, ya como presidente, tuvo que enfrentar más de 15 sublevaciones. Inmediatamente sobrevino la revolución de 1834 y luego todo el país fue militarizado por la guerra durante la Confederación, entre 1836 y 1839, a la que siguió otra guerra civil de dimensión nacional entre 1840 y 1841, sin omitir los innumerables pronunciamientos en todas las regiones. Es sobre esta militarización progresiva del tejido social que va emergiendo una cultura profundamente autoritaria. La violencia forma parte del lenguaje, las convenciones y los signos de entendimiento.

El afianzamiento de estas milicias armadas entre los pueblos, efecto de la recuperación demográfica, de los débiles mecanismos coercitivos del Estado y los breves gobiernos, ofrece un panorama de fragmentación social, política y militar. Los pueblos y regiones realmente gozaban de elevados niveles de autonomía. Sus élites sociales y económicas habían establecido complejas relaciones de intercambio y consenso para acceder a la mano de obra vía el salario o, simplemente, mediante la violencia pura. Las dotaciones del ejército a lo largo de toda la república, que las sucesivas constituciones habían sancionado, estuvieron permanentemente tensadas entre la obediencia al poder central asentado en la capital y una frágil e inestable relación con los poderes locales fácticos.

El nombramiento de prefectos y subprefectos constituía la llave maestra para establecer una densa y compleja red de lealtades en los departamentos y provincias. Durante la coyuntura de los conflictos armados internos tales delegaciones de autoridad política y militar resultaban claves para movilizar recursos, voluntades y, lo más decisivo, la fuerza armada bajo la modalidad de la Guardia Nacional. Es a este fenómeno que la Constitución de 1839 se refería, para impedir que las tropas de un departamento traspongan sus demarcaciones territoriales y se involucren en conflictos ajenos a su filiación territorial: «La Guardia Nacional no puede salir de los límites de sus respectivas provincias, sino en caso de sedición en las limítrofes, o el de invasión; debiendo entonces preceder el acuerdo del Consejo de Estado».

Con el advenimiento del régimen castillista y las enormes cantidades de dinero ingresando a las arcas fiscales debido a la exportación del guano de isla, se asiste a una frágil tregua entre los abundantes aspirantes al poder de facto. En muchos sentidos, la abundancia de recursos ofrecía a las rivalidades personales y territoriales cierta calculada estabilidad. No es que el militarismo se haya cancelado, pero en adelante serían otras las consideraciones en que los militares intervengan en el acceso al control del Estado. Por ejemplo, armamento moderno, mejores salarios y una ampliación de lealtades entre las regiones, siempre demandantes de atribuciones normativas y de recursos fiscales.

También interesa proyectar determinados rasgos constitutivos de la personalidad de Castilla, sus habilidades políticas y las fortalezas

emocionales que lo convirtieron en una suerte de *homo politicus* en el más fuerte sentido del término. Fue testigo, actor y un sobreviviente de primer orden en la mayoría de campañas militares desde la época de la independencia, las guerras civiles, revoluciones, golpes de Estado y conspiraciones, logrando transitar casi la totalidad del territorio peruano. Tales trajines y conocimiento práctico de la geografía nacional serían decisivos para sus campañas castrenses y, sobre todo, para establecer alianzas y acuerdos con los diferentes actores políticos y militares de su tiempo.

El tarapaqueño accede por primera vez al mando supremo entre 1845 y 1851, luego de derrotar a su tradicional adversario Mariano Ignacio Vivanco en la batalla de Carmen Alto de Arequipa. Su gobierno coincide, como ya fue indicado, con los espectaculares ingresos al fisco efecto de las exportaciones al extranjero del guano de isla, lo cual le permitió llevar adelante una asombrosa política de inversiones en obras públicas, además de establecer un gobierno de concertación con sus adversarios. Se produce, en consecuencia, una suerte de tregua, intermediada por el flujo de capitales y la transferencia de valores que logró establecer cierta estabilidad política a los recurrentes enfrentamientos armados entre los caudillos regionales. Es el periodo de apaciguamiento nacional (Mc Evoy, 1996; pp. 211-241).

El acceso de Echenique al poder en las elecciones de 1851 gracias al apoyo tácito de Castilla, sería, sin embargo, la piedra de toque para que el mariscal vuelva a intervenir en el proceso político. En efecto, los niveles de corrupción del régimen de Echenique serían el detonante para el estallido de la revolución de 1854 en Arequipa, que al inicio veía a Vivanco como su conductor. No obstante, Castilla logra desplazarlo en la dirección del movimiento revolucionario.

La derrota del ejército que sostenía a Echenique en La Palma en enero de 1855 generó tal conmoción y miedo social, sobre todo entre la clase propietaria, que las tropas revolucionarias tuvieron que ocupar Lima y restablecer el orden. Sin este desborde plebeyo, cuando los brazos armados de los pueblos y regiones ocuparon Lima, sería inimaginable el acceso al poder de Castilla, la convocatoria a elecciones directas y universales, el gabinete de la moralidad integrado con prominentes figuras intelectuales liberales y la convocatoria y apertura de la Convención Nacional. Y lo

más significativo: en el curso de la guerra civil se sancionó la abolición del tributo indígena en Ayacucho el 5 de julio y la cancelación del sistema esclavista en Huancayo el 3 de diciembre, dotándole a la revolución de un horizonte de expectativas, de indudable arraigo popular.

Mientras en La Palma Castilla enfrentaba a Echenique en una batalla sangrienta que costó miles de muertos, en Lima un compacto grupo de liberales radicalizados logró movilizar a las turbas y tomar por asalto el palacio de gobierno. Los desórdenes que entonces sobrevinieron en la capital fueron lo suficientemente violentos como para advertir a los sectores más conservadores que la única manera de hacer frente a tal desembalse social era cooptando a cualquier costo a los líderes más radicales y conspicuos de la Convención Nacional. O lo más práctico y urgente, corromper a cualquier unidad del ejército y a un oficial lo suficientemente envalentado y dispuesto a disolver la Asamblea de los Pueblos. Y es lo que luego efectivamente ocurrió a manos del teniente Pablo Arguedas, que era nada menos que el oficial encargado de su custodia.

Una línea interesante que ayuda a conocer el significado social de la Convención Nacional, el segundo ascenso de Castilla al poder y el republicanismo plebeyo en clave regional, es identificar el origen territorial y geográfico de algunos de sus miembros. Destacan, efectivamente, representantes provenientes de las regiones centro, norte y sur andinas, justamente los escenarios en los cuales Castilla y la revolución habían hallado su mayor apoyo en recursos y tropa armada. De otro lado, fue en tales pueblos y ciudades donde se elaboraron sendas actas de soberanía como una muestra de la democracia directa y plebiscitaria que entonces se puso en movimiento. Ciertamente una experiencia inédita en relación con las anteriores sublevaciones y guerras civiles acaecidas en la joven república.

Tampoco se debe omitir que fue en este contexto en que se publicó una obra límite y sumamente expresiva que nos permite conocer la sensibilidad política republicana y liberal. Su autor fue Juan Espinosa, un excombatiente de las guerras de la independencia de origen uruguayo, que escribió un verdadero compendio de la cultura política liberal de la época y tenía como suscriptores a un gran número de miembros de la Convención

Nacional que representaban a todas las regiones del país.⁷ Ese diccionario da cuenta de la existencia de un auditorio y de un público ávido por reconocerse en su contenido.

Entre 1858 y 1862, Castilla nuevamente se hace gobernante conduciendo un régimen de colaboración, en el que incluirá a muchos de los que lo combatieron. Sin embargo, el principal hito de su segundo mandato sería la promulgación de la Constitución de 1860, que fue una reforma sustantiva al liberalismo casi extremo exhibido por los convencionalistas del 56. Contando con Bartolomé Herrera como uno de sus colaboradores más cercanos, el régimen castillista pondría en marcha una segunda ola de construcciones y emprendimientos, económicos, sociales, culturales, que aceleraron la modernización del país. La inversión en infraestructura y apoyo a los llamados «hijos del país», tal como lo había realizado en su primer gobierno, hacían augurar que el Perú había ingresado a la senda del progreso.

Lima y las principales ciudades exhibían signos de indudable emprendimiento, pues las arcas fiscales podían realizar transferencia de capitales vía obras de inversión, crédito, el crecimiento sostenido del presupuesto público y la burocracia estatal. Paralelamente, se aceleraba cierto esplendor cultural ya iniciado en el periodo anterior. En 1859 se funda *La Revista de Lima*, órgano de expresión y difusión de la élite académica e intelectual; además, se establecen centros de enseñanza públicos y privados en todo el país. Lima y las principales ciudades del país podían entonces exhibir indudables avances en la realización de obras públicas. El crecimiento de la esfera pública, mediante una prolífica red de publicaciones periódicas y ocasionales, da cuenta de la emergencia de una intersubjetividad con rasgos de modernidad periférica. En el Perú se seguían con avidez los acontecimientos europeos. Los intelectuales y artistas nativos iban y retornaban trayendo novedades e innovaciones de toda índole.

7 Solo como ejemplo podemos mencionar a Mariano Pacheco, diputado por Paruro; Apolo García, diputado por Tayacaja; Estanislao Flórez, diputado por Huamalies; Ignacio Escudero, diputado por Piura; José Miranda, diputado por Huanacán; Miguel Imaña, diputado por Chota; Julián del Águila, diputado por Maynas; Gregorio Terry, diputado por Conchucos; Juan Pablo Huapaya, diputado por Cajatambo; Pedro José Casafranca, diputado por Andahuaylas.

Un contemporáneo de Cortegana, el ya mencionado soldado y escritor Juan Espinosa, dejó una serie de conceptos e imágenes sugerentes sobre el militarismo y la cultura política de su época en su monumental *Diccionario para el pueblo: republicano, democrático. Moral, político y filosófico*. Para Espinosa, los verdaderos militares son aquellos que han «expuesto su vida por la patria [...] o por un principio social verdaderamente benéfico»,⁸ distanciándose de otros que participan en «guerras civiles sin ningún resultado útil»; sobre estos últimos agrega que, anteponiendo sus intereses personales o de facción, «son despreciables, sino infames».

Tampoco dejó de reconocer que, durante su época, las fuerzas armadas del país que estaban acantonadas en todo el territorio padecían «los hábitos del despotismo militar», oponiendo a estas la Guardia Nacional y las milicias cívicas «como la garantía más positiva de las libertades públicas, del orden y de la integridad del territorio», casi llegando a insinuar que los únicos que podían oponerse a la dictadura del militarismo era el pueblo armado. Eran los años en que una ola de violencia nunca vista recorría los pueblos y regiones. La fidelidad del ejército y la cadena de mando estaban garantizadas a Echenique gracias a los ingentes recursos provenientes del guano: «el militarismo, defensor natural del principio de autoridad». Sin embargo, Espinosa y los militares de su generación, veteranos de las guerras separatistas, al igual que Cortegana, sabían muy bien que la fidelidad y lealtad dependían de múltiples consideraciones y determinaciones marcadas por la coyuntura política y social, casi siempre impredecible. En consecuencia, el militarismo peruano podía ser «o la espada que defiende, o el hacha que corta la cabeza a la demagogia».

Aunque la duración de la Constitución que los convencionalistas de 1855 elaboraron fue brevísima, ya que fue modificada por la de 1860, estos no dejaron de abordar el complejo y peligroso papel que venían cumpliendo las fuerzas armadas en el proceso político en curso. De esta suerte, los liberales que dominaban la Asamblea no dejaron de establecer por enésima vez la subordinación del ejército al orden constitucional: «la

8 Para una consulta en línea de *El diccionario...* de Espinosa, véase: <https://books.google.com.gt/books?id=XSJtAIRJog0C&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false>

obediencia militar será subordinada a la Constitución y a las leyes». Tal requerimiento era en realidad un saludo a la bandera, una norma obligada más por el protocolo que por el convencimiento sobre la obediencia política del cuerpo castrense al orden legislativo. A tal figura le añadieron la institucionalización y obligatoriedad de las Guardias Nacionales, justamente la forma legal de la sociedad civil armada, como la salvaguarda del ordenamiento constitucional: «Las Guardias Nacionales existirán organizadas en la proporción que determine la ley; pero en ninguna provincia dejará de haber, por lo menos, un cuerpo de milicias». En 1860 se añadía un artículo taxativo que venía a corregir lo sancionado por la Convención Nacional: «La fuerza pública no se puede aumentar ni renovar sino conforme a ley. El reclutamiento es un crimen que da acción a todos para ante los jueces y el Congreso, contra el que lo ordenare». La Constitución de 1867 introdujo nuevas modificaciones que intentarían, por diversas vías, domesticar la fuerza de las armas y sujetarlas al poder político: «El número de la fuerza pública en estado de paz no excederá de tres mil hombres para el Ejército y tres mil para la Gendarmería».

Todas estas modificaciones no hacían sino crear un estado de incertidumbre permanente, fundamentalmente entre el cuerpo de oficiales, aquellos que se habían embarcado en las sucesivas revoluciones y guerras civiles, así como en las asonadas, motines e intentos de subvertir a los gobiernos siempre inestables. La biografía de Juan Basilio Cortegana se fue gestando en aquel ambiente de conspiración y de inestabilidad crónica. Sin destino fijo, trajinando por diversas entidades públicas, los años no pasaban en vano y con toda seguridad ya había iniciado el ambicioso plan de trazar su *Historia del Perú*.

Un contemporáneo suyo, cuya doctrina y principios eran de un antimilitarismo intransigente, fue Benito Laso. Un intelectual, jurista y periodista que con gran virulencia se enfrentó a lo que denominó, despectivamente, la casta militar, y que desarrolló una serie de artículos enrostrando con singular virulencia a los políticos conservadores. Decía sobre ellos que se revestían de una «hipócrita máscara» y, con ello, oprimían al pueblo, pervertían la república y habían instaurado «el uso de la fuerza: Los ejércitos permanentes» (Laso, 1947: 25). El despotismo que había caracterizado a

la reciente historia republicana y la ausencia de cultura cívica y de valores republicanos no eran sino la consecuencia de la tiranía por haber empleado «la fuerza armada para barbarizar a los pueblos y esclavizarlos». El uso ya institucionalizado de las fuerzas armadas solo servía para «infundir el temor, la ignorancia del pueblo para que desconozca los derechos que le dio la naturaleza, y que debe proteger la sociedad» (Laso, 1947: 3).

En 1865, nuevamente estallaría en el país otra revolución que logró involucrar a la mayoría de pueblos y regiones. El contexto sería la indignación generalizada que produjo el Tratado Vivanco-Pareja, mediante el cual el Perú reconocía las deudas con España que provenían de la época de la independencia. Todo ello en medio de un ambiente de franco neocolonialismo que España venía desplegando en diferentes partes del continente. El estallido se produjo en Arequipa, donde Mariano Ignacio Prado se desempeñaba como prefecto. En el norte, José Balta encabezó una insurrección generalizada, y luego ambos ejércitos unidos a los del centro del país confluyeron en Lurín, ya muy cerca de Lima. Un agudo testigo de la trayectoria que tomó el alzamiento armado entre las regiones y el espíritu que lo animaba, no dudó en escribir: «la opinión general del país, que con razón, o sin ella, teniendo o no teniendo justicia, quería la revolución y trabajaba por su triunfo» (*Apuntes relativos a los últimos sucesos...*, 1866: 26).

Los sucesos no concluyeron con la toma de la capital, del palacio de gobierno y el exilio del presidente Pezet; turbas de paisanos en el Callao procedieron a consumir saqueos, robos, desórdenes y agravios en las casas comerciales de extranjeros. En el reclamo que elevaron los propietarios de los locales extranjeros a la dictadura de Prado, señalaron con indignación:

la noche del 6 de Noviembre de 1865, ha visto una soldadecza desbandada, unida a una multitud desenfrenada del bajo pueblo, entregarse al pillage y al saqueo, derribando puertas a balazos y hachazos, quemando, rompiendo y destruyendo muebles, libros y documentos de más de treinta casas extranjeras, *sin tocar en lo menor a ninguno de los hijos del país*, como es público y notorio; y para colmo de vergüenza, estos actos de depredación y vandalage, se ejecutaban a los vivos de Prado, Montero y Canseco, caudillos principales de la Revolución Restauradora (*Cuestión saqueo...*, 1866: 14).

Apenas dos años después, en 1867, en Arequipa, la misma ciudad donde Prado había liderado la revolución contra Pezet, las fuerzas políticas e instituciones se negaron a jurar la nueva Constitución y las elecciones realizadas por Prado que intentaban legitimar su poder. Una explicación sintética y potente escrita por un actor y testigo de los acontecimientos nos permite acercarnos a la dinámica de la génesis revolucionaria. Una maquinaria echada a andar entre actores individuales y colectivos: «La revolución iniciada en los escritos de la prensa, trasladada después a la tribuna del congreso, y proclamada en sublevaciones parciales que habían sido sojuzgadas por la presión de las bayonetas, no tardaba en tomar, en toda la república, la forma imponente de una insurrección nacional» (*C.A.S., Apuntes para la historia...*, 1868: 2).

El deceso de Cortegana se produjo dos años antes de la guerra con Chile; en consecuencia, fue testigo de las turbulencias de toda una época y todo un país que cargaba sobre sí todas las energías de sus grupos sociales en un franco proceso de fragmentación. Los vínculos de cohesión culturales y simbólicos que la forma de gobierno republicana había intentado cimentar a lo largo de las cinco décadas previas aún habían dejado amplios márgenes para la dispersión social y el persistente enfrentamiento entre el centro de la gobernabilidad, Lima, y las regiones periféricas en constante agitación. La anarquía y los intereses particulares aún persistían marcando la pauta en las disputas por el poder, vía las armas o siguiendo los reglamentos constitucionales de turno, casi siempre elásticos y precarios.

Cortegana alcanzaría a ser testigo de la sangrienta coyuntura que antecedió el ascenso del civilismo al poder y, con ello, de la breve pausa al autoritarismo y militarismo luego encarnado en Cáceres. A la caída de este, llegaría el violento acceso al poder de Nicolás de Piérola entre 1894 y 1895. Un cronista de 1892, al conmemorar las dos décadas de los luctuosos sucesos que volvieron a ensangrentar Lima por el intento de golpe de Estado de los hermanos Gutiérrez, resumía la historia política del país advirtiendo de las consecuencias por no haber sacado lecciones del reciente pasado oprobioso: «el caudillaje en las horas de transición política es lo que —estableciendo la irresponsabilidad administrativa— trajo la bancarrota, nos arrojó cien veces y nos arrojará otras tantas a la anarquía y lo que

debilitando al país dejó rasgar el mapa del Perú» (*El golpe de estado de 1872*, 1892). La sociedad en su conjunto, continúa el analista, participaba de una y otra revolución siguiendo a los caudillos de turno: «cuan insensato ha sido y será, que el pueblo envuelto en esas locas eferescencias del caudillaje, no conozca a aquellos por quien muere o en pro de quien mancha sus manos de sangre» (*El golpe de estado de 1872*, 1892). Y los resultados volverían a darle la razón unas décadas después, cuando se produjo la estrepitosa caída de Leguía y, nuevamente, el asomo de la guerra civil que enturbió las aguas siempre agitadas de la historia política del país. El epílogo al ensayo de nuestro anónimo autor no podía ser más macabro, cuando rememora la ejecución, en julio de 1872, de los hermanos Gutiérrez en la plaza de armas de Lima: «Entonces cuando el sol, principia a declinar, en presencia de veinte mil cristianos, se enciende la hoguera, se cortan las sogas, se arrojan las víctimas al fuego y sus cenizas echadas al viento, solo queda cuando la calma y el silencio se reestablecen, escrito con carbón sobre las paredes de Lima: *Sic semper tyrannis*» (*El golpe de estado de 1872*, 1892).

BIBLIOGRAFÍA

- Apuntes relativos a los últimos sucesos ocurridos en la guerra civil del Perú terminada en el mes de noviembre de 1865, por un oficial que fue del E.M.G.* (1866). Lima: El Comercio.
- C.A.S, *Apuntes para la historia. Campaña constitucional del norte en 1867.* (1868). Lima: Imprenta dirigida por José M. Noriega.
- Carrasco Limas, Apolonio (1954). *La historia del Perú de Juan Basilio Cortegana. Una contribución al estudio de la historia nacional.* Lima: Centro de Estudios Histórico Militares.
- Cuestión saqueo de 6 de noviembre de 1865 en el Callao ante la opinión pública.* (1866). Lima: Imprenta y Litografía de E. Prugue.
- El golpe de Estado de 1872.* (1892). Lima: Imprenta de J. Francisco Solís.
- Leguía, Jorge (1939). *Estudios históricos.* Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.

Laso, Benito (1947). *El poder de la fuerza y el poder de la ley*. Lima: Hora del Hombre S.A.

Mc Evoy, Carmen (1996). «El Estado castillista». En *Histórica*, vol. XX, N. 2, pp. 211.241

CRITERIOS DE EDICIÓN

La presente edición está dirigida, principalmente, al público general, al lector no especializado, pero interesado en la historia y la cultura peruanas. El objetivo es difundir la obra de Cortegana, no presentar una edición diplomática o académica del texto. En ese sentido, se ha priorizado la facilidad de la lectura por encima de la fidelidad de la transcripción. Con ello en consideración, la ortografía ha sido actualizada respecto al uso de las letras, las tildes, las mayúsculas y los signos de puntuación. Asimismo, se han corregido los problemas de concordancia, los anacolutos y otros errores gramaticales.

En cuanto a los nombres propios de los personajes históricos, se ha preferido la grafía moderna tradicional; pero, cuando se trata de nombres no comunes, se conserva la forma utilizada por Cortegana. Los topónimos han sido actualizados cuando se trata de lugares conocidos, pero se mantiene la grafía original cuando no es el caso. Se ha aplicado el mismo criterio en palabras en idiomas que no sean español, como quechua, aimara o latín.

El estilo de Cortegana es acumulativo, lo que se evidencia en oraciones y párrafos sumamente largos. Por ese motivo, cuando ha sido posible, se han introducido comas, puntos y comas, y puntos seguidos o apartes, que contribuyen a la legibilidad del texto. De otro lado, es también usual encontrar hipérbatos o alteraciones del orden habitual de las palabras en la

oración. En esos casos, cada vez que esta marca de estilo haya sido excesivamente confusa, se han reordenado los términos.

Respecto a los subrayados de palabras o frases, se ha preferido eliminarlos, por no encontrarse un uso consistente. Los títulos excesivamente largos con los que comienzan algunos capítulos también fueron borrados porque, en realidad, son más bien un listado de los temas que se van a tratar en dicha sección, lo que además no siempre se cumple.

Aunque esta es una edición de difusión, los editores son conscientes de que es posible que durante mucho tiempo sea la única a disposición del público. Por lo tanto, para facilitar la labor de los investigadores, se ha querido indicar la procedencia de los textos seleccionados, colocando la foliación del manuscrito original. Sin embargo, su examen reveló que la que aparece allí no es secuencial, a veces se sobreponen dos numeraciones y en otras ocasiones no hay ninguna. Por dicha razón, se ha optado por colocar, entre corchetes, el número de los folios que corresponden a la digitalización realizada por la Biblioteca Nacional del Perú.

Por otra parte, cada vez que en la selección se produzca un corte, esto se indicará mediante el uso de tres asteriscos «***»; mientras que, para señalar el fin de una página, se escribirán dos rayas oblicuas «//». Asimismo, como algunas partes del manuscrito no pueden leerse bien por su deterioro material, se ha colocado la marca «[ilegible]», donde corresponda. De igual manera, para evidenciar que alguna palabra es textual, pero pudiera parecer inexacta, se ha empleado el distintivo «[sic]». Para disminuir estos dos últimos posibles inconvenientes en la lectura, cuando ha sido factible, se han revisado las fuentes históricas y literarias a las que Cortegana consultó para construir su texto, con el fin de recuperar las palabras perdidas.

Finalmente, a las notas que el propio Cortegana incluyó en su historia, se han agregado otras para esta edición, las cuales buscan contextualizar y aclarar el sentido (reseñas de eventos históricos, breves biografías, significados de expresiones que podrían resultar confusas por ser arcaísmos, tecnicismos o neologismos creados por el autor), y señalan las fuentes que habría utilizado Cortegana en la redacción de su obra. Para diferenciar estas notas, las del autor han sido indicadas con asteriscos, y las de los editores, con números arábigos.

INTRODUCCIÓN

Los trece manuscritos que conforman la *Historia del Perú*, de Juan Basilio Cortegana, constituyen una obra singular y acuciosa que narra la historia peruana desde el periodo incaico hasta la formación de la república. Como testigo y actor de las primeras décadas de la experiencia republicana, la perspectiva histórica de Cortegana inscribe el presente de la escritura en una historia con vocación totalizadora y unitaria, que enlaza el pasado incaico y colonial con las demandas y urgencias de la república.

El conjunto de los trece manuscritos se ha conservado de forma desigual. De acuerdo con el informe técnico que sustenta la declaratoria de la obra como patrimonio cultural, el deterioro es, principalmente, consecuencia de la «acción corrosiva de la tinta ferrogálica» y la «carbonización de la tinta ferrogálica». Esto ha dado lugar a daños materiales en distintos niveles, desde letras ilegibles que no impiden dilucidar la palabra hasta manuscritos cuyo contenido está perdido en su mayoría, como es el caso del noveno. Los seis primeros se encuentran en un excelente estado de conservación, a excepción de algunas palabras que se han vuelto ilegibles por la descomposición de la tinta.

Desde el manuscrito VII hasta el XI se narra la historia de los movimientos independentistas en Sudamérica y se registran meticulosamente los eventos político-militares año por año, por lo que sorprende la ausencia de los sucesos de 1823. Esta circunstancia ha generado muchas especulaciones,

pero ninguna pregunta encuentra respuestas verificables: ¿Escribió Cortegana un manuscrito con los sucesos de aquel año? ¿Alguien sustrajo ese manuscrito del conjunto de la obra con alguna intencionalidad política?

La selección del presente volumen proviene de los manuscritos I, II, III y IV de la *Historia del Perú* de Juan Basilio Cortegana. Los dos primeros corresponden al gobierno de los incas, el tercero relata la guerra civil incaica y el arribo de los españoles al continente, el cuarto corresponde al proceso de conquista, la resistencia indígena y los enfrentamientos entre los españoles.

El primer manuscrito aborda la sociedad inca desde su origen hasta el séptimo gobernante, Yahuar Huaca. Está compuesto por dos libros de 10 y de 7 capítulos, respectivamente. El primer libro contiene la introducción general a la obra y una biografía de cada inca y su gobierno; el segundo, una descripción de la civilización incaica. Cortegana inicia su *Historia* con una dedicatoria a la nación peruana, en la que deja manifiesto, a través del elogio, su concepto de patria. Para el celendino, el Perú es producto de un proceso que se inicia con los incas y se desarrolla a través de la colonización española. De este modo, la república se concibe como el resultado de la mezcla entre estas dos culturas. El autor expresa que su obra está motivada por la gloria, concepto que relaciona con su rol de soldado de la gesta independentista; además, considera que le rinde honor a la patria escribiendo su historia. Finalmente, advierte que el principal desafío en la gran tarea que se ha propuesto es que los historiadores han carecido de una visión totalizante y unificadora, pues han tratado el pasado de manera fragmentaria, error que él se dispone a remediar.

Para este volumen se han seleccionado, además de la dedicatoria a la nación peruana, los tres capítulos iniciales del primer manuscrito. A este conjunto corresponde la explicación sobre el origen de los primeros pobladores del Perú, la fundación de la civilización incaica y el gobierno de Manco Cápac. En el primer capítulo resalta el breve repaso bibliográfico de Cortegana sobre los autores que han escrito acerca de la duración del Imperio de los incas y su propia explicación sobre este asunto. Esa necesidad de organizar cronológicamente los hechos estará presente a lo largo de toda la obra y está relacionada con su crítica a los historiadores que

han tratado solo asuntos o períodos específicos del pasado. En el segundo y tercer capítulo se aborda la aparición de Manco Cápac y Mama Ocllo y la organización política, económica y jurídica que forjaron.

El titánico proyecto de Juan Basilio Cortegana implicaba tres dificultades primordiales: primero, su poca experiencia en la disciplina histórica; segundo, su acceso parcial a fuentes bibliográficas; tercero, su modesta situación socioeconómica. Sorteó estos obstáculos con la determinación que lo caracterizaba y gracias a su profundo compromiso con la historia del Perú, logrando concluir su extenso proyecto histórico que no llegó a ser publicado en formato libro, pero se conservó en trece manuscritos. Después de la muerte de Cortegana, su obra fue parte de colecciones privadas durante varias décadas, llegando incluso a salir del país. Su recuperación se logró en 1945, durante la gestión de Jorge Basadre como director de la Biblioteca Nacional.

Desde el período incaico hasta los inicios de los movimientos independentistas en tierras americanas, Cortegana es muy dependiente de otras fuentes historiográficas. Sin embargo, el valor de su obra radica en la creativa forma en que opera con estas fuentes, generando un conjunto de intertextualidades: parafrasea y reordena contenidos, sintetiza algunos y amplifica otros, modifica la estructura de los enunciados originales, altera la disposición de los datos, combina lo que dice un autor y otro, introduce comentarios sobre la fuente original, ya sea rebatiendo sus posturas o apelando a su autoridad. Estos procedimientos están orientados por las motivaciones ideológicas y políticas de Cortegana, que se pueden resumir como un afán por consolidar un concepto de nación y de identidad nacional; así también, por su lugar de enunciación: un veterano de la independencia que no se siente suficientemente reconocido por la república que ayudó a constituir en las batallas de Junín y Ayacucho.

El abanico de libros y folletos a los que el soldado accede directa e indirectamente es amplio y varía según el período que está reconstruyendo. En el caso del primer y el segundo manuscrito, el autor fundamental es el Inca Garcilaso de la Vega y sus *Comentarios reales de los Incas* (1609), de donde Cortegana extrae la mayor parte del contenido. Además, recurre en algunas ocasiones a *Historia del reino de Quito en la América Meridional*

(1789), obra del sacerdote jesuita Juan de Velasco, la cual a veces cita y a veces inserta libremente en su relato. También tuvo acceso a una traducción al español de la obra de William Robertson, *History of America* (1777), a la que se refiere y cita en varias ocasiones. Igualmente sucede con la extensa obra de Antonio de Herrera y Tordesillas, titulada *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales* (1601), popularmente conocida como las *Décadas*, a cuyo autor Cortegana refiere con frecuencia. Al final del relato de cada uno de los gobiernos introduce un poema dedicado al inca correspondiente, el cual extrae, tal como él mismo señala, del *Mercurio Peruano*; se trata de una serie de poemas publicados en el mencionado papel periódico en 1793 por José Pastor de Larrinaga. Entre los autores que Cortegana refiere y probablemente ha conocido solamente de forma indirecta —a través de otras fuentes— están Francisco López de Gómara, Agustín de Zárate, José de Acosta, Blas Valera, Pedro de Peralta y Barnuevo e Ignacio de Castro.

El segundo manuscrito no varía mucho en cuanto a su estructura. Se divide en dos libros de 7 capítulos cada uno y sigue con la historia que se dejó en suspenso en el primer libro del anterior manuscrito: la sucesión de gobernantes incaicos, desde el Inca Viracocha hasta Huayna Cápac. Para cada uno de los incas sigue una estructura con contenidos similares: ascenso al trono, naturaleza de su gobierno, conquistas militares, obras materiales (caminos, puentes, templos), eventos anecdóticos y las circunstancias de su muerte, cerrando con el poema correspondiente. Al final del segundo libro, existen tres secciones que se alejan del hilo principal: una descripción de la fortaleza del Cusco, una caracterización de los antiguos peruanos y un relato sobre Ollantay, el general rebelde y su tormentoso amor.

De este segundo manuscrito se ha seleccionado el capítulo 7 del segundo libro, dedicado a la descripción de los peruanos, y la historia de Ollantay. El primero resalta porque consiste en un intento de Cortegana por desestimar las valoraciones negativas sobre la naturaleza de los antiguos peruanos, tarea importante porque el celendino expresa, en la dedicatoria inicial de su obra, que los peruanos actuales son resultado de la mezcla entre los incas y los españoles. El segundo contenido seleccionado es muy particular, pues consiste en una versión en parte novedosa del conocido

relato de Ollantay, que Cortegana asume como un auténtico hecho del pasado. La fuente original no ha sido identificada y el relato del manuscrito es incompleto; no constituye un capítulo como tal, sino que se encuentra al final del manuscrito, luego del índice, y se interrumpe abruptamente. No se conoce la explicación, o bien se trata del extravío de algunas páginas o quizá Cortegana simplemente no concluyó dicha sección.

En el tercer manuscrito podemos observar cambios importantes en la estructura de la *Historia del Perú*. Inicia con una dedicatoria en la que explica que, en adelante, tratará la conquista del Perú, por lo que considera fundamental incluir un relato sobre Vasco Núñez de Balboa y el descubrimiento del mar del Sur. Dividido en dos libros de ocho capítulos cada uno, construye una narrativa que intercala los dos espacios principales en que se desarrolla la historia: la política incaica y la exploración del continente por los conquistadores españoles. El primer capítulo retrata el período de paz luego de la muerte de Huayna Cápac y, paralelamente, la conquista española de México. Luego, de forma alternada, se cuenta cómo la relación entre Huáscar y Atahualpa se vuelve cada vez más hostil debido a las intrigas sembradas por Rava Ocllo, madre del primero, hasta desembocar en un enfrentamiento, así como los acontecimientos relacionados a los españoles, reparando en personajes como Bartolomé de las Casas, Francisco Pizarro, Pedro de Alvarado y Alonso de Molina. En el último capítulo, Atahualpa es advertido sobre la llegada de Pizarro a sus tierras, por lo que se prepara para un futuro conflicto. Se han seleccionado los capítulos 2, 3 y 4 del primer libro y el capítulo 5 del segundo, que corresponden, respectivamente, a la disputa entre Las Casas y los conquistadores (Fernando de Luque, Francisco Pizarro, Vicente de Valverde), la convivencia del fraile dominico con indígenas de Panamá, la conducta insidiosa de Rava Ocllo y, finalmente, las batallas militares entre los ejércitos de los dos hermanos.

Para este manuscrito las fuentes varían considerablemente. En primer lugar, Cortegana bebe en buena cuenta de la estructura y el contenido de la *Historia general del Perú* (1617), del Inca Garcilaso de la Vega. Sin embargo, su fuente principal es una traducción al español de *Les incas, ou la destruction de l'Empire du Pérou* (1777), del escritor francés Jean-

François Marmontel. Se trata de una obra que, combinando historia y ficción, noveliza la conquista del Perú desde los códigos de la Ilustración. Cortegana tiene especial predilección por esta obra, que incorpora a la suya directamente, en ocasiones palabra por palabra. Así, estructura su *Historia* intercalando casi exclusivamente los contenidos de la obra de Garcilaso y de Marmontel. Es posible que su interés por el francés se deba a que este presenta en su novela hechos únicos, que no están presentes en otras obras históricas por pertenecer al terreno de la ficción. Es el caso, por ejemplo, de los nativos que huyeron de la conquista de México y se sumaron a la corte de Atahualpa, o de Alonso de Molina, español que Marmontel idealiza como ejemplo del europeo que prefiere vivir entre los indios.

El cuarto manuscrito está dividido en dos libros. El primero, de 11 capítulos, retoma la historia de la conquista: los actos de cortesanía y diplomacia entre Atahualpa y Pizarro, las intrigas al respecto de sus reales intenciones, el encuentro en Cajamarca y la captura, prisión y muerte de Atahualpa. El segundo libro narra, también en 11 capítulos, la resistencia indígena a cargo de Manco Inca, la expedición de Almagro a Chile y los primeros conflictos entre los españoles. La selección que se ha realizado consiste en los capítulos 3, 4 y 5 del primer libro y 5 y 6 del segundo. Se trata de dos núcleos narrativos: el primero corresponde a la entrada de Pizarro a Cajamarca, su encuentro con Atahualpa, el famoso episodio de la biblia de Valverde y el enfrentamiento que se desató entre las dos fuerzas; el segundo núcleo narrativo consiste en el combate de Manco Inca contra los españoles, el asedio a la ciudad del Cusco y la retirada del inca, luego de su fracaso militar. Las fuentes para el cuarto manuscrito son las mismas que las del tercero: *Historia general del Perú*, de Garcilaso y *Les Incas ou la destruction de l'Empire du Pérou*, de Marmontel.

MARCEL VELÁZQUEZ CASTRO y RAÚL MORALES HERRERA

MANUSCRITO I
(Selección)

[f. 3] Dedicatoria del autor a la Nación Peruana

Salve, ¡oh, Nación Peruana! Yo te saludo con todas las veras de mi amor y mi razón. No hay en esto especulación ni motivo alguno de interés que no sea otro, más que el de vuestro nombre y vuestra gloria.

Desde que nací y tuve conocimiento de que en el suelo peruano había visto la luz primera, y de que este suelo dotado por el cielo de una naturaleza rica y deliciosa era mi patria, ¡cuántas gracias no le he tributado a este mismo cielo por don tan inefable que con su bondad me ha favorecido a la par que a toda la nación peruana; es decir, los que compusieron el Imperio de los incas, que ya no existen más que en sus descendientes. Después del imperio de ellos, el coloniaje español, cuya sangre entremezclada con la de aquellos hacen al presente la República Peruana, habiendo antes conseguido con la razón y las armas, su gloriosa y justa emancipación de tan ominoso vasallaje, al paso que también los hijos de estos en sucesión la harán siempre a esta de posteridades en posteridades y según los siglos que la providencia los quiera conservar sin borrarlos del catálogo de las naciones civilizadas y libres. De aquí es, pues, que repito saludándote:

¡Salve, oh, Nación Peruana!

Sí, por lo que mereces. Porque se te examina aunque sea ligeramente, se te encuentra, que eres tan fértil en tus producciones vegetales como animales, y como también en tu suma riqueza por la explotación inagotable

de tus inmensos minerales de oro y plata, y tan generosa y benigna al mismo tiempo por su sincera hospitalidad, y clima tan suave, no solo para con sus hijos, sino que aún más decidida todavía para cuantos vienen de diversos países y regiones extrañas a conocerte y a ejercer liberalmente sus especulaciones provechosas para sí mismos. Esto supuesto, pues, recibid con benevolencia estos sencillos caracteres, que en este primer tomo os dedica un hijo vuestro, lleno de respeto y voluntad, de una parte de la historia de la fundación del Imperio de Manco Cápac y sus sucesores; que con expresión de su culto, sus leyes y costumbres, os presentarán a la faz del mundo desde vuestro primitivo origen en sociedad civil, muy distante de aquella barbaridad o ignorancia que hubo de suponérseles entonces, a estos primeros moradores de quienes emanamos, por sus crueles conquistadores los españoles, y de quienes también ya participamos sin remedio.

He aquí, pues, que los hombres en lo material del cuerpo es cierto que mueren y pasan a la tierra del olvido, porque el tiempo los consume y el tiempo mismo los reduce a la nada, no solo a sus cuerpos y vidas, sino a sus hechos más esclarecidos; pero no así la historia de las naciones, que siempre viven pasando de // [f. 4] generación en generación, y aquel tiempo destructor de todas las cosas, es entonces quien cuida más de su existencia, y mientras más remotos son sus sucesos él los presenta más recientes, y vestidos de una incontrastable autoridad. Las acciones heroicas, las políticas y las humanas, todas brillan, y a la consideración del que le lee y el que le oye, se hacen envidiables y de ejemplo de imitación, al mismo tiempo que las personas que las practicaron son admiradas, y sus nombres recordados por cuantos tratan de dar valor y magnificencia de autoridad a sus producciones, o a sus nuevos hechos. ¡Esto sí es vivir glorioso! Dígase lo que se quiera, para quien no quiere morir moralmente a la vista del mundo, como el orden común a que está sujeta toda humanidad.

La pasión más noble y más incontrastable en el corazón del hombre es la de la gloria, y el que abriga en él esta ilustre afección siempre procede con hechos honrosos, sobresalientes, y benefactores en obsequio de la ventura de su Patria. El autor de esta obra por lo menos presenta en ella, si no una exactitud de cuanto ha ocurrido en el Perú, al menos unos trabajos asiduos a la consecución de tan laudable objeto. Y el llevarse, desde luego,

la gloria de ser uno de los primeros que ha procurado con valor y con constancia afianzarle su independencia y su libertad en la guerra, y ahora con positivas letras, también su historia, a virtud de un trabajo infatigable en la paz de su retiro viendo que carecía de ella, y que ante el mundo literato se hallaba con bastante mengua suya en este descubierto, parece que es el exceso de prueba que puede dar un fiel hijo suyo de amor a su patria y a todos sus compatriotas.

Para el desarrollo de tantos y tantos acontecimientos antiguos, de variedad de nombres, época, y encadenamiento de los multiplicados hechos, ha sido preciso recorrer muchas páginas de todos aquellos confusos historiadores pasados, que si dan una pequeña idea de lo ocurrido en sus tiempos, no los absuelven en su plenitud correlativamente, sino de un modo cortado, y desde luego nada específico ni claro, y he aquí el mayor trabajo que se ha tenido que superar. Pero sin embargo la constancia, el entusiasmo y el patriotismo, unido al amor glorioso de ser siempre útil al país que le ha dado a uno el ser que tiene, lo ha vencido todo. Estos imperterritos agentes son los que han proporcionado todos los datos, todos los materiales con que tanto en este tomo como en los que le sigan, saldrán en letras de molde a formar la historia de esta patria de los actuales peruanos, la de los antepasados incas, hijos del Sol, y la de las generaciones venideras hasta el fin del mundo.

Con lo que queda expuesto se cree haber hecho el prólogo conveniente de esta primera parte de la historia que se ofrece, advirtiéndose, sí, que cada tomo de los que salgan tendrá el que les corresponda según las materias de lo que traten. Mas entre tanto, ¡oh, magnánima Nación Peruana, acoged, pues, con protección y aprecio estas primeras páginas históricas que te oblaciona¹ uno de tus más // [f. 5] leales y más decididos hijos, que siempre ha trabajado y trabaja por vuestro engrandecimiento y felicidad.

Juan Basilio Cortegana [rúbrica]

1 Sic, de oblar, ofrecer, pagar, rendir.

Esta firma llevarán todos los tomos, sin el cual requisito se tendrán a los que no la tengan por apócrifos.



[f. 7] Libro I, Capítulo 1

El origen primitivo de los habitantes del Perú, y el de los demás estados americanos, se presenta al aspecto de tan antiguos como lo es el universo, y si se llama este continente el Nuevo Mundo, o la cuarta parte de él, es porque Colón le descubrió cuando solamente las tres partes estaban descubiertas, como lo eran el Asia, la África y la Europa, así como en estos últimos tiempos se ha descubierto la Australasia, que ya también forma la quinta parte del todo el mundo descubierto y conocido.

Su población natural, y de la que se trata, más parece que es lo mismo que su existencia territorial, desde que el Todopoderoso así lo creó y lo dispuso. Porque si se medita con alguna detención sobre el particular, solo se saca por consecuencia de cuantas reflexiones se hagan profundamente, que la humanidad peruana existía desde antes del reinado de los incas, unos constituidos en sociedad, bajo el régimen de sus autoridades civiles y originarias, a quienes obedecían y respetaban no solo en las poblaciones numerosas sino hasta en sus reducidas estancias; u otros sí, excesivamente salvajes, pero eran en pocas partes. Sin embargo, otros autores afirman que la raza de los indios de América viene del septentrión, de los tártaros del norte de la Rusia y de Europa, por la proximidad de la Groenlandia y esquimales a América. Es decir, que habiendo un corto estrecho al que le pusieron el nombre de Bering, de diez leguas que divide el mar a

entrambos continentes por sus nortes [sic], como así lo descubrió en su viaje de 1769 Krenitzyn,* de un temporal que experimentó después de haber invernado en Aloxa. A su vuelta se internó tanto al norte que halló que su rumbo cortaba por medio de lo que otros marinos habían supuesto ser el mundo viejo, todo uno con el nuevo continente por allí, y que vio no ser otra cosa que un mar abierto, // [f. 8] deduciéndose de esto que lo que habían tomado por cabos del continente solo eran islotes de peñascos. Y he aquí también la razón de por qué se ha creído susceptible que así hubiese sucedido, porque se le juzga que antes de su división habría estado unido. Y aunque en su idioma no coinciden los habitantes, pero ni aun remotamente se identifican en nada, créese de igual modo que este se haya perdido por la adulteración que hubiesen practicado de él las generaciones que se han ido sucediendo, pero siempre, aunque hubiese recibido el norte de la América estos pobladores, se viene con más evidencia que la mayor población americana emana de un origen asiático,** desde el cabo de Hornos hasta las extremidades meridionales del Labrador. Mas sea de esto lo que sea, nadie da datos seguros ni decisivos sobre ello, sin solo concretarse a proximidades, o probables conjeturas, de que así habría sido y nada más. En otra parte se hablará más detenidamente sobre esta interesante materia conforme a lo que han alcanzado nuestras meditaciones y raciocinios.

Más ciéndonos a lo que otros autores españoles han escrito, sobre que los reyes incas gobernaron tan solo cuatrocientos y más años en el Imperio del Perú, como don Gómara,² Zárata,³ Acosta⁴ y otros, se encuentra que

* Uno de los capitanes rusos que Pedro el Grande hizo que navegara alrededor del promontorio del nordeste del Asia, saliendo en embarcaciones pequeñas en 1768 de los puertos y de Kolima al mar y costas de Kamchatka. Véase *Viajes de diconuertes* [sic], tomo [Cortegana no lo indicó].

** Véase Robertson, *Historia de la América*, tomo segundo.

2 Francisco López de Gómara (1511-c. 1566) fue un historiador español que se ocupó sobre todo de Hernán Cortés y la conquista de México. En 1554 publicó su *Historia general de las Indias y Nuevo Mundo*, donde también se ocupó de Perú.

3 Agustín de Zárata (1514-1585), administrador e historiador español, autor de la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* (1555).

4 José de Acosta (1540-1600) fue un jesuita español que estuvo largos años en Perú y México. Tuvo un prominente papel en la evangelización de los Andes. Sus obras más célebres son *De procuranda Indorum salute* (1588/89) e *Historia natural y moral de las Indias* (1590).

el Padre Blas Valera, natural de Cajamarca e hijo del conquistador Alonso de Valera en una de las ñustas de aquel país, criado entre la lengua nativa de sus parientes maternos, cual era la quechua, dice que los emperadores incas gobernaron más de seiscientos años,⁵ cual verdad echa por tierra a todos los autores españoles, que han escrito sobre el particular sin conocimiento del idioma de ellos. Otros autores más que han ido escribiendo después con la misma ignorancia, y solo por las noticias que han adquirido pasajera y vagamente de relaciones vagas e infundadas, dan por el tiempo de la fundación del imperio por Manco el año de 1021,* otros a mediados del siglo undécimo;** y finalmente los más como Garcilaso,⁶ Peralta,⁷ doctor Castro⁸ en su fundación a la real audiencia del Cusco y Herrera,⁹ se remiten al tiempo de más de cuatrocientos años sin fijar resolutivamente época señalada, contradiciendo solo con sus dichos a los seiscientos y más años que expone el indicado Padre Valera. Empero, nuestra curiosidad presenta sobre todas estas opiniones una sincera y razonable demostración a la inteligencia y mérito del lector, para que se penetre y convenza de la realidad

5 La obra del Padre Blas Valera se conoce a través de los fragmentos de la misma que recogiera Garcilaso de la Vega. Sobre el punto en cuestión, lo que Valera dijo, a la letra, es «...que fueron más de quinientos y cerca de seiscientos» (Garcilaso, *Comentarios reales*, lib. II, cap. 1).

* Padre Velasco, *Historia del reino de Quito*.

** [Ilegible], *Guía política, eclesiástica y militar del Virreinato del Perú*, de 1797.

6 Garcilaso de la Vega (1539-1616), cronista mestizo hijo de un conquistador español y una princesa inca y autor de los *Comentarios reales de los incas* (1609) y la *Historia general del Perú* (1617), dos de las principales fuentes de Cortegana.

7 Pedro de Peralta y Barnuevo (Lima, 1663-1743), polígrafo peruano, rector de la Universidad de San Marcos y miembro de la Academia de Ciencias de París, fue autor de diversas obras como su *Historia de España vindicada* (1730), *Lima inexpugnable* (1740) o el poema *Lima fundada o conquistada del Perú* (1732), a la cual Cortegana cita más adelante.

8 Ignacio de Castro (1732-1792), clérigo, miembro de la Sociedad Académica Amantes del País, colaborador del *Mercurio Peruano* y autor de una *Relación de la fundación de la Real Audiencia del Cusco en 1788...* (1795), que cita Cortegana.

9 Antonio de Herrera y Tordesillas fue un historiador español célebre por su *Descripción de las Indias occidentales* (1601) y sobre todo por la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme...* (1601-1615), popularmente conocida como sus *Décadas*. Esta última obra copia ilimitadamente a otros autores. En el caso del Perú, gran parte de la información de Herrera fue copiada de la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León.

de un resultado un punto tan interesante a la época de la historia de nuestros primogenitores, según los datos que siguen. A saber.

Todos nuestros autores han trepidado en la época, y aun entre estos varios científicos que por su saber y facultades que han ejercido, vemos con extrañeza que no han presentado siquiera un objeto que pudiera servir de símil, según sus experiencias, de punto de partida y parada a sus cálculos, y para en vista de su duración // [f. 9] deducir la fecha bien aproximativa a la verdad sobre la fundación del Imperio de los incas. De aquí es, pues, que para dar mejor prueba de nuestra invención y aserto lo verificamos presentando la edad que vivieron los mismos incas reinantes. He aquí pues el punto de comparación, de salida y de término para buscar la época que en verdad ellos mandaron. Aquí no cabe aventura en el concepto que se forma, porque aunque sea la equivocación en dos, tres o diez años, siempre será sin duda —cualquiera que sea la fecha que resulte— la época más fija y admisible del principio de la fundación del imperio, antes que estar creyendo lo que por inejempladas [sic] opiniones se ha presumido y pretendido desde luego se crea como una infalible evidencia. O aunque esto no haya sido así, al menos no existiendo otras que las hubiesen contradicho, han tenido que ser por la tolerancia y sanción del tiempo, el evangelio histórico de nuestros incas, y por consiguiente la precedente historia de nosotros mismos.

Es muy sabido que el inca Manco Cápac fue el fundador del imperio y que reinó 52 años habiendo muerto bien viejo, pues que tenía como nieve sus cabellos cuando falleció. Su hijo Sinchi Roca más de 46 años gobernó, porque casi estaba lo mismo que su padre de encanecido. El hijo de este, Lloque Yupanqui, mandó 55 años con ejércitos, y su vejez sobrepujaba aun a la de Manco Cápac, según la tradición de sus momias. El hijo de este, Mayta Cápac, de 53, porque era muy poca la indiferencia que todos demostraban respecto de sus edades en las momias embalsamadas. Cápac Yupanqui, hijo del antecedente, gobernó 48 años. Inca Roca, 59. Yahuar Huaca, 22 años, tres meses, porque fue separado del trono a esta fecha por su hijo el príncipe Viracocha. Este Inca Viracocha, 77 años nueve meses.

El Inca Urco, que fue hijo mayor de Viracocha según el Padre Velasco¹⁰ y Herrera, a quien da por época de su gobierno el primero once días y el segundo meses, por cuya razón no se señala época alguna de su reinado. A este sucedió su hermano menor Inca Pachacútec, que rigió el imperio 57 años. Su hijo Inca Yupanqui, 60 años. Túpac Inca Yupanqui, hijo del anterior, 50 años. Huayna Cápac, el grande, hijo y sucesor de Túpac, 58. Huáscar gobernó con separación del reino de Quito 6 años, 8 meses, y Atahualpa, inca y rey quiteño, gobernó a entrambos reinos después de ser prisionero suyo su hermano Huáscar y hasta que fue sacrificado por los españoles, año y cuatro meses.

Demostración	Años
La conquista del Perú por D. Francisco Pizarro fue en el año de mil quinientos treinta y uno	1531
El reinado de todos los incas hasta el fallecimiento del inca Atahualpa, hacen de a seiscientos cuarenta y seis años en el orden que se deja asignado	646
Resulta resta años	885

[f. 10] He aquí, pues, que rebatiendo una suma con otra, resulta que el célebre inca Manco Cápac creó su imperio y fundó la capital del Cusco el año de ochocientos ochenta y cinco después del nacimiento de Cristo, Señor nuestro, en un orden más razonable y evidente. No se duda que a esta demostración se le afronte diferencia porque así se le quiera argüir por la manía que se tiene en nuestros días de contradecirlo todo sin remediar tal vez la inexactitud, pero al menos ella se presenta como la más proporcionada bajo la base de un cálculo aproximativamente demostrado con el tiempo del reinado de cada uno de los incas, y por consiguiente más pegada a la verdad que todos cuantos hasta el día han escrito sobre el particular. Sobre todo, cada imaginación que a ella se oponga, es libre para perfeccionarla si pueden procurarse datos más convincentes que los

10 Velasco, *Historia del reino de Quito*. Quito: El Comercio, 1947, II: 37.

que quedan detallados, porque siempre la verdad debe incubarse en todos eventos y por todas personas.

Por otra parte, la poderosísima razón que hay para creer que tal tiempo gobernaron los incas, lo prueban, primero, la autoridad del Padre Valera, versado en la lengua, antigüedades y costumbres de los incas; segundo, el conocimiento en que se encontraron las momias de los reyes muertos, que representaban la larga edad en que habían fallecido; tercero, la incontrastable experiencia que se tiene de que los originarios del Perú, que viven largo, la atestiguan con la blancura absoluta de sus cabellos, los que toman este aspecto cuando solamente pasan a más de los cien años de vida. En este orden no son como los blancos o mestizos, que encanecen de los cincuenta para arriba, que cuando llegan a los setenta u ochenta años ya están sus cabezas enteramente albas como el papel. El autor de esta obra hace memoria que el año de 1832, pasando por el punto de Santa, en donde se hallaba de cura el D. D. Manuel Bayona, actualmente cura de Ucos,¹¹ le presentó un hombre originario fuerte y robusto, preguntándole: «¿qué edad le calculaba tendría él?». Al que examinándole bien le repuso que a su ver cuando más sería un peruano de cuarenta y cinco años. Se echó a reír de la respuesta el citado cura y tomándole de la mano le dijo: «este hombre tiene más de ochenta años», y para probarlo mejor le manifestó la partida de su bautismo en sus libros parroquiales y le vio ciertamente el que escribe este pasaje y quedó admirado de su situación vivificante. Luego siguió el cura diciéndole a su presencia que tenía vivos a sus padres sin estar más que un poco quebrados y algo canos, contando ciento veinte años el padre, y la mujer ciento doce. Mas, para certificar mejor lo que vio, el presente autor le preguntó al mismo indio acerca del estado de salud de sus padres, y él contestó que todavía estaban fuertes y que le ayudaban de vez en cuando a desempeñar sus trabajos. Posteriormente ha conocido en esta capital de Lima a D. Bernardo Tello, de edad de ciento quince años, que falleció a fines del año pasado de 1845. Contaba haber visto la // [f. 11] ruina del Callao y la expulsión de los jesuitas. Había ido dos veces para España y hasta habría estado de soldado en la guarnición de Ceuta en

11 Distrito de Ucos, provincia de Huari, departamento de Áncash.

África. De aquí es, pues, que se deduce que si en nuestros actuales tiempos hay hombres de estos que viven tanto, ¿cómo es que se puede dudar de que los incas no hubiesen vivido el largo tiempo que sus propias hebras canas en las cabezas de sus cuerpos, y estos lo justificaban de que así había sucedido? Por esto es que nuestra opinión fundada en la perspectiva en que se encontraron las referidas momias de los mismos reyes hacen la argucia de la certeza de este cómputo, y no se coincide desde luego con la de que solo hubieron de haber reinado cuatrocientos y más años en la opinión de una vida corriente de la raza europea, sino más bien los seiscientos y más años que demuestra el padre Valera, apoyado sin duda en la misma experiencia que tuvo de la vida externa de los naturales del país, y sus signos de vejez, que ya en tiempos pasados se habían experimentado. Sin embargo, la suma exactitud quede en su lugar, porque si la vamos a buscar en la esencia de su certidumbre, sería argüir sin límites, y presentar tal vez mayores dudas o dificultades insuperables.

Como de estos primeros pobladores no se hubiesen encontrado por los que le han sucedido tradición alguna escrita, ni figura o signo alguno que indicara la positiva historia de aquellos peruanos que respiraron en tan pasados tiempos, es la razón más fuerte y absoluta que oscurece e imposibilita el poder saber el primitivo origen de la raza de estos, como seres de nuestra especie. Lo poco que se sabe de ellos tan solamente son las noticias que ministran en sus comentarios el nunca bien ponderado Garcilaso de la Vega, natural del Cusco e hijo de uno de los capitanes conquistadores españoles en una princesa prima hermana de Huáscar y sobrina de Huayna Cápac, del mismo nombre, y que el adelantado D. Pedro Alvarado, cuando vino de Guatemala después que Pizarro al Perú, trajo a sus inmediatas órdenes para el logro de su empresa; de las noticias históricas del Padre Valera, hijo también como se ha dicho de los primeros conquistadores que vinieron con el mencionado Pizarro; y últimamente de las del padre Juan Velasco, natural de Quito en la historia que ha formado de este reino. Estos autores son los que merecen más crédito por ser hijos del país, descendientes por parte materna de las originarias de él e instruidos en el idioma secreto y costumbres que tenían, antes que tantos autores españoles que han escrito lo que les ha dado la gana por cubrir la injusticia

de la conquista y los abusos crueles que cometieron en ella. No por esto se aja a la buena reputación y sentimientos nobles de aquellos castellanos que procedieron procurando la mejora de este imperio y fueron siempre amigos y defensores de él y de sus inocentes habitantes. Por el contrario, a ellos siempre se les dirige una visada [sic] de tiernos recuerdos por los peruanos, sus hijos, en justa retribución de sus méritos y sobre todo // [f. 12] de sus positivas virtudes que ejercieron en los lugares que compusieron el rico Imperio peruano.

El padre Blas Valera fue el primero que escribió como peruano su obra presentando la historia política de los incas. El mestizo y nuevo Garcilaso, que sin embargo de ser por línea materna más inmediato pariente a la familia de los incas en ese orden de legitimidad que ellos observaban, y a la que al fin acabaron de destruirlo los expresados conquistadores españoles, no lo hizo sino mucho después, publicando sus primeros *Comentarios* en Italia¹² con el objeto de que no fueran impedidos en España. Tiempo después, estos mismos *Comentarios* llegaron a reimprimirse y publicarse en Madrid a 4 de agosto de 1723, con especial permiso del Rey de las Españas y Emperador de las Indias que lo fue entonces D. Felipe Quinto, a quien se dedicó la obra en la reimpresión. Estos *Comentarios* fueron mandados recoger después por el ministro Gálvez por todas las Américas¹³, pero con más especial recomendación de todo el que fue imperio de los incas, lo que ya no pudo tener un buen escrito debido a tal prohibición, en razón de que las noticias de Garcilaso habían ya pasado varias generaciones a la memoria y corazón sentimental de los peruanos, para comparar su situación política presente con el duro trato de los mandatarios realistas y el que dieron los de la misma clase en la conquista, y después de ella a los naturales dueños de tan opulento territorio.

Los mencionados *Comentarios* se fundan en algunos de los hechos que vio ejecutar su autor; en los pasajes de tradición que le contaron los incas, sus parientes que aun todavía en su juventud los conoció y trató; y quienes

12 En realidad se publicó en Lisboa.

13 En 1782, el rey Carlos III prohibió la circulación en sus dominios de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, orden dada en el contexto de la rebelión de Túpac Amaru.

como por biografía de sus antepasados de unos en otros le instruyeron ellos; y en las demás cosas se remite a varios autores, o a lo que oyó decir que así había sucedido. La presente obra bebe de aquellas antiguas transmisiones, de las que presenció Garcilaso, y de las que últimamente ha visto, leído y oído en estos posteriores tiempos su autor, todo con el objeto de que quede con más perfección obra tan necesaria y útil a toda clase de peruanos bajo la esfera de la más estricta imparcialidad, condenando si es posible en su ver al mismo Garcilaso en la parte de sus pasiones fuertes al ensalzar a Huáscar y deprimir a Atahualpa, no pudiendo él nunca ser en este asunto voto, por su inmediato parentesco en línea legítima con el rey del Cusco.

Nadie podrá negar por otra parte que el mayor número de los peruanos vive ignorando la historia antigua y presente de su país y sin ser solícitos por ello, prefieren saber mejor historia de otros reinos, cuando debieran cuidar de ser instruidos en preferencia a toda en la dicha patria en que han nacido, porque vivir en ella, ignorándola, es el colmo de la estupidez y abandono, // [f. 13] o en el de la más infamante insensatez ignorando así aun su mismo origen. Así es pues que la naturaleza, el deber y aun la cultura obliga a los peruanos el estudiar la historia de su país, y solo por adorno o mayor ilustración es bueno no ignorar la de todo el mundo.

Si en el día a muchos de nuestros peruanos envejecidos o mozos precitados de saber, o por mejor decir de aquellos que pisan en el aire por su pulcritud, o llamados elegantes, se les preguntara que den razón de las antigüedades de su país, tal vez no sabrían ni qué contestar por la indiferencia con que han mirado a los autores antiguos que han escrito sobre la materia. Y si se les pregunta de las de Roma, Francia, España o Inglaterra, contestarán de memoria cuanto en esta parte han aprendido teóricamente y sin un conocimiento real de aquellos Estados extranjeros que están a millares de leguas del continente americano, ni que les importa tanto conocerlos ni saber de ellos, como les es de necesidad indispensable no ignorar los acontecimientos y todo, todo cuanto concierne a la patria que los ha producido y los sostiene. Este contraste vicioso procura extirpar los trabajos del autor con la publicación de esta obra de un modo manuable y cómodo; y he aquí

toda la recompensa de sus esmerados anhelos que tan solamente trata de alcanzar de cuantos la lean.

El contenido de la obra estará dividido en estas materias: 1.^a Historia de los reyes incas y discurso sobre el origen de los primeros moradores del Perú. 2.^a Descubrimiento de la mar del Sur en el Pacífico y el nombre de Perú que le fue aplicado por los españoles, en consecuencia de la contestación Berú o Pelú que les dio el hombre indígena que tomaron en la boca del río de Tumbes, donde se hallaba pescando, y desde luego trasladado a bordo para este objeto por los marineros de Basco Núñez de Balboa, natural de Xerez de Badajoz en 1513.* 3.^a Las ocurrencias que tuvieron para emprender la conquista entre los españoles y entre los mismos reyes incas, los sucesos de ella hasta la muerte de Atahualpa y absoluta apropiación por los castellanos del imperio. 4.^a Los primeros gobernadores españoles del Perú, sus guerras civiles y dominación colonial por los virreyes hasta la proclamación de la independencia. 5.^a Historia de la guerra de independencia e institución de la república. 6.^a Gobierno popular representativo y sus disensiones internas. He aquí lo que contiene la presente obra, y se procede a su lleno.



* Véase Garcilaso, capítulo 4º, pág. 5.

[f. 15] Libro I, Capítulo 2

Una historia no pertenece a un hombre solo; no es el recuerdo parásito de su querer; es, sí, la narración de los acontecimientos que hacen la positiva existencia de los pueblos que llegan a figurar en el orden social y político de la vida. No solamente es la importante imagen representada de los sucesos que deben ilustrar a la inteligencia de los hombres que quieran saber, sino también es la grande apoteosis, donde se manifiestan en todos tiempos los esclarecidos nombres de los eminentes ciudadanos, reyes o héroes, que en su época se distinguieron con sus remarcables hazañas, atrayéndose la admiración del mundo y el amor o maldición de las generaciones de aquel y del Estado a que han pertenecido. Es, en fin, el estante intelectual en que viven los pensamientos sublimes del ingenio, y desde luego el permanente fallo severo contra las malas obras del panegírico más honroso y heroico en pro de las virtudes y los extraordinarios hechos que se practicaron en obsequio del bien general de la patria y la comunidad de sus hijos. Al empezar, pues, la historia antigua de los reyes incas del Perú, fijando por época más aproximada a la verdad el año de ochocientos ochenta y cinco después de la venida de Cristo, se ha tratado de separar en todo lo posible la insignificancia, es decir, presentar al oro puro, sin aquella escoria que empañaba a su hermosa amarillez. // [f. 16] Sentado esto por base de nuestro relato, ha de saberse que el antiguo Imperio de los incas del Perú es el más célebre

que se presenta ante todas las naciones del mundo comparándolo en su orden de proporción, pues ninguna de ellas tiene su menor aparecimiento ni imitación en el origen racional de su fundación, en su culto, en sus leyes suaves y benefactoras, en sus riquezas, edificios suntuosos, ni en sus acueductos, trabajos agrícolas y fabriles. Todo en su época presenta un orden bien establecido, todo es civilidad, amor, unión, goces, capacidad y gloria inmarcesible finalmente.*

Antes del reinado de los emperadores incas vivieron // [f. 17] los indígenas en algunas partes de los departamentos del sur, errantes y dispersos en quebradas, riscos y hasta alimentándose con carne humana. Su vestuario de ambos sexos era estar en completa desnudez y solo un hilo cubría sus partes vergonzosas. La unión de estos era también de un modo salvaje puesto que se juntaban como las bestias para practicarlo. Cada estancia o familia tenía su lengua particular y los que se entendían por un mismo idioma se creían parientes, amigos, aliados, o de una misma especie de sentir; mientras que los que no se coincidían [sic], eran tenidos por sus extranjeros y no pertenecientes a la raza de donde ellos procedieran. No así los más de los pueblos del norte, que tanto en la sierra como en la costa los encontrarían los incas viviendo en sociedad cuando a sus dominios los sometieron.

Cuando en este estado de vida existieron los primeros originarios del Perú es también cuando la providencia que todo lo dispone con sus altas bondades, les otorgó el aparecimiento de los emperadores incas, vestidos del convencimiento y autoridad necesarias, para reducirlos a un estado de civilización, reuniéndolos a la formación de pequeños pueblos para que vivieran en sociedad, suavizaran el carácter agreste de salvajes en que habían nacido, y que aún existían del mismo modo que sus antepasados lo habían sido desde su primitivo origen de tiempos inmemoriales.

* No se habla comparando con las naciones cultas de Europa ni de otros hemisferios que hubiesen llegado en el día al colmo de su perfecta ilustración. Se habla, sí, cotejándolas con las antiguas en el estado de igualdad cuando empezaron a formarse en Estados. En este punto de vista es superior a todos, la organización del imperio peruano en todos respectos.

Como el primero de estos emperadores nombrado Manco Cápac y su esposa la Coya Mama Ocllo fuesen los fundadores del imperio, y para hacerlo según tradición de ellos mismos hubiese aparecido en la laguna de Titicaca, la misma que se conoce también con la del Desaguadero, Chucuito y Puno, han sido desde luego estos los primeros que se titularon ser hijos del Sol, dando así una celestial importancia a su procedencia. A este astro luminoso adoraron también como a una deidad paternal, y a este mismo han atribuido con política cuidadosa su emanación natural, de modo que ella formase el barómetro de sus superioridades, sobre los que los llegaron a repletar y obedecer de una manera tan decidida, como cuanto ellos procuraron también por su parte hacerse admirar de todos estos con las edificantes obras que entrambos practicaron en favor de cada uno de los primeros y últimos salvajes que redujeron, atrayéndolos a su inmediata civilidad y domesticación.

[f. 18] De esta manera estos dos genios creadores, reputándose descendientes del Sol y la Luna y autorizándose con él mismo para reducir a sociedad a los salvajes errantes que poblaban de un modo disperso los lugares indicados, salieron empeñosos de su isla a buscar el sitio donde formarían la primera ciudad de su corte. Como en efecto, abandonado que hubieron la patria de su naturaleza por plantear tan loable designio, se encaminaron por la parte del norte de la laguna sin más apoyo que una varilla de oro de media vara de largo y dos dedos de grueso, que el Sol su padre les brindó para su marcha,* instruyéndoles que por cualquiera partes donde anduviesen y quisieren hincar con la punta de la varilla el suelo, y se hundiese con un solo golpe, que le dieran en el vértice de la otra punta y les era encontrado el sitio que buscaban para sus residencias y formación de la capital que habría de ser la corte del imperio, con expreso querer de su padre el Sol.

* Esta es la invención de la fundación.

[f. 19] Después que habían reparado el cansancio del largo camino que traían, estos dos célebres viajeros entre claro y oscuro, se pusieron en marcha sobre el valle del Cusco y a la primera parada que hicieron vencida alguna distancia en la cima del cerro Huanacauri, hincó Manco Cápac a la tierra con la vara de oro, la cual con una facilidad admirable se hundió al primer golpe en él todo y de modo que no la vieron más. De lo que coligieron Manco Cápac y su compañera que ese era el sitio que quería su padre el Sol para que edificase la ciudad e hiciese asiento para morarla por todo el tiempo de su vida y la de sus descendientes.¹⁴

Tomada así la posesión entrambos esposos se dedicaron a reducir a los salvajes cada uno por su parte, y para que se conociera en todo tiempo el trabajo de cada uno formaron dos departamentos. Los que redujera Manco Cápac poblaban en la parte superior del monte de Huanacauri y los que reducía la coya, su esposa, al pie de él, de manera que los del cerro se denominaban Hanan Cusco, es decir, pueblo situado en la altura del Cusco, y los del pie de él, Hurin Cusco, que es decir, pueblo situado en el bajo Cusco. Este acontecimiento ha reputado Garcilaso de la Vega en su obra, que tal denominación la hizo Manco Cápac por una especie de superioridad que debería haber de los que él reducía sobre los que se atraía su esposa.¹⁵ Pero conceptuando este asunto en su verdadero punto de vista, no hay razón para aceptarlo de ese modo, porque siendo el objeto uno mismo, la colocación de los reducidos parece que no sería más que para el estímulo y conocimiento de que ambos trabajaban para un mismo fin, probándole así cada cual de los departamentos según su aumento y cuidado que tomaban instantáneamente más y más sus fundadores sobre el particular.

Le puso el inca el nombre de Cusco a la ciudad, porque en su idioma quiere decir esta expresión quechua ombligo, dando a entender así que ahí

14 Esta sección comprende citas y paráfrasis de Garcilaso, *Comentarios reales*, lib. I, cap. 16.

15 Cortegana leyó mal a Garcilaso, pues la corrección que supuestamente le hace en realidad es lo mismo que el cronista afirma. Véase *ibid.*

es la primera creación del hombre, después de Adán y su compañera Eva, y que siendo ese el primer pueblo del imperio debía denominarse así, porque de él iba a emanar la creación de todos los demás pueblos, como sucedió tanto por él como por sus sucesores.

Así que iban aumentando sus reducidos¹⁶ de entrambos sexos, Manco Cápac cuidaba de que hicieran sus casas con toda comodidad enseñándoles a cultivar la tierra, a mejorar sus costumbres, a respetar a sus mayores, a ser obedientes, a no hacer mal a sus semejantes y sobre todo a adorar el Sol, su padre, // [f. 20] para cuyo efecto les hizo edificar un hermoso templo conocido por el del Sol, en donde tenían colocada su efigie, construida del oro más refulgente. La coya Mama Ocllo se encargó del mismo modo a educar a las reducidas de su sexo en todos los quehaceres mecánicos de una mujer para el manejo de una casa y madre de familia. Les instruyó en el hilado, tejido y demás habilidades, que no solo adornan a una mujer sino que le son necesarias para vivir unidos al matrimonio, y por sí mismas manejándose llenas de agrado para con todos los de su especie, y sin olvidar por esto, lo más esencial y sobre todo privilegiado de tributar el culto debido al Sol, como deidad paternal para todos ellos y hacían de él desde luego emanar su origen.

Como los salvajes de ambos sexos domesticados ya por las caricias, cuidados y enseñanza, tanto de Manco Cápac como de su esposa, en todos los trabajos naturales para la mejor comodidad de la vida, hubiesen saboreado las ventajas de vivir en sociedad, fueron los que sirvieron inmediatamente de intérpretes activos y fieles para salir en solicitud de todo, cuantos individuos aún no se habían reducido a la obediencia del inca. Pero los expresados intérpretes llevándoles los nuevos vestidos, los nuevos alimentos, y contándoles las casas y pueblos en que ya vivían y el número considerable que se iba presentando, y como lo veían todo prácticamente, se quedaron estupefactos con lo que les imponían los intérpretes, al paso que también les crecía por instantes su admiración hacia aquellos dos genios que habían aparecido en sus hogares a hacerles tanto bien. Convencidos y penetrados de cuanto en este particular ya no tenían

16 Alude a los pobladores bajo la jurisdicción de Manco Cápac en un espacio determinado.

que dudar, convenían sin resistencia en unirse a los que ya consideraban por tales maravillas bienhechoras como a sus primeros padres naturales, o como a sus reyes y señores, acudiendo todos los días en gran número de todas las cercanas tierras del nuevo Cusco, en donde luego que llegaban y se certificaban del conocimiento de Manco Cápac y de Mama Ocllo, y aún mejor informados por los ya vecinos y habitantes del Cusco de las virtudes, sagacidad y bondad de estos fundadores de la nueva ciudad, no querían ser menos agradecidos que los ya residentes para dejar de quedarse a vivir en ella, haciendo una parte positiva de su vecindad, o formando una familia más al paso que sirviendo y obedeciendo a los dos incas en todo cuanto hubiesen por conveniente destinarlos.



[f. 23] Libro I, Capítulo 3

Continuando en este capítulo las fundaciones que hizo el célebre Manco Cápac,¹⁷ ha de saberse que poco tiempo después a las que ya tenía establecidas, procedió a levantar a uno y otro lado del camino de Antisuyo trece pueblos de reducidos. Al poniente del Cusco y en la extensión de ocho leguas hizo construir treinta esparcidos a derecha e izquierda del camino de Contisuyo, y al norte de la ciudad veinte, esparcidos también entre Limatambo, Sacsahuana o camino para Ayacucho. Al medio de la capital levantó de igual modo cuarenta pueblos de la nación ayarmaca y que comprendía a una mano y otra del camino de Collasuyo y Quispicanchi. Estos pueblos, que fueron más de ciento además de los anteriores que ya había fundado, pusieron al inca Manco Cápac y su hermana Mama Ocllo en aptitud de ser ya el efectivo emperador de todos ellos, puesto que sus paternas beneficios los hicieron reconocerlos por tales y desde luego como hijos del Sol.

Las primeras leyes que les impuso a todos los pueblos fueron las siguientes:

- 1.º Perpetua paz y concordia entre todas las familias y pueblos, haciendo para sus semejantes en todos tiempos, el bien que se hiciera para cada uno de ellos.

17 Este párrafo toma información de Garcilaso, *Comentarios reales*, lib. I, cap. XX,

- 2.° Que se respetaran a unos a otros, como en sus mujeres e hijos, evitando toda clase de corrupción.
- 3.° Pena de muerte a los homicidas y ladrones.
- 4.° Que usasen del matrimonio con una sola mujer, casándose entre su misma familia para que no se confundan sus descendencias, y a la edad de 20 años, en cuya edad ya puedan gobernar sus casas y trabajar en sus haciendas.
- 5.° Prohibió el adulterio con penas severas y arbitrarias, y hasta en la de muerte en caso de haberse atentado contra cualquiera otra vida.
- 6.° Ordenó que los frutos que cada pueblo recogiera se guarden todo unido // [f. 24] para distribuirlos en cada uno de los que tuvieren más necesidad de ellos y hasta que se les repartan tierras a estos en que trabajen y cosechen su sustento.
- 7.° Les enseñó y obligó a tributar el culto debido al Sol ofreciendo sus respectivos sacrificios, al mismo tiempo que les señaló el sitio donde habían de levantar el templo para este objeto.
- 8.° Hizo levantar casa de recogimiento de mujeres. Es decir: vestir las de la sangre real que se empezó en el servicio de su padre el Sol. En una palabra, un monasterio de monjas como las presentes dedicadas al servicio de nuestra deidad y creencia.

Asimismo les designó insignias, tratamientos y decoraciones a cada personaje tanto de hombres como de mujeres de su corte y de todo el imperio. Estos títulos consistían en las significaciones siguientes.¹⁸

- 1.° Cápac tiene todas estas acepciones en la quichua, grande, rico, manso, piadoso, clemente, liberal, justiciero y de mucha magnanimidad para hacer bien con sus obras a los pobres.
- 2.° Huaccha cuyac es otro título que significa amador y bienhechor de los pobres. Manco era nombre propio del inca.
- 3.° El título inca significa emperador, rey o señor de mucho poder o autoridad; y cuyas insignias declaró que fueran el llauto imperial, que

18 Los tres primeros ítems son de Garcilaso, *Comentarios reales*, lib. I, cap. XXIV.

cubría su cabeza con una borla colorada llamada mascaypacha,¹⁹ orejeras de oro; y en lugar de cetro una hacha corta del mismo metal en la mano.

- 4.° Cápac Inca es solo señor, y de la manera que al Emperador Turco le llaman los suyos Gran Señor.
- 5.° Coya significa emperatriz o reina.
- 6.° Intip-Churin significa hijo del Sol, título del inca príncipe heredero.
- 7.° Auqui es infante y título que corresponde a todos los hijos segundos del Emperador por línea de varón o demás incas por la misma línea.
- 8.° Palla quiere decir infante perteneciente a la sangre real y hermanas del príncipe heredero después de la princesa, que se le titula ñusta, lo cual está en el mismo grado que el príncipe heredero en línea legítima.
- 9.° Los hijos e hijas del emperador en sus concubinas también tenían el título de incas y ñustas, pero con el adjetivo del lugar donde habían nacido, como decir Inca Colla, Inca Arequipa etc., y en las mujeres Ñusta Quito, Ñusta Lima, Ñusta Cajamarca, Ñusta Colla Huarco etc., que todo equivale a ser príncipe del Collao, príncipe de Arequipa, etc., y en las mujeres a ser también princesa de Quito, princesa de Lima etc.; así todas las demás y diferenciando estas de la princesa legítima que no llevaba adjetivo alguno, sino ñusta solamente, dando a entender que era princesa de todo el imperio. // [f. 25]
- 10.° Curaca era título equivalente a prefecto gobernador de un departamento, provincia o cantón. Era hombre de Estado.
- 11.° Cacique era gobernador de una sola provincia.
- 12.° Llacta camayuq jefe superior de un pueblo.

Creó también la dignidad de gran Sacerdote bajo el siguiente significado:

- 13.° Villac Uma, que quiere decir pontífice o sumo sacerdote.
- 14.° Cuschipatacuna se llamaban sus sacerdotes subalternos de este, dedicados todos al servicio de los sacrificios que se hacían según su religión en el templo del Sol.

19 Cortegana escribe «Mayta Paycha».

15.º Declaró también cuatro fiestas principales que debían celebrarse en el año y las mismas que tenían lugar en cada una de las cuatro estaciones de este; a pesar de que en territorio peruano no son estas tan bien marcadas como en Chile y Europa, no por esto se deja de dividir el año en los dos solsticios y los dos equinoccios invierno y verano, que todo esto importa a las cuatro estaciones del sur de América y del Viejo Mundo; pero que recuerdan al hombre unos objetos aún más interesantes como son los del nacimiento y el matrimonio, la paternidad y la muerte, del modo siguiente.

La fiesta del nacimiento se celebraba en el mismo día de la fiesta del Sol, la del matrimonio también en la de este y en el mismo día en que se cruzaban de caballeros los noveles incas. La de la paternidad en la fiesta de las sementeras y la de la muerte en la de las enfermedades. Pero las fiestas grandes eran primero la del Sol; segundo, la de armar caballeros y dar insignias de príncipe el primogénito del emperador; la tercera fiesta era la de las sementeras llamada Cusquiraymi; y la cuarta era la denominada Citua, correspondiente a las enfermedades.

Habiendo instituido el culto religioso a su padre el Sol y criado el pontificado y demás sacerdotes, declaró también que este empleo sería vitaliciamente desempeñado por su segundo hijo, si lo tuviese.

Asimismo resolvió la edificación de la casa y clausura de las escogidas del Sol, que habían de ser todas de la sangre real por ambas líneas en el Cusco, y en las provincias de importancia, aunque fuera por una sola; y que solo en los puntos donde no hubiera sangre real por ninguna línea lo fuesen de las familias más notables, como lo eran las hijas de los curacas, las de los ministros de justicia o sacerdocio, y también de los demás distinguidos particulares por la notoriedad de sus honradeces, buenas costumbres y saber.

[f. 26] Este gran emperador, en los últimos instantes de su vida, no excusó llamar a todos los incas, hijos e hijas suyas, a sus grandes y a su pueblo, a

quienes exhortándoles a la sumisión y respeto a las leyes que él les había dado, les recomendó a su hijo Sinchi Roca, que debía después de su muerte sucederle en el trono para que lo quisiesen, lo respetasen, y lo obedecieran lo mismo que a él y porque siendo su hijo lo era también del Sol, su padre, quien se dignaba ya recogerlo a él, desapareciéndolo por medio de la muerte de entre ellos en fuerza de su voluntad. Del mismo modo exhortó a su hijo Sinchi Roca para que se sujetase en todo a las máximas y preceptos que él había fundado. Que tratase a sus vasallos como a sus hijos y que cuidase de ellos; que conservase el orden y adelantase el aumento del imperio por medio de las buenas maneras y convencimientos que él había usado con los indígenas que aún no estaban reunidos; y que conforme fuesen estos presentándose formase nuevos pueblos y con ellos nuevas provincias. Que tuviese presente que un emperador sí era más que un padre cargado de muchos hijos; que no olvidase de adelantar el culto debido a su padre el Sol, hermo세ándoles y proporcionándoles todos los recursos que fuesen necesarios a su mejor ornato y servicio en sus templos; y finalmente, despidiéndose de él y de toda su familia en el seno de la tranquilidad y bajo de una conciencia para [sic] expiró de una edad muy avanzada.

[f. 27]

Por este ligero compendio que se acaba de hacer del primer emperador del Perú, Manco Cápac, vendrá en conocimiento el lector que fue un genio creador del imperio y sus costumbres civilizadas, bajo las cuales bases reinaron sucesivamente sus descendientes, imitándole en todo o adelantándole más, según la capacidad natural de cada uno de los que se elevaban al poder que dejó fundado.

LETRA A LA MEMORIA DE MANCO CÁPAC FUNDADOR DEL IMPERIO DE LOS INCAS

«Esta es, patria feliz, la breve historia
que consagra un hijo tuyo a la memoria
cantando a las orillas del Rímac
los claros hechos del gran Manco Cápac».

A MANCO CÁPAC PRIMER EMPERADOR

Manco Cápac astuto y cortesano
Se coronó por el Inca Gobernador;
Y el Perú sin gobierno, paz ni ley,
Le adoró como padre y como Rey;
Pues fingiendo como el Sol en una Huaca
Los puso en la laguna Titicaca
Para aprender las ciencias y las artes
Que habían de enseñar en todas partes;
Consiguió que los indios se ilustraran,
Y con gusto y amor se avasallasen.
Para esto tomó un cetro de oro fino,
Y en más de ochenta leguas de camino,
Él buscaba la tierra; y yo aquí busco
Una consonante para entrar al Cusco.
Esta es la corte y este el capitolio,
Que trazó el Inca para solio
Y entre él y Mama Coya con prudencia
Ganaron el afecto y obediencia,
Para que todos a su heroico ejemplo,
Dedicarán al Sol el primer templo,
[f. 28] Que fabricó el amor con plata y oro,
Para darle más culto y más decoro.
Y aunque vivió de treinta y cuatro años,

Adorado de amigos y de extraños,
Vivirá en la memoria eternamente
Por benigno, pacífico y clemente.

*Antiguo Mercurio Peruano*²⁰



20 El poema proviene del *Mercurio Peruano* n.º 176, del 9 de septiembre de 1793. El autor es José Pastor de Larrinaga, quien bajo el seudónimo Joseph Torpas de Ganarrilla publicó en dicho diario una serie de poemas dedicados a los gobernantes del imperio incaico.

MANUSCRITO II
(Selección)

[f. 7] A la Nación Peruana
Discursos o idea general del origen de los incas
y los primeros moradores antes del imperio de estos*

Muchos autores han opinado y escrito sobre el origen de los incas y los primeros aborígenes antes del imperio de ellos, presentando varias ideas fabulosas. Una de ellas es la que el inca tío de Garcilaso de la Vega contó a este de que el Sol, padre y dios de ellos, los envió desde su esfera celestial para civilizarlos, es decir un hijo y una hija habida con su madre la Luna, apareciéndolos en una isla de la laguna del Titicaca, para que de allí en cierto tiempo salieran donde mejor les pareciera ir a realizar sus conquistas sobre los de su especie, que andaban errantes y existían selváticamente en tan extenso territorio que a sus ojos se les perdía en el horizonte.

El lago Titicaca, como se deja dicho en el primer tomo y donde aparecieron, contiene y fecundiza las islas de su seno y una de ellas tiene el nombre indicado, por cuya razón lleva su nombre, y porque también en ella se construyó haciéndose célebre, por los antecesores de Manco Cápac, el primer palacio de la dinastía de los incas, y consiguientemente el primer templo del Sol para ejercer sus creencias religiosas.

Las gentes antiguas y comunes que no pertenecían a la raza privilegiada de los incas, contaban entonces otra fábula sobre sus primitivas

* Este es el discurso prometido en el cap. 1° del primer tomo.

procedencias;²¹ y esta era que el origen de sus reyes incas venía (después de haber pasado un gran diluvio de aguas, ignorando si sería general o si solamente parcial por las partes que moraban) del aparecimiento entre sus antepasados de un genio sumamente poderoso en el punto de Tiahucana, a medio día del Cusco, quien como padre común de cuatro hombres titulados reyes, les repartió el mundo que pisaba, también en cuatro partes, aplicándole a cada uno de estos una de ellas para que la gobernasen. El repartimiento del territorio se hizo en la forma que sigue.

Dicen que contaba aquellos vivientes antiguos que al primero nombrado Manco Cápac le dio la parte septentrional; al segundo llamado Colla la parte del mediodía; al tercero denominado Tocay la parte de levante; y al cuarto, que se le llamaba Pinahua, la de poniente; // [f. 8] que cada uno fuese a su distrito, que conquistase y gobernase como padre y soberano a las gentes que encontraran por cada una de esas partes que se les acababa de encomendar, y que a consecuencia de este repartimiento del mundo hacia el parecer de ellos de esos puntos, hicieron estos agraciados cada uno el suyo llamado Tahuantinsuyo. Esta voz asegura que cada uno juntaba cuidadosamente lo que le correspondía o se le había endosado como propiedad inspirada por el señor padre de ellos. El lugar de Tiahucana, presúmese que fue el nombre del genio, y aplicado por el hecho de la distribución del pueblo de Tiahuanaco, como lugar en que ocurrió tan importante suceso, y el que está a la distancia de diez leguas al sur para La Paz, antes Chuquiabo.

Otra idea del origen de los incas, es que después del diluvio salieron por la ventana de en medio de tres que habían de estas en unas peñas — que están cerca de la ciudad en un lugar llamado Paucartambo— cuatro hombres y cuatro mujeres todas hermanas, y a la cual le llamaron desde entonces ventana real, y por cuya razón se conceptúa que la superchería de esta fábula haya sido la embarcación de Noé cuando el diluvio universal, según así lo conjeturaban los españoles al oírle contar esta historia por su analogía en los cuatro hijos, de que hubiesen tenido tal conocimiento.

21 Garcilaso, *Comentarios reales de los incas*, lib. I, cap. 32.

Pero en concepto nuestro y sea de esto lo que sea, las tres afirmaciones fabulosas que se acaban de manifestar tienen sus partes de inverosimilitud, y ciertas cosas de efectiva creencia. La primera tiene en contra de que los incas fueran hijos del Sol y la Luna como ellos se lo suponían, y por lo que su misma naturaleza está demostrando de que ha sido nada verídico, sino certeramente inventado para afianzar un sistema de política en las fases primordiales de su origen. No así en la parte que toca en la evidencia, porque existiendo en la isla de Titicaca su palacio de morada y templo del Sol para su adoración, cuyos escombros hasta estos últimos templos han hecho a comprobación de la verdad, es claro que no deja duda alguna de que de allí salió el primer inca Manco Cápac con su hermana Mama Ocllo Huaco a emprender sus aventuras por medio de su más resuelta y decidida peregrinación, dando así a conocer que esa casa elaborada en la isla fue la casa paterna donde nació y se educó hasta cuando pudo estar en el caso de tomar estado, y formar consiguientemente una nueva familia. La idea fabulosa de aplicarse el descender del Sol, no presenta otra cosa que el ser una sorprendente deslumbración para atraerse la veneración admiradora de la ignorancia e inclinarla al mismo tiempo por la curiosidad y distraimiento de suceso tan extraordinario a la ciega sumisión, // [f. 9] inoculándoles fanáticamente el alucinamiento y un celestial principio incalculable para todos cuantos de estos intrusos llegasen a ser sus más reducidos vasallos.

La segunda idea fabulosa formada por el común de los habitantes antiguos, tiene más razones de probabilidad en la parte de la distribución territorial, y aun en la oscura reseña que se hace del diluvio, que presenta por principal móvil de este acto del lado del genio, y los cuatro personajes condonados [sic] a ser jefes de los nuevos Estados. De esta historia se puede muy bien deducirse sin exponer mucho la certeza y con todas las características de un evidente positivismo, de que el genio llamado Tiahucana fue el padre común de los cuatro reyes Manco Cápac, Colla, Tocay y Pinahua, a quienes es razonable que pudo haberlos distribuido del modo que queda designado y acompañados cada uno con sus respectivas hermanas; y que, al punto del reparto, se le hubiese puesto memorando de este célebre hecho el nombre del genio hoy conocido como pueblo de Tiahuanacu. Y tanto más es esto, que no está fuera de la esfera de que así hubiese sucedido,

cuanto que tampoco es de mayor extrañeza este suceso, cuando el tercer inca Mayta Cápac, que fue el primero que pasó el Desaguadero con su ejército, y que ocupó Tiahuanacu, encontró ya en él edificios sorprendentes manifestando su antigüedad y correspondientes a un poder inmenso, y como en la vida de este monarca se dice de ellos lo que ha convenido en su verdadero punto de vista.

Arguyen asimismo en favor de esta idea dos cosas más y no de poca consideración cada una. La primera es que estando tan vecina la isla Titicaca, residencia y apareamiento del primer inca Manco Cápac a Tiahuanacu, y demás naciones de su vecindad hacia el sur, no hubiese dirigiéndose a conquistar a las tales reducciones que le estaban más inmediatas a su morada, antes que venir en aventura ochenta leguas al norte en busca de tribus errantes para formar su capital del Cusco. Y esto lo que quiere decir en buena deducción es que no lo hizo porque esas reducciones del mediodía correspondían a su hermano Colla, y por lo tanto le fueron respetadas; y lo es en toda comprobancia el idioma del aimara, que sin duda fue la lengua general como en Manco Cápac la quichua, que trató de plantificar en el reino que iba formando Colla. Y de aquí el que hubiese esa lengua tan solamente desde el otro lado del Desaguadero hasta los pueblos de Cazacollo y Paria, y que desde Oruro en adelante hasta Santiago del Estero, hablasen y entendiesen la quichua, dando a conocer tal variación sorprendente de que Colla vivió poco, y que no pudo —por ser menos hábil que Manco— organizar una dinastía estable entre sus descendientes si los tuvo, como aquel que lo hizo entre los suyos. Porque aunque parece que el célebre Mayta Cápac, bisnieto de Manco, introdujo sus conquistas en los terrenos // [f. 10] de Colla, ya fue cuando había transcurrido el largo tiempo de más de dos siglos, y en cuyo periodo solo encontró el corto trecho de noventa leguas al sur del Desaguadero en que se había extendido el aimara, y lo que no guardaba proporción al tiempo transcurrido, probando así, desde luego, que solamente avanzó a este terreno este idioma mientras tanto le duró el apoyo de su fundador. Pero como se deja dicho que este no hubiese planteado su monarquía bajo principios tan sólidos que su hermano Manco el suyo, y que tal vez sí dejó descendientes, fueron pocos y llenos de turbulencia que se dividieron hasta quedar en pequeños

reyezuelos de su cuenta en las partes que poseían, y sin una administración céntrica como la de la parte del septentrión, que progresó según el gran genio y capacidad de su institutor. Es de aquí la causa, sin duda, de sus no muy lejanos límites.

Por otra parte, como Mayta Cápac pues, y aun sus demás sucesores, conquistasen progresivamente a todas las demás naciones o familias, sembradas por toda la parte que había sido destinada a la reducción del desaparecido Collao, que no alcanzó a someterlas, y de aquí que vuelve a encontrarse en Oruro, Cochabamba, los Charcas, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Chichas, Tucumán y Santiago del Estero la lengua general de ellos, aunque ya degenerada, bien con varias palabras distintas de su género por los abusos de la vulgaridad, o bien en la pronunciación mal hecha por la falta de una enseñanza cuidadosa, y también por perturbársele con la mezcla de sus lenguas primitivas y aun con la promiscuación de expresiones castellanizadas; las mismas que propagadas con una actividad celosa por los conquistadores españoles y sus descendientes, que a todo trance como ignorantes de la lengua aborígen, pretendían con ella hacerse entender de los indios, resultando de todo esto un cálculo muy aproximativo a la realidad de esta parte de la segunda fábula que daban el común de los naturales como verdadero origen de sus incas.

Como a este tiempo podría decirse para refutar esta opinión por los que no coincidieran con ella, observando que no había dato alguno para creer esto como consecuencia de una posibilidad a mérito de no existir tradición de ninguna clase que lo testifique, justo parece fortificar aquí destruyendo esta rara objeción de hecho diciendo: que si hubiera algunos caracteres de historia de aquellos antiguos tiempos de los primeros originarios del país, no habría en el día necesidad de escribirla buscando la certeza de las procedencias, la de sus instituciones políticas, militares, gubernativas, // [f. 11] y religiosas, porque ellas serían entonces bien o mal las que dirían al que las examinase: «Esto es todo lo que hubo en aquellos tiempos revueltos que incubas saber». Mientras que si ahora, la oscuridad en que existe este importante asunto hace interesar a las investigaciones del historiador, del filósofo, del viajero, y aun a la natural curiosidad de todos los humanos indistintamente, el saber, sino la positiva emanación de ellos,

al menos por deducciones y consecuencias racionales el conseguir siquiera la aproximación a lo que ha podido haber sucedido verdaderamente. Tal es nuestro sentir en esta parte historial, y la misma que no hay imposibilidad para que así no hubiese sido antes de ahora según las altas e incomprensibles disposiciones divinas. Tampoco hay dificultad de que el genio citado hubiese tenido los cuatro hijos con sus hermanas, que esta fábula común reseña, y tanto más creíble es esto cuanto que ella no se pone fuera del orden asequible de los sucesos humanos, y menos el que entre estos sus hijos, Manco Cápac haya sido el más hábil, y también el más venturoso que logró llevar al cabo su empresa dejando para sus herederos un imperio establecido, como lo fue el de los incas en esta parte de la América meridional, de tanta política, orden, sabiduría y fama de aquella época en la tierra repartida por su padre entre él y sus demás hermanos referidos.

El lector, por otra parte, puede considerarse también que no está tampoco fuera de la posibilidad de suceder, que los otros dos hermanos como Tocay y Pinahua, hayan seguido la misma suerte que Colla en sus pocos progresos de conquista. Porque si se entra en examen prolijo de ellos solo se divisa que el tercer hermano Tocay, a quien tocó en el reparto la parte del levante, como son las bravas montañas de los Andes, no se descubre nada de él aun por aquellos mismos antiguos que han dejado de generación en generación esta fábula, ignorándose por tanto en lo absoluto su suerte, y si en el orden civil llegó a constituirse en sociedad, y si esto vino a conseguir fue sin duda muy reducidamente y siempre en un estado silvestre, pues las errantes tribus que inundaban aun en el tiempo de las conquistas de los incas de aquellos montes, les atestiguaban el convencimiento de que Tocay nunca pudo avanzar nada sobre ellas. Pero existiendo desde entonces en las entrañas de tan elevadas y tupidas arboledas semejantes habitantes selváticos, y a donde también los huancohuallos y los más de los indios civilizados por los incas se refugiaron, por no sufrir la conquista española después que vieron la completa destrucción que hicieron estos de la dinastía de los emperadores, buscando un asilo seguro y aumentando así desde entonces más y más el número de aquellos antiguos errantes, y por cuya razón puede decirse sin equivocación alguna, de que la parte del levante

contiene millones de millones de salvajes ambulantes y sin sujeción de ninguna clase.

[f. 12] Pero volviendo sobre el cuarto hermano Pinahua dirigiéndose al poniente, también se ha comprobado por las mismas conquistas de los incas sobre ese terreno, de que no pudo organizar su gobierno de un modo unido y fuerte como el de Manco y sus sucesores. Y si algo hizo fue entre la costa de Ica, Chincha, Lunahuaná, Rímac, el Chimú, Cajamarca y tal vez los carangas del reino de Quito, porque fueron los puntos más adelantados que encontraron los descendientes de Manco al realizar sobre ellos sus conquistas con ejércitos poderosos y, aunque fue muy diverso su natural idioma que hablaban a la quechua de los incas, sí fueron bien rectificadas en sus creencias religiosas porque adoraban al Pachacamac y, al paso, fueron esforzados guerreros con fortaleza en sus fronteras, bien vestidos sus cuerpos, cultivados sus campos y completamente establecidos sus gobiernos en pequeños territorios al cargo de un rey escueto y cortesanos que le circundaban para su mayor ornato. Cual estado de civilidad comprueba que Pinahua procuró por ahí establecer lo mismo que su hermano Manco un reino poderoso, y que después de muerto como Colla, sus hijos y magistrados se dividieron quedando en sus gobiernos independientes cada uno el nombre de Pinahua, que es como el de piragua, embarcación pequeña que usan en los ríos o la mar los indios para la pesca, o para transportarse por agua de un puerto a otro.

La tercera fábula de las ventanas no tiene nada de asequibilidad para su creencia, sino el solo tenerla por una insulsa aplicación de los castellanos sobre que quisieron atribuirles de que tal vez debieron tener noticia o conocimiento de los sucesos del diluvio universal, el Arca de Noé y sus hijos que desembarcaron de ella para que se propagasen nuevamente en el mundo destruido por las aguas. Sin embargo de esto, bien puede tenerse todo lo que hasta aquí se ha relacionado por una fábula inventada. Pero en nuestro humilde concepto, y aun en la de todo hombre de buen sentido, conocerá que ello es bien aproximado a la sana razón y a la susceptibilidad de haber así sucedido, esto es sin incluir en favor de sus deducciones la realidad de la fábula; y que si así se conceptúa por el lector, también llevará en este caso el origen de los incas una invención satisfactoria, ajena

de toda evidencia, y sin que tampoco sea ella la única historia del origen de las naciones que sea así, cuando todos vemos y leemos las de todas las que componen el mundo descubierto que todas emanan de un origen incierto y desconocido. Aquella misma nación, rey en otros tiempos de su incomparable grandeza y cuyas conquistas sometieron a casi todo el mundo descubierto de entonces, y cuyos hijos han sobresalido tanto en sabiduría y en un gobierno regio, militar, republicano y después en imperio, y división últimamente, es su fundación —como se sabe— por un abandonado a la inclemencia de los elementos y a la piedad de la humanidad, criado // [f. 13] entre pastores y ejercitado en la casa, o lo que es más, sobre todo, soldado y príncipe al fin, y después de un nacimiento incierto, es decir Roma, creada y fundada por Rómulo el año primero de su formación por este a los 3,250 de la creación del mundo, a los cuatro de la sexta olimpiada y 754 antes de la venida de nuestro señor Jesucristo: este es el modelo más conveniente que se puede presentar de lo que son en su principio la fundación de los imperios, y la verdad o fábulas de sus historias. Otro tanto sucede con el origen del Imperio peruano bajo principios aun todavía más nobles, razonables, y decorosos para que dejara de ser aceptado ante el buen juicio de todo lector generoso, a quien se procura entretener manifestándole los históricos hechos de los primeros reyes del Perú desde sus principios y origen.

Según el autor Peralta,²² hablando sobre el origen del primer inca en su poema de *Lima fundada*, diré: que una india llamada Mama Huaco, habiendo dado a luz un hijo hermoso, lo crió oculto en una cueva de donde ya crecido lo sacó vestido de orejeras y ojotas de oro. Lo expuso en la cumbre de un monte diciendo ser hijo del Sol, que allí lo había enviado para formar un gran reino con todos los moradores de la tierra en que existían errantes y sin civilidad, y adorándole ella y su hermana Pilcosisa de rodillas, hicieron que los indios por su hermosura notable le creyeran tal y lo aclamaran, como sucedió luego por rey hijo del sol y le llamaron Manco Cápac. Es susceptible de que hubiese sido también así.

22 Pedro de Peralta y Barnuevo (Lima, 1663-1743), autor del poema *Lima fundada o conquista del Perú* (1732), al cual alude Cortegana.

Herrera en sus *Décadas*,* dice que los indios antiguos contaron la fábula de que llegó a haber entre sus antepasados un gran diluvio, que concluyó con los moradores, y que se volvió a poblar el Perú con los que habían escapado de él, en las cimas de los cerros y las cavernas eminentes. Velarde presenta el origen fabuloso de que Manco Cápac salió de Pacarictambo, siendo así todo nada más que incertidumbres. Pero ya que nosotros en todo esto hemos dado también en la manía de ser autor, daremos nuestra nueva opinión fundada en deducciones razonables y nada más. Al caso.

OPINIÓN DEL AUTOR

Nuestro concepto acerca del primitivo origen de los pobladores del Perú, es que fueron venidos de Asia; y la razón para creerlo así, sábese que antiguamente los pueblos eran unos ejércitos ambulantes.** Nada extraño tiene que, a la movilidad de estas masas enormes por embarcaciones, el furor de las corrientes del mar agitadas por los bravos ventarrones, perdiendo sus costas naturales, las hubiese venido a sembrar no solamente en las playas peruanas, sino // [f. 14] también en la de todas las Américas por ambos mares, desde el cabo de Hornos hasta el Labrador e istmo de Panamá, y desde estos puntos, todo el septentrión americano hasta el estrecho de Davis Brening [sic], que divide a ambos continentes por el Sur de la Groenlandia [sic], y Esquinas, o por otro nombre más general el país de la Secanunga,²³ a

* Antonio de Herrera y Tordesillas (1549-1626), célebre por su *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar océano que llaman Indias Occidentales* (1601-1615), una historia de la conquista española de América a la cual se la conoce como las *Décadas*.

** En estos últimos tiempos nuestros corrobora más a esta opinión el que en un periodo principal de la comunicación de Abd-el Kader al gobierno francés republicano a 14 de marzo de 1848, implorándole su libertad, usa esta frase «ulemas», que quiere decir sabios, palabra que tiene mucha parte de analogía con la que usan los araucanos en Chile, en los nombres de sus jefes y hombres de concejos provinciales, que les llaman «ulmenas». Esto prueba que a pesar de la inmensidad de los años, aún se conserva el primitivo idioma asiático o egipcio con que inmigraron los primeros pobladores del Nuevo Mundo.

23 «Los del País llaman Secanunga, a Groenlandia». Pedro Murillo Velarde, *Geographia histórica. Libro IX de la América y de las islas adyacentes*. Madrid: en la Imprenta de don Agustín de Gosdejuela y Sierra, 1752, p. 374.

los moradores de estos puntos, sí en verdad pudieron pasar dicho estrecho congelado de nieve. Llámame así a este país por las olas que hay en sus riberas, cómo es decirle tierra verde. El Cabo Farvel [sic]²⁴ es la punta más meridional que tiene, pues está en sesenta grados de latitud septentrional, y en 334 de longitud, rematando esta tierra en su conclusión al mar de una punta piramidal. Más al norte en su costa oriental, a 63 grados, está la punta de Forbicher [sic],²⁵ por donde el mar que penetra al poniente, y hace un estrecho llamado Beureford, y en donde existía el lugar de la residencia de los mandatarios, que a esos puntos enviaba en otros tiempos el rey de Dinamarca; en el día pertenecen a la influencia rusa, y este gabinete es quien ahora les dicta la ley que quiere.

Como los conceptos y consecuencias que se deducen en este discurso solamente se contraen a sacar en una aproximación verdadera el origen de los primitivos pobladores del Perú, según el propósito de nuestra historia y el de todas las Américas, si se quiere que así sea bajo las bases que ya se dejan expresadas como bastantemente razonables, convincentes, y desde luego nada violentas a la susceptibilidad de los sucesos y a la creencia del entendimiento humano, resta solo manifestar aquí las circunstancias de su práctica indubitable llegando el acontecimiento a su hermosísimo y fecundo éxito.

Sabe, pues, nuestra especie, que tiene un hacedor de todas las cosas, y que todo cuanto sucede en el mundo es obra exclusiva del libre albedrío que este le ha dado al hombre. Partiendo pues de aquí, no hay nada de dificultoso para que habiéndose dispersado las distintas embarcaciones surgiendo en su pérdida a los distintos puntos de las costas de América, hayan en ellas saltado a tierra a las orillas de las embocaduras de los ríos y otras en despoblados, donde no encontrando agua quedaban obligados a emigrar al interior de la tierra en busca de ello, resultando de aquí que a los que les

24 El nombre del cabo Farvel (en danés) o Farewell (en inglés), literalmente quiere decir «despedida».

25 Martín Frobisher fue un marino inglés que se dedicó a buscar el paso por el noroeste y que fue hecho caballero por los servicios prestados en la lucha contra la Armada Invencible española. «Martín Forbisher o robisher fue, en el año de 1576, el primero que navegó esta costa [de Groenlandia]...». David Brewster, ed., *The Edinburgh Encyclopaedia*, vol. 10. Filadelfia: Joseph and Edward Parker, 1832, p. 88. Trad. por J. Flores Espinoza.

cupo esta buena suerte de ser arribados sobre las corrientes de este elemento de vida, no hicieron más que morarle sus riberas o sus montes inmediatos, mientras que aquellos que no habían sido tan felices, la necesidad y el instinto de conservarse hubo de conducirlos por entre elevados montes hacia la cordillera a montarla, y aun a descender de la otra parte a sus valles, ríos y montañas. Como cada uno de estos emigrados tuviesen sus superiores naturales, estos fueron sin duda siempre los que los rigieron en pequeño y hasta // [f. 15] que más o menos fuertes unos a otros se hacían sus facciones, subyugaciones, o sus alianzas por el conocimiento, intereses o las armas, pues es sabido que el hombre en todas partes es lo mismo, y que en habiendo dos de su especie es indispensable que dejen de disputarse. Entre las familias que tocó a esta dispersada emigración, se entiende que sería una de las más importantes e ilustradas la de Manco Cápac. Fue sin duda esta la que acaudillaba al todo de ella como rey o como general en jefe del convoy que trasportaba a su destino, fiando su seguridad a las hordas del Asia y con dirección para cualquier otro punto de sus costas variando de domicilio, a donde hubiese la comodidad y la abundancia en fértiles terrenos, con ríos caudalosos, y en campos extensos cubiertos de verdosos pastos para el alimento de sus haciendas y recreación vivificante de sus ánimos. Cuando así realizaban tal vez sus transportaciones, los vientos, sí, los vientos que agitaron sin duda al tridente del dios Neptuno, hicieron levantar a las olas arrebatadoras contra el destino de la expedición, conduciéndolas con precipitación incontenible y sobreponiéndose a los bancos de nieve y a los rigores tempestuosos a las playas del Atlántico y del Pacífico americano, en completa dispersión. Los que se creían náufragos y solamente sujetos al querer de las corrientes del inmenso océano se pegaron a tierra, y he aquí que su salto en ella de una manera providencial, formaron al instante los primitivos moradores de todo el continente americano.

No se diga que su incoincidencia de lengua hace no aceptar esta idea, puesto que ella, como se deja dicho anteriormente, no es una prueba que pueda destruir a la probabilidad de esta opinión, sino más bien su claridad y examen sobre una cierta procedencia. Los idiomas se alteran, se modifican y aun se varían, se aumentan y se pulen, según es el desarrollo de ideas y trato que diariamente se ponen en ejercicio por la civilidad y

multiplicación de los moradores de generaciones en generaciones, siendo un ejemplo de ello en el día la misma lengua castellana, que no es casi ya la misma que usaron los peninsulares en tiempos de Alfonso Octavo. Así pues, también es de creerse que las naciones del Asia, que inmigraron a las costas del Nuevo Mundo según sus costumbres especiales de las familias, pueblos y providencias a que pertenecieron en su primitivo origen, las hicieron varias, luego adulterados por el vicio, o últimamente diferente, según el genio del caudillo que las hizo con su invención y capacidad adoptar una nueva, en calidad de general como sucedió en la tierra del Sol por los incas, que fijaron como idioma general del imperio, la conocida con el nombre de quechua. Véase pues, en esta parte de nuestra opinión, se deducen consecuencias de una probabilidad que más // [f. 16] razonablemente que otras conjeturas, tocan con mayor evidencia. Así que pues, que sin pretender la vanidad de que esta nuestra presente opinión sea la más célebre, ni la más cierta en materia tan importante, y que muchos la han manoseado, nos contentamos tan solo con su emisión, para dar más motivos de claridad y certidumbre a un origen que todos buscamos, pero que ninguno ha podido llegar a decir esto sucedió así. Sin embargo, el lector tiene aquí un punto de bastante materia para entretenerse sí quiere emplear profundamente en ella, sus contraídas meditaciones. Pero el autor entre tanto se halla en el caso de prescindir del punto y seguir el curso de la historia que lleva.

Juan Basilio Cortegana



[f. 171] Libro II, Capítulo 7

Sobre estos dos puntos esenciales aún no había tocado nuestra historia antigua. Preciso es demostrar aquí, aunque sea ligeramente, el carácter civil y moral de los antiguos peruanos y también comparándolos al presentar el de los actuales que aún existen.

Tocando la parte primera, que ya dejamos relacionado en todo el volumen de dos tomos, bastaría ello solo para manifestar la civilidad en que estuvieron los antiguos peruanos; y desde luego muy ajenos de merecer la negra pintura que han hecho de ellos varios escritores extranjeros. Uno de ellos es el filósofo Paw,²⁶ el mismo que se avanza en decir:

que todos los Indianos son de color olivastro. Tienen la cabeza muy dura y armada de gruesos cabellos. Lo demás del cuerpo lo tienen sin pelo alguno. Son todos ellos feos, débiles y sujetos a muchas enfermedades extravagantes, ocasionadas todas del clima rígido en extremo, aún bajo la tórrida zona, y por eso insalubre. Son todos infectos del nativo mal venéreo hereditario, radicado en el germen vital; este se ha propagado

26 Cornelio de Paw (1739-1799), diplomático, filósofo y geógrafo holandés, célebre entre otras obras por su *Recherches philosophiques sur les Américains, ou Mémoires intéressants pour servir à l'Histoire de l'Espèce Humaine. Avec une Dissertation sur l'Amérique & les Américains* (Londres, 1771), que muy probablemente es la obra a la cual Cortegana está refiriéndose. La cita en concreto proviene de la crítica que el padre Juan de Velasco hiciera en su *Historia del reino de Quito en la América Meridional*, tomo I. Quito: Empresa Editora «El Comercio», 1947, p. 230.

de ellos, han hecho tantos estragos en el antiguo continente donde lo llevaron sus conquistadores. Por esa naturaleza degradada e infecta, tienen las mujeres a más de otros defectos físicos el hacer sus partos con extrema facilidad, y el de dar la leche a los hijos hasta la edad de diez años. De aquí fue el que ellas tuviesen gran pasión por los europeos al tiempo de la conquista, porque los experimentaron más potentes en el amor, etc.

No puede darse una rapsodia más avanzada que esta contra unas naciones que, además de tener como miembros de la misma especie humana, la semejanza del que todo así lo dispuso, es la más viperina injuria hacia ellas, sin conocimiento de sus países, de sus estados y de sus costumbres.

El filósofo Buffon,* no menos desviado que Paw, hablando del Nuevo Mundo dice: «esa es una tierra nueva recién desposeída del mar; todavía ensopada en agua; espera, que cuando se vaya secando se irán perfeccionando todas sus cosas». También sistema falso, porque los más de los americanos no estaban así cuando fueron conquistados. Los españoles que consumaron esta obra, y muy especialmente al Perú, bien lo atestiguan, en sus parciales escritos de civilidad en que los encontraron. Dígase mejor que estos españoles que fueron los primeros en penetrar en la América, y tuvieron oportunidad de considerar el ser y prosperidades de las naciones que sometieron, todavía intactas y fuera de toda concepción, no fueron para el caso de llevarlas al cúmulo de su mayor ilustración. El mismo siglo en que ellos vivieron, ni la nación de donde eran, habían hecho todavía progresos en la ciencia que inspira los sentimientos nobles y generales, para difundirlos entre los reinos de sus ganancias. Quién ignora que los conquistadores del nuevo mundo eran // [f. 172] casi todos ignorantes aventureros, y privados de todas aquellas ideas necesarias para contemplar los países de que se habían apropiado, y de sus gentes, que en vez de haberlas pretendido conservar, solo se ocuparon de destruirlas. Además de

* Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), matemático, cosmólogo, enciclopedista y naturalista francés. Su *Histoire naturelle* (Historia natural), obra gigantesca de la cual publicó 36 volúmenes grandes (quarto), comprendía todo lo que por aquel entonces se sabía de las ciencias naturales y tuvo una enorme influencia. La cita de Buffon que Cortegana reproduce fue también tomada del P. Velasco (1947, I: 230).

esto, tuvieron también muy poca comodidad, y menos reposo y capacidad, para haber efectuado reiteradas especulaciones, o más contraídas indagaciones en todas las circunstancias de la civilidad, política, y moral de los americanos.

Al Perú, es notorio que los españoles le encontraron con gobierno establecido por el largo reinado de doce testas coronadas; con una religión establecida por igual tiempo, y por consiguiente con una moral política y religiosa difundida por todos los ángulos de un tan extenso imperio como por entonces lo era él.

Tampoco los peruanos eran ni son feos, pigmeos, ni defectuosos, como se lo han supuesto muchos de los citados historiadores que han escrito solo porque anduvieron por solo algunas naciones silvestres, así como también en el Viejo Mundo hubo incultos y bárbaros. El peruano es naturalmente hombre de un tamaño correspondiente a cinco pies de estatura; de un color trigüeño abronzado, pelo negro, ojos regulares, de facciones bien formadas y muy susceptible de todo trabajo y obediencia. Sus mujeres igualmente, compartidas de cuerpo y de facciones agradables, no obstante las injurias que sufren según el estado de sus comodidades, ellas no son como las pintan los referidos filósofos a la par que a sus varones. Ha mentido quien tales relaciones les llevaron para fraguar tales episodios, indignos de la mente de los que se lisonjean de saber mirar al mundo en su verdadero punto de vista por el título que en sí tienen de filósofos.

Aquel mismo Paw citado dice:

conforme son informes los cuerpos de los americanos, son también imperfectas sus almas. Ellos son insensibles al mal, viviendo y muriendo tranquilamente como bestias. Alguna pasión no tiene el poder necesario para despertar sus almas y alzarlas sobre sí mismas. Superiores a los animales porque tienen el uso de las manos y de la lengua, son realmente inferiores al mínimo entre los europeos. Privados al mismo tiempo de la inteligencia y de la perfectibilidad, no obedecen sino a los impulsos de su instinto. Son de tal suerte privados de memoria que hoy no se acuerdan de lo que hicieron ayer. No saben hacer reflexiones ni ordenar sus ideas, ni son capaces de mejorarlas, ni aun de pensar; porque en sus cerebros solo circulan humores gruesos y viscosos. Su voluntad es insensible

a los estímulos del amor; su cobardía se hizo patente en la conquista; sus vicios morales eran correspondientes a estos defectos físicos. La borrachera, la mentira y la sodomía eran comunes en las islas, en México, en el Perú y en todo el nuevo continente.

Causa asombro el modo de producirse de este filósofo contra unas naciones que no han merecido nunca tales dicerios indignos de la civilidad. Pero para contestarlas copiaremos aquí lo que sobre el particular dicen los autores siguientes en este respecto.

[f. 173] Padre Velasco:²⁷

Algunas veces he dudado si Paw tomaría este asunto por desacreditar y volver ridículos a los americanos, o si más bien, por volverse ridículo y desacreditarse a sí mismo. Otras veces he juzgado que quizá tiene en su cerebro el vicio y defecto que atribuye a los indios; y me inclino más a esto segundo, porque es imposible que siendo de sano juicio, no conozca lo que va a perder para con el orbe literario, o que conociéndolo quiera voluntariamente exponerse al peligro. Las más de las cosas que dice son calumnias e imposturas falsas: otras, aunque verdaderas, se vuelven también falsas, por su modo indefinido de atribuirles sin distinción a todos los individuos; las causas de que dice provenir, son mal entendidas e improbables; el decir que son incapaces de mejorarse, y perfeccionarse con la instrucción es un desatino contrario a la cotidiana experiencia. A este modo cuanto produce es contrario a la verdad, a la razón y a la sana filosofía, y propio solamente de un cerebro desconcertado, ebrio con la pasión más ciega. Me explicaré mejor cuando hable en particular de cada vicio o defecto.

No pretendo ser ni tengo por qué o para qué hacer apología de los indios. La hago de la verdad, de la razón y de la justicia. No sigo el sistema del Doctor Pernety, porque yo conozco mejor que él lo que son aquellas naciones. Confieso que tienen defectos; mas sé distinguir quiénes y cuáles son los que le tienen, y de qué causas les provienen. Veo que el hacer la debida distinción, es práctica común de todo escritor que se precia de racional, aunque sea filósofo libre en el pensar y franco en decidir. No sé qué en estas propiedades le hagan ventaja el señor Paw

27 El extenso extracto que Cortegana hace de Velasco proviene de su *Historia del reino de Quito en la América Meridional*, tomo I. Quito: Empresa Editora «El Comercio», 1946, p. 243-245.

al filósofo Raynal.²⁸ Uno y otro hace irrisión de los libros sagrados de la religión de los Santos Padres de la silla apostólica y de los soberanos. Con todo eso, cuando Raynal habla de los defectos de los americanos los atribuye solamente a las naciones bárbaras, incultas y salvajes; mas no a las que él mismo distingue y separa como cultas, políticas y civiles de los imperios mexicanos y peruano. Cuando a estas atribuye algunos defectos, hace la distinción del tiempo antiguo en que no los tenían y del presente en que los tienen, provenientes del estado que llama de esclavitud y sumo desprecio, más no de otras causas disparatadas, ni menos de la incapacidad radical de ellos. Sígase primero como habla de las naciones bárbaras e incultas.

«Nada», dice, «han perfeccionado más que los animales, en los cuales se admiran alguna mayor industria; ni muestran tener otras ideas que las relativas a las cosas más necesarias, de tal suerte que la suma idea de toda una nación salvaje, jamás excede a la de cualquier otro individuo». Hablando de las naciones cultas del Perú en tiempo de los incas, parece que todavía // [f. 174] excede a los escritores españoles en el entusiasmo que les notan, para celebrarlos y aplaudirlos por las leyes, político gobierno, artes, ciencias y costumbres.

Hablando de esos mismos, según se hallan al presente, muy al contrario dice: «Los peruanos modernos son el ejemplo de aquella profunda estupidez, a que la tiranía puede reducir la humana especie. Son por eso del todo insensibles a las riquezas, a los honores y aun al temor. “No tengo hambre”, es la respuesta a quien quiere pagar porque trabajen. Son todos sin diferencias caciques o mitayos, esto es cabezas o forzados, el objeto de la decisión del público».

Este modo de diferenciar naciones, tiempos y circunstancias se propone también el doctor Robertson.²⁹ Examina largamente por espacio de cincuenta y dos fojas el moral carácter de las naciones incultas y salvajes, y tarda otras nueve fojas en señalarlo. Protesta que en esto no mete a las naciones civiles de México y el Perú, y para que nadie lo acuse

28 Guillaume Thomas François Raynal (1713-1796), a quien se conocía popularmente como el abate Raynal, fue un escritor y pensador francés, autor de una *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* (conocida como la *Historia de las dos Indias*, 1770). Cortegana no guardaba igual admiración por Raynal que el padre Velasco y por ello abrevió la cita ligeramente, pues esta decía: «al filósofo por antonomasia Raynal».

29 William Robertson (1721-1793), pastor presbiteriano e historiador. Una de sus obras más citadas es *The History of America (Historia de América)*, que fuera publicada en tres volúmenes en Londres, en 1777.

en lo que dice de los salvajes, cita escrupulosamente en su abono los escritores modernos de más fama, quienes han hecho esa misma distinción, para no confundir injustamente a todos los habitantes del Nuevo Mundo según costumbre de Paw.³⁰ Pone literalmente el testimonio de los viajeros académicos españoles y franceses don Antonio Ulloa, don Jorge Juan,³¹ Señor Bouguer y señor La Condamine.³²

Todo esto es para probar las consideraciones que han guardado estos autores a la civilidad de los peruanos.

Pero vamos a refutar la cadena de imposturas que han fraguado los filósofos a los indios: hálbase aquí de los peruanos. En la tradición de los antiguos peruanos antes de los incas queda manifestado que muy pocas fueron las provincias que no vivían en sociedad y bajo un régimen civil y político. Esta aserción la prueban bien las conquistas de los incas. Es la época del imperio una sociedad bien reglada y llena de magnificencia. Esto lo prueban las riquezas de que se hicieron los conquistadores. Sus agriculturas y las crías que tuvieron habían llegado a su perfección. La sanidad en todos ellos, lo prueba hasta el día manifestando que es la gente más sana que puebla casi la mayoría del Perú, y en quienes jamás se oye decir que mueren acabados de ese mal venéreo que se les supone tan impudicamente. Sus males epidémicos más bien son costados, tabardillos, calenturas o disentería. Así que el señor Paw está muy equívoco de que de ella emanase ese mal destructor³³ que tal vez vino de Europa a difundirla en las inocentes naciones de América. Otro tanto sucede con las viruelas, pues raros o ninguno casi son los que tienen la cutis dañada de ellas, no obstante de

30 «...del Señor Paw», escribió el P. Velasco.

31 Antonio de Ulloa (1716-1795) y Jorge Juan y Santacilia (1713-1773) publicaron varias obras sobre su viaje por América, entre ellas *Observaciones astronómicas y físicas hechas en los Reinos del Perú* (Madrid, 1748) y sus *Noticias secretas de América, sobre el estado naval, militar y político del Perú y provincia de Quito* (Londres, 1826 [1748]), cuya publicación fue prohibida por la corona española.

32 Charles Marie de La Condamine (1701-774), matemático, geógrafo y explorador francés, que tomó parte en la Misión Geodésica Francesa (1735), que buscaba probar la hipótesis de Newton acerca de la forma real de la Tierra.

33 Se refiere a la controversia sobre el origen geográfico de la sífilis.

ser la gente más expuesta a las intemperies del clima. Se les calumnia de estúpidos de poco entendimiento, de las potencias del alma muy limitadas; que no tienen ideas y faltas de reflexión, contrayéndose solo a los objetos presentes de todo lo que por la expresión se asevera que es falso: los antiguos peruanos tenían todos los dotes extendidos al tamaño de la civilidad de entonces; los de ahora bajo la misma ilustración que presenta el siglo.

[f. 175] Se les atribuye cobardía, lo que tampoco fue así. Sus conquistas no prueban cobardía, lo que prueban es el ningún conocimiento que tenían de las armas de fuego, del hierro y de los caballos, y sobre todo de la preocupación de sus últimos reyes. Sin embargo, véase lo que al fin les costó a los españoles su sometimiento. Véanse las guerras de Arauco, y últimamente la recuperación de la independencia con la mayor parte de ellos, porque de esta raza han sido casi todos los ejércitos beligerantes, y en el campo de batalla ninguno ha probado cobardía. Esto es hablar con conocimiento de lo que son los peruanos.

Si los españoles después de haber hecho la conquista, solo hubieran cuidado de su enseñanza en todos los ramos que ellos ignoraban, y ellos no hubiesen adelantado; entonces sí que se les podría juzgar como dice el filósofo Paw; pero unos hombres perseguidos, sacados a balazos y maltratamientos del gobierno paternal de sus incas, a la vil condición de esclavos de los españoles, y a solo ser el instrumento de sus codicias, claro es que ellos no podían tener más sentimientos que el empedernimiento en sus propios sufrimientos. ¿Puede exigirse sabiduría de unos seres que de tal modo se les trataba? ¿Y quiénes eran los que en tiempos de la conquista o después de ella se dedicaban a instruirlos? ¿Los conquistadores? No, por cierto, porque los más de ellos eran tan ignorantes que los indios, cuando el mismo capitán de ellos —Pizarro—, de quien todos los historiadores aseveran que no supo ni leer ni escribir. Estos no querían la existencia de la multitud de los peruanos porque los temían; querían, sí, su destrucción para conservarse con el dominio y con la conquista, y de aquí era también el fallo de que los infelices fuesen conducidos en mitas a las labores de las minas y al trabajo de los obrajes por especulación.

Los españoles decían que no los buscaban ni los querían para maestros y doctores, sino para el trabajo corporal. Estos que tenían la obligación de

instruirlos, así se excusaban negligentemente. Decían también que si los indios salían de la ignorancia y se instruían, se pondrían más aptos para los tumultos y sublevaciones a que eran inclinados. Lo único que les consentían tan solamente era el rezo de la doctrina, y aun este lo verificaban por medio de un rezador indiano,³⁴ criado y enseñado por los propios españoles con tal objeto; resultando de aquí que solo la aprendieran de memoria como los papagayos, sin entenderla, excusándose de la explicación porque el mismo rezador no la sabía hacer, porque tampoco él la comprendía. Y con solamente esta educación, ¿cómo, pues, podrían salir de la estupidez e ignorancia en el ejercicio de sus potencias en el nuevo orden europeo que se les había introducido? ¿Qué extraño pudo haber sido que no pudieran los indios según las costumbres de sus nuevos opresores, cuando solo veían en ellos a sus verdugos?

Es cierto que en algunos incultos, no hicieron por entonces // [f. 176] impresión los estímulos poderosos del amor, del honor, ni el de la codicia. Y esto, ¿de qué proviene? Diremos que de las mismas razones que dice el padre Velasco.³⁵

En las naciones cultas, suelen provenir del apetito los deliquios y frenesíes del amor, y la privación suele ser causa del apetito. Los salvajes no tienen privación alguna, antes si tienen a su *elección y mandar a las mujeres que gusten*. ¿Mas entienden los filósofos? Los ya *civilizados como los cristianos* viven contentos con una sola mujer y por lo común la aman *tiernamente, y muchos de ellos dan una envidiable unión, aun a los matrimonios de la raza europea*. En los retiros de sus poblaciones y en las heredades de los europeos, donde están sin mezcla de otras razas, viven con gran inocencia. En los poblados donde hay gentes de todas clases refinadas en *la malicia*, la aprenden de ellos, y saben también los indios derretirse en amorosas pasiones, *lo mismo que el más civilizado*

34 Este fragmento parafrasea al padre Velasco (1947, I: 249).

35 Velasco (1947: 250-51). Como es usual en él, Cortegana se equivoca al copiar a sus fuentes y hace también lo que le deben haber parecido pequeños cambios editoriales con los que mejoraba el texto. En la primera parte de la cita se han colocado en cursiva algunos de los cambios introducidos por Cortegana, quien de suponer que trabajó con la edición de la *Historia del reino de Quito* de Velasco que fuera publicada bajo el cuidado de Agustín Yero en Ecuador en 1841-1844.

europeo; y esto lo que comprueba es de que no son insensibles como se les pintan, generalizando al salvaje con el civilizado. No tienen honor a que aspirar. Entre ellos el único es el de ser alcaldes de algún pueblo. Este, lejos de ser honor apetecible, es justamente aborrecido de ellos, porque no es sino oficio de cómitres para obligar a sus compañeros al trabajo forzado en provecho de los españoles, habiendo nacido libres en las tierras que la providencia los produjo. Son unos criados para servirlos a estos. Si tienen algún descuido, con culpa o sin ella, el español lo envilecía, exigiéndole la paga con castigos, afrentas, vejaciones y aun azotes, y esto no puede hacer apetecer tal honor a nadie.

No teniendo pues este honor, por tales causales, a que podrían aspirar en lo político, menos lo tenían en lo eclesiástico, por hallarse en ignorancia forzosa. Si algunos privadamente consiguieron estudiar y hacerse beneméritos por sus conocimientos, desmintiendo a la triste opinión formada de ellos por los filósofos, nada pudieron conseguir por el menosprecio español, pues no les consintieron jamás que llegaran a ser sacerdotes. Es cierto que hubieron repetidas órdenes estrechísimas y cédulas reales de varios soberanos católicos hasta el reinado de Carlos 3º, para que los indios aptos fueran admitidos al sacerdocio y demás empleos eclesiásticos. ¿Se han obedecido jamás? Nunca. Robertson asegura que muy pocos en México y nada en el Perú. Yo digo que poquísimos en Lima y Cusco del Perú, y absolutamente nada en el reinado de Quito. ¿Y por qué razón no se han obedecido, nada más que por el insuperable odio y desprecio con que los españoles, así europeos como nacidos en América, veían a los indios? Cuando este escritor habla con fundamento nunca le contradigo, y por eso miro yo y observo: ¿si esto era así, a qué honor podían aspirar entonces los pobres indios?

No tienen codicia: es cierto que no la podían tener, porque nacidos sobre // [f. 177] el oro y la plata, que solo les servían de instrumentos pasivos de sus usos, y de ningún modo de artículo de primera necesidad para sus subsistencias y vestuarios. Desconocían el valor que la codicia y el tráfico de esta, les habían impuesto a estos metales para ser solícitos en reunirle; y este desprendimiento natural de sus costumbres, jamás he podido afrontárselas por vituperio sino alabanzas de la inocencia de sus corazones.

Si así eran por entonces los indios de que hablan los filósofos, no lo son ya los del día; porque también en ellos ha cambiado su posición. A la

par que las demás razas europeas ya están en el Perú bastante civilizadas. La reforma política del³⁶ ha influido mucho en sus adelantos; y si en tiempo de los españoles no eran nada, hoy son llamados a todos los destinos civiles, políticos y militares, como también a los eclesiásticos de la República. He aquí el fruto del sistema patriótico republicano. Muchos han figurado ya también en los congresos como representantes de sus provincias en que han nacido. Tal es el adelanto de esos peruanos, que tanto han despreciado los europeos que han hablado de ellos.

Fin del tomo segundo.



36 Aquí se ha tarjado una palabra.

[f. 187] Tradición de la rebelión del general Ollantay en el Cusco contra el emperador Túpac Inca Yupanqui. Confirmación de ella por las fortificaciones que se encuentran en el pueblo de Ollantaytambo a 11 leguas del Cusco. Carácter de Ollantay. Sus empleos y dignidades. Motivos de su rebelión. Guerra civil que se estableció por ellos. Historia de Rumiñahui con el inca y Ollanta. Conclusión de ella. Fin de Ollantay.³⁷

Entre las varias tradiciones vagas o complicadas que se cuenta de las provincias y pueblos del antiguo Imperio del Cusco, se ha creído muy conveniente dar lugar en esta historia general del Perú a la particular al célebre general Ollantay, en el reinado del sabio emperador Túpac Inca Yupanqui, la cual es como sigue.

HISTORIA DEL GENERAL OLLANTAY

Sábase con mucha comunidad entre todos los habitantes descendientes de la antigua corte del Cusco, que el general Ollantay fue natural del pueblo tampu y curaca o cacique de sangre privilegiada de aquel distrito. Sus

³⁷ Esta versión incompleta del relato de Ollantay aparece al final del manuscrito II, después de su índice general. Se ha conservado el título completo que aparece en el manuscrito porque podría dar una pista de cuál fue la versión que sirvió de fuente a Cortegana.

talentos militares, su noble cuna y los servicios a la corona imperial de los incas le llegaron a elevar al rango de general, y a ser primer jefe superior del distrito de Antisuyo, que comprendía varios cacicazgos subalternos a más del peculiar por sucesión de sangre. Habitaba en la misma corte del Cusco por su empleo realizado, y por la inmediatez a ella de sus estados. Aseguran generalmente que también residía en la ciudad por especial predilección concedida para ello a los mayores desde el tiempo de Manco Cápac en la fundación del imperio, y que siendo de tan ilustre origen era naturalmente de aquellos cortesanos de genio intrépido, espíritu fuerte y en extremo audaz y atrevido. Su buena figura personal, [ilegible] que disputaba por su valimiento y las distinciones que merecía al rey por sus servicios, clase y aptitudes, le hicieron concebir el alto pensamiento de solicitar a la infanta o ñusta, hija legítima del inca, y ganar su voluntad y correspondencia. Los ruegos, el atractivo y constancia, llegaron con el tiempo a hacer delincuente a la infanta, y esta debilidad de tan alto rango no pudo mantenerse oculta; y la trascendía o maliciaba la corte y solo la ignoraba el rey. El general Ollantay sabía muy bien a qué punto había llevado su atrevimiento, pues le constaba la imposibilidad que tenía por la ley para aspirar a la mano de la ñusta, y para hacer sus amores lícitos, puesto que la jerarquía de su encumbrada suerte no le sacaba de la clase de vasallo, y como tal no podía ni debía solicitar un enlace divino. Temió, por otra parte, porque // [f. 188] un hecho tan extraordinario y sin ejemplar llegase como ya podía ser a oídos del inca, y que sus fatales resultados afligieran extremadamente a su cumplimiento.

Se figuraba a las veces la lisonjera y audaz idea de que sus prendas, personas y sus recomendables servicios, sus altos empleos y el favor del príncipe lo habían elevado y aproximado al rango real que ya había usurpado impunemente. Y entre el debate de la razón con el orgullo y el amor propio, tomó el desesperado partido de insinuarse con el inca, y pedirle su hija. La ocasión en que se hallaban favorecía sus miras; porque era la de presentar al rey el contingente de miles de hombres de guerra que le había pedido a su distrito de Antisuyo para continuar la conquista rumbo de Chinchaysuyo.

Consideró Ollantay, que la ocasión más favorable y comprometida para el reino en su favor, sería la del día en que hiciese la revista general del ejército y en que procuraría llamarle la atención y complacería con lo lucido y disciplinado de las tropas del tercio de su mando. Para ello se esmeró más que nunca en abrillantarlas y perfeccionarlas. Este acto era solemnísimos, pues lo hacía el inca con toda su corte y grandeza, a cuya vista presentaban los generales sus respectivos cuerpos. Llegó al fin el plazo, y en él se distinguió verdaderamente Ollantay con bizarría máxima y esmerada disciplina. Al tocarle su vez de presentar las tropas, se afrontó al rey con el champi o alabarda en una mano, y con la mascaypacha o gorra de general en otra, le habló (dicen) en estos términos:

«Sapa inca (esto es) oh, gran Señor, tengo el alto honor de presentaros y poner a vuestros pies el contingente de bravos antis que habéis mandado se apresten para la presente campaña. Ellos y yo a su cabeza sabremos desempeñar, como siempre con el último sacrificio de la vida, nuestros deberes y vuestras soberanas órdenes. Señor, nada queda ya que hacer, sino el que os dignéis comunicarlas, para que las invencibles armas del hijo del Sol triunfen en todas partes sin resistencia. El gran Pachacamac anuncia a mi corazón un porvenir de muy grandes sucesos y prosperidades. El esplendor y grandeza que os rodea, la majestuosa afabilidad con que vuestro rostro ahora mismo está brillando gracias y beneficencias, son todos unos comprobantes de aquel feliz y favorable presagio. Y sobre todo, señor, son un impulso de mi esperanza para atreverme a pedirlos el último y el mayor favor al que podré aspirar en mi vida».

El inca le oyó con el mayor agrado y le dijo: «Si le queda a mi grandeza y poder, algo más con que exaltarte, podéis con confianza pedirlo. Siempre he acreditado mis consideraciones a tus buenos servicios». «Cápac Inca» (incomparable rey), dijo Ollantay,

«ya que me permitís que os hable y pida, franqueándome vuestra grandeza y poder, concededme igualmente que para ello os haga antes un recuerdo que apoya mi solicitud, y exalta vuestra soberana autoridad. Acordaos, señor, que la casa de Ollantay en este imperio deriva su antigüedad desde el establecimiento de vuestro dominio en la tierra, y desde el mismo tiempo en que vuestro padre el Sol posesionó al primer inca en

ella. El gran Manco Cápac, tronco de vuestra estirpe entre los hombres, paró después que clavó la barretilla de oro en Huanacaure, y resolvió fundar esta imperial corte, empezó a llamarse monarca, porque mis mayores los curacas de Tampo fueron de los // [f. 189] primeros que con su gente se le asociaron y rindieron obediencia, y contribuyeron a la reducción³⁸ y aumento de los dominios que aquel dejó. Desde entonces les declaró la clase de incas privilegiados, que sin interrupción poseemos hasta hoy todos mis ascendientes puestos en este rango, y unidos siempre a los vuestros, han sacrificado sus vidas y reposo en vuestro servicio real, y no ha habido conquista en un reino a que no hayan contribuido con sus personas y tropas, hasta entronizar a los hijos del Sol en la vasta extensión que hoy comprende su monarquía. Esta verdad es un dogma de nuestros anales y nuestros quipos³⁹, un testimonio auténtico de lo que digo a vos, señor, y esa misma corte y consejos, que llenos de ciencia y probidad os rodean, sois sabedores de esta realidad y por consiguiente del inmemorial derecho que protege mi preeminencia. Por otra parte, acordaos también que como soberano nuestro, sois el único dueño y legislador del imperio, y que vuestras determinaciones son leyes inviolables que a nadie es lícito resistirlas. El gran Pachacútec entre vuestros abuelos, dejó bien acreditado este real y peculiar privilegio de los incas, cuando en su reinado reformó, revocó y estableció tantas leyes cuantas nos expresa la historia de sus días, y todas dirigidas al alivio y prosperidad de sus vasallos. Bajo de estos irrefragables principios, es indubitable que la casa de Ollantay se ha hecho acreedora, desde vuestro padre Manco Cápac, a toda la exaltación que quieran darles sus incas, y que vos señor, como tal podéis verificarlo sin límites. Así pues, parece que en vuestra real mano está el concederme la última y mayor felicidad que me queda que pedir para mí y mi posteridad. Pero señor...».

«¿Por qué no concluyes?», le dijo el inca. «¿De qué desconfías? ¿No habláis con vuestro rey, que es vuestro padre?».

38 Se refiere a reducción como núcleo de población en un espacio determinado.

39 Alude a quipus, conjunto de cuerdas anudadas que los incas utilizaban para transmitir información.

«Señor, es así, y esa dulce y benéfica palabra que ya os merezco, es la única que os pido realicéis concediéndome la mano de vuestra ñusta».

Y al concluir Ollantay la expresión, se suscitó entre todos los concurrentes un agitado murmullo increpando el atrevimiento con que insultaba al inca y a su dios el Sol intentando divinizar su sangre, cosa que hasta entonces ni tenía el ejemplar, ni jamás se creyó que hubiese quien la imaginase. El inca, con un semblante displicente y airado, le dijo:

«Hasta este instante creí que mi vasallo Ollantay era un hombre de sana razón y de rectas y justas intenciones. Nunca me persuadí que fuese capaz él, ni otro alguno, del sacrílego delito que ha propalado contra Dios, contra mi real persona, contra la divinidad de mi sangre y contra la más sagrada e inviolable ley que ha establecido mi padre, el Sol, y han guardado todos los incas, sus hijos. Sin duda has perdido la razón, pues que has imaginado lo que acabas de expresar, porque de otro modo, dime atrevido: ¿has olvidado que la exaltación en que se ha puesto tu casa y tu persona, ni es tanto mérito cuanto dignación de vuestros reyes? ¿Y que aun cuando pudiese ser mayor, y más esclarecido, jamás podré sacarte de la clase de un vasallo, de la de un puro hombre, y de la impotencia absoluta de aspirar al sacrílego atentado de divinizar tu sangre, como lo has propuesto pidiendo la mano de una hija mía legítima, cosa que ni el mismo Dios, mi padre, puede concederla por la divinidad de su naturaleza? Tú te has hecho un delincuente con semejante intento y muy pronto juzgaré con mi consejo, el grado en que has quebrantado la ley, para que seas corregido. Entre tanto, suspenso de tus honores, deberás conservarte // [f. 190] en esta corte sin poder salir de ella hasta nueva orden mía».

El inca, sin admitirle su contestación a Ollantay sobre la imposición soberana que acababa de hacerle, y hallándose avanzado el día, y él aprestado para marchar, ordenó lo verificase y se retiró del campo. Un acontecimiento tan público y que hería al vivo el amor propio y soberbia de aquel general, le hizo concebir en el acto el designio de rebelarse en sus estados, y coronar su testa con igual *llauto* a el que llevaba el inca en la suya. Se retiró Ollantay preocupado por una idea desesperada, y de los medios que tomaría para realizarla. No dudaba que en el consejo en que se iba a tratar su causa, pudiese el inca ser informado de su delincuente

conducta que precisamente le había de costar la vida. Resolvió, pues, fugarse aquella misma noche, y esperando la hora que le pareció más oportuna, lo verificó dirigiéndose por el camino de Chinchaysuyo, que era el que había tomado el ejército, con el objeto de alcanzar muy luego el tercio de sus tropas. En cuanto se reunió a ellas, convocó a sus capitanes, y aparentando aún más desesperación de la que llevaba, les figuró que el estado y circunstancias en que lo veían dimanaba del desaire con el que el inca había determinado rebajar los privilegios de los antis, negándoles no solamente la clase de antigüedad que por inmemorial derecho habían obtenido en todas las campañas, sino que había resuelto disolver el cuerpo y repartirlo entre los demás a las órdenes de los otros generales, quitándole a él el mando y protección de su propia gente. Injusticia que no había podido sufrir en el tierno cariño que les profesaba, y que en semejante circunstancia había determinado preferir más bien una desastrada suerte, dirigiéndose fugitivo, solo y errante a la otra parte de la cordillera de los antis entre los bárbaros que allí habitaban, como lo habían hecho en otros tiempos hombres tan grandes y condecorados como él, que no el presenciar una degradación tan vergonzosa de sus amados súbditos. Que esta determinación la iba a practicar en aquel mismo acto, y que solo los había reunido para despedirse tiernamente de ellos para siempre, y para que en su nombre lo hicieren de la tropa. Semejante noticia alteró demasiado a los reunidos y protestaron inmediatamente a su general que el negocio era de común interés, y que por lo mismo su suerte debería ser igual, que dispusiese de ellos y de las tropas de su cargo del modo que le pareciere conveniente.

Viendo Ollantay logrado su intento, mandó que prontamente y con el mayor sigilo se aprestase la división y se pusiese en marcha desviándose del camino real que llevaban, y tomando la dirección de la capital Tampu; que esto se practicase con tal diligencia que pudiese tomarles el día, ya sobre las inmediaciones de aquel pueblo que lo tenían bien previsto. Todo // [f. 191] se ejecutó exactamente y puestos en él, habló el general a toda la tropa en los mismos términos que lo había hecho con sus capitanes, agregando que la determinación ya se había tomado y cumplido; que era preciso sostenerla a toda costa, no excusando los mayores sacrificios para ello, y para eludir la indignación del inca que muy pronto resultaría; que la

ventajas localidad de su terreno proporcionaba una defensa insuperable a los enemigos, y que así era preciso fortificarlo muy pronto en los desfiladeros de sus entradas y salidas; que cuando por último no fuere bastante toda precaución y esfuerzo, se encaminarían a los antis ulteriores de la cordillera, buscando su libertad y sosteniendo su honra, como lo habían hecho los valerosos generales de los chancas, Ancu huallo y Huaracca, en el reinado del inca Viracocha. Del modo dicho quedó establecida la rebelión de Ollantay, y la tradición no expresa si prontamente y como era regular cayó sobre el mismo ejército que salía en marcha dirigido por el rumbo de Chinchaysuyo. Lo que si no tiene duda es que la rebelión se sostuvo algunos años, cuando dio tiempo a formar las fortificaciones que existen, y cuando fue preciso de todo el ardid de que se valió otro general llamado Rumiñahui para subyugar al rebelde de Ollantay. Así que creemos aquí muy del caso describir en seguida el

CARÁCTER Y EMPLEOS QUE TUVO RUMIÑAHUI, COMO TAMBIÉN EL ARDID DE HEROICA FIDELIDAD CON QUE SE PORTÓ EN LA SUBYUGACIÓN QUE HIZO DE OLLANTAY

Era Rumiñahui contemporáneo de Ollantay, y por lo tanto a la propia vez tuvo en el imperio de los incas el mismo rango y empleos que él, pues fue general y señor natural bajo las leyes del imperio de la parte de Collasuyo —cuya vasta extensión se ha expresado en la historia que detalla su conquista—, pues en el gobierno de los incas jamás le daban los empleos y mandos de un estado, departamento, provincia o distrito a otro individuo que no fuera hijo del mismo país, aun por muy meritorio que se le considerase, a menos de ser de la sangre real, los que en tal caso obtenían la superioridad sobre los mismos señores naturales en las escalas antecedenentemente descifradas. Por dichos principios, Rumiñahui era caracterizado como descendiente de algunos de los grandes curacas antiguos del Collao, pues la distinciones y empleos de que disfrutaba así lo confirmaban para la vista y convicción de todos. Residía en la corte y como general de división

del ejército del inca Túpac Yupanqui, marchaba con el ejército a continuar sus conquistas de Chinchaysuyo de que se ha hablado, y por consiguiente presencié los acontecimientos de Ollantay, y sin duda debió ser uno de los que lo hubiesen atacado en su fortaleza en el tiempo que se mantuvo en ella. No podía sobrellevar ni avenirse con semejante infidelidad // [f. 192] al inca legítimo, ni la emulación simulada, que siempre reina entre personajes de igual rango, le hacía soportable la vista de una nueva testa coronada, que tan poco antes había sido un compañero suyo, y tan vasallo como él. Luchando su imaginación con esta idea, y con el arbitrio de que podría valerse para destronar aquel nuevo rey, sin que fuesen capaces de penetrarse de sus planes, no halló otro que el de hacerse delincuente de uno de los más sacrílegos delitos que podrían cometerse en aquella gentilidad, y de que jamás se había dado ejemplar. Sin comunicar a nadie su pensamiento, resuelve una noche escalar los muros del monasterio de las acllas y se introduce en él. La vista de un hombre entre aquellas vírgenes causa tal conmoción y alarido dentro de la casa, que los clamores resuenan al público y llegan a oídos del inca. Un hecho tan inaudito lleva a toda la corte a las puertas de las clausuras, ¡y cuánto se aumenta el asombro y espanto al ver que el agresor era el gran general Rumiñahui! El rey, abismado de un suceso tan sensible en una persona a quien tanto amaba, cuyo mérito era de los mayores y con cuyas aptitudes contaba, nada menos que para subyugar al rebelde de Tampu, lloraba tan grande desgracia, pues debía ser de muy graves consecuencias: contrapesaba la necesidad que tenía su corona del general Rumiñahui, y por otra parte veía la formidable ley que había infringido y que hasta entonces se conservó estampada en sus juicios sin creerse que hubiere persona capaz de quebrantarla.⁴⁰

El inca hizo traer preso a Rumiñahui a su presencia, y quedando solos le reconvino por la barbaridad que había cometido en quebrantar las leyes infrangibles de la castidad de las vírgenes, y que su delito no estaba en su poder el absolverle y menos el librarle de la horrorosa pena a que las severas leyes del caso lo condenaban. Entonces Rumiñahui le descubrió su plan,

40 Cortegana hizo aquí una llamada mediante un asterisco. Probablemente pensaba añadir algo posteriormente.

de que lo había hecho no por hacerse delincuente, sino por darse un crimen público para emplearse con utilidad en su servicio, alcanzado por él la reducción del rebelde de Tampu. Para el efecto le descubrió todos los pormenores de su plan, el maltratamiento que debía dársele y secreto que en el particular se tenía que guardar a fin de que llegara a verificarse en todo éxito su peregrina y célebre combinación. Fue después de esto retirado con seguridad a un depósito, ínterin lo hacían comparecer públicamente para que contestara ante su corte a todos los cargos que se le hiciera por su delito consumado. En efecto que así fue dentro de muy breves momentos, y estando ya delante del inca y sus cortesanos, Rumiñahui dirigió la palabra al Rey y le dijo:

«Señor:

«Antes de ahora, aunque en audiencia privada, he descargádome del crimen temerario que se me imputa. No obstante, creo que es llegado el instante en que lo debo hacer otra vez ante vos y vuestra corte de un modo categórico y público. Es decir, ante el pueblo que aquí // [f. 193] se halla reunido y presente. Él mismo y vosotros saben de lleno, que vuestro abuelo el gran inca Sinchi Roca, corroborado después por los que le sucedieron —Inca Roca y Pachacútec—, expidió una ley santa y muy justa preservando de todo faltamiento humano a las escogidas del Sol, y desde luego castigando severamente a los que desgraciadamente llegaran a infringirla. Y siendo este el delito que se me imputa, yo, señor, no la he quebrantado. El espíritu y mente de su tenor, es el enterrar viva a la aclla que delinquiere contra su virginidad, y de borrar hasta de la memoria de los vivientes al cómplice de semejante delito con cuanto le pertenezca. Léase la ley y se verá que es así. Sobre cuyo supuesto, dígame: ¿cuál es la aclla que haya sido mi cómplice para que sea enterrada viva, y para que en su virtud se cumpla en mí esa muerte atroz, que me correspondía por haberla violado? Yo he hollado, es verdad, un suelo sagrado, mas en ello no he llevado más mira, que la de adquirir una memoria inmortal en nuestros anales, que resaltarán perpetuamente mi nombre, pero dirán al mismo tiempo la moderación de mi hecho. Este no ha pasado de la esfera de un acto material o el mismo que se verifica por un ave, u otro animal que pise aquel terreno. Mas supon-gamos que yo he quebrantado todo el espíritu de la ley del inca Sinchi Roca y sus sucesores. Estos legisladores fueron unos emperadores, como

lo es ahora vuestra persona, y en el caso presente tendrían demasiada consideración a los particulares servicios de un general que, como yo, los ha practicado para vuestra corona. ¿Podrías olvidar, señor, que he sido vuestro compañero fiel en todas las conquistas que habéis hecho en vuestro reinado, y que mis bravos, como los que más, han agregado a vuestro imperio y os han hecho dueño de las inmensas provincias de Huacrachuco, Huánuco, Huancavilca, Tumipampa cerca de Quito, y otras muchas que sabéis, y por lo cual me excuso de nombrarlas? ¿No os acordáis las veces que en Chachapoyas, Ayllahuacas, y Pacumurus, a vuestra propia vista me arrojé precipitadamente por barrancos y despeñaderos con las tropas de mi mando, para seguir las marchas y vencer al enemigo? ¿Desatenderíais, señor, el que yo fui quien, atrevido, atravesó el Apacheta de Chirinan Casae,* en que quedaban encajados de hielo nuestros bravos soldados, y que en todos estos en iguales conflictos he sido siempre el alivio de vuestros cuidados? No parece, Señor, que fuera posible semejante proceder en vuestro real ánimo, ni menos el que consintierais que un vasallo tan leal como yo, aun cuando fuera delincuente, el que no mereciera el ejercicio de vuestra privativa facultad para ignorar o suspender las leyes. Pero aun no pido tanto —ni creo que mi causa lo exige— que vuestra indulgencia sea en tan arribada piedad. Como inca justo me juzgáis y esto basta para saber que obrará vuestra integridad como juez recto y como padre generoso, prudente y conocedor de la inocencia de un hijo amante, que ha sido y será siempre el más fiel y rendido vasallo en el desempeño de vuestro servicio».

Con estas últimas palabras concluyó Rumiñahui su exposición defensiva del delito que se le atribuía, y en su consecuencia se le hizo retirar a su arresto, dejando así al emperador // [f. 194] y a los jueces cortesanos en aptitud de fallar sobre su suerte.

El razonamiento de Rumiñahui generó, desde luego, consideración a la corte, y esto se comprobó con que instantáneamente se trató de la sentencia. Así es que el inca, oyendo el parecer de su consejo, le libertó de la pena de muerte y de ser enterrado vivo como las leyes de sus mayores lo prevenían, y solo lo condenó a que fuera degradado de sus honores y

* Chirinan Casae es un punto muy frío de la cordillera en el intermedio del camino que hay de Pataz para Chachapoyas por la ruta del pueblo de Pías.

rigurosamente azotado en la plaza pública por solo haber violado la sagrada clausura de las vírgenes, aun cuando no hubiere contravenido propiamente a la ley de los anteriores incas expresados. Se ejecutó la sentencia en seguida con asombro de la corte, y quedó Rumiñahui en el estado deplorable que se había propuesto y deseaba. Muy luego procuró este general aparentar fuga y dirigirse a Tampu, sin más compañía que la de un indiecillo de su confianza y servicio; y al mismo que hizo le desempeñase el papel de lazarrillo en su estado miserable que se veía. Llegó de tal modo asido de él al sitio o garita del primer centinela de la fortaleza, y le dijo que avisare «a Ollantay, que estaba a sus puertas y buscando su clemencia el hombre más desgraciado entre los vivientes, que le pedía y esperaba la hospitalidad que todos le negaban en el distrito del Cusco». Impuesto Ollantay de este mensaje mandó preguntarle quien era, a que respondió, que «el infeliz y mal pagado Rumiñahui, su antiguo compañero de armas, de cuya desdicha y fatalidad lo suponía ya impuesto». Ollantay entró en recelos de semejante huésped, pues conocía sus grandes talentos y política; pero por otra parte deseaba ver por sí mismo este espectáculo que ya había llegado a sus oídos, y lo exageraban los suyos. Ordenó que vendado y con las mayores precauciones se lo presentasen. Puesto en su presencia le dijo:

«Señor: el espectáculo que en mi ves, es una prueba de la crueldad y despotismo del inca Túpac Yupanqui, en cuyo corazón no merecen aprecio ni la clase de los servicios ni las distinciones con que dota al hombre la naturaleza, y lo condecora el Estado. Tú y yo hacemos ya en el imperio una prueba evidente de esta verdad, pero con muy distinta suerte. La justa brillantez de la tuya y el abatimiento de la mía, llamará siempre en nuestros males la atención de los hombres; ¡y aún más exaltado será entre ellos vuestro nombre, si agregas a vuestra fama el timbre de la hospitalidad con un infeliz que ha tenido el honor de ser un compañero vuestro, y que como tal busca vuestra piedad en el vituperable abandono en que se halla!».

Ollantay, lisonjeado de estas expresiones, mandó se le pusiese en una habitación bien segura, y en ella se le asistiese con toda precaución. Continuó en este estado por algún tiempo, haciendo frecuentes demostraciones de

agradecimiento a la caridad que debía. Pidió al rey Ollantay al cabo de algunos días, le permitiese tomar algunas horas de sol por la falta que hacía a su destrozada naturaleza. // [f. 195] Se le concedió con centinela de vista y al disfrutar esta franqueza, se mostraba tan celoso en el cumplimiento de las órdenes del rey, que las más veces apuraba al carcelero a que lo volviese a la prisión porque suponía cumplido el justo tiempo del permiso. Estas y semejantes pruebas que procuraba dar de exactitud y obediencia, le fueron adquiriendo la confianza general; y de que se vio con este paso adelantado, mandó decir al rey que «deseaba darle una ligera prueba de gratitud y reconocimiento a sus muchos beneficios: que enseñaría a diez muchachos el manejo de armas según la nueva táctica que había inventado en el servicio del inca del Cusco, [ilegible] si merecía la aprobación de su merced, sería para él un placer indecible». Figurándose Ollantay este comedimiento del general Rumiñahui como de poca importancia, accedió a lo que pedía. Al cabo de breves días de una contraída enseñanza, pidió al rey que se dignase verlos maniobrar, y encontrando en ellos una destreza ventajosísima, le propuso desde luego mandar hacer general entre sus tropas aquella nueva táctica. Llamó a Rumiñahui, le manifestó sus complacencias y le ordenó que disciplinase en iguales términos una compañía de soldados. Hízose con la mayor contracción, y las resultas fueron ir captando de tal modo con el tiempo la voluntad de Ollantay, que progresivamente le fueron encargadas iguales comisiones hasta que logró apoderarse de la voluntad del rey y de su fuerza armada.

Nada obraba ya Ollantay que no fuese acordado con Rumiñahui. Fortificaciones, plazas militares y gobierno político, en todo tenía el primer influjo y dirección. Sobre este pie llegó el caso de que se realizase el matrimonio de una hija, a quien amaba mucho Ollantay. Convino con su privado en el tiempo y solemnidades con que debía hacerse, y prefijando todo se aprestaban unas fiestas de gran aparato, bajo la dirección de aquel.

Hacía tiempo que Rumiñahui había entablado salir todas las tardes de paseo con su indiecillo por las márgenes del río Yucay, por rumbos distintos y fuera de murallas. Esta costumbre que era para él estudiosa, no causaba ya novedad ni al rey ni a la corte. Se acercaba el plazo de las bodas de la infanta y como era la estación, que veía como única y la más aparente

para realizar el plan que tanto le había costado, formó con la mayor reserva el quipo que en la audiencia privada le había ofrecido al inca el remitirle, y en el que le expuso el día que principiarían los festines, la mucha embriaguez que en ellos habría, el número de ejércitos con que debía de venir en persona a atacar la plaza, el sitio por donde debía de estrecharlos más, que debía entrar por los altos de Lares para excusar las fortificaciones de las embocaduras del río, que precisamente había de traer consigo la división de los sinchis porque // [f. 196] sin el ataque de esta valerosa tropa no podría tomar el pueblo ni vencer los esfuerzos que él emplearía en defenderla.⁴¹



41 El manuscrito se interrumpe intempestivamente y el relato queda inconcluso.

MANUSCRITO III
(Selección)

[f. 5] A la Nación Peruana

Como ya en este tercer tomo se va a tratar de la venida al Perú de los españoles realizando la conquista, es por tanto de necesidad aquí dar una efectiva idea del descubrimiento de la mar del Sur.⁴²

Pocos años después del descubrimiento que hizo Colón de la América, en los de 1492 y 1493, también se siguieron las de las islas Lucayas y la Florida. Diez años se habían pasado de estos descubrimientos importantes, y aún los españoles no habían pensado en hacer en ellos un establecimiento formal, hasta que el año de 1509 autorizados por el sumo pontífice, para poseer los terrenos americanos como cedidos por su graciable voluntad a la corona de España, pensaron más seriamente en hacerlo, no obstante de sus frecuentes rivalidades, entre los colores de Bobadillas, Obandos, Nicuesas y Ojedas, que en partidos ambiciosos se destruían. La pérdida por otra parte de las naves de estos, por accidentes imprevistos sobre unas costas desconocidas, y las enfermedades del clima más insalubre de toda la América, los obligaron a esto decididamente. Así que pues, escasos de las provisiones convenientes para sus subsistencias, a causa de estar el país que pisaban mal cultivado, y además de las disensiones que se suscitaron entre ellos mismos, y las hostilidades continuas de los habitantes que los

⁴² Para lo referente al descubrimiento de la mar del Sur, sigue a William Robertson, *Historia de la América*, 1827, tomo I, lib. III.

envolvieron en una sucesión de calamidades, cuya simple relación si la hiciéramos, haría temblar de horror a cualquiera que aún se jactara de ser insensible a los desastres de una humanidad insufrible y codiciosa, porque aún estos caudillos en las posesiones en que se hallaban coloreados, habían recibido de la isla La Española dos refuerzos considerables, pero la mayor parte de estos habían perecido antes de un año en la más espantosa miseria, y el corto número que pudo sobrevivirlos, llegó al fin a formar una pequeña y débil colonia en Santa María la Antigua, sobre el golfo de Darién, bajo el comando de Vasco Núñez de Balboa.

Por entonces este bizarro español, desarrolló en las ocasiones más críticas un carácter de intrepidez, de prudencia, de juicio y de valor a toda costa, que mereció desde luego por ello la confianza, respeto y admiración de sus compatriotas que le obedecían, que llegaron a nombrarle voluntariamente que fuera su jefe aun en las empresas más difíciles, como en las más brillantes y felices. En el número indicado existía entonces Francisco Pizarro, como destinado a manifestarse en lo futuro y en circunstancias más importantes como de sus dignos compañeros, y como que había sido el más apegado a Ojeda, aprendiendo en su escuela de adversidad, la perfección de sus sufrimientos y el cultivo de sus talentos, que debía desplegar en el porvenir para ejecutar las acciones extraordinarias que finalmente hizo un poco tiempo después.

No bien D. Juan Ponce de León había adquirido la gloria y fortuna en la reducción de Puerto Rico, cuando un tiempo más después descubierta que fue la Florida, hízose también un descubrimiento mucho más importante en 1512 en otra parte de la América. Y es el caso que habiendo sido nombrado Vasco Núñez de Balboa // [f. 6] gobernador de la pequeña colonia de Santa María de Darién por los sufragios voluntarios de sus compañeros, se apresuró de tal modo de obtener de la corona de España la confirmación de su nombramiento, que para su efecto hizo salir para la Península un oficial, a fin de recabar una real orden que le autorizase con despacho legítimo. Pero como concibiese que no podía esperar el éxito favorable sobre la protección de los ministros de Fernando, esposo de Isabel la Católica, en razón de que no tenía con ellos concesión alguna, y menos negociaciones de ninguna clase en una corte cuyas intrigas no

entendía, trató no obstante estos inconvenientes de hacerse digno del favor que solicitaba, por medio de servicios señalados y que mereciesen toda preferencia sobre sus competidores, y a fin de que así no quedaran burladas las esperanzas que tenía en su pretensión.

Para el efecto, Vasco Núñez de Balboa, lleno de tan elevada idea, emprendió continuar incursiones en los países contiguos. Sometió varios caciques y recogió de ellos una gran cantidad de oro, que era por entonces y en todos tiempos el lenguaje e influjo más halagüeño y dulce para los artesanos que regularmente venden a este vil precio sus valimientos. Balboa hecho de su tesoro apetecido, presencié que un joven cacique, testigo de ver disputarse, y apreciar tanto entre españoles a un metal cuya utilidad desconocían, el que les dijera lleno de arrojó y de indignación: «¿Por qué disputáis sobre una cosa de tan poco costo? Si el deseo del oro es quien os ha obligado a abandonar vuestro país para venir a turbar la tranquilidad de pueblos tan remotos, yo os conduciré a uno, en donde este metal que parece ser el grande objeto de vuestra admiración y vuestros anhelos, es tan común que ha servido para fabricar aun los utensilios más domésticos de las casas de sus moradores». Semejante nueva arrebató de gozo a Balboa y sus compañeros, quienes le preguntaron con gran empeño que cuál era esta feliz región donde se encontraban esas inmensas riquezas, y cómo es que podrían llegar a ella para poseerlas; y el cacique les satisfizo entonces diciéndoles: «que a la distancia de seis soles, esto es de seis días de camino hacia el sur, descubrirían otro océano, cuyas aguas surcándolas en la misma dirección, por el tiempo de algunos soles y noches en navegación, arribarían en las costas de tan rica comarca gobernada por el más poderoso de los reyes, titulado inca hijo del Sol, del mismo que jamás, en el estado de debilidad en que se encontraban los castellanos, no podrían apropiarse si pretendían atacarle con tan poco número como eran ellos a tan poderosísimo reino». Así que les advertía, que antes de intentarlo no lo verificasen, sin primero reunir para la empresa fuerzas superiores a las que por entonces tenían de qué disponer. He aquí la primera noticia que tuvieron los españoles del grande océano meridional, y del rico y vasto país llamado la tierra del Sol, que ha sido conocido enseguida con el nombre de Perú en todo el mundo. De esta indicación nació el proyecto de Balboa para descubrir al

referido mar meridional, agitado más de curiosidad y admiración que aún de creer su evidencia por el solo aviso del cacique; porque lleno de dudas vacilaba // [f. 7] entre la verdad de este o entre persuadirse que fuera una fábula inventada por solo lograr cortar los disgustos que entre españoles se habían concitado por la codicia del reparto del oro.

Mas Balboa, que siempre le era característico el emprender descubrimientos difíciles, junto que con el ardiente deseo de hacerse célebre con algún suceso glorioso que le atrajeran sobre su persona fama y poder, se llenó de decisión a ejecutarle. Aquí fue donde tuvo a su vista Balboa como hombre de genio, y como de un valor a toda prueba todos los objetos dignos de su ilimitada ambición, y de la osada actividad a que estaba acostumbrado según sus intereses personales, al paso que, bien sobrecogido de estas ideas lisonjeras que alucinaban a su fantástica nombradía, se resolvió a realizar el descubrimiento, infiriendo que el océano de que se había hablado, era el propio que Colón había buscado en esta misma parte de la América y que no le habían podido hallar, con la esperanza de abrir por él una comunicación más directa con las Indias Orientales. Y conjeturó asimismo que el seco país cuya descripción había tomado, debía ser sin duda cuando menos una parte de tan grande y opulenta región de tierra, que la fama y la casualidad de haberla encontrado otros antiguos descubridores, la habían hecho resonar por todo el orbe descubierto. Así pues Balboa, reputándose venturoso, o por mejor decir lisonjeado con la concepción de llevar al cabo lo que un hombre de tantos conocimientos náuticos y de un mérito sobresaliente no lo había podido conseguir, haciéndose todos sus intentos vanos, y desde luego solícito por efectuar ya un descubrimiento que debía ser tan agradable a su rey como de mucha utilidad a su nación, esperó con impaciencia el momento de partirse, convencido de que si lograba el feliz éxito de esta expedición, no era en nada cotejable a sus anteriores hazañas, pues todas le parecían insignificantes cosas, o de ninguna importancia a la grandeza de esta última, que iba con tanto empeño y entusiasmo a plantear.

Hecha así la resolución, era necesario tomar algunas medidas y hacer los preparativos indispensables para asegurarse del resultado, y para ello comenzó por buscar y obtener la amistad de los caciques vecinos.

Despachó también a algunos de sus oficiales a la isla La Española con una gran cantidad de oro, que era prueba de los buenos sucesos que había tenido y anuncio de los que esperaba tener. Los obsequios que hizo, distribuidos oportunamente, le merecieron el favor del gobernador y atrajeron una multitud de voluntarios a su servicio, de modo que luego que recibió el considerable refuerzo que esperaba de esta isla, se creyó en estado de emprender su marcha a descubrir el océano que se le había noticiado.

Este descubrimiento consistía en vencer el terreno que distaba desde Santa María hasta el istmo de Darién, el que no tiene más que sesenta millas de ancho, cuya lengua de tierra que une el continente meridional de la América con el septentrional, está fortificada por una cadena de altas montañas, que se extienden en todo su largo, y forman una barrera // [f. 8] bastante sólida para resistir al impulso de entrambos mares, opuestos como dignos de la mayor contemplación. Todas las montañas de este istmo están cubiertas de bosques impenetrables, siendo su clima húmedo y en donde llueve dos terceras partes del año. Sus valles son tan pantanosos y están inundados tan continuamente, que los habitantes en muchos puntos necesitan construir sus casas entre árboles a fin de estar un poco elevados de un terreno húmedo, y a cubierto de los reptiles que se engendran en las aguas corrompidas.* Esta parte de terreno tan angosto, está cortado por caudalosos ríos que se precipitan con impetuosidad de las mismas montañas al mar; sus riberas solo estaban pobladas de indios salvajes, errantes, y en corto número, y la mano de la industria nada había hecho en ella para corregir o suavizar estos inconvenientes naturales. En tal estado de cosas, Balboa intentó atravesar semejante país desconocido, sin tener otros itinerarios que indios sobre cuya fidelidad no se podía fiar mucho para un discreto resultado. Debe considerarse esta empresa como la más arriesgada que llegaron a formar los españoles en el Nuevo Mundo, pero la intrepidez de Balboa era tan extraordinaria que le distinguía de todos sus compatriotas, en un tiempo en que el último de los aventureros se hacía notar por su audacia y por su valor. Este español unía a la valentía la prudencia, a la generosidad la afabilidad, al paso que tenía también cierta popularidad

* P. Martyr, pág. 148.

para conseguir el éxito de las empresas más arriesgadas en que de frecuencia se lanzaba, presentando el carácter de temerarias, pero que sus talentos naturales junto que su decisión por salir adelante en ellas, con su total adhesión de la mejor buena fe para su persona y servicio. Conseguido esto de su parte, y teniendo ya reunidos los voluntarios que le habían llegado de La Española, solo pudo juntar 190 hombres útiles para su expedición, pues eran todos veteranos, robustos, acostumbrados al clima de América, y a la clase de conquistas que en ella se hacían entonces, superando como su caudillo, aun los mayores peligros y necesidades. Alistados de tal manera para la marcha, se hicieron servir de mil indios que llevaban sus provisiones, y para completar el armamento militar, llevaron consigo muchos de esos perros feroces, de que siempre los castellanos se hallaban, y eran tan formidables para con unos enemigos enteramente desnudos, como lo estaban los indios de aquellos enmarañados bosques.

Se puso así al fin en camino Balboa, dirigiendo esta su tan importante expedición el primero de septiembre de 1512, tiempo en que las lluvias estacionarias comenzaban a disminuir presentando un tiempo más alegre y bonancible. Balboa pasó por mar sin dificultad alguna al territorio de un cacique cuya amistad había sabido ganar. Mas apenas comenzó a penetrar en lo interior del país, que se encontró detenido en su marcha por todos los obstáculos que debió temer tanto a la naturaleza del terreno, cuanto que de la disposición de los habitantes. A la llegada de Balboa, algunos caciques se huyeron con todos sus vasallos a las montañas, llevando con ellos o destruyendo todo lo que podía servir a la subsistencia de las tropas españolas. Otros reunieron sus súbditos para oponerse a Balboa, quien no tardó en conocer // [f. 9] cuán difícil le sería conducir un cuerpo de soldados por en medio de naciones enemigas, atravesando pantanos, ríos y bosques, solamente recorridos hasta entonces por humanos salvajes y errantes. Pero tomando parte en todas las fatigas de semejante expedición como el último de sus soldados, manifestándose siempre el primero en los peligros, y prometiendo a sus gentes con confianza, más gloria y más riquezas que las que habían adquirido los más felices de sus compatriotas, sabía fomentar tan oportunamente su entusiasmo y mantener su valor, que le seguían sin murmurar. Mucho le habían avanzado en las montañas cuando

un poderoso cacique se presentó con un cuerpo numeroso de sus vasallos para defender el paso de un desfiladero, pero hombres acostumbrados a superar tantos y tan grandes obstáculos no podían ser detenidos por tan débiles enemigos. Atacaron a los indios con impetuosidad, y continuaron su marcha después de haberlos dispersado con poco trabajo y hecho una gran carnicería. Aunque sus guías les dijeron que solo necesitaban seis días para atravesar el istmo con toda su anchura, habían gastado ya veinte y cinco en abrirse un camino por en medio de bosques y montañas. Muchos de entre ellos estaban próximos a sucumbir a las continuas fatigas de esta marcha en un clima abrasador, otros se veían atacados de las enfermedades peculiares al país, y todos estaban impacientes por llegar al término de sus trabajos y sufrimientos. En fin, los indios les aseguraron que desde la cima de la montaña más inmediata descubrirían el océano, objeto de sus deseos.

Después de haber trepado con mucha fatiga la mayor parte de esta escarpada montaña, Balboa mandó a hacer alto a su tropa y se adelantó solo hasta la cumbre, para gozar antes que nadie de un espectáculo apetecido por tanto tiempo. Luego de que divisó el mar que se extendía delante de él en un horizonte sin límites, se arrodilló, y levantando las manos al cielo, dio gracias a Dios por haberle conducido a descubrimiento tan ventajoso para su país y tan glorioso para él. Sus compañeros, observando sus transportes, se adelantaron hacia él para participar de su admiración, de su reconocimiento, y de su gozo. Se apresuraron en seguida a ganar la playa, y Balboa, metiéndose en las aguas del mar con su escudo y su espada, tomó posesión de este océano en nombre del rey de España; y juró defenderlo con las armas que tenía contra todos los enemigos* de su soberano. Así pues, esta parte del gran mar Pacífico, o mar del Sur que descubrió Balboa en el principio y que está situado al este de Panamá, conserva aún el nombre que él mismo le dio de golfo de San Miguel. Obligó con las armas a muchos de los régulos que gobernaban los distritos vecinos de este golfo, a que le diesen víveres y oro, y otros se lo enviaron voluntariamente. Algunos caciques añadieron a estos dones preciosos una cantidad considerable de perlas, y

* Véase Robertson, tomo 1, p. 215; o a Herrera, Década 1, libro X, cap. 1; o a Gómara, cap. 62; a P. Martyr, década, pág. 205, etc.

supo de ellas con mucha satisfacción que las conchas que las producían abundaban en el mar que acababa de descubrir. Esta fuente de riquezas que halló Balboa le contribuyó mucho a animar a sus compañeros, y tanto más fue esto, cuanto que recibió al mismo tiempo noticias que le confirmaban en la esperanza // [f. 10] de sacar ventajas aún más considerables de su expedición. Todos los indios de las costas del mar del Sur le aseguraron de acuerdo que a una distancia bastante considerable hacia el este había un rico y poderoso reino, cuyos habitantes tenían animales domésticos para llevar cargas. Y deseando hacerle formar idea de ellos, trazaron sobre la arena la figura de las llamas o guanacos que después se encontraron en el Perú, y a cuáles animales cuadrúpedos habían docilitado de tal modo los peruanos que se servían de ellos como de acémilas. Como la llama tuviese cierto apareamiento en su forma al camello, bestia considerada como particular al Asia, cual circunstancia junta que al descubrimiento de las perlas, también producción asiática, hicieron ambas cosas contribuir mucho a la imaginación de los españoles, a que se afirmasen en la falsa idea que se habían formado de que el Nuevo Mundo estaba próximo a las Indias Orientales, cuando más lejos se hallaba de ellas.

Puesto ya en tal caso Balboa, y dado los frecuentes avisos que recibía de los habitantes de la costa fortificando sus propias conjeturas y sus esperanzas, le dio desde luego una extremada impaciencia por ir a ver este país desconocido; él se convenció de que no era muy prudente intentar entrar en él con un puñado de hombres consumidos de fatigas y debilitados de enfermedades, sin volverse a rehacer al punto de donde había partido. Se determinó pues, con este importante motivo, regresar con sus compañeros al establecimiento de Santa María en el Darién, para venir otra vez en la estación siguiente, con fuerzas proporcionadas a la arriesgada empresa que meditaba llevar a su éxito de descubrir la tierra peruana. De aquí fue, que para adquirir un conocimiento más extenso del istmo, tomó a su vuelta un camino distinto del que había llevado a la ida en el que no experimentó menos dificultades ni menos peligros que en el primero, pero nada había insuperable para hombres animados por la esperanza, y por un buen porvenir ya anunciado. Balboa llegó a Santa María después de cuatro meses de ausencia, trayendo más gloria y más riquezas que las adquiridas hasta

entonces por los españoles en sus expediciones al Nuevo Mundo. Aquí fue que entre los oficiales que le acompañaron, ninguno se le distinguió tanto como Francisco Pizarro, ni tampoco desplegó más valor ni solicitud en ayudar a Balboa a abrirse una comunicación con los países en que, en lo sucesivo hizo él mismo un papel tan brillante y de tantas consecuencias favorables a los españoles.

Descubierto que fue así por noticias el rico Imperio peruano, el primer cuidado de Balboa fue enviar a España el pormenor del importante descubrimiento que acababa de hacer, y pedir un refuerzo de mil hombres para tratar de conquistar a tan poderosas regiones sobre las cuales había recibido noticias tan atractivas. La primera noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo puede ser que no produjese tanto gozo como el inesperado aviso de haber en fin encontrado un paso al grande océano meridional. No se dudó ya que hubiese comunicación con las Indias Orientales por un derrotero al oeste de la línea de demarcación trazada por el papa. Los tesoros que Portugal sacaba diariamente de sus establecimientos y de sus conquistas en Asia, eran asiento de envidia y objeto de emulación // [f. 11] para las otras potencias. Fernando, pues, se lisonjeó desde entonces con la esperanza de tener parte en este lucrativo comercio, y ansiado por llegar a este término, dispuso hacer un esfuerzo superior al que Balboa pedía. Más aún, en esta misma disposición se conocieron los efectos de la política sombría que le guiaba, y la funesta antipatía de Fonseca, obispo entonces de Burgos, contra todo hombre de mérito que se distinguía en el Nuevo Mundo.

A pesar de los recientes servicios de Balboa, que le designaban como el hombre más a propósito para llevar a cabo la gloriosa empresa que había comenzado, Fernando fue tan ingrato que en nada los estimó y nombró a Pedrarias Dávila,⁴³ gobernador del Darién, confiándole al mismo tiempo el mando de quince naves de gran porte con mil y doscientos soldados. Estas naves se equiparon a expensas del público, con una magnificencia que Fernando nunca había manifestado en los armamentos destinados al

43 Pedro Arias de Ávila (1440-1531), comúnmente conocido como Pedrarias Dávila, fue un soldado y funcionario colonial español que dirigió la primera gran expedición a Tierra Firme en el Nuevo Mundo, donde sería gobernador de Panamá y Nicaragua. Fundó Ciudad de Panamá en 1519.

Nuevo Mundo, y los hidalgos españoles se dieron tal prisa seguir al jefe que debía guiarlos en un país en que, según la fama, no tenían más que echar las redes en el mar para sacar oro, que mil y quinientos de entre ellos se embarcaron en la flota, y un mayor número se hubieran alistado para esta expedición si se hubiese querido recibirlos, pero los recursos de subsistencia faltaban para ello.

Navegando felizmente hubo de llegar a fin de diciembre de 1512 Pedrarias al golfo de Darién, sin accidente alguno notable; envió inmediatamente a tierra a algunos de sus principales oficiales con objeto de informar a Balboa de su venida, con la real orden que le nombraba gobernador de la colonia. Estos diputados, que habían oído hablar de las hazañas de Balboa y que se habían formado la más alta idea de sus riquezas, quedaron asombrados al verle vestido con un sayo de lienzo, calzado con alpargatas y ocupado con unos indios en cubrir su cabaña de cornisas. Bajo este sencillo exterior, que correspondía tan poco a la expectación y a los deseos de sus nuevos huéspedes, Balboa los recibió con dignidad. La fama de sus descubrimientos le habían atraído tan gran número de aventureros de las varias islas, que podía reunir cuatrocientos y cincuenta hombres de armas. A la cabeza de estos valientes veteranos hubiera resistido a Pedrarias y a su tropa; mas aunque sus compañeros murmuraban altamente de la injusticia del rey, y se quejaban de que unos extranjeros quisiesen coger el fruto de sus trabajos y de sus fatigas, Balboa se sometió ciegamente a la voluntad de su soberano, y recibió a Pedrarias con toda la consideración debida a su carácter que traía de tal gobernador de Darién.

Así que pues, no obstante que Pedrarias debiese a esta moderación el poseimiento [sic] pacífico de su gobierno, nombró una comisión para hacer informaciones jurídicas sobre la conducta que Balboa había observado mientras estuvo a las órdenes de Nicuesa y de Enciso, y le impuso una multa considerable en reparación de las faltas de que sus jueces le hallaron culpable. Balboa sintió vivamente verse sometido a un proceso y castigado en el mismo lugar en que acababa de ocupar el primer puesto. Por otra parte, Pedrarias no podía ocultar la envidia que excitaba en él la superioridad // [f. 12] del mérito de Balboa, de manera que el resentimiento del uno y los celos del otro fueron un manantial de divisiones muy perniciosas

para la colonia, pero esta se vio de pronto amenazada de una calamidad aún más triste. Pedrarias desembarcó en el Darién en la estación menos favorable del año, esto es, a mediados de la temporada de las lluvias, en una parte de la zona tórrida, en que las nubes arrojan torrentes de agua, de un modo desconocido en los climas más templados⁴⁴.

La población de Santa María era situada en un llano fértil rodeado de bosques y pantanos; la constitución de los europeos no pudo resistir la influencia pestilencial de semejante situación, en un clima naturalmente insalubre, y en una estación tan incómoda como una enfermedad violenta y mortífera, hizo perecer muchos de los soldados de Pedrarias. La suma escasez de provisiones lo aumentó, por la imposibilidad de proporcionar refrescos para los enfermos y subsistencia suficiente para los que no lo estaban, así es que en el término de un mes perecieron en la mayor miseria, más de seiscientos españoles, acontecimiento que extendió en la colonia la desesperación y el abatimiento. Muchos de los personajes principales pidieron su dimisión, y renunciaron con gusto a todas sus esperanzas de fortuna por librarse de los peligros de esta exterminadora región. Pedrarias se esforzó en distraer del sentimiento de sus sufrimientos a los que le quedaban, proporcionándoles ocupación. Con este objeto, envió varios destacamentos a lo interior del país para imponer a los habitantes contribuciones de oro, y para buscar las minas que le producían. Estos codiciosos aventureros, más ocupados de la ganancia presente que de los medios de facilitar sus progresos para lo futuro, pillaban sin distinción por todas partes a donde iban, sin consideración a la alianza hecha con muchos caciques, y los despojaban de cuantas cosas preciosas poseían, y los trataban del mismo modo que a sus vasallos, y con la mayor insolencia y crueldad. Esta tiranía y estas exacciones que Pedrarias no tenía poder, ni acaso voluntad de refrenar, convirtieron en un desierto todo el país que se extiende desde el golfo de Darién hasta el lago de Nicaragua, y los españoles se vieron por su imprudencia privados de los recursos que hubieran podido encontrar en la amistad de los habitantes, para llevar adelante sus conquistas hacia el mar del Sur. Balboa, que veía con dolor cuánto retardaba esta desacertada conducta la ejecución de

44 Aquí Cortegana tachó dos líneas.

su plan predilecto, envió a España representaciones muy enérgicas contra la administración de Pedrarias, que había arruinado una colonia feliz y floreciente; y este, por su parte, acusó a Balboa de haber engañado al rey con relaciones de exageradas hazañas, y en la narración falsa de la riqueza del país, porque solo no encontraban al oro a tropezones como la arena en las riberas del mar.

Con estas desavenencias, el rey Fernando conoció por último la falta que había cometido, quitando el mando al oficial más activo, y más experimentado que tenía el nuevo mundo; y queriendo indemnizar a Balboa le nombró adelantado o teniente gobernador de los países situados sobre el mar del Sur, con una autoridad y derechos de mucha extensión. Mandó al propio tiempo a Pedrarias que auxiliase a Balboa // [f. 13] en todas sus empresas y que consultase con él todas las operaciones que el mismo Pedrarias quisiere ejecutar, pero no estaba en manos de Fernando hacer que estos hombres, que se profesaban un odio declarado, pasasen repentinamente a una entera confianza. Pedrarias continuó tratando a su rival con poca atención, y como la fortuna de Balboa estaba arruinada por el pago de la multa, y por otras exacciones de aquel, no puede hacer las disposiciones necesarias para entrar en posesión de su nuevo gobierno. Sin embargo, las extorsiones, y la mediación del obispo del Darién en a por junio de 1513 reconciliaron a estos dos enemigos para cimentar con más solidez esta reunión. Pedrarias consintió en dar en matrimonio su hija a Balboa. El primer efecto de su reconciliación fue permitir a este hacer algunas incursiones en el país, y las ejecutó en julio con tal discreción que añadieron muchos grados a la reputación que tenía ya adquirida. Muchos aventureros se le reunieron, y mediante los socorros y protección de Pedrarias comenzó a verificar los preparativos para su expedición de la Mar del Sur. Para practicar este proyecto, era necesario construir barcos capaces de transportar tropas a las provincias en que se proponía desembarcar; y en efecto, después de haber superado un gran número de obstáculos, y sufrido muchas de estas contradicciones que parecen haber estado reservadas para los conquistadores de la América, consiguió [ilegible] construir los que en el mismo año de 1512 había puesto en obra, es decir cuatro buques o bergantines de poco porte.

Todo estaba aparejado entre agosto y septiembre en Panamá para hacerse a la vela hacia el Perú con trescientos hombres escogidos, fuerza superior a aquella con que Pizarro emprendió después la misma expedición, cuando recibió un mensajero inesperado de Pedrarias llamándole a su presencia, pero Balboa, que no quería perder sus aprestos, difirió su presentación hasta su vuelta, y se embarcó en sus buques con su gente y salió de la bahía de Panamá a fines de septiembre del año de 1513, sobre los mares y costas de la tierra de los incas. Este arrojado español llegó con su flotilla hasta Puerto Viejo, pero una de ellas se adelantó hasta Tumbes, es decir, en la que estaban montados Balboa y Pizarro, y se cercioraron de la existencia del rico imperio que se le había indicado por los indios moradores del Darién y Panamá. Desde entonces Balboa se consideró ser con justicia el verdadero descubridor de la mar del Sur, y desde luego, el del importante reino del oro y la plata, como que sin exageración lo era el Imperio peruano. Balboa arribó a Tumbes a fines de diciembre del mismo año 13 y después de tres meses de navegación, con cuyo motivo su gente se encontraba hastiada de estar a bordo, y lo que es más, enferma y próxima a no tener de que vivir por el agotamiento que se había hecho de los víveres, gastándolos sin economía. De este tiempo fue cuando en las orillas o boca del río Tumbes, tomó Balboa con Pizarro al hombre indígena que se hallaba embebecido de admiración de los buques que veía como una cosa portentosa o divina, y lo trasladaron a bordo, a quien le preguntaron el nombre de la tierra que divisaban. Pero el indio, que quiso entender qué le decían los españoles, que cómo era su nombre o qué estaba haciendo sobre las aguas del río, contestó Berú o Pilú, resultando que, de estas dos frases, coligiesen los españoles que la mencionada tierra se denominaba Perú, quedando por tanto de esta inferencia el Imperio de los incas calificado de Perú, // [f. 14] como nombre del indio o como del río donde se le había aprendido, y siendo también por lo mismo desde entonces todos los nacidos en él de efectivos peruanos. Balboa y Pizarro, después de haber sacado toda la instrucción conveniente, soltaron al indio haciéndole algunos regalos de chaquiras, cascabeles y cuentas de metal, a fin de que fuera a hacer ostentación entre los suyos de lo bien que se le había tratado a bordo por gentes tan nuevas y absolutamente desconocidas para ellos. Llegando

pues al extremo de su viaje, Balboa resolvió su regreso a Panamá, con noticias ciertas y lleno de experiencias de acordar con el gobernador del Darién Pedrarias, su suegro, una expedición formal, y de modo que asegurase el éxito de la empresa, pero sin perder de vista la gloria de ser el descubridor del océano meridional del sur de América, y desde luego el caudillo conquistador del reino rico que acababa de presentársele a sus ojos. Persuadido de esto Balboa, llegó de regreso al istmo a fines del año 1514. He aquí, pues, que esta inocente vuelta fue la pérdida del emprendedor Balboa por la envidia encarnizada de su suegro.

Como la reconciliación de Pedrarias no había sido de buena fe para con Balboa, la empresa de este tocó en reanimar la antigua enemistad de aquel haciéndose cada día más activa. Pedrarias envidiaba la elevación y prosperidad de un hombre como Balboa, que aunque había llegado a ser su yerno, y antes de esto haberle tratado tan cruelmente, temía que el éxito de lo que intentaba sobre el Perú no le indujese a hacerse independiente de su jurisdicción. Y estos movimientos de odio, de temor y celos, obraban sobre su mala alma con tanta fuerza, que por satisfacer su venganza, no dudó en frustrar una empresa de tanta importancia para su país. Así es que con falsos pretextos, aunque plausibles, luego de que supo la llegada de su vuelta le obligó a pasar al acta, para tener una entrevista con él, y le instruyera de todo cuando había descubierto en su viaje. Balboa, luego que recibió la invitación, y con la confianza de un hombre que nada tiene que vituperarse, pasó al punto que se le indicaba, por marzo de 1515, mas apenas hubo llegado, cuando el incauto fue arrestado por orden expresa de su suegro Pedrarias, quien impaciente por saciar su venganza, no le dejó consumirse largo tiempo en la prisión. Se nombraron inmediatamente jueces al querer de Pedrarias, que le instruyeran su proceso. Se le acusó de haber sido infiel al rey, y de haber querido sublevarse contra el gobernador, dando por razón el haberle desobedecido cuando le llamó la primera vez. Con tales jueces, que no eran más que el mismo eco y rabia de Pedrarias, la sentencia de muerte fue pronunciada muy pronto. En vano pidieron vivamente la gracia de Balboa por los habitantes de la colonia, pues el gobernador fue inexorable, y los españoles vieron con tanto dolor como admiración perecer en el año siguiente de 1516 sobre el cadalso, al hombre

que entre cuantos habían mandado en la América, era generalmente considerado como el más propio a concebir y ejecutar grandes proyectos. Su muerte hizo renunciar a la expedición que había intentado. Pedrarias, poderosamente favorecido por el obispo de Burgos y por algunos otros cortesanos, escapó no solamente al castigo que // [f. 15] merecían la violencia y la iniquidad de su conducta, sino que conservó también su destino y su autoridad. Poco después de este acontecimiento, obtuvo Pedrarias permiso para hacer pasar la colonia del lugar malsano de Santa María a Panamá, es decir en 1517, que está sobre la costa opuesta del istmo. Y aunque esta mudanza no fue muy ventajosa por la sanidad del puesto, la situación cómoda del nuevo establecimiento contribuyó mucho a facilitar las conquistas posteriores de los españoles en las grandes provincias de las riberas del mar del Sur, y muy especialmente a la que hizo D. Francisco Pizarro de todo el Imperio peruano, que enriqueció no solo a los individuos que la realizaron, sino a toda la España sacándola de sus atrasos, y últimamente hasta el día a todo el globo entero.

Siendo pues de tal manera descubierta la mar del Sur, justo es tener al arrojado Vasco Núñez de Balboa por el verdadero descubridor de ellas y desde luego en la tierra del Sol en los años de 1513 según Garcilaso, en los años de 1515 y 1516 según Herrera, Robertson y otros. Esta gloria pertenece exclusivamente a él y por tanto nada más propio que declarársela, aunque él no exista para eterna memoria de su heroico nombre; porque aunque el rey Fernando le dio título de Adelantado de dicha mar, con la conquista y gobierno de los reinos que en sus costas habían, le disfrutó tan poco tiempo, que como queda dicho, no tuvo lugar por su pronta muerte, dada por la envidia de su suegro, el gobernador Pedro Arias Dávila, para llegar a verificarla. Murió así el infeliz Balboa por la mano tirana de su constante perseguidor; pero este desastroso acontecimiento prestó a su matador el ejercicio de su codicia, tomándose a cargo la protección de que se realizara de su cuenta la expedición, formando para ello en Panamá el cónclave del triunviro del maestre escuela Fernando de Luque, D. Diego de Almagro, y sobre todo del capitán D. Francisco Pizarro, que fue al fin el positivo conquistador del Imperio de los incas, como adelante lo verá el lector en todas sus minuciosidades descripto.

La reseña extensa de este discurso histórico se ha creído muy conveniente hacerlo anticipadamente en este tomo, ya cumpliendo con el ofrecimiento de que cada uno ha de llevarle en su principio, y ya porque sin esta descripción del descubrimiento del océano meridional del Sur en el Pacífico, no llevarían los sucesos de la conquista una ilación cronológica en su método y aún en sus pasajes.

Juan Basilio Cortegana [rúbrica]



[f. 29] Libro I, Capítulo 2

Provisto el navío de víveres,⁴⁵ refaccionado del modo posible sus averías, y ya pronto para hacerse a la vela, esperaba solamente un viento favorable, y a este efecto, hacían rogativas diarias. El más augusto de nuestros misterios se celebró sobre la popa por el mismo Fernando de Luque, interesado con Almagro en los peligros y en el botín de la empresa. ¡Oh superstición! Este sacerdote sacrílego, por hacer a los altares garantes de sus viles intereses, suspende el divino sacrificio al tiempo de ir a consumir, y teniendo en sus manos la víctima pura y celestial, se vuelve mirando a los circunstantes. Su frente arrugada era un verdadero retrato de la autoridad misma; levanta una ceja espesa que le cubre los ojos, y con una voz semejante a la que desde lo profundo de los altares pronuncian los oráculos: «Venid Pizarro, y vos Almagro, venid les dijo, para sellar con sangre de Dios vuestra ilustre y santa alianza». Entonces rompiendo la hostia en tres partes, se reservó una para sí, y dio las otras a sus asociados, que las recibieron con turbación y espanto. Dada la comunión, el codicioso Fernando exclama: «Así sea

45 A partir de aquí, Cortegana sigue a Jean-François Marmontel, *Les incas, ou La destruction de l'empire du Pérou*, 1776, tomo I, cap. XII. Se trata de una novela que combina historia y ficción. Originalmente publicada en francés, en 1822 fue traducida por primera vez al español por Francisco Cabello y Mesa, con el título *Los incas, o La destrucción del imperio del Perú*. Una segunda edición de esta traducción fue publicada en 1837 en Barcelona. Cortegana pudo haber leído cualquiera de estas dos ediciones.

partido y distribuido entre nosotros tres, el botín de los incas». Este hecho es histórico, pues que nadie lo ha contradicho hasta hoy, y Las Casas, que lo presenciaba, se escandalizó en tanta manera que casi perdió el sentido al verse perpetrar así, el desacato más sacrílego por la más descarada ambición.

Después de este sacrílego sacrificio, y en el mismo día tuvieron consejo, y fue en él donde se oyó a Pizarro exponer su plan, sus medios y sus recursos. Fernando de Luque fue encargado de proporcionar y remitir los víveres, ropa y útiles de guerra para la subsistencia de la plata en nuevos transportes que llegase a reunir, y por tanto debía quedarse en Panamá mientras que él marcharía // [f. 30] primero a poner en planta la empresa, y tras de sus aguas, con nuevos auxilios navegaría Almagro a reforzarle, y a estar siempre de viaje, de ida y vuelta de Panamá hacia donde existiera Pizarro conduciendo los auxilios necesarios. En una palabra, un almirante de las aguas del Pacífico que descubrieron entonces. De modo que la prudencia de Pizarro y su previsión sobre todos los obstáculos fue aplaudida. Pero Las Casas, que en este plan veía en los indios los esclavos destinados a los más duros trabajos, no pudo ocultar su dolor. Pidió la palabra; se le concedió, y dijo con un aire tristísimo: «Entiendo que se propone repartir los indios como manadas de ganados. Esto mismo se ha hecho ya en las islas, pero no obstante ellas no son otra cosa más que espantosos desiertos. Si millones de indios desventurados han perecido bajo el yugo del más fiero despotismo, ¿seguiréis este ejemplo? ¿Haréis lo mismo con los habitantes pacíficos de estos ricos países?». Cada uno de los españoles del consejo se esforzaba en asegurar que se trataría a los indios del reparto con toda contemplación. «No hay sino un medio», dijo el solitario, «y es solo no dejar a nadie el poder de oprimirlos. Sean vasallos de nuestro rey, pero no esclavos; tengan, como yo espero, un soberano, una misma ley y un mismo dios que nosotros, pero jamás ninguna otra distinción. He aquí los derechos de esos indios, y los que yo reclamo en nombre de la naturaleza delante del cielo».

«Virtuoso Las Casas», le respondió Pizarro, «vuestros deseos y los míos están de acuerdo: hacer adorar a mi Dios, obedecer a mi rey, e imponer a estos pueblos una contribución moderada; establecer entre ellos y la España unas relaciones mercantiles de utilidad recíproca, esto es lo que me

propongo hacer, ¡quiera Dios pueda obtenerlo sin violencia, ni fuerza!». «Yo salgo garante de ello», respondió vivamente Las Casas, «pero Pizarro, prométeme que si sus pueblos son dóciles, si se someten a leyes justas, si no piden más que su instrucción, ellos serán tan libres como nosotros; que sus vidas y bienes estarán bajo la protección de vuestras armas; que la hombría de bien, el pudor, la tímida y débil inocencia, tendrán en vos un defensor, y un vengador de sus agravios». «Yo os lo prometo», respondió Pizarro. «Prometed también», continuó Las Casas, «que no sufriréis jamás que se les saque de su patria, que no se les obligue a trabajar por la fuerza, por la amenaza y menos por el castigo, que lo que exija el pago del tributo impuesto por vos mismo». «Tal es mi resolución», respondió Pizarro. «Pues si es esa, juradlo al Dios que habéis recibido, y haced que lo juren también vuestros amigos». Este discurso causó un bajo murmullo entre los miembros de la asamblea. Calló Las Casas, y Fernando de Luque le dijo a este: «¡Qué! ¿Juras a Dios de tratar bien a los indios? ¡A esos bárbaros que blasfeman su nombre sin cesar, y que a sus ídolos ofrecen un incienso, un sacrificio que solo es digno de él! Juremos más bien de exterminarlos si ellos se obstinan en conservar sus templos y rehúsan la adoración debida al Dios que les anunciamos. El mismo derecho tenemos // [f. 31] a la América, que los hebreos al Canaán: el derecho de matar a los idólatras, como lo hicieron en Amalecita». Esta comparación fue hecha por el misionero Gumilla y por otros muchos fanáticos como él, y ahora la repetía Fernando de Luque⁴⁶.

Pero siguiendo su discurso este decía:

«Nosotros los tenemos también sobre unos infieles que son mucho más obcecados en sus detestables errores que los hebreos mismos. Los indios se quejan de que se les impone una muy dura esclavitud, ¿pero ellos son acaso más dulces y más humanos con sus cautivos? Sobre altares ensangrentados ellos les arrancan las entrañas; ellos se reparten por porciones sus miembros palpitantes y se los tragan, de forma que puede bien decirse, que esos bárbaros son sepulturas vivas. ¡Y es en favor de esta raza impía que se habla con tal fervor! Si temen nuestros castigos, que nos presenten el oro que nos ocultan, ese metal estéril para ellos y que

46 La mención a Gumilla es un anacronismo que proviene de la obra de Marmontel.

a nosotros nos ha costado tantas fatigas y peligros el encontrarle. ¡Qué! Después de haber surcado los mares, menospreciando las borrascas y buscando este desgraciado mundo, venciendo continuamente tantos y tan enormes escollos, ¿queréis ahora abandonar el único fruto de vuestro trabajo, volveros con las manos vacías, y no llevar a España más que la vergüenza y la pobreza? El oro es un don de la naturaleza, inútil a esos pueblos, no les hace falta, y por consiguiente es a nosotros a quien pertenece, y su malicia es ocultárnoslo, la obstinación en negarlo constituye culpables y justifica nuestros rigores. En cuanto a su esclavitud, ella es la penitencia de los crímenes a que los ha conducido un culto impío y sanguinario. No es gran castigo aún, el haberlos enterrado vivos dentro de las grietas y huecos de sus minas, pues que ellos merecen otros más atroces, y con tal que mueran resignados y contritos, ellos desde la gloria bendecirán las manos que los cargaron de cadenas».

Así concluyó su digresión inhumana y sangrienta Fernando de Luque, pero el virtuoso Las Casas, que atentamente, sin pestañear e inmóvil de horror, le miraba y escuchaba, le respondió con su sabiduría acostumbrada diciéndole:

«Sacerdote de un Dios de paz, decidme: ¿son vuestros labios los que acaban de recibir ahora mismo a ese verdadero Dios? Decidme, repito, ¿son ellos los que han proferido las palabras horrendas que he escuchado? ¿Ese hombre y Dios pendiente de ese madero teñido de sangre, donde inmolándose por la redención del género humano, su boca santísima, su boca expirante imploraba la gracia de sus enemigos, es desde lo alto de esa cruz, que os ha enseñado, ese lenguaje de destrucción, de horror y de sangre? ¡Comparáis los indios inocentes y sencillos, a los amalecitas soberbios! Dejad, dejad esos ejemplos, que han sido origen de innumerables abusos. Dios, que en sus santos consejos, jamás se ha desviado de las leyes naturales, ha decretado solamente que el hombre le obedezca con preferencia a los sentimientos de su corazón, pero sabed que ese decreto no ha podido entenderse más allá de los términos precisos donde Él mismo le ha encerrado. Sus mandamientos observados, la ley a tomar su curso eterno, porque aquello era cuando Dios hablaba entonces a los israelitas, pero // [f. 32] no a vosotros. Ateneos a la ley que él ha dado a todos los hombres: “Amadme y amad a vuestros semejantes”. Ved aquí su ley, Fernando: ¿encontraréis en ella las torturas, las cadenas

y las carnicerías que deseáis contra los pobres indios? Los pobres indios verdad que han ejercido sin duda entre ellos mismos crueldades bien reprehensibles; pero aun cuando hubieran sido más inhumanos, ¿debíais vos imitarlos? ¡Ah! Su desgracia ha consistido únicamente en que daban adoración a dioses sanguinarios. Pero si en lugar de un tigre vieses sobre sus altares al cordero, entonces ellos serían tan inocentes y dóciles como él mismo. ¿Quién es aquel de entre nosotros que no hiciera lo que ellos, si desde la infancia hubiese sido educado en el seno de los mismos errores? El ejemplo de nuestros padres y las leyes del país, ¿no nos habrían cautivado nuestra razón y forzado como a los indios a defender los dioses y el culto establecido? Compadeced más bien que condenad a estos esclavos de sus costumbres, a estas víctimas de la preocupación de una adoración inveterada, que aún desconocen nuestra creencia, porque no han podido saberla hasta que se les instruya de nuestros santos dogmas. Y si carecen de este conocimiento eterno, ¿cómo es que vos los condenáis ya como a impíos y como a infieles o idólatras de sus naturales costumbres, contradictorias a nuestra religión y a nuestro Dios? Mientras que ellos no sean instruidos en nuestra santa fe, mientras que ellos después de ser cristianos, no falten a ella volviéndose a sus antiguas idolatrías, no puede acusárseles sin ser injustos, de impíos y de criminales. El que ignora, Fernando, es lo mismo que el ciego que no ve. Pero a más de esto, decidme hermano: ¿todos los pueblos de la India son los mismos que estos que condenan? Los habitantes de la isla La Española, ¿qué mal habían hecho para que fuesen tratados con el rigor más cruel? Ninguna nación fue jamás más dulce, más tranquila y más inocente que la de Cuba; su vida era una infancia continua y, sobre todo, tan enemigos de hacer mal que no tenían flechas, ni aun para cazar un pájaro. Mas no obstante que eran hombres tan pacíficos, que estaban indefensos ¿se libraron por eso de los yerros y de la muerte? Es precisamente en ese país desventurado, es en Cuba, repito, donde he visto a nuestros compatriotas, o por mejor decir a esos forajidos sin motivo alguno, y aun sin remordimiento, despedazar los niños, degollar los viejos, destripar las mujeres preñadas y sacarles el fruto de sus entrañas para regalar a sus perros. ¡Oh religión santa! ¡He aquí tus ministros! ¡Oh Dios de la naturaleza, he aquí tus vengadores! Enterrar un pueblo vivo en las grietas de las rocas que producen el oro y hacer que todos perezcan de necesidad y de congojas, por solo acumular vuestras riquezas, origen de todos los vicios que produce el lujo, el orgullo y la ociosidad. ¡Es esta, oh Fernando, es esta la penitencia que imponen a esos pueblos! Romped

de una vez esa máscara hipócrita: vos servís a Dios, mas este dios es vuestra avaricia desalmada. Sí, esa avaricia insaciable que, por vuestra boca, ultraja // [f. 33] aquí la humanidad, y quiere hacer cómplice al cielo de los males incalculables que inspira, y aun de los furores que ella misma hace».

Fernando, que durante este discurso temblaba de rabia y echaba fuego por los ojos, se levantó para responder; pero Pizarro le mandó callar. Valverde, ese fraile dominico que sin entender el lenguaje índico calumnió de irreligioso al inca Atahualpa para hacerle prender, más hipócrita, y aún más perverso que Fernando de Luque; este hombre, el más infame que la España produjo para castigo del Nuevo Mundo, bajo un tono pacífico y de reconciliador, dijo a Las Casas:

«Bartolomé, no consultemos ahora otra cosa que los intereses de Dios, pues que el hombre no es nada antes que él. Supuesto este principio, sabed que los pueblos de la India, no solamente son enemigos de Dios, sino tus enemigos eternos si ellos mueren idólatras. ¿Cómo puede ser hoy el objeto de su amor aquel que mañana lo será de su cólera? Háganse cristianos y entonces la caridad nos une a ellos; pero hasta que llegue ese caso, Dios los excluye del número de sus hijos. Este Nuevo Mundo nos pertenece de derecho como conquistadores por la fe. El soberano pontífice Alejandro Sexto, por su bula del año 1493, hizo la repartición de estas tierras en virtud del pleno poder que le ha conferido el cielo, de quien todo depende únicamente. “*Decretum et indultum Alexandri Sexti super expeditionem in barbaros novi orbis quos indios vocant. De nostra mera liberalitate, et ex cetera scientia ac de apostolicae potestatis plenitudine... auctoritate omnipotentis. Dei nobis in beato Petrus concessa... donamus, concedimus et assignamus*”. Así pues, Bartolomé, el derecho de despojar los templos, los altares y los ídolos de todas las riquezas, para hacer de ellas un más digno uso, ¿no es esto un deber nuestro? Prescindamos de estos bienes caducos y pensemos en la salvación de las almas, y pues que la cuestión se reduce a saber si conviene o no salvarlas, es preciso usar de medios de rigor. En efecto, supuesta la obligación de hacer por fuerza abrazar la fe a estos espíritus rebeldes, ¿valdrá más abandonarlos que reducirlos por un santo rigor? He aquí, cuanto el celo y la humanidad aconsejan a todo héroe cristiano».

La asamblea quedó contenta de la réplica de Valverde, pero Las Casas, que lo miraba como a un hipócrita astuto, y como a un hombre cruel, le dijo:

«La más funesta de las supersticiones es la que ha hecho creer al hombre que todos los que no piensan como él son enemigos de Dios, puesto que ella endurece el corazón y apaga los sentimientos de humanidad. De esta superstición proviene el menosprecio con que se mira y trata a los indios, y lo que es aún peor, ese placer atroz que experimentan cuando los destrozan ¡Ah! Jamás, no, jamás el hombre en tanto que respire, tendrá lugar de aborrecer a Dios y de maldecirle. Los indios, así como vos, son la obra de sus divinas manos, y él los formó para que fuesen dichosos. Los vínculos fraternales no se rompen jamás; la caridad, la igualdad, el derecho natural y sagrado de la libertad, subsisten siempre de forma // [f. 34] que la fe de acuerdo con la naturaleza, no hace otra cosa por todas partes que presentar hermanos y amigos. Esto supuesto, ¿decidme si la esclavitud es el solo y único medio de obligar a los indios a someterse al yugo de la fe cristiana? ¡Justo cielo! La servidumbre, toda tiranía, el maltratamiento de su prójimo, esto es lo que deshonra la religión de Jesucristo, lo que hace odiosa y aun lo que podría destruirla enteramente, si el poder del infierno fuese capaz de ello. La esclavitud, repito, fue tan cruel en los pueblos antiguos como lo es ahora. Vos lo sabéis bien; acordaos que habéis visto arrebatarse el hijo de brazos paternos, la mujer de los de su esposo; arrojar al fondo de un navío tropas de hombres encadenados, y hasta corromperse amontonados. Vos mismo habéis también visto que los que por milagro salen de ese execrable sepulcro, todos están pálidos y abatidos de debilidad, pero que no obstante esto los dirigen a los trabajos más penosos a que han sido condenados. Y pregunto, ¿es este el medio de granjearse la voluntad? ¿Se ha pensado jamás en instruirlos? ¿Desean que se instruyan? ¡Oh, Dios mío! Lo que vemos es que los indios viven y mueren aun como animales estúpidos. Para persuadirlos a abrazar la fe de Cristo habría sido conveniente vivir entre ellos, en sus mismas rancherías; aguantarles su natural pereza, su indocilidad; prevenirlos por la dulzura del trato; ganar su amistad por la confianza, y reducirlos a abrazar nuestro sistema religioso y político por el ejemplo personal, y por las buenas obras. En efecto, este es el solo ejemplo que conviene, porque la virtud es el más digno apóstol de la religión. Sed justos, sed buenos y seréis bien escuchados de todos. ¡Ah!, yo conozco bien el Nuevo Mundo. Preguntad a esos sacerdotes, cuyo celo trajo a

la India la antorcha de la fe, a esos países desolados donde se han perpetrado tantos crímenes atroces. Preguntadles y os responderán que la razón, la equidad, la beneficencia y la verdad tienen un grande imperio sobre el alma de los indios. Preguntadles si hubo jamás pueblos menos celosos de sus opiniones ni más dispuestos a instruirse. Mas cuando en el momento mismo en que se les predicaba un Dios clemente, veían llegarse a ellos unos raptos, pérfidos devastadores y pillos infames, que a nombre de ese mismo Dios les robaban, les encadenaban y hacían sufrir mil ultrajes y cruelísimos tormentos, ¿podían ellos excusarse de acusar de hipócritas e impostores a los que les anuncian tal detestable conducta la suavidad de su ley divina? Cuanto acabo de decir lo he visto. Sí, lo he visto, y por consiguiente, delante de mí, nadie calumnie a los indios. Y el que sean ellos obstinados en su creencia, ¿es esta una razón para que los comparéis a las bestias? Los pobres indios viven con la esperanza de que su esclavitud será menos sensible porque así se les ha prometido más de un millón de veces, pero jamás llega este alivio. Yo he visto a Fernando, esposo de Isabel Católica, rey de Aragón y Castilla, valeroso y sensible, enternecerse; a Jiménez de Cisneros,⁴⁷ director de la 1^{ra} y su // [f. 35] regente indignarse; y a Carlos V de Alemania y el 1^{ro} de España temblar de las inhumanidades que yo les contaba de lo que se había hecho por sus súbditos llamados pomposamente conquistadores de América en los pobres e indefensos indios. Ellos han querido remediar tantos males y vejaciones, pero todo ha sido en vano. Cuando el buitre de la tiranía ha atrapado su presa, ella es devorada sin remedio. No, amigos míos, no hay otro remedio que el de renunciar al nombre de hombres, abjurar de cristianos o no hacer a otros esclavos, porque este envilecimiento vergonzoso en el que el más fuerte oprime al débil es uno de los mayores ultrajes que se hace a la naturaleza, el más sedicioso a la humanidad, y sobre todo, el más abominable a la religión. Hermano, tú eres mi esclavo: he aquí una absurdidad en la boca de un hombre libre, un perjurio y una blasfemia en la de un cristiano que se jacta de serlo, y que lleva de pendón a las conquistas que solicita.

Por otra parte, mis compatriotas y amigos, ¿cuál es el título y el legítimo derecho que autoriza a oprimir? ¿El solamente simple nombre de querer ser conquistadores por la fe! ¡Brava simpleza! ¡Escándalo sin cotejo! La

47 Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517), a quien usualmente se conoce como el cardenal Cisneros, fue cardenal y arzobispo de Toledo, además de regente de Castilla, inquisidor general de Castilla y director espiritual de la reina Isabel la Católica.

fe no pide más que corazones libremente sumisos y convencidos de lo que van a abrazar, y sin que tenga relación alguna con nuestra avaricia, nuestras rapiñas y nuestros desafueros. La ley de Jesucristo es suave, es graciable, nada quiere que se haga por la fuerza. Este Dios a quien servimos y cuya doctrina tratamos de entender, ¿está, acaso, hambriento de oro? Un pontífice se dice ha repartido la India, pero ¿la India era suya? ¿Cuál era el derecho que tenía sobre esta tierra? Él podía confiar el Nuevo Mundo a quien se encargaría de instruirle, pero no dárselo en presa a quien quisiera saquearlo. Así pues, si la India os pertenece es por derecho de vuestros arcabuces y toledanas, y no más; pero este derecho, tiránico en sí mismo, no puede ser legítimo y menos cuando ni siquiera se le sabe emplear en el bien de los vencidos.

Sí, Pizarro, la clemencia, la bondad, las buenas obras son los títulos que justifican tan solo en algún tanto a la conquista, y así que según el uso que hagáis de la victoria, así será también vuestro crédito, así será vuestra fama, que os hará conocer por un malvado según vuestros furores, o por un héroe, según vuestras virtudes ¡Ah! Pizarro, yo creo que el día de una victoria lo emplearéis en sensatas resoluciones, y que todos los guerreros dispuestos como vos a escuchar la voz de la naturaleza seguirán vuestro ejemplo con envidia. Ellos son jóvenes, sensibles y aun sin corrupción notable, que yo mismo he hecho la experiencia, y los veo a todos conmovidos de dolor por la triste pintura que os hago. En consecuencia, yo os conjuro a nombre de la religión, a nombre de la patria y de la humanidad, de jurar con ellos de hacer todo el bien posible a los pueblos sometidos; // [f. 36] esto es, de respetar sus propiedades, su libertad y su vida. Este comportamiento, cuando menos, será la mejor garantía de la paz que, a nombre de los indios, os pide de rodillas y con lágrimas copiosas su amigo, o por mejor decir, su padre».

Luego que así tan tiernamente concluyó el inmaculado Las Casas su exposición suplicatoria, Fernando de Luque, enfurecido, le dijo: «Yo, Bartolomé, me opongo al juramento que pedís. Sí, yo me opongo a ese acto deshonesto para pechos castellanos, que lo que prometen cumplen sin necesidad de coligarse por juramento. Sí, tanta precaución, prueba que nos estimáis muy poco. En fin, sabed que el hombre fiel a su deber no tiene necesidad de hacer ningún juramento». «Es verdad», le dijo el constante y piadoso Las Casas, «que por asegurar nuestros intereses particulares no hace muchas horas que habéis exigido un juramento, el más escandaloso

y formidable; y ahora, por no asegurar el bien de los indios, os oponéis a un juramento, el más útil y el más santo a todos los que le presten, y entre quienes él se observe, y al que también sin más fundamento que vuestro endurecido capricho, vos le caracterizáis de inútil y de injurioso». Entonces Fernando, confundido con tan sólida solución, no encontró otro desquite que dar curso a su rabia que acusar de traidor a Dios, al rey y a la patria, al protector de la India llamándole delator, cómplice en el crimen y en la impiedad y otros muchos dicitos infames.

Llegadas las conferencias del consejo hasta tal estado de acaloramiento y acritud entre el destructor de las Indias y el defensor de ellos, Pizarro trató con su autoridad y política de cortar las diferencias enconadas. Pizarro, que aún necesitaba de los servicios del perverso y violento Fernando de Luque en aquellas circunstancias, más que de los consejos piadosos del infatigable Las Casas, y a fin de apaciguarlo, le dijo al reverendo Las Casas, con tono importante y grave: que su celo merecía bien desde luego bien la gloria que había adquirido; que sus máximas y consejos jamás se borrarían de su memoria; y que obraría conformemente a ellas mientras que él pudiese; pero que su opinión era la misma de Fernando, esto es, que él creía que su palabra sola, sin la necesidad de un juramento, bastaba por garantía. Con esta réplica decisiva del jefe principal de la expedición, quedó terminado y disuelto el consejo, desistido el viaje al Perú del reverendo Las Casas con ellos, y sancionada de hecho la destrucción de los incas y su imperio como lo querían los Luque, Valverdes, Almagros y Pizarros tan solamente.

A vista de esto, el virtuoso y sabio solitario, lleno de confusión y avergonzado, se retira con Alonso.⁴⁸ «Veis, amigo mío», le dice,

«¿veis cómo mi celo es inútil aquí? Yo os lo había ya dicho. Pero esta prueba es la mejor y nada equívoca, para haber conocido a Pizarro. Él

48 Se refiere a Alonso de Molina, militar español que acompaña a Francisco Pizarro. En este caso se trata de un personaje ficcional construido por Marmontel e inspirado en el personaje histórico. El autor francés le otorga importancia en la trama y lo presenta como paradigma del europeo moralmente bueno, que se inserta en la sociedad incaica y entabla una amistad con el inca Atahualpa. El Alonso de Molina histórico es uno de los Trece de la Fama. Luego de haber tenido contacto con los naturales de Tumbes, solicitó a Pizarro el permiso para quedarse a vivir junto a los nativos de la zona. No existe certeza sobre las circunstancias de su muerte.

sería justo si los que dependen de él lo fuesen; pero como para lograr su intento convenía no degustarlos, resulta que su ambición le hace ceder a las circunstancias, contra su rectitud y equidad. En fin, mi querido amigo, yo no os propongo que desertéis, porque, alejándoos de él // [f. 37] disminuiréis el número de los hombres de bien. Mas por lo que a mi toca, mi presencia es ya importuna, y bien pronto sería odiosa. Yo no pienso otra cosa que retirarme a mi soledad. A Dios. Si esta conquista la veis convertirse en pillaje y en toda suerte de vicios, y crímenes horribles, vuestro corazón os aconsejará lo que debéis hacer».

Alonso, ya muy disgustado de cuanto había visto y oído, se indignó sumamente del menosprecio hecho al respetable Las Casas, en tanto grado que solo su honor pudo contener. «Amigo mío», le dijo, «yo me quedo aquí. Yo os obedezco. Pero tened entendido que observaré la conducta de Pizarro, y si él no cumple lo que os ha prometido; si yo tengo la desgracia de encontrarme entre unos facinerosos, estad seguro que no los acompañaré más que hasta el instante venturoso de huir de sus compañías». Se dieron un funesto abrazo estos dos amigos, y Bartolomé fue conducido otra vez al río de los Lagartos. Allí se embarcó a una canoa y pronto dejó al pueblecito de las Cruces por la misma velocidad que le llevaban las corrientes. Libre de los disgustos de Luque, de la seriedad de Pizarro, de la astucia e hipocresía de Valverde, a sus anchuras en medio de los salvajes que lo amaban, los consuela a todos con caricias paternas, y les habla con voz meliflua y apacible que le era característica al sabio protector de los inocentes indios, que ellos se declaran conocerle como a tal, y cuyos pormenores encontrará el lector en el capítulo que sigue.



[f. 41] Libro I, Capítulo 3

Uno de ellos le dijo:⁴⁹

«Tú nos amas cual tierno padre y tomas parte en nuestras desventuras. Sabemos cuánto has hecho en el concejo de los castellanos por favorecernos, y no solo a los que estamos aquí sino por todos que aún en largas distancias y a los que van sin duda a subyugarlos o matarlos. Así es que por esta tu generosa bondad, aquí tenemos por ello que manifestarle nuestro agradecimiento, sin embargo, iguales sentimientos, tienen también en favor tuyo nuestros hermanos que se hallan aislados en los bosques y las sierras: ansían por el momento de conocerte un día. Es tal su deseo, que su mismo caudillo Huapana, ese que viene desde México huyendo de la rabia devoradora de estos españoles, daría por poseerte un instante los años de su vida. Nosotros te suplicamos que vengas a verle. Tu llenarás de alegría su corazón con tu presencia y conocimiento, y tan bien al de todos sus súbditos. El camino que conduce a su asilo es escabroso, angosto, y todo está cubierto de torrentes y precipicios, pero esto no es capaz de detenerte, y además, nosotros te llevaremos en unas andas de eneas // [f. 42] para hacerte el camino menos peligroso y más soportable».

⁴⁹ A partir de aquí, y en lo que resta del capítulo, sigue a Marmontel, *Los incas, o La destrucción del imperio del Perú*, tomo I, caps. XIII-XV.

Palabras fueron estas, que enternecieron tanto al venerable apóstol, que sus ojos, deshaciéndose en lágrimas, bañaron sus mejillas cual dos torrentes o arroyos que salidos de distintas fuentes, vienen a juntar sus aguas para regar la fructífera pradera. De este modo halló aquí el reverendo Las Casas el premio más dulce, como el más hechicero de sus reiterados viajes al antiguo mundo, y de tantos afanes, trabajos, y desvelos como le había costado el solo deseo de mejorar la suerte de los infelices originarios del nuevo. Tal era el miedo que aún tenía de que no se lograra el fruto de su celo, que no podía figurarse que la crueldad del tirano de Panamá —Dávila— hubiese dejado libres a los indios de las sierras, a pesar de que se lo aseguraban sus inocentes compañeros. Todo se le volvía en exclamar: «¡Qué! ¿Cómo ha sido? ¿El bárbaro había detenido en penetrar en su recinto? Mas si no ha penetrado aún, ¿será esta una razón para creer firmemente que no penetre en él, si llega a descubrirlos?». Los salvajes procuraban calmar sus inquietudes. «Nosotros», le dijeron, «nosotros solos conocemos el camino que conduce a él, y sabremos morir antes que faltar al secreto. Nada temas», continuaron, «su asilo está a cubierto de todo ataque, y de tal forma que, aun por mucho tiempo, habrá indios libres en istmo». Las Casas, con sumo placer por tan inesperada noticia, los sigue con toda confianza. Dejan la canoa en una ensenada del río, y por entre bosques y malezas adelantan su paso hacia el fondo de los desiertos. Llegan a un desfiladero opuesto entre dos altas sierras, cuando repentinamente un espantoso rugido se oye resonar por la espesura de las selvas. Los indios se asustan, sus rostros se inmutan y sus cabellos se erizan, al conocer el rugido de un tigre sanguiinario. Escúchanle inmóviles guardando el más profundo silencio; pero el mismo rugido se oye aún de más cerca. Juzgando entonces que el peligro es inminente, y viendo ya al tigre casi sobre ellos, colócanse alrededor de Las Casas. «Déjanos rodearte» le dicen, «y nada temas. Él no puede agarrar más que a uno, y este no serás tú». En efecto, el animal sin dar más que tres saltos para ganar el camino, se arroja sobre un indio y le lleva sin moderar su carrera. En la historia general de los viajes, se lee que los tigres de Venezuela son tan terribles que no es raro verlos entrar en las tolderías de los indios, hacer presa de un hombre y llevárselo en su boca con tanta facilidad como un gato a un ratón.

Entre tanto de este fatal y lastimoso suceso para el pío solitario, él existía levantando las manos al cielo, y dando ayes lamentables hasta caerse oprimido de sentimiento y de dolor. Vuelto en sí por el cuidado de sus indios, dirígese a ellos, y les dice: «¡Ay, amigos, qué es lo que he visto!». «Ánimo, padre», le responden. «Vamos, no es nada». «¿Nada, decís? ¡Oh, gran Dios!». «Nada», prosiguen diciéndole, «para los infelices indios nada son los tigres comparados a los españoles que nos persiguen, no como el tigre a uno solo de nosotros para saciar su hambre devoradora, sino que // [f. 43] a todos nosotros, por la sed que tienen que les demos plata, oro, nuestro suelo, nuestras mujeres, hijos, nuestra vida y por último nuestra eterna esclavitud en su servicio y maltratamiento». «¡Oh, raza impía y sanguinaria! ¡Qué vergüenza para vosotros!», exclamó Las Casas. «¡Vos reducís los indios a que ni aún se quejen de los estragos de esta fiera!».

Así, por entre peñas y abismos acércanse al fin al valle. Él estaba rodeado en un círculo de montañas cubiertas de selvas espesas, y que de todas partes no presentaban a la vista sino una masa enorme y profunda, sin dejar arbitrio alguno para examinar su centro. Adelántase en la espesura, suben hasta la cima de los montes y de ella descubre la llanura. Repentinamente Las Casas descubre también un fecundísimo valle, cuya fertilidad le encanta. En el centro de él se hallaba una aldea, en medio de la cual se percibía la cabaña del cacique Huapana. Al mirarla Bartolomé se siente conmovido de gozo y de piedad. «¡Pobre pueblo!», exclama con enternecimiento. «¡Quiera el cielo que tu asilo sea siempre impenetrable!». Al acercarse los indios, corren sus compañeros a su encuentro por la impaciencia de saber la nueva que iban a anunciarles. «Os traemos a nuestro padre», les dicen con el mayor alborozo. «Vedme aquí, este es Las Casas». Al oír este nombre, nada puede explicar el júbilo de aquel pueblo reconocido. Los brazos de cada cual se disputan la gloria de tenerle encima y de llevarle en triunfo hasta la aldea, en donde ya el cacique sabía la venida del apóstol, y donde su nombre era ya reverenciado y amado como el ídolo de todos los corazones. Adelántase el cacique, tiéndele los brazos y le dice: «Ven, padre mío, ven a consolar a tus hijos de todos los males que se les han hecho. Basta solo el verte para que todos se olviden». Las Casas gozaba el placer más dulce que puede halagar sobre la tierra a un corazón sensible y virtuoso. «¡Oh,

amigos míos!», les dijo abrazándoles a su turno. «Si me amáis tiernamente cuando yo no os he hecho bien alguno, ¿cuál no sería vuestro amor por un pueblo que hubiese puesto su gloria en daros artes útiles, leyes sabias, buenas costumbres y un culto agradable al Dios del universo?». «¡Ah, padre mío!», le dijo el cacique, «adoraríamos a ese pueblo generoso. Pero dejemos inútiles discursos. Nada debemos sentir cuando poseemos el único hombre que entre esos bárbaros ha sido justo y benéfico. Yo no quiero ocupar ahora vuestra atención que de nuestra alegría actual. Llévadle a su cabaña». Mas cuál fue la sorpresa de Bartolomé al ver en ella y sobre un altar, una estatua de cedro, en que sus facciones estaban estampadas. «Mírala», le dice el cacique, «ella te representa, sí, ella es tu misma figura. Uno de nuestros indios, que te había visto te tenía siempre presente, me ha hecho tu semejanza. Ella nos sigue a todas partes; ella es la que invocamos en todas nuestras empresas y desde que la poseemos todo nos ha salido bien».

Era tanto lo que los indios se comunicaban por medio de la imitación de los objetos que veían, bien en pintura o bulto, quipos, colores y piedrecitas, que vemos que a Moctezuma en México se les avisó de la invitación de Cortés // [f. 44] en lienzos pintados, o la figura de este, sus caballos, soldados, armas y buques. Los señores don Rafael Barrantes, hacendado de Yanacancha; D. Mariano Villanuevo, hacendado de Chanta; y D. Juan Francisco Basán, minero de Hualgayoc, situada en primera en mitad de camino de Cajamarca para el cerro de Hualgayoc de la provincia de Chota, en el departamento de La Libertad, se encontraron en una huaca llamada El Fraile que sacó en 1812, muchas especies de oro y plata de aquella gentilidad enterrada, una capilla de un tamaño manejable, figurada con sus torres, campanas y un religioso hincado en la puerta de ella con su báculo y cruz en el vértice de él. Y esto lo que prueba es, que sería el mismo busto del padre Las Casas que lo remitían por todas partes para que le conocieran que aun entre la barbarie española había venido un genio protector y defensor de ellos, aunque inútil en sus desdichas.

El reverendo Las Casas, que en un principio no había podido prescindir de un movimiento de gratitud, se echó en cara a sí mismo este tan noble sentimiento, y hablando al cacique, con un tono de voz dulce y severo: «destruid», le dijo, «destruir esa imagen. Un simple mortal no

es digno de que le veneréis». Acabando de pronunciar estas palabras, iba él mismo a romper la estatua, mas el cacique la defendió como hubieran podido defender a su mujer y a sus hijos. «¡Ay!», exclamó, «déjanos esta sombra querida de ti mismo. Cuando tú hayas dejado de existir ella recordará a nuestros hijos y nietos el único amigo que hemos tenido en medio de nuestros opresores crueles de esta misma ralea». Pocos instantes después todo el pueblo se le junta alrededor de la cabaña y pide ver a Las Casas. Él se muestra, y al aire resuena con ecos de alegría, en que se oyen estas dulces palabras: «Vedlo ahí, ¡ese es el hombre justo y benéfico, ese es! Él nos ama, nos compadece y viene a ver a sus amigos. Quédese con nosotros; nuestro bien y nuestros corazones son suyos». «¡Oh, Dios de la naturaleza!», exclamó Las Casas, «¡pudiera ser que unos corazones tan cándidos, tan dulces y verdaderos, no fuesen inocentes delante de ti!».

Entretanto la juventud cazadora se va hacia las llanuras: uno atraviesa las aves con sus flechas; otro obliga a la liebre menos ágil que él a precipitar su carrera. Afluye de todas partes la caza y el festín se prepara. Las Casas, sentado al lado del cacique y en medio de su familia, se instruye de sus leyes, costumbres y policía. La naturaleza es la guía y el legislador de estos pueblos. Amarse, ayudarse mutuamente, evitar el hacerse daño, honrar a sus padres, obedecer a su rey, unirse a una mujer que les consuele y les dé hijos, sin que ni aun la sospecha de infidelidad perturbe esta unión pacífica, cultivar sus campos en común, distribuirse sus frutos: tal era su sociedad. «Y bien», les dijo Las Casas, «esa es la ley de mi Dios, y la que Él mismo ha grabado en vuestros corazones. Vosotros le servís sin conocerle, y su voz es la que os conduce». «¡Tu dios!, ese es nuestro enemigo», dijo el cacique, «pues que él es el dios de los españoles». «El dios de los españoles, no es vuestro enemigo», respondió Las Casas, «pues que él es el dios de la naturaleza, y// [f. 45] nosotros somos todos sus hijos». «¡Ah!, si eso es verdad», dijo el cacique, «nosotros buscamos un dios que nos ame; y pues que el de Las Casas debe ser justo y bueno, nosotros queremos adorarte. Dánoslo pronto a conocer». Entonces el fiel amigo Las Casas, movido de su celo, les hizo una pintura tan halagüeña y sublime de su dios, que el cacique, arrebatado de alegría, se levantó y exclamó: «¡Oh dios de Las

Casas recibe nuestros votos!». Todo su pueblo repitió seguidamente estos mismos acentos.

En este estado, el cacique, mirando al solitario con más ahínco que nunca, creyó ver sobre su rostro una brillantez divina: «¡Más qué!», díjole el cacique, «¿cómo es que siendo ese tu dios tan bueno les consiente o manda a los españoles para que a nosotros los indios nos persigan de muerte todos ellos? ¿Cómo es que estos que creen tanto en él no observan sus respetables preceptos de justicia y de bondad? ¿Cómo es que han venido abandonando sus tierras a usurpar las nuestras, a cebar sus codicias en esos metales de oro y plata que producen las entrañas de nuestras quebradas y cerros, y que nosotros si le juntamos es para mejor despreciarlos como un objeto de uso tan solo en nuestros adornos y servicios, pero jamás los hemos estimado tan necesario para la vida como lo hacen tus paisanos, nuestros opresores? ¿Cómo es que ese tu dios que nos presentas con tantos atributos de bondad y poder no se deja ver de los hombres?». Las Casas les satisfizo diciéndoles:

«Mira, el hombre es en todo tiempo susceptible del error y como goza este del libre albedrío, obra por sí en todo sin que nuestro dios les consienta ni les mande, que hagan o no hagan esto o aquello. Así es, pues, que Dios no les ha mandado a los españoles para que os persigan, sino para que os instruyan en sus santos preceptos. Bien prohibido les está las crueles acciones que hacen contra todos vosotros, pero son hombres llenos de pasiones y de vicios y este el motivo por que abusan. Mas Dios es justo, y ellos en su tiempo, según su alta justicia, les será tomado en cuenta y desde luego castigados. Así es que nada os debe sorprender de cuanto aquellos inhumanos os hagan sin piedad ni temor a la ira de un solo Dios padre y criador de todas las cosas. A este dios ellos lo han visto, y aun él se ha dignado habitar entre ellos».

«¿Bajo qué figura?». «Bajo la de un hombre». «Acaba de una vez, y dinos si eres tú mismo ese dios que viene a consolarnos». «¡Yo!». «¿Sí, tú lo eres? Cesa de ocultarnos lo que resplandece con tanta virtud. Habla. Nosotros vamos a adorarte».

Bartolomé se ruborizó en su humildad misma, y desechó lejos de sí tal error. Pero antes de exponer las sublimes verdades que exigía la incredulidad de aquellos espíritus débiles, quiso saber cuál era su culto. «¡Ay!», dijo

el cacique, «nosotros adoramos al tigre como el más terrible de todos los animales; mas que por esto no tenga celos tu dios, pues este no es el culto del amor, sino el del miedo». «Vaya, vamos», dijo Las Casas, «destruyamos ese horrible ídolo», y los indios animados del celo que él les había inspirado corrían al templo siguiendo // [f. 46] sus huellas.

De la profundidad de una gruta vecina al templo donde habían ido a destruir al ídolo, Bartolomé creyó oír que salían algunos quejidos. «¿Qué es eso?», preguntó. «Prosigamos», dijo el cacique, «tú debes evitar a tus amigos la vergüenza de que te mostremos a unos desgraciados». Sin querer insistir, Bartolomé se adelanta hacia donde estaba el dios tigre sobre un altar bañado de sangre. «¿Qué sangre es esta?», preguntó, «¿qué se ha vertido en este altar?». «La de los animales», respondió el cacique, «y también algunas veces... Acaba... La de los españoles, cuando penetran en lo interior de estas selvas, fuerza es matarlos o cogerlos vivos; ¿y qué hemos de hacer de estos cautivos, sino inmolarlos? Si uno solo de ellos se escapase, nuestro asilo sería descubierto y nuestra pérdida inevitable. Tú acabas de oír los ayes de un desdichado joven que nos mueve a compasión. Yo no puedo resolverme a hacerle morir, y con todo es menester que muera». Las Casas pide el ver, y después de haber hecho derribar el altar y el ídolo del tigre se vuelve hacia la mazmorra en donde se hallaba encerrado el joven.

El cautivo, al ver entrar a este religioso venerable, no dudó que fuese todavía un nuevo mártir de la fe, a quien se iba a inmolar. «Oh, padre mío, venid», díjole, «venid a animarme con vuestro ejemplo; venid a enseñar a un joven a desprenderse del amor a la vida, y a morir con valor». Pero apercibiéndose de que el solitario estaba libre, que mandaba a los indios que se alejasen, que estos le obedecían, «¡Ah!», continuó, «¿más que veo? ¿Y cuál es el imperio que ejercéis sobre ellos? ¿Sois acaso algún ángel del cielo que ha bajado aquí para librarme? Hablad, decidnos quién sois». «Yo soy español como vos», le dijo el solitario, «¡pero como nunca he tenido parte en las abominaciones de mi patria, estoy libre y querido entre los indios». «¡Ay!, y yo», díjole Gonzalo,

«¿qué es lo que he hecho que no haya debido hacer, y de que haya podido dispensarme? Yo soy el hijo de D. Pedro Arias Dávila, gobernador del istmo, quien me había enviado a dar caza a los salvajes. Mis compañeros

y yo hemos penetrado por medio de las selvas hasta este valle en donde hemos tenido que ceder al número de los indios. Los más felices de entre los míos han perecido en el combate; los demás, yo mismo los he visto inmolar en el altar del tigre. A mí solo me dejan todavía, ya sea porque esos inhumanos hayan tenido piedad de mi juventud y porque mis lágrimas les causen alguna lástima, o ya sea porque su crueldad me haya querido reservar para algún nuevo sacrificio. Ellos me dejan consumirme en este fatal abandono, aguardando la muerte más terrible. ¡Ay! Perdonad, a mi edad ya un exceso de flaqueza, que yo me avergüenzo de confesar: la vida me es querida, y yo miro como horroroso el perderla en su aurora. ¡Cuándo tantos encantos me prometía! ¡Cuán dulce me hubiera sido el volver a ver a mi padre que con bastante fundamento debe estarme llorando muerto destrozado por los indios! Y cuando yo pienso que aquellos hermosos // [f. 47] días deliciosos que yo debía pasar en su regazo, y en la superficie de mi patria, han desaparecido para siempre, yo me entrego a la desesperación. ¡Oh, sí a lo menos yo hubiese muerto en medio de los combates, y por las manos de un enemigo digno de honrar mi valor! Mas aquí, sobre las aras de un pueblo estúpido y feroz, ¡sentirme despedazar las entrañas, y ver a los pies del tigre, encender mi hoguera! ¡Oh suerte horrible! ¡Ah! si aún se puede, libradme de esas manos inhumanas; volvedme a mi padre. Él no tiene otro hijo que yo. Yo soy su única esperanza, y estos bárbaros le han privado de ella».

«Gonzalo», le dijo Las Casas enternecido.

«¡Ay amigo mío! ¡Cuán lejos estáis de haber mudado de carácter en la desgracia! ¡Hijo de Dávila, vos llamáis bárbaros a unos pueblos a los que él mismo, durante diez años ha hecho la carnicería más horrible! ¡Y a cuántos padres no han privado sus furores de su dulce y única esperanza! ¡Cuántos no han sido degollados al implorar de rodillas la gracia de nuestro padre por sus hijos! Él ha vertido más arroyos de sangre que vos tenéis de gotas en vuestras venas; y el pueblo que se halla encerrado en estas selvas profundas no es sino el desdichado resto de los que él ha terminado. ¿Veis ahora que él persigue aún a los pocos que se le han escapado? Ellos son perdidos si él llega a descubrirles, y el volverle a su hijo, vos mismo confesaréis que sería arriesgar el revelarles un secreto del cual únicamente pende su salvación».

«¡Ay! Guardaos», díjole Gonzalo, «de decirles quien yo soy». «¡Yo, engañarles!», dijo Las Casas. «¡Yo, ocultarles el peligro a que se expondrían poniéndoos en libertad! No, eso sería prepararles yo mismo un lazo. Si yo hablo por vos, han de saber quién sois; sabrán entonces lo que pido, y al mismo tiempo lo que peligran si me lo conceden. Entre mi silencio o mi franqueza, escoged». «¡Que yo escoja! Yo no veo sino la muerte por todos lados. Yo me pongo en vuestras manos, yo me abandono a vos».

«Recobrad el valor, joven incauto; pero del estado en que os veis reducido, sacad esta útil y grande lección, que el derecho de la fuerza es un derecho odioso, que si los indios lo ejerciesen a su turno, y se permitiesen la venganza, no hay suplicio que no debiese aplicarse al hijo del cruelísimo Dávila; que el estado natural del hombre es la franqueza; que en vuestro lugar no habría ninguno que no estuviese tímido y temblando; que el orgullo es un ente vecino de la desgracia, es el colmo de la demencia; y que expuesto cada día a ser un objeto de piedad, él se hace tan culpable de insensatez como de maldad, cuando le falta la compasión debida al infortunio».

Concluyendo así Las Casas su visita al hijo del tirano de Panamá, salió de la mazmorra y se dirigió a donde estaba Huapana. «Cacique», le dijo, «¿no te sientes aliviado cómo de un grupo triste y penoso, por haber dejado de adorar a un ente maligno, y servir en su lugar un ser clemente y justo?». «Es muy cierto», respondióle el cacique, «que nuestros corazones antes anonadados por el miedo, parecen ahora // [f. 48] reanimados por el amor». «Sí, mi amigo, el hombre ha nacido para amar. El odio, la venganza, todas las pasiones crueles son para él un estado de incomodidad, de angustia y de envilecimiento. Él siente elevarse, y aproximarse al dios excelente que le ha criado, a medida que es más dulce y más magnánimo. Ahogar sus sentimientos, y triunfar de su cólera, oponer los beneficios a las injurias recibidas, colmar de ellos a su enemigo, he aquí un placer verdaderamente divino». «Yo lo concibo», dijo el cacique. «No, tú no puedes concebirlo sin haberlo experimentado. Pero no pende sino de ti el gozar plenamente de este placer puro y celestial. Haz venir a ese joven cautivo que gime en tus cadenas, libértale y dile: “Hijo del desolador del Istmo,

del asesino de nuestros padres, de nuestras mujeres e hijos, hijo de Dávila, yo te perdono por consideración a tu edad. Vive y aprende de un salvaje a imitar a tu dios». «¡El hijo de Dávila!», exclamó el cacique, «¿qué él es el que tengo cautivo!». A estas palabras sus ojos centellearon en vivo fuego. «Sí, él es», respondió el solitario, «él es el hijo de Dávila. Tú puedes despedazarlo, y aun devorarlo vivo si así lo quieres, pero escúchame atento. Apenas habrás saciado tu venganza, te verás triste y dirás en ti: “ya está degollado, mas su sangre no vuelve la vida a ninguno de los míos. Mi furor es, pues, inútil: yo he hecho perecer a un ente débil, o acaso un inocente; y el resultado es que soy culpable sin fruto”. Su vida está en tus manos: escoge entre renunciar a tu dios o a tu venganza, y vuelve a abrazar el culto del tigre si tú quieres todavía mancharte de sangre humana». «Yo adoro al dios de Las Casas», dijo el cacique, «¿pero crees tú que él me mande dejar impunes todos los males que un bárbaro nos hace más de diez años a esta parte?». «Sí, la ley de mi dios te prescribe el perdonar y amar a tus enemigos». «¡Amarlos!» «Pues qué, ¿no son ellos sus hijos como tú? Y siendo esto indudable, ¿cómo podrás amar al padre y aborrecer a sus hijos? Esto no puede ser... Compadécelos en sus extravíos, y aun en sus iniquidades; pero no sigas su ejemplo, no seas tú tan inicuo como ellos y merece por tu clemencia que tu dios sea clemente contigo». «En verdad tú me confundes», dijo el cacique, «sí, tú me conmueves. Vaya, ¿qué exiges de mí? ¿Que yo perdone al hijo de Dávila como a mi hermano? Que lo traigan aquí al instante. Yo mismo romperé sus cadenas y le abrazaré. ¿Mas qué he de hacer con él, después de haberle permitido que viva? Si se escapa irá a divulgar el secreto de nuestro asilo, y tú habrás perdido a tus amigos». «Yo tengo el mismo temor que tú», le respondió el solitario, «por lo que ahora no quiero otra cosa que suavizar su cautividad».

Lleno de temores e impaciente aguardaba Gonzalo la vuelta de Las Casas. «Y bien», le dijo temblando, «¿qué es lo que habéis conseguido?». «Que os dejen la vida». «Y la libertad, ¿la habré perdido para siempre?». «Ya os he dicho que la salud de estos desafortunados indios pende del secreto de su asilo». «Yo lo sé; pero respondedles que jamás // [f. 49] el hijo de Dávila será capaz de faltar a la fe de juramento». «¿Cómo había yo de responder de vos?» dijo el solitario. A vuestra edad no responde nadie, ni

aun de sí mismo. Lo que debéis hacer es únicamente el procurar por vuestra conducta merecer la estimación del cacique, y con el tiempo lograreis que él se digne tener confianza en vos». «¿Y le habéis dicho quién soy? Sí, no hay duda. Entonces yo soy perdido», exclamó el joven Gonzalo. «No, no lo sois; yo voy a presentaros». Díchole esto, lo condujo a la presencia del cacique. «Joven», le dijo este, luego que lo tuvo a su vista, «¿adoras tú al dios de Las Casas?» «Sí», respondió Dávila «¿Crees tú que nosotros seamos así como tú, hijos de ese mismo dios?». «Yo lo creo». «¿Con qué somos hermanos? Y siendo así, ¿por qué viniste a manchar tus manos con nuestra sangre?». «Yo obedecía». ¿A quién?». «Vos lo sabéis». «Sí, yo sé que tú has nacido del más inicuo de los hombres y del más cruel para nosotros. Pero Las Casas me dice que su dios y el mío me mandan perdonarte. Ven, abraza a tu amigo». A estas palabras el joven se prosterna a los pies del cacique. «¿Qué haces?», le dice. «¿No somos hermanos? ¿No eres tú igual a mí?». Esto dijo, y al momento con sus propias manos le quitó las cadenas. Bartolomé, testigo de este espectáculo, tenía el corazón penetrado de alegría y enternecimiento. «Dávila», grita al joven, «estos, estos son los verdaderos cristianos, y no los que sedientos del oro a estos inocentes indios los persiguen».

Desde aquel momento ya permaneció en libertad Gonzalo entre los indios, cual si hubiera estado en el seno de su patria y al lado de su familia. Guardábaselo a la vista pero sin molestarle, y la única libertad de que carecía era la de no poder escapar. Las Casas le veía de continuo. Él hubiera querido hacerle amar la vida feliz y sencilla de aquel pueblo salvaje, mas el joven no le escuchaba sino con sollozos y suspiros. «Pues que estoy instruido en la desgracia por vuestras lecciones, por el ejemplo de estos indios virtuosos, haced que se fien de mí, y que me pongan en estado de desengañar a mi padre, y enseñarle a conocerlos y amarlos. Ellos ya me han dejado la vida, entonces les debería también la libertad. Estos beneficios serán capaces de conmover a mi padre. Si, él cederá a las lágrimas de su hijo». Pero como en esta edad aún todavía no se sabe fingir con arte y desfachatez, Las Casas no dudaba de la sinceridad de Gonzalo, pero le conocía demasiado débil para atreverse a contar con su fe. «Estáis sin duda ahora bien determinado», le dijo, «a no faltar a la confianza de este pueblo, mas

yo preveo todo el ascendiente de un padre, y yo no responderé jamás de que él no venga al fin a sorprenderos y arrancaros el secreto. Lo que aquí os digo, también lo he dicho al cacique; para él es para quien está el peligro, él es pues, a quien ha de consultarse».

[f. 50] Más volviéndose al cacique, «yo dejo a tu cautivo en la aflicción», le dijo Las Casas.

«Él suspira con ansia por la libertad. Yo te he hecho ver todo el peligro que corres si le vuelves a su padre; mas tampoco debo ocultarte la ventaja que te resultaría de este beneficio. Puede suceder que su padre os descubra, y entonces tendríais por apoyo a ese joven, a quien tu clemencia haría un deber sagrado de no abandonarle nunca. El amor paterno tiene derechos sobre los tiranos más feroces. Después de lo que te he dicho, a ti únicamente toca el decidirte sobre el partido que has de tomar. Yo ignoro como tú cuál pueda ser el mejor, más tú sabes, también como yo cuál es el más generoso. Respecto a mí, desprovisto aquí de medios para celebrar nuestros augustos misterios, para establecer entre vosotros el sacerdocio y perpetuar el culto de los altares, yo voy a buscaros pastores, y acaso aseguraros una tranquilidad futura. A Dios, yo pido al cielo, y espero que me conceda la dicha de veros antes de bajar al sepulcro».

Instruido así Huapana por el discurso de Bartolomé sobre el partido que adoptaría con la persona de Gonzalo, y al mismo tiempo confundido con la partida del solitario, no pudo menos que quedar suspenso y sin acción porque todo él se hallaba en transportes de ideas irresolutas. A este tiempo, grande también fue el desconsuelo que recibió Dávila al saber que Las Casas le abandonaba. Al punto fue a arrojarse a los pies del cacique. «¡Ah!», díjole, «¿por qué desconfías de un infeliz que te lo debe todo? La naturaleza ha puesto en mi un corazón sensible como el tuyo; pero, aunque hubiese puesto en su lugar el del tigre a quien adorabas, tus virtudes le habían enternecido. Tú me has llamado tu amigo; tú me has abrazado como a tu hermano: estas son cosas que yo jamás podré olvidar; yo no soy ni ingrato ni alevoso. Pues que tu vida misma y salvación de tus amigos penden de lo oculto de tu asilo, yo guardaré el sigilo; yo te lo juro por mi dios, por ese dios que es también ya el tuyo». «Sí, hermano Gonzalo, yo te creo sensible y bueno», díjole el cacique, «más tú eres joven y por lo tanto

frágil, y el hombre así está en vísperas de ser malo. ¿Como te opondrías a la autoridad de tu padre cuando no has sabido arrostrar la muerte?». «La muerte me ha causado espanto, lo confieso», dijo el joven, levantándose orgulloso. «Mas si para evitarla tú me hubieses propuesto un delito, entonces habrías visto cuál de las dos cosas me habría espantado más. Una vez que yo no poseo tu estimación, yo no te pido ya cosa alguna; yo renuncio a la libertad y aun te dispense de que me dejes la vida». Dijo esto y se retiró. Huapana, que le seguía de vista y que le veía abatido de tristeza, sintióse enternecido. Al momento hace llamar a Las Casas y le dice: «Supuesto que // [f. 51] ya tu padre mío te quiere separar de tus hijos que tanto te aman y te veneran, hazme el gusto de llevarte contigo a ese joven. Su dolor me pesa y me cansa. La presencia de un infeliz es insoportable para mí». «¿Has pensado bien de ello?», preguntole el solitario. «Sí, yo sé que una palabra de su boca nos pierde; que a mi pueblo y a mí nos entrega a los tiranos; mas la compasión en mí tiene más fuerza que el temor: yo ya no quiero verle padecer».

Dicho que fue, se repuso del lado de Las Casas y trayéndole él mismo a Dávila se lo entregó. Así se han visto hijos míos virtuosos en los funerales de un padre tierno y amado: tal es la imagen del dolor de los indios por la partida de Las Casas. El cacique y su pueblo con el semblante abatido, los ojos bajos y bañados de lágrimas, le acompañaron en silencio hasta la extremidad de la selva. Así fue menester separarse. Testigo de la triste despedida, Gonzalo ocultaba dentro de su pecho su alegría. El cacique, quitándose su collar, lo puso al cuello del joven Dávila, le abrazó y dijo: «Sé constantemente nuestro amigo, y si los tiranos quisieren que revelases el secreto de nuestro asilo, mira este collar, acuérdate de Las Casas y pregunta a tu propio corazón si debes o no vendernos». Así partieron los dos españoles atravesando las selvas sobre la fe de sus guías. En su camino se hacían una pintura tierna, del índole y costumbres de aquellos salvajes. Vino un momento en que Las Casas mirando al joven Dávila: «Veis», le dice,

«¿si, cómo se pretende, son indignos del nombre de hombres, y si es difícil el hacerlos cristianos? El hombre no se niega jamás a las verdades que le consuelan, que le alivian en sus penas, y que le hacen estimar estos dos presentes del cielo, la vida, la sociedad. No importa que

esas verdades pasen los límites de su corto entendimiento; con tal que conmuevan su corazón, él quedará persuadido de ellas. Él cree entonces todo lo que quiere creer. Seguramente la naturaleza toda es un misterio a sus ojos, pero, sin embargo, ¿se ve acaso que, al tiempo que goza de sus beneficios, le echa en cara la obscuridad e impotencia de sus medios? Lo mismo será con la religión: cuantos más hombres haga ella felices, menos serán los incrédulos».

«¿Pero, no puede ocultarse», replicó Gonzalo, «lo que ella tiene de doloroso y verdaderamente espantoso para el hombre?»

«Ella», respondió el solitario,

«tiene un gran atractivo; excita a la virtud y consuela la inocencia; de manera que esto solo me basta para hacerla adorar en todas partes. Las buenas leyes comprimen el vicio, espantan al delito, afligen al malvado y son amadas, porque pende de cada cual el recoger sus frutos y el ser feliz por ellas. Con precisión debe amarse una religión que, como estas leyes // [f. 52] saludables, es favorable a los hombres de bien, rigurosa con los malos e indulgente con los débiles. Mas profesándola en su pureza no se puede oprimir a nadie. Quien la sigue verdaderamente no puede teñir sus manos con sangre; es fuerza ser humano, justo, pacífico, caritativo, y sobre todo desinteresado; juntar el ejemplo al precepto, instruir por las buenas obras y probar por la virtud. El orgullo y la avaricia no pueden conformarse a estos principios. El derecho del cuchillo es el que más conviene a los tiranos, de forma que con tan odiosos pretextos, de que se valen las pasiones, el hombre se propasa a las violencias, la rapiña, el asesinato, y hasta a los crímenes más atroces».

A estas palabras el solitario observó que el hijo de Dávila bajaba los ojos, y que el rubor del delito sonrojaba su rostro. «Perdona joven», le dijo, «yo conozco que te aflijo demasiado; pero sábette que Dios es quien te ha dado un padre tan riguroso, mas por injusto que te parezca, no dejes nunca de amarle, respetarle y compadecerte de él. Lo único que yo te encargo es solo que no le imites».

Regresan a Cruces, donde Bartolomé y Gonzalo se separan para sus destinos. Las Casas, abrazado del joven Dávila, le dice: «Adiós. Tú vas a ver a tu padre. Acuérdate del cacique Huapana y dignate alguna vez de pensar

en mí. Yo no oiré tus palabras pero Dios estará presente. Tu corazón le ha jurado ser fiel a los indios, y yo espero que lo seas». Gonzalo se vuelve a Panamá y Las Casas desciende por el río hasta la costa oriental, donde un buque le recibe, y lleva a la ribera que baña el Ozama a su entrada en el anchuroso océano.

Así el reverendo Las Casas, en su separación de la expedición de Pizarro sobre el Perú, hizo el beneficio al librar de la muerte al hijo del virrey de Panamá. Este hijo virtuoso de tan criminal padre, cumplió hasta morir con el juramento de no descubrir el asilo del cacique Huapana, y aunque Fernando de Luque fue encargado para seducirlo, él se mantuvo inexorable hasta el extremo de ser maltratado por su padre y ser remitido a la isla La Española como desterrado, y en donde se volvió a reunir al reverendo Las Casas.

El lector verá que hemos tan solamente seguido los pasos del solitario Las Casas abandonando los de los expedicionarios del Perú. Preciso era introducir en esta parte esta ocurrencia histórica que es la pureza de la verdad en los sucesos; pero también porque es importante a la manifestación de la crueldad española, y también a la virtud y sensibilidad de ella misma en otros sujetos de los mismos; y por otra parte, porque como el que ha escrito esta obra es americano, no se crea que como tal se ha tratado de pintar con colores demasiado fuertes y denigrantes a los hechos de los conquistadores españoles en aquellos tiempos.

Cumplido, pues, con el bienaventurado Las Casas, justo es decir ya que Pizarro se hizo a la vela en el año 1525 con todos los castellanos amigos suyos que tenía en su compañía desde un principio, y con la juventud que le trajo Alonso de Molina en número de más de 114 hombres con patentes de Dávila. // [f. 53] Desde que el padre Las Casas se separó de él, ya no pensó en otra cosa Pizarro que salir al mar, navegando hacia el Ecuador por entre escollos y sin determinado puerto en un océano desconocido, y por una travesía penosa y lenta. Sin embargo de los esfuerzos de su piloto Ruiz, que dirigía la nave como lo había hecho con la de Balboa, se acercó no muy tarde a la caleta del Pueblo Quemado, que con otros más poblaban en gran número esa costa, y en donde encontró indios preparados para la guerra. Y habiendo navegado más de cien leguas al sur, en ella hace Pizarro

su primer desembarco, y también escala su primer furor sobre los primeros vasallos de los reyes incas. Pizarro acomete con sus españoles al pueblo más inmediato al puerto, cuando al ver esto todos los demás pueblos corren a auxiliarle en tropel y se ensangrienta por tal imprudencia una batalla y en las que el mismo Pizarro recibe siete heridas leves. Dejemos pues aquí a Pizarro peleando, por pasar a los asuntos y disensiones de los dos incas hermanos reinantes, para mejor conceptuar los pasajes y hacer más interesantes los sucesos de esta obra.



[f. 57] Libro I, Capítulo 4

Como quedó expuesto que Huáscar Inca no había molestado a su hermano Atahualpa en el espacio de más de cuatro años, es decir, desde que murió el padre, para que le rindiese vasallaje. Pero entronizada la venganza en el corazón de Rava Ocllo⁵⁰, viuda del gran Huayna Cápac y madre de Huáscar, que no podía llevar en paciencia la existencia de su hijastro Atahualpa coronado de rey de Quito, luego que tuvo una nieta llamada Coya Cusi Warcay en su nuera legítima Mama Warcay Chuquillanto, se le presentó con ellas a engendrarle codicia, desconfianza y celos contra Atahualpa, hablándole con suma astucia y excitación en la forma siguiente.

«Querido hijo», le dijo,

«yo me presento aquí, no como una vasalla pretensora de las bondades del inca poderoso, que vivifica a esta venturosa corte. Me presento hoy, sí, como vuestra madre, amorosa de vos y de estas nuestras tiernas reproducciones (enseñándole a la hijita). Los derechos tuyos menoscabados al presente, y usurpados para lo sucesivo en vuestros descendientes, son los que me obligan a recordar en tu alma aquella noble ambición que tuvieron los emperadores tus antepasados, de extender su imperio sin coto por todas direcciones. No así vos, que ya por el norte tenéis en

50 En este capítulo sigue parcialmente a Marmontel, *Los incas, o La destrucción del imperio del Perú*, tomo II, cap. XXXII.

Atahualpa un igual a ti, y con el tiempo quizá un señor más absoluto y más grande sobre Estados mayores que él conquiste porque tiene donde hacerlo. Institución fue del fundador del imperio Manco Cápac, el no consentir ninguna otra testa coronada, que la sola dinastía de los incas por línea legítima, que iguale o usurpe el poder que su padre el Sol le confirió, y que sus sucesores con sus heroicas hazañas le extendieron e ilustraron sin consideración de personas, familias, y mucho menos reconociendo límites, no otra autoridad regia como ahora lo es, el usurpador de Quito. Una paz odiosa en que yaces, sin hacer tu nombre célebre con la gloria de las conquistas, como tus antepasados se engrandecían, viene a ser también otro de mis mayores cuidados, pero veo que aun cuando quisiera hacerlo, tienes necesidad primero de desembarazarte del bastardo de Quito. Ya ves cómo una densa nube apaga y esconde los rayos del sol para que no brillen; asimismo Atahualpa es la nube criminal y atrevida // [f. 58] que no solo te confunde en tinieblas, sino que ha puesto término a tus deseos y grillos a tus pasos. Todos los planetas brillantes del cielo desaparecen cuando el refulgente astro esparce sin oposición sobre ellos sus candores durante su carrera del día; asimismo debías ser inca en tu imperio, durante los tuyos y los de tus hijos.

Atahualpa no tiene derechos legítimos que oponerte. Él no es llamado por línea legítima al trono de Manco Cápac. El capricho solo de un hombre, la astucia de una mujer, el encanto de la novedad o la seducción de un momento satisfactorio bastaron, sí, bastaron para colocarlo rey de Quito, y desde luego para destruir todas nuestras instituciones reales, y todas las esperanzas tuyas y la de tus amados renuevos. ¿Consentirás, hijo, con sangre fría, que el cetro augusto de los incas pase a las manos de la que haya sorprendido a tu padre por un postrer movimiento de amor, o debilidad? ¿Será posible que el hijo de la extranjera coronado en Quito, y reconocido por rey legítimo, nada pueda ser ya más respetado, que el calificarlo por tal, con vuestra desatendencia y tolerancia mal concebida, y peormente adoptada, contra tan sagrados intereses? ¿Recobra tus derechos, hazle entender que si fuiste en vida de tu padre condescendiente con sus miras, que siga en buena hora ciñéndose la diadema! Pero que no sea independiente ni absoluta, que reconozca en vos la superioridad que tienes sobre él, y que si él es un rey tolerado por tu graciosa voluntad, vos sois su emperador a quien debe estar sujeto y tributaros todos los homenajes que siempre le otorgaron los de su clase, a tus mayores. No creas que al reseñarte esta idea equitativa y justa, me animen el pábulo de los odios, inveterados celos, ni

venganzas. Nada de eso querido hijo. Lejos de mis pensamientos innobles, e impropios de la esfera a que pertenezco, pero sí, interesada en tu prosperidad y en la de tus hijos, como madre común de todos ellos. Yo no puedo mirar que a estos les quites provincias tan ricas y pobladas, solo porque reine uno que jamás ha sido ni puede ser perteneciente a tus hermanos legítimos. Ve, pues, si estas razones que te observo, tienen aquella fuerza de la naturaleza y de interés legítimo para que obres sin demora en imponer al llamado rey de Quito, que debe reducirse a la condición de un rey feudatario tuyo y tus descendientes, sujeto en todo a tan augustas voluntades».

Dicho esto, calló la madre: y tomando la palabra Huáscar le contestó diciéndole: «Señora», le dijo.

«Bien conozco que como madre, lo quieres todo para tus hijos. Conozco la fuerza de tus fundadas razones que me habéis hecho presente, cuidadosa de mi engrandecimiento y el de mis hijos. ¿Pero cómo, señora, en sana paz y cuando Atahualpa no ha dado motivo alguno, puedo sorprendentemente reclamarle con la fuerza unas posesiones dadas por mi padre, y sancionadas por mi voluntad? El reclamo es justo, según la institución del imperio por el fundador Manco Cápac, pero peligroso y poco honroso a las cenizas // [f. 59] de un padre, y nada digno a la buena fe de un fiel hijo, que prestó su voluntad para que Atahualpa fuera rey. Por otra parte, ¿qué de males no sobrevendrían a nuestros pueblos con una guerra fratricida? Además que si es preciso justificar la causa que la motive para emprenderla, es de necesidad también prepararse para ello. Atahualpa posee buenos capitanes experimentados, ejército aguerrido, y todos ellos juramentados por mi padre para que le sostengan en sus estados, y en la calidad de rey de todos ellos. Yo, aunque emperador de un dilatado y poderoso imperio, carezco de estos elementos por lo pronto, y el alarmarme inmediatamente contra él, sería autorizarlo con justicia para que me haga la guerra invadiendo nuestros pueblos sin consideración, y escandalizando así a nuestro mismo padre el Sol. Por lo tanto, pues, señora, yo aplaudo en alto agrado las máximas que me habéis marcado, pero así mismo os digo que si estoy en el caso de disimular la iniquidad de un padre, creed, que por mi aquiescencia se me consultó y me veo forzado a ello».

A tan determinante contestación, más animosa y enardecida Rava Oclo, le replicó diciéndole:

«Esas razones que te detienen en miramientos de poco peso, permitidme, hijo, que os diga, que ocultan en sí los temores que no os resuelves a confesarme; pero que yo las penetro por solo el modo con que me has contestado.

La primera es la esperanza de que a tu vez, te será lícito el poner la pasión en el lugar de las leyes, puesto que ya altaneras rivales se parten entre sus hijos los trozos de tu herencia y del Imperio de los incas. La segunda es la negligencia y el poco amor propio para decidirte a tomar las armas, temeroso sin duda de ser vencido; y cuando no sea así, esto es por lo menos lo que pensará el pueblo entero, testigo de tu indolencia y desatendimiento para no recuperar a la integridad del imperio, lo que desde su fundación ha sido declarado de él.

Por otra parte, es preciso que te convenzas que a este pueblo celoso de su engrandecimiento, y de los derechos de los reyes hijos del Sol, no le distraen, ni le alucinan de tan sólidos principios, vanas ni especiosas razones como las que habéis expuesto con respeto de la otorgación de tu padre y la buena fe de tu palabra. Hijo mío: todos los reinados de tus abuelos han sido venerados por estos títulos, y señalados y engrandecidos por el camino de la gloria; pero el tuyo, si observas tales pretextos, lo será tan solamente por el de una eterna cobardía. Este imperio que ellos fundaron, que extendieron y afianzaron por su valor y constancia, tú habrías apresurado por tu poca energía a su decadencia y ruina. La sangre de los incas habrá perdido sus derechos, y el primer ejemplo de este ignominioso abandono será mi hijo querido, ¿quién lo hubiese dado por cierto? ¿Es eso acaso honrar la memoria de un padre? Y para ellos, para tus abuelos, y para ese dios mismo de quien sois descendiente, ¿no // [f. 60] es el más culpable de los ultrajes, el de envilecer así su sangre? Y si tu padre tuvo virtudes, imítalas; si tuvo un momento de debilidad, confiesa que él fue hombre frágil y seducido una vez por los halagos de una mujer, y después de hecha esta confesión, haz ceder a las leyes que son siempre sabias y justas la pasión que es ciega, y el capricho pasajero, y a las cuales el sentimiento condena y la razón desaprueba. Pero nunca, hijo mío, seas lo que yo no deseo, y no repugnes adherirte a estos útiles consejos».

Sin embargo, el inca le insistió en las razones de Estado que tenía para no romper con Atahualpa, y además los males que indispensablemente se agolparían en todo el imperio, con semejante guerra civil provocada por él y sin un pretexto justo ni legal.

La madre le increpó, diciéndole: «si quieres vivir deshonorado y sin gloria; si tienes temor al usurpador que te impone desde Quito; y si solamente tratas de vivir pendiente de no darle motivo de queja por tu parte, vuela allá, y ponle tu cetro a sus pies». Entonces abrazó a la nieta llena de ternura y le dijo: «¡Qué lástima me causas! ¡Quién me hubiera asegurado que tú llegarías a ver un día, en que tendrías que avergonzarte de tu padre!». Acabando de decir esto, se fue de la vista de su hijo regando de lágrimas el suelo.

Trastornado con semejante afectación por las reprensiones que le había hecho la madre, saliose también de su pacífico natural, y excitado su amor propio en lo infinito de que se le trataba de cobarde, de indolente y de molicie, al paso que recordaba su ambición de mandarlo todo por sí solo, con arreglo a la fundación del Imperio del Sol, en tal transporte de acaloramiento y fogosidad resolvió con acuerdo de sus grandes y familia, remitir a Quito cerca del rey Atahualpa dos embajadores a reclamarle obediencia. Como en efecto nombró dos incas de su familia, de los más acreditados en el desempeño de esta clase de negocios, para que sin pérdida de tiempo se trasladaran al éxito de la comisión, y con expresa advertencia de que cuando contestara Atahualpa, viniese el uno con ella al Cusco, quedándose siempre el otro en Quito, en vigilancia de las disposiciones que Atahualpa tomara para no obedecer, y avisarlas oportunamente y sin demora. Dejaremos aquí a los comisionados andando para Quito, a Huáscar en las cavilaciones de lo que Atahualpa le contestaría preparándose para la guerra, y a este en inocente calma. Pero sí, calma que le era el presagio de multitud de acontecimientos impensados, que iban todos a la vez a caer sobre la corona que ceñía, por volver a la expedición de D. Francisco Pizarro que ya quedó campeando en las costas de Pueblo Quemado.



[f. 188] Libro II, Capítulo 5

Para ninguna otra cosa necesita un historiador más veracidad y precisión, que para descubrir las guerras civiles de los tratados que sufren esta desgracia. En las guerras extranjeras, fácil es conocer la magnitud de los hechos o la infamia, cobardía, y traición de ellos mismos, mas no así en una guerra de hermanos donde el que más confianza merece de su jefe, ese es el que más seguramente lo vende; donde los hechos buenos descalifican por malos, y los que tal vez llenaron de valor a la nación de santificar acordándoles honores y premios. En esta clase de guerra jamás impera la verdad: las pasiones, el espíritu de partido, las simpatías de familia, y los intereses de una efectiva medra [sic], son los únicos móviles de cuantos se lanzan en ellas. Así es, pues, que es difícil detallar los hechos con aquella propiedad digna de lo que en sí ha sucedido para un buen resultado en obsequio de la comunidad del Estado. Iba nuestra pluma a ocuparse de las guerras de los dos incas, Huáscar rey del Cusco, y Atahualpa rey de Quito. Sus derechos de cada uno en pro y en contra, ya quedan dilucidados anteriormente, y la cuestión discutida de la razón va a ser absuelta por la decisión de los desastres, y después por el querer del vencedor. He aquí, que los intereses malentendidos de los reyes hermanos se hallan puestos al fiel de la balanza, que se inclina al peso horroroso de la sangre y de la muerte. Pero al hacerlo venciendo todos estos obstáculos, justo es que el lector falle por los datos

que se muestran dándole razón al que la merezca, pues este es el gran fallo que recaba siempre una historia del que la lee. Vamos al caso.

Luego que Atahualpa recibió el parte de Alonso comunicando el mal éxito de sus negociaciones,⁵¹ encerrose consternado solo y exclamó: «¡Rey del Cusco soberbio! ¡Con qué nada puede aplacar tu codicia! ¡Con qué quieres mi ignominia o mi pérdida! ¡Tú lo quieres! Pues bien, el cielo es más justo que tú, y él castigará tu orgullo. A las armas dejas esta solución, pues con las armas te haré sentir muy a pesar mío la justicia con que me sostengo».

Mandó inmediatamente publicar un bando en todos los pueblos de su reino, para que todos los hombres que pudieron combatir // [f. 189] le siguieran sobre los muros del Cusco, tanto a estos como a su ejército. Hízoles marchar sin perder tiempo, manifestándoles de que iban al Cusco a celebrar las exequias de memoria honrosa del finado Huayna Cápac, y también a la jura y reconocimiento del emperador Huáscar Inca, y para cuales funciones llevarían sus galas, armas y víveres. La marcha se hizo por escalones, y en cuerpo de quinientos a seiscientos hombres de jornada a jornada y formando un cordón inacabable por muchos días. El mismo rey de Quito, Atahualpa con su hijo, el príncipe heredero Hualpa-Cápac salieron de la costa comandando desde allí a respetables masas, y dejando al mismo tiempo en el gobierno de ella a su hermano el inca Illescas, su lugarteniente en el reino. Sus principales generales fueron Pullupurihua, Calcuchimac, Quisquis, Calcuchima, Rumiñague, Champana, Copecopagua y Guilleocacha, además de sus hermanos los incas Titu Atauchi Choquehuaman, Hualpaco, y Sumac Yupanqui. Tanto los primeros como estos segundos iban a la cabeza de sus respectivas divisiones. Mientras que así desfilaba el ejército y el pueblo a la vista de su rey en jornadas de etapa, a las tres de estas fuera de Quito se encontró el monarca con su embajador Alonso de Molina, que venía de regreso de su comisión del Cusco. Apenas se le presentó el joven español, le alargó los brazos diciéndole: «¡Amigo mío! ¿Con que nada habéis conseguido? ¿La

51 A partir de aquí, sigue a Marmontel, *Los incas, o La destrucción del imperio del Perú*, tomo II, caps. XXXIII-XXXIV.

guerra se ha hecho indispensable? Convéncete, Alonso, de la soberbia de Huáscar. Esto mismo te advertí que sucedería, así es que no me he descuidado al recibir tu último aviso. «¡Ah!, amigo mío», le contestó en voz alta y tierna Alonso. «¡Cuánta sangre vas a derramar! ¡Cuánto no he trabajado por reducir a tu hermano! ¡Pero él se mantiene pertinaz en sus pretensiones!». «Nuestros pueblos se degollarán uno a otro», repuso el inca. Él lo ha querido así, y será satisfecho, más la pena seguirá su delito mismo. Tú bien sabes cuánto he hecho por evitarla. Yo no la he promovido, yo he guardado los preceptos de mi padre y él, por el contrario, perjuro, ingrato y ambicioso a lo que no pudo en vida de él reclamarle como príncipe y como honrado, hoy después de muerto, solo tiene el placer de deshonorarlo; y a mí, villano y vengativo, de perseguirme». A lo que Molina le contestó: «Tu justicia es innegable, dispón de mí para servirte como quieras en esta guerra. Con el mismo ardor que yo imploraba la paz déjame rechazar la guerra, y sea cual fuese la de este de las armas, permite a tu amigo el vencer o morir a tu lado». «No», dijo el príncipe abrazándole, «yo no quiero exponerte a las atrocidades de una guerra // [f. 190] impía. Guárdame tu valor para peligros dignos de ti. Tú, sensible y virtuoso joven, no estás hecho para mandar a parricidas. Solo tú y algunos amigos verdaderos a quienes he confiado mis penas, bien mi pesar en el fondo de mi corazón. El resto del mundo al ver que la discordia arma a los dos humanos confundirá al inocente con el culpable. Déjame la vergüenza a mí solo, y cuida de tus días para ser príncipe de mi gloria». Huarochimbo, Herartilo, Huapanos, su hijo y demás mexicanos y escribanos que los acompañaban desde sus países, querían igualmente armarse en su defensa, pero él lo rechazó, y no lo permitió —como al joven español—, sino solamente el de ser acompañado hasta los campos de Huari, en los confines de ambos reinos.

Sobre una de las cimas del monte Ytinisa, el inca de Quito hizo enarbolar el estandarte de las guerras, a cuya señal todos sus pueblos se pusieron en movimiento. Estos, mientras el ejército marchaba a vanguardia, reuníanse en las fértiles llanuras de Riobamba, y los primeros que se presentan son los pueblos de aquellos campiñas que encierran, del norte al mediodía, dos largas cordilleras de montañas. Valles deliciosos y más vecinos del cielo que la cima de los Pirineos, porque el suelo del valle de Quito se eleva

sobre la cima del cañón y del piso del mediodía, que según M. Carlos de La Condamine⁵² son las dos montañas más altas de los Pirineos en Europa. De la falda del Sangay, cuya cima ardorosa humea sin cesar más arriba de las nubes, del bramador Cotapaxi, cuyas erupciones han sido terribles en 1738, 1743, 1744, 1790, 1799 elevándose en esta última su llama a 900 toesas sobre la cumbre de la montaña. En 1743, su estruendo y su erupción se oyó hasta la distancia de 120 leguas castellanas. Este volcán ha arrojado en los valles distantes más de tres leguas, pedazos de piedras de 12 a 49 toesas cúbicas. Del terrible Latacunga, en 1738 un terremoto erupcionado de esta montaña destruyó los pueblos, haciendas y campiñas de Latacunga y Ambato, sepultando entre sus ruinas a casi todos sus habitantes vivos. Del eminentísimo Chimborazo, cerca del cual el Emaús, el Cáucaso, el de ellas no sería sino humildes collados. La altura del Chimborazo es de 3220 toesas sobre el nivel del mar. Del Cayambe, que ennegrecido con los betunes disputa su elevación al Chimborazo mismo, todos los pobladores de estas faldas, valles, quebradas y llanos corren presurosos a las armas en defensa de su rey el inca Atahualpa. De las regiones del norte adelántanse los de Ibarra y de Carangue, pueblos falaces y feroces antes que hubiesen sido donados, pero después dichosos y fieles. Ellos habían en otro tiempo degollado sobre el altar de sus dioses y decorado en sus festines a los incas que les habían dejado para amasarlos e instruirlos. Tal delito fue // [f. 191] seguido de un castigo horrible, y el lago en que fueron precipitados los cuerpos mutilados de los alevés, se llama desde entonces Yahuar Cocha o lago de sangre, ascendiendo su número hasta dos mil, según Garcilaso, y hasta veinte mil, según Pedro de Cieza. A estos pueblos, se junto el de Otavalo, país fértil donde produce la tierra un 190 por uno, y que está atravesado por dos mil arroyos cristalinos, que bajo un cielo ardoroso derraman una frescura sumamente saludable. De las riberas del poniente, desde Harames hasta los campos de Sullana, todos los pueblos de aquellos montañosos valles, que no obstante desiertos inmensos de caldeada arena, le riegan y fertilizan el corpulento La Chira, el estacionario Piura y salitral,

52 Charles Marie de La Condamine (1701-1774) fue un explorador, geógrafo y matemático francés que se hizo célebre por su viaje al Ecuador, donde pasó diez años midiendo el meridiano terrestre, además de lo cual fue también uno de los que contribuyó a la *Encyclopédie*.

el torrentoso Espresalda, la Saya, el Dolé, el Huancavilca y demás brazos de estos ríos, cuya velocidad arrolla las olas del golfo de Tumbes, vienen con el bosque al hombro, y la lanza en mano, al pasaje en que el inca los llama con su estandarte tremolado para con sus ojos revistarlos, y con sus brazos afectuosos a cada uno recibirlos, y en cuanto todos estos estaban reunidos, les habla en estos términos.

Proclama del rey Atahualpa a sus pueblos reunidos:

«Pueblos que ha sometido mi finado padre, tanto por sus beneficios como por sus armas, os acordáis de haberle visto con su blanca cabellera y aire venerable, sentarse en medio de vosotros y deciros sed felices: este es el premio de mi victoria. Este buen rey ya murió, dejó dos hijos y al morir les dijo: reinad en paz, el uno al mediodía y el otro al norte de mi imperio. Entonces mi hermano Huáscar, rey del Cusco, con este reparto dijo a este padre en su agonía: “Su voluntad será para nosotros una ley sagrada”. Pues ved ahora, oh pueblos, que él mismo se desmiente y pretende despojarme de la herencia de mi padre. Pueblos, yo os tomo por mis jueces. Si yo no tengo valor, abandonadme, más si lo tengo, victoria es mi causa, toca a vosotros el sostener el trono de vuestro rey, y desde luego el defenderme».

«¡Tú tienes razón!», gritáronle unánimemente, «y nosotros tomamos tu defensa». «Veo aquí a mi hijo», repite el inca, «el que debe sucederme y aventajarse en sabiduría, pues que a más de tener como yo el ejemplo de los reyes, sus abuelos, tendrá también el mío». «¡Viva!», respóndenle los pueblos, «y cuando tú ya no existas basta solo que él nos recuerde su padre para ayudarle». «Venid, pues, prosiguió el inca, «venid a defender mis derechos y los suyos. Mi hermano más poderoso que yo me menosprecia, y está haciendo los preparativos de una guerra cuya señal cree sin dudas que va a hacerme temblar. Yo quiero sorprenderle antes de que él haya podido juntar sus fuerzas. Mañana marchamos al Cusco».

Desde el amanecer del siguiente día, se adelanta por los campos de Huari hacia los muros de Cañaris, ciudad célebre por su magnificencia y por sus tesoros ocultos. Las marcas al decorarla // [f. 192] de murallas, de alcázares y de templos, habían hecho de ella una fortaleza para dominar sobre los chancas. Esta nación numerosa, aguerrida y fuerte

abraza multitud de pueblos. Los unos, como los de Curampa, Quimbala y Tacmar, orgullosos de creerse descendientes del león que adoraban sus padres, se presentan todavía vestidos de los despojos de su dios, ceñidas sus sienes con su crinera, y llevando en sus ojos su orgullo amenazador. Otros, como los de Sullá, Villca, Hanco y Urimarca, se jactan de haber nacido, los unos de una montaña, los otros de una caverna, de un lago o de un río, a quienes sus padres inmolaban sus hijos primogénitos. Este culto horrible se ha abolido; pero nunca no ha podido desengañarse de su fabuloso origen, cuyo error sostiene su valor guerrero. Al acercarse Atahualpa a estos pueblos, sorprendidos e indefensos, le hicieron preguntar: «¿por qué penetraba en su país con las armas en la mano? «Voy», les, dijo, «a suplicar al rey del Cusco, mi hermano, que me conceda su alianza, y a jurarle, sobre el sepulcro de nuestro padre, una inviolable amistad, si es que él consiente en ello». Nada se asemejaba menos a un rey suplicante que aquel príncipe a la frente de un poderoso ejército y pueblo pero fingiose que se le creía, y engañado por las apariencias, que iba a adelantar camino. Es entonces cuando él ve que entra en su tienda uno de los caciques del país, quien resentido del orgullo del inca del Cusco, saluda a Atahualpa y le habla de esta suerte: «Tú crees poder pasar con seguridad por entre un pueblo a quien prohíben que te haga injuria o violencia. Pues sabes, que en un consejo, al cual yo acabo de asistir, se ha conspirado contra ti. Yo te amo, porque se me asegura que tú eres bueno y afable, y yo odio a tu rival, porque es duro y soberbio. Él me ha humillado. Yo soy hijo del león, y no quiero que se me abata y de tal modo se me ultraje».

Atahualpa dio las gracias al cacique, y consultó la denuncia con sus tenientes amaestrados en los combates, bajo las banderas del rey su padre, y reverenciados por las tropas que ellos mismos habían aguerrido en la conquista de Quito. «Príncipe», le dijo Chalcuchiman:

«¿veis esas llanuras, en donde se levantan montones de huesos humanos sepultados bajo la yerba? Esas, pues, son las reliquias honrosas de veinte mil chancas muertos en una batalla defendiendo su libertad. El inca Viracocha, dio la batalla siendo todavía príncipe, y con cual victoria apeó al inca, su padre Yahuar Huaca, del trono del imperio; ciñéndose él la borla colorada. Treinta mil hombres fueron muertos, y entre los

cuales, ocho mil eran los incas de la sangre real. Aquella es la llanura de Sascahuama, donde se dio la tal batalla, que después por ella ha sido distinguida con el nombre de Yahuarpampa, y como lo es hasta el día. Sus hijos son hombres sin valor; si les vencemos, ya creo que podemos imponerles respeto, mas la suerte de los combates // [f. 193] es engañosa, y aquel que no prevé su inconstancia es un insensato. Yo me lisonjeo de que hemos de salir victoriosos, pues no se me oculta que podemos ser vencidos, y en tal caso ya veo a esos pueblos alentados por nuestra derrota, precipitándose sobre un ejército disperso y fugitivo, y acabar de destruirlo. No dejes, pues, de seguir los consejos de ese cacique. La fortaleza de Cañares es un punto de apoyo, de defensa y de reunión en caso necesario. Este puesto, del cual pende la gloria del ejército, debe ser confiado a manos cuya felicidad sea bien conocida, y si me atrevo a decírtelo, inca, tú solo eres quien debe guardarlo».

El inca no ve en tan prudente consejo sino la intención de defenderlo, pero, no obstante, «Si temes algo por mi presencia», dijo dejando a Chalcuchiman y volviéndose a Champara,

«mal me conoces. Tu edad, tus hazañas, la estimación de mi padre, te han adquirido mi confianza. Esta ya no he sabido nunca concederla a medias. Tú mandarás, y yo seré tu primer soldado; así se aprenderá Champara de mí, a obedecerte con celo, y si la victoria es nuestra, no tengas miedo de que tu rey te quite el mérito de ella. Cuanto al cuidado de mis días, no es este el momento de ocuparnos de él. Ahora va a pelearse por defender mis derechos, y sería vergonzoso que, sin mí, se pelease por mí. No hay, pues, que hablarme más sobre que permanezca lejos del combate, pues que yo, el primero es que debo hallarme en él».

«No, príncipe,» díjole entonces Champara, rompiendo su natural silencio, «yo te serviría bien, puesto que tú te has dignado escogerme del número de mis compañeros de armas, y le serviría mal si al hacer esta elección en mí, fuese porque los caudillos de tu ejército y yo, pudiésemos creerte cobarde. Mas tú eres celoso y envidioso de tu gloria; tú sentirás haber hecho esta injuria al celo de un antiguo amigo tuyo, a quien conoció mejor que nadie tu padre». «¡Ah!, generoso anciano, perdona», díjole el inca abrazándole. «Yo he sido un momento injusto. Mas ¿por qué dejarme

ocioso a las sombras de esos muros cuando se pelea por mí?». «Pues bien, yo permaneceré en ellos», le dijo Champara. «Déjame tres mil hombres con estos valientes caciques y este extranjero que, como ellos, no pide sino que le permitas servirte». El inca no vaciló en ello. Alonso, Huapana, el valiente Guorozimbo, Terastilo y los mexicanos, todos lo aplaudieron con alegría, resueltos a derramar su sangre en defensa del inca. Habiendo, pues, dejado con ellos tres mil hombres escogidos en la fortaleza de Cañarís, hizo adelantar su ejército hacia los campos de Tumibamba, hoy llamado Cuenca o Tarqui.

Cuando así todo lo movía el rey del Ecuador, el del mediodía Huáscar Inca, se apresuraba a juntar sus tropas, y todos los pueblos // [f. 194] circunvecinos al Cusco abandonaban sus campos, volaban a las armas y se colocaban bajo sus banderas. De las riberas de aquel dilatado lago conocido por Titicaca, Puno, Chucuito o Desaguadero, célebre porque Manco descendió de él, los pueblos de Asillo, Huancané, Uma, Urco, Ayaviri, Mullama, Atan, Cancola e Ilave, y todos los demás comprendidos bajo el nombre de collas, dejan sus risueñas dehesas en donde adoraban en otro tiempo a un carnero blanco, como el dios de sus rebaños y la fuente de sus riquezas. Ellos se dicen nacidos de aquel lago que circunda sus cabañas, y es el Leteo a donde van las almas después de esta vida, para volver un día a ver la luz pasando a nuevos cuerpos. Por su lado se avanza la altiva y valerosa nación de los charcas. La razón es la que la ha sometido, y no la fuerza de las armas. Cuando los incas le anunciaron que venían a dictarles leyes, sus jóvenes guerreros, llenos de ardor, pidieron todos pelear y morir, si era necesario, en defensa de su libertad. Los viejos les elogiaron la sabiduría de los incas y su bondad generosa; cayéronseles entonces las armas de las manos y fueron todos en tropel a prosternarse a las plantas del hijo del Sol que quería reinar sobre ellos. Mas sabio, aún, había sido el valeroso pueblo de Chayanta; su reducción voluntaria bajo el poder de los incas es el modelo de los buenos consejos. El príncipe que iba a someterle le mandó decir que le traía leyes, costumbres, política, culto y un modo de vivir más racional y feliz. «Sí así es», respondieron los chayantinos a los diputados, «tu rey no necesita ningún ejército para reducirnos. Que le deje, pues, en la frontera; que venga y nos persuada, y nosotros nos someteremos a él,

pues que el más sabio es el que siempre debe mandar; pero que prometa también dejarnos en paz si, después de haberle escuchado, no tenemos el mismo modo de ver que él, en cuanto a las ventajas que nos anuncia con la mudanza de culto y de costumbres». A tan justas condiciones, vino el inca casi sin escolta, habló, escuchósele, y en cuanto comprendió el pueblo que le sería útil el colocarse bajo las leyes de los incas, se sometió y le dio gracias, tales eran aquellos salvajes, que los europeos creyeron no poder conquistar sino por la esclavitud y la sangre.

En más corto número se adelantan los pueblos que hacia el oriente cultivan la falda de las montañas inaccesibles de los antis. Sus abuelos adoraban unas hermosas culebras, que entre ellas hay de 25 a 30 pies de largo, y de las que abunda aquel país agreste. Adoraban asimismo al tigre, a causa de su crueldad. Ellos han abjurado su antiguo culto, pero se hacen aún gloria de conservar sus restos, y su corazón no ha olvidado todavía la ferocidad de él. Entre los antis de quienes son descendientes, // [f. 195] la madre, antes de presentar el pecho a su hijo, le empapa en sangre humana, a fin de que habiendo mamado la sangre al mismo tiempo que la leche, tengan sus hijos un ansia eterna de beber aquella. A la parte del norte se repliegan hacia las riberas del Apurímac los pueblos de Tumibamba, Ayabaca, Huancabamba, Cajamarca, Numora, Huamachuco, Huaylas, Conchucos, Bombón, Jauja y aquella nación fiera cuyos muros han conservado el nombre de Cúntur Marca, como el nombre del pájaro dios de sus padres. Un montón de plumas de este pájaro terrible distingue a los hijos de sus adoradores, y fluctúa sobre sus orgullosas cabezas. Este cóndor es un pájaro blanco y negro como la urraca. Es de una corpulencia gigantesca entre los de su especie. La naturaleza le ha rehusado las presas o uñas de un halcón, pero le ha dado un pico tan duro y de fuerza, que de un solo picotazo agujerea la piel de un toro. Sus alas tienen más de veinte pies de extensión. Dos de estos pájaros carnívoros bastan para matar un toro y devorarlo.

Enseguida le vinieron lo más selecto de los pueblos de Sura, país fértil y en donde nace el oro; de Lucanas en donde sus posiciones naturales parecen ser inexpugnables, y además de la belleza que encierra como un don especial del clima; y de los campos de Pumallacta, tierra de león, en otro tiempo receptáculo de los leones que adoraba el hombre. De las pampas o

llanuras del poniente se juntan el tropel de los valientes pueblos de Ymara, de Collampa, de Quechuas, por quienes se libertó el imperio de la rebelión de los chancas bajo Viracocha Inca, y que conservan aún las señales de su gloria, señales que son las mismas para ellos que las de los hijos del Sol. Estas señales eran los cabellos cortados, las orejas horadadas, y la franja real sobre la frente. Finalmente, venían los habitantes de los ricos valles de Ica, Pisco, Acarí, Nazca, Chíncha, Lunahuaná, Rímac, sometidos sin trabajo, y los de Huamán o Barranca, Paramonga, Huarmey, Santa, Chimú (hoy Trujillo), hasta los confines de los sayancas y motupes, que aunque más resistentes habían sido, pues que al fin todos habían sido reducidos a su turno. Cuando se les propuso primero al recibir el culto y las leyes de los incas, respondieron que adoraban al mar, divinidad fecunda y liberal; que no impedían a los pueblos de las montañas que adorasen al sol, que les hacía bien, y cuyo calor templaba la rigidez y aspereza de sus helados climas; pero que en cuanto, a ellos, como él consumía y quemaba sus campos arenosos, jamás lo adorarían como a su dios; que estaban contentos con su rey, como con su divinidad, y que al precio de sangre estaban resueltos a defender uno y otro. Fue una guerra larga y terrible, más el enemigo, // [f. 196] para reducirles, hizo cortar los canales que regaban sus áridos surcos. La necesidad hizo la ley, y la dulce equidad del trono de los incas justificó su violencia.

Apenas estas naciones se habían juntado bajo las murallas del Cusco, cuando se supo que el rey de Quito avanzaba hacia Tumibamba. Huáscar quería ir a esperarlo al paso del río que baña sus campos, mas la fortuna le sirvió mejor que la prudencia y los consejos mismos. Atahualpa había pasado el río, y sobre la colina opuesta quería establecer su campamento. El día empezaba a disminuirse. El ejército de Quito había hecho una larga marcha y los soldados, exhaustos de fatiga, no pedían sino el descanso. No obstante, su celo les esforzaba y subían por la colina. De repente aparece en columnas, sobre la cima, el ejército del rey del Cusco. Desplégase a vista del enemigo, y al instante se da la señal del combate. La ventaja del lugar y del número, sobre tropas ya vencidas por la pérdida de sus fuerzas, pudo más que el valor. Los de Quito, veinte veces reunidos y deshechos, no consiguieron salvarse sino a favor de la noche, que favoreció su retirada.

Fue preciso volver a pasar el río, y el rey Atahualpa, que quiso en persona proteger este paso, cayó prisionero en manos de los enemigos. Al instante le avisaron al inca del Cusco la presa que habían hecho sus tropas, más Huáscar se desdenó de verle. «Tendrá», dijo, «la suerte de un rebelde. Que se guarde con seguridad y mucho cuidado en el fuerte de Tumibamba». Preso así el rey de Quito, el desastre llevó la desolación al ejército del rey cautivo y ya todo fue victoria para el del Cusco. Entre tanto, el hijo de Atahualpa corría con los restos de él, despavorido, y gritaba a sus pueblos, tendiéndoles los brazos: «Hijos míos, volvedme a mi padre». Su dolor, su delirio redoblaba aun la tristeza que oprimía todos los ánimos. Pero el general Pullu Purihua, aunque desazonado por tan intempestiva derrota, guardaba en medio de la confusión su serenidad natural, y oyendo los alaridos del príncipe, vase al encuentro de él, y volviéndole a su tienda, «Príncipe», le dijo, «modérate; no hay porque desesperarte. Tus pueblos son fieles. Tu padre vive, y te será vuelto». «Tú me lisonjeas», le respondió el joven, temblando de espanto y de alegría. «Yo no te lisonjeo, Huallpa Cápac, él te será devuelto», repitió el viejo capitán. «Anda, y da a tus pueblos el ejemplo de la firmeza en el contarle y dile que su gozo, como el tuyo, será mayor cuando vean a su rey y a su padre libre, como nosotros lo estamos de la cautividad y peligros que le amenazan. Yo lo prometo y ellos saben que sé cumplir lo que juro».

Mientras que así distraía este viejo guerrero el terror y el espanto que se había difundido en todos los individuos del ejército de Quito, Atahualpa en verdad ya se hallaba sumergido en una estricta prisión. Los generales // [f. 197] Quisquis, Chalcuchiman y Rumiñahui y los hermanos del rey Quilliscacha, Titu Atauchi y Sumac Yupanqui, reunían infatigables del otro lado del río al ejército disperso, y procuraban reuniéndose con Pullu Purihua y el príncipe, hacer un esfuerzo simultáneo para libertar al rey, pero entre tanto les viene la noche, y un profundo silencio de parte a parte que reina en ambos campos y parece que no hubieran combatido tan inmediatamente dos ejércitos formidables. En el de Quito se hallaba esparcida la consternación y su rétrico amostazamiento, denotaba que sufría este conflicto. Por el contrario, el de Huáscar, triunfante, se engolfaba en el descanso como premio del trabajo de la gloria que había acabado de conseguir.

Mas Pullu Purihua, en el ínterin que sus compañeros restablecían el cuidado y nuevo orden en sus dispersos reunidos, se paseaba encerrado solo en su tienda, velando y meditando. Él se decía a sí mismo: «¿Qué he de hacer yo ahora? Si por la fuerza quiero libertar a mi rey, yo conozco a su enemigo que es vengativo e impío. Él le hará morir antes de entregarlo, y si yo doy a conocer alguna irresolución, flaqueza o temor, el desaliento se apoderará del ejército, y todo se pierde entonces». Abismado en tan tristes pensamientos, un soldado anciano se le presenta y le dice:

«¿Me conoces? Yo he peleado bajo tus banderas en la conquista de Quito. Ved aún mis cicatrices. Cuando fue vencido el cacique de Tacmar, preso y encerrado en el fuerte de Tumibamba, yo era uno de sus guardas. Vinieron a sacarlo, y por una larga caverna iban a taladrar su prisión. Fue descubierta la empresa y Tacmar, reducido a rendirse, obtuvo orden de que fuese puesto en libertad. La paz hizo olvidar los males de la guerra, y aun se olvidó también de rellenar la mina trabajada, abajo del fuerte; solamente su entrada está cubierta por frondosos manglares, pero yo la conozco. Y si, lo que yo creo, la prisión del inca es la misma que tuvo el cacique, no necesito sino cincuenta hombres de un valor experimentado para salvarle esta noche misma».

Aplaudió Pullu Purihua su celo. Díjole que escogiese compañeros dignos de él, y con el más profundo silencio, él los vio partir. Pasa la noche en las más crueles agonías; ya teme, ya espera, ya medita sobre la incertidumbre, la apariencia, y el peligro del suceso. ... Va en ello nada menos que la libertad y la vida de su rey. ¿Le habrá salvado? ¿le habrá perdido? Ya el momento estará decidido. Este era su continuo pensamiento.

En el ínterin que se ejecutaban estos riesgosos proyectos, el rey de Quito gemía bajo el peso de sus cadenas que le había hecho poner su hermano, y existía aún más atormentado, no por ellas, sino por el cuidado de la suerte de sus // [f. 198] pueblos y de su hijo, jefes, soldados y familia, que por el estado de su propia desgracia. Cuando así se hallaba, en medio de estas reflexiones, oye un repentino ruido subterráneo. Escucha, acércase más el ruido y siente la tierra estremecer bajo de él mismo; apártase a un extremo y la ve hundirse, quedando él asombrado. Al instante de esta

boca abierta, sale como de un sepulcro un hombre que, sin hablarle, le hace señal de callarse, y asiéndole de la mano, le conduce al abismo que acababa de abrirse delante de él. Atahualpa, sin resistencia, se entrega a su guía, síguele, y al salir de la caverna vese rodeado de soldados que le dicen: «Ven, rey de Quito, libre estás. Ven, tus pueblos te aguardan: vuélveles con tu presencia la vista y la esperanza que han perdido sin tu vista...». «¡Estoy libre, y por vosotros! ¡Oh, mis libertadores!», les dice, abrazándoles uno a uno, «¡cuánto os debo! ¡Esta es la prueba más solemne que puede recibir un rey de que es querido de sus gobernados! ¿Podré yo recompensaros cuanto lo merecéis? Acabad vuestra obra. Ahora debemos asombrar los ánimos por la apariencia de un prodigio. Ocultadles a los nuestros que sois vosotros quienes me habéis libertado». Ellos le prometen el silencio, y al favor de la noche, Atahualpa pasa el río, llega a su campo, y penetra sin ruido hasta la tienda de Pullu Purihua. El anciano, que al ver su príncipe se había libertado del tormento de su inquietud, va a arrojarle a sus plantas. Levántale el inca, y le abraza enternecido. «Soldados», dice Pullu Purihua, «yo ruego que uno de vosotros corra a anunciar al príncipe el regreso de su padre». Y un instante después llega este hijo tan querido, enajenado por la sorpresa y la alegría. Los transportes mutuos del joven inca y de su padre fueron solo interrumpidos al despertarse el ejército por los gritos de una multitud apresurada por ver de nuevo a su rey. Atahualpa se presenta, y la gritería se redobla. «¡Ahí está, vedle ahí, él mismo es! Está libre. ¡Él nos es vuelto!». «Sí, pueblo», dijo Atahualpa. «El Sol, mi padre, ha burlado la vigilancia de mis enemigos. Él me ha hecho escapar de la prisión en que me tenían encerrado. Mi libertad es solamente obra suya». Como la multitud tiene siempre costumbre de ponderar el objeto de su admiración, añadió que Atahualpa para escaparse de su prisión, se había transformado en serpiente. Este hecho es histórico, y aunque Garcilaso dice que no hubo tal prisión de Atahualpa, y que este estratégicamente hizo correr estos rumores para descuidar a su hermano Huáscar y arrancarle la victoria, lo cierto es que los demás autores sobre el particular la traen como se lleva demostrado. Tal rumor vuela de boca en boca, créese, y se publica como una señal brillante de los favores del cielo.

[f. 199] «Pullu Purihua», dijo entonces el rey, «he aquí el momento de sorprender a mis enemigos y reparar mi desgracia». «No, príncipe, no», díjole este general, «no te volverás a exponer. Basta ya de las ansias que nos has hecho pasar esta noche. Vete a reunir con los que defienden a Cañaris y envíame a Champara». Cedió el rey a sus instancias y mandó llamar a su hijo. Luego que este se presentó: «¡Príncipe!», le dijo, «yo te dejo bajo la conducta de mis amigos, y bajo la salvaguardia de mis pueblos. Acuérdate de tus abuelos. Ellos llevaron a los combates una sabia intrepidez. Imita su prudencia, o mejor consulta la de los caudillos que comandan. Una sabia docilidad a los consejos de aquellos a quienes han instruido los años, es la prudencia digna de tu edad. Amigos míos», dijo a Pullu Purihua y a los guerreros que le rodeaban, «yo os lo confío, y os doy sobre él los derechos de un padre. Adiós, hijo mío. Vuelve a verme digno de toda mi ternura». A estas palabras, estrechando en sus brazos al joven, cuya belleza, noble con modestia y altiva con dulzura, era la imagen de la virtud, dejó escapar algunas lágrimas, y echando Pullu Purihua, Chalcuchiman, Quisquis, Rumiñahui, y sus tres hermanos, y demás caciques y ejército, una mirada que les manifestaba toda la emoción de su corazón paternal, entregó su hijo y apartó a un lado la vista y partió para Cañaris atravesando los montes de Delec, Cojitambo el Azogue, y el Biblián.

Mientras que Atahualpa hacía esta marcha agitada y penosa, sublévanse los cañarinos a favor del rey del Cusco. Un pueblo entero sitiaba la ciudadela de Cañaris y amenazaba cortar los canales de las fuentes, cuyas aguas eran sumamente necesarias. Para forzar este pueblo aguerrido a levantar el sitio era preciso salir de los muros y atacarle, a riesgo de ser envuelto y abrumado por su crecido número. El motivo de los cañaris para hacer este escandaloso motín no fue otro que creer que el rey de Quito estaba prisionero y su ejército completamente desecho. Todo contraste influye mucho no solo en el corazón de los pusilánimes sino aún en el de los más valientes, si carece de patriotismo y solamente ve el aliciente del vencedor, y por quedar bien con él, se ciega en cometer excesos y deshonor. Así piensan en todas partes el mayor número del entendimiento humano; y el mundo compuesto de variedad de hombres, con diferentes caracteres e intereses,

no está por otra cosa que por solo su interés peculiar. La experiencia de estos hechos así lo comprueba, y este es su más espléndido justificativo.

En aquellos apuros en que se hallaban los de cañarís y aún el mismo Atahualpa en su peligrosa marcha por en medio de sus enemigos, para incorporarse // [f. 200] en la ciudadela con Chanpara, es también cuando entonces se aparece el más asombroso de los fenómenos de la naturaleza. El astro adorado en aquellos climas se oscurece de repente en medio de un cielo sin nublados; al instante una profunda noche envuelve a la tierra. La sombra no venía del oriente, sino que cayó de lo alto de los cielos y cubrió al horizonte, y un frío húmedo se apoderó de la atmósfera. Los animales, instantáneamente privados del calor que les anima, y de la luz que les guía, parecen preguntarse la causa de esta noche inopinada; su instinto, que cuenta las horas, les dice que no ha llegado aún la del reposo. En los bosques, llámanse unos a otros con una voz de espanto, y asustados de no verse; en los valles, se reúnen y se estrechan temblando. Los pájaros, que sobre la fe del día, han tomado su vuelo en los aires, sorprendidos por las tinieblas, no saben a dónde ir. La tórtola, se precipita ante el buitre que se espanta al encontrarla. Todo lo que respira se haya atemorizado. Los vegetales mismos se resienten de esta crisis universal. Diríase que el alma del mundo va a disiparse o extinguirse, y en sus ramificaciones infinitas el raudal inmenso de la vida parece haber moderado y cambiado su curso cotidiano. ¡Y el hombre! ¡Ah, para él es para quien la reflexión añade a los sobresaltos del instinto la turbación y perplejidad de una previsión impotente! Ciego y curioso, hácese fantasmas de cuanto no concibe y se llena de negros presagios, amando mejor el temer que el ignorar. ¡Dichosos en este momento los pueblos a quienes los sabios han revelado los arcanos de la naturaleza! Ellos han visto sin inquietarse al astro del día, en medio de él, quitar su luz al mundo, y serenos aguardan el instante señalado en que nuestro globo va a salir de la obscuridad. Mas, ¿cómo explicar el terror, el espanto que este fenómeno ha causado a los adoradores del Sol? En una plena serenidad, al momento en que su dios en todo su esplendor se eleva a lo más alto de su esfera, se desvanece, y la causa de tal portento, como su duración, aun la ignoran totalmente.

La ciudad de Quito, la ciudad del Sol del Cusco, los campos de los dos incas, todo gime, todo está consternado y lleno de temor. En Cañarís, un horror repentino había helado todos los ánimos; los sitiados y sitiadores tenían su frente en el polvo. Alonso, impasible en medio de aquellos nacionales medrosos y atemorizados, observaba con un asombro lleno de compasión lo que pueden hacer la ignorancia y el miedo. Él veía palidecer y temblar a los guerreros más // [f. 201] intrépidos. «Amigos», díjoles, «escuchadme, pues que urge el tiempo y es importante que vuestro error sea disipado. Sabed que lo que pasa ahora en el cielo no es un prodigio funesto. Nada hay más natural, vais a concebirlo, y cesaréis de temer». Los indios, comenzando a tranquilizarse al oír tal lenguaje, prestan un oído atento, y Alonso prosigue: «cuando a la sombra de una montaña no veis al Sol, entonces, decís sin asustaros: esa montaña me impide el verlo, no es él quien está en la sombra, sino yo; él está siempre lo mismo en el cielo. Pues bien, en lugar de una montaña, considerad que un globo espeso y sólido, un mundo semejante a la tierra, pase en este momento por debajo del Sol. Mas este mundo, que sigue su camino va a alejarse, y el Sol aparecerá de nuevo más brillante que nunca. No tengáis, pues, miedo de una sombra pasajera de una cosa natural en el giro de los planetas celestiales».

El carácter del error entre los pueblos del nuevo mundo es el de no estar arraigado. Él se apega tan poco a los ánimos que el más leve soplo de la verdad le desprende de ellos. Tómanlo sin examen, y lo abandonan sin pesar. Alonso, con el solo medio de una imagen clara y sensible, desengañó a todos y volvió la paz a sus corazones. Víose en efecto al Sol, como un círculo de oro, resplandeciente por entre la sombra, que empezaba a deshacerse de ella. «¡Qué!», exclamaron entonces, «esto no es ni desfallecimiento ni cólera en nuestro dios». Y Champara, acabando de disipar sus temores: «soldados», les dijo, «yo he visto suceder lo que él nos anuncia. Él es más ilustrado que nosotros. Apresuraos pues, tomad las armas, salgamos y ree-pulsemos a esos rebeldes que ya están vencidos por el miedo». A los gritos de los sitiados, que desde el crepúsculo del Sol renaciente se arrojaban fuera de los muros de la ciudadela, los cañarinos se abandonaron a un terror insensato. Fue acometido su campamento, y un instante bastó para derrotarlos, y el Sol iluminando de nuevo la tierra, la vio sembrada de muertos

y moribundos. Alonso, en aquella salida, no había dejado a Champara y a su hijo, y a la cabeza de los mexicanos acababan los dos de disipar los batallones que habían desordenado, cuando vieron a lo lejos empeñarse otro combate. «Vedle allí», dijo Alonso, «una partida de nuestros amigos sobre quienes se están vengando los cañarinos. ¡Volemos en su auxilio!». Atraviesan la llanura // [f. 202] con la rapidez de un viento tempestuoso, y un torbellino de polvo señala las huellas de sus pasos. Llegan. Era el rey Atahualpa, y el inca mismo, a quien rodeaba una valerosa escolta, y le defendía contra una multitud de enemigos. A la banda que le ciñe las sienes, al brillo de su escudo y, más todavía, a su valor reconoce Alonso a su amigo, el rey de Quito. El relámpago parte de la nube con menos velocidad que la espada del castellano, y desconcierta el grueso batallón que oprime a Atahualpa. Este va a Alonso, y cree ver la victoria. No se engañaba en ello, pues que sus esfuerzos reunidos desordenan, repulsan y echan por tierra cuanto se opone a sus golpes. En cuanto los cañarinos, huyeron dispersos delante de ellos, Atahualpa, arrojándose en los brazos de Alonso: «¡Oh amigo mío!», le dijo, «¡cuán dulce me es el deberte mi libertad! Mas yo estoy herido. Yo te dejo el cuidado de reunir mis tropas. Haz gracia a los vencidos desarmados». A estas palabras, pálido y trémulo hízose conducir al fuerte. Era grave su herida, mas no mortal. La goma del molle —este bálsamo precioso con que la naturaleza ha hecho presente a los climas al Sol, como para expiar el delito de haber él hecho nacer el oro— derramada en la llaga, consiguió sanarla, y volvió al desventurado príncipe a la vida y al dolor que le esperaba más después, a hacerle su víctima.

Champara llevó al campo la noticia de la victoria del inca sobre los cañarinos, pero Pullu Purihua quiso aguardar a que se esparciese en el campo enemigo, y que hubiese causado en él la alarma y el desorden. Entonces fue él mismo a visitarle, y hablando al rey del Cusco: «El Inca, tu hermano», le dijo,

«te pidió la paz y tú le declaraste la guerra. Él ha vencido, y aun pide la paz. Un momento de imprudencia que te ha dado sobre nosotros la ventaja de una sorpresa no nos ha desalentado, y así no debes vanagloriarte. Nosotros deseamos la paz únicamente por amor a ella, y por el justo horror que nos causa la guerra civil. Inca, piensa bien tu respuesta.

Bajas están nuestras lanzas, nuestros arcos descansan en el suelo, y la flecha mortífera tranquila reside en la aljaba: piensa antes que vuelvan estas armas a ponerse en ejercicio. Piensa, repito, que una palabra de tu boca puede prevenir las desgracias. Aquí, sobre todo, es donde la palabra es terrible, y donde la lengua de un rey es como un dardo de cien mil puntas. Tú eres responsable para con el Sol, tu padre, de la sangre de sus hijos y de la de tus súbditos. La igualdad, la independencia, la concordia y la unión, he // [f. 203] aquí lo que el rey, tu hermano, me encarga que te ofrezca y te pida».

Respondióle el monarca que los incas sus abuelos nunca habían recibido la ley de persona alguna. Pullu Purihua, con tristeza, le dijo: «¡Y bien! ¡tú lo quieres!... Hasta mañana». Diciendo esto se volvió a su campamento.



MANUSCRITO IV
(Selección)

[f. 29] Libro I, Capítulo 3

En nuestro capítulo anterior dejamos por describir —y aun en ansiedad— al lector por saber la llegada y entrada del general Pizarro a la ciudad de Cajamarca y contrayéndonos a este caso, le ofrecemos que amaneció por fin dicho día y en el que Pizarro vislumbró por primera vez el valle de Cajamarca, así como también los hijos de esta, iban a verificar otro tanto con él y sus compañeros.

Con este motivo, todas las colinas y cerros vecinos amanecieron también coronadas sus cimas y faldas de la multitud de indios habitantes de la ciudad, de las estancias y aldeas, para ver desfilas a unos hombres que jamás los habían visto, ni siquiera presumido que vinieran a sus tierras // [f. 30] desde tan lejanas partes. Las calles de la ciudad y hasta el camino por donde habían de pasar se decoraron con arcos de juncia, árboles verdes y fragantes a uno y otro costado, formando de un modo artificioso una risueña alameda como día de gran festividad entre ellos. El suelo que habían de pisar, no solamente los hombres sino aun esos atropellantes animales, lo regaron y barrieron con esmero, al paso que cubiertos de diversidad de hojas de árboles lisonjeros y flores aromáticas del mejor gusto de aquel tiempo. Las danzas preparadas; el cacique con su acompañamiento de lo más notable del pueblo y los cantos de tiernos y patéticos yaravíes de las más escogidas y lindas *pallas*, cargada de flores y llenas de dijes, vinchas, cuentas, timpas

hermosos y calzados del más resplandeciente y bruñido oro, junto que con la inmensidad de la indiada novelera y agolpada, formaron el concurso respetuoso y en movimiento ostentoso hacia Pizarro, hasta alcanzarle por donde venía. El palacio del inca ricamente amueblado, con mesas, bancos o sillas y demás piezas de servicio que pueda necesitar para la comodidad y aseo de su persona, todas eran de ese mismo metal valioso que los españoles tan loca y avarientamente se apropiaron. Con tales útiles preparados, ya nada les quedaba que proporcionar y es entonces que cuando también el alborozo de la gente, las carretas y los gritos de «¡ya vienen, ya vienen!», puso a todos los ojos sobre el camino de la entrada. Como en efecto, a eso del mediodía, perciben los espectadores indistraíbles, el largo cordón de los castellanos, que sentados sobre sus asombrosos caballos, asomaban por la cima del tendido monte de Porcón. El zigzag de la bajada hacía serpentear las picas de sus alabardas. Sus rojas banderolillas vistosamente les flamean y el brillo cristalino de sus aceros, cual rayos de refulgente sol los embeben inmóviles a los ojos curiosos y encantados de los estupefactos indios. Una descubierta de veinte hombres bien montados, y seis exploradores desprendida y más avanzada de esta, le preceden como batidores formando su indisputable vanguardia, que le despeja al tránsito que vence. A poca distancia le sigue este mismo general sobre un palomo corcel, capitaneando al lado de sus imponentes españoles. La erguidez del animal, abrasado con sus piernas; la albura // [f. 31] de su piel prolijamente limpiadas, y el aderezo del apero gustosamente ensillado, a la vez que el aspecto aterrante de su dueño, formaban desde luego en tal acto, el más elegante contraste de sobresalir en lo blanco de su caballo: el oscuro vestido de tan famoso Pizarro. Llega donde está el cacique; este le esperaba fuera de Cajamarca sobre un verdoso placer llamada la tierra de la Hualanca. Descansando de su avance se le acerca al jefe español con su obsequioso séquito, sus músicas y danzas; y haciéndole un acatamiento regio como si hablara con su propio inca, rompe el silencio y le dice:

«Castellano: Yo soy el Rey de esta comarca, sujeto al inca Atahualpa, hijo del Sol, y por lo tanto emperador de las naciones que existen desde los confines de Quito hasta las riberas del Maule y los esteros del Tucumán, y el mismo que actualmente se halla allá, (señalando a los Baños con la mano derecha) con sus grandes y su ejército. Yo me llamo Cullqui

Huaman, que quiere decir Barranco de Plata, pariente, súbdito y amigo de tan poderoso Soberano.

Aquí tienes esta hermosa ciudad sincera. Sus puertas te esperan abiertas; tus hospicios y los de tus compañeros, todo ya se halla preparado. El alcázar del mismo inca está destinado al honor de tu persona y como vos lo dispongas lo será también para los demás de tus súbditos que mandas ¡Recibid, oh, Pizarro! los cumplimientos que te hace por mi conducto el inca, y este pueblo completamente admirado que se atropella por veros y felicitaros, como a hermanos, y como hijos de aquel nuestro dios Viracocha, que a nuestros antepasados su aparecimiento ya nos fue revelado.

Tenéis igualmente aquí estas preciosas *pallas*, que os entretendrán en vuestra marcha con sus cantos y sus bailes. Apreciad su tierno cariño, como de flores que aún su fragancia no se ha exhalado».

Dicho esto, le hizo otra cortesía y se retiró en silencio; mas luego indicó a las danzas que a todos los castellanos los llenaran de agasajos. Mientras que las *pallas* por su lado, casi ahogaron a Pizarro, con sus gigas, huaynos y otros cantos sentimentales // [f. 32] y con arrojarles continuamente sus flores, el cacique les señaló la marcha y le siguió el camino hasta que llegó Pizarro al pueblo y se desmontó en su alojamiento, llamando la atención y el más venerable respeto de todos.

Sus castellanos fueron, lo mismo que él, hospedados en las mejores habitaciones del lugar; sus caballos tratados con sumo cuidado y veneración, pues el oro, el pasto, y el maíz en grano, fueron sus profusos alimentos. Luego le sirvieron al mismo Pizarro una mesa de comidas guisadas de aves exquisitas; las más almibaradas frutas y licores de maíz, y el molle de refinado y grato gusto para que, con su fortaleza excitante, animara a sus miembros con el trote del viaje magullados, y concluyendo, por último, este banquete grandioso con panales y con mieles recogidas de las más rubicundas y finas abejas, que le llamaron a tomar algún refrigerio a Pizarro y sus soldados.

El agua cristalina, fresca y delgada, que por su natural filtración en climas de su apogeo se presenta nada templada, fue por consiguiente el término de tantas oblacones, ya no dedicada a hombres mortales sino a deidades recientemente aparecidas.

La población toda se redujo a la alegría; nadie creía tener a su opresor en ninguno de los castellanos; todos se conjeturaban que eran hermanos de sus incas, tan afables y tan amigos de los pobres como ellos, y así cada indio, por su parte, para servirlos se disputaban. En estos inocentes regocijos, fueron cubiertos por el lóbrego pabellón de la noche y cansados de haber manifestado su más puro regocijo a sus tan noveles huéspedes, al reposo se retiraron. Entre tanto el cacique no había descuidado su deber de participar a su inca de que ya Pizarro y sus compañeros, bajo los techos de Cajamarca descansaban. Sin embargo, Pizarro vigilante dividió su tropa en cuartos de imaginaria, para que velasen la noche, porque aunque su recepción había sido muy laudable, sus aprensiones no lo eran porque estaba en tierras de indios, cuyo dominio y riquezas con su fuerza había resuelto apropiárselas; y para este efecto, nombró al instante por alcalde mayor de Cajamarca a Juan // [f. 33] Porras, y declaró por uno de sus tenientes a Hernando Soto como digno de merecerle su afecto y su confianza. La noche al fin le venció sin que le sucediera nada, y para entrar en comunicación con el inca Atahualpa en los Baños acampado, montó a caballo temprano, y seguido de una partida de sus castellanos, recorrió la campiña de la ciudad buscando un campamento seguro. Pasó el río del Maschcón, y a la opuesta ribera del de Otuzco, encontró un cono fuerte llamado Cajamarca Orco. Este promontorio de tierra, que en su base es bañado por tan caudaloso río, su llanura despejada y cubierto de un pasto inagotable, la vinieron a asegurar un buen campo fortificado y el sustento de sus caballos. La cima del monte explanada, y al abrigo de otras mayores, tenían la extensión necesaria para colocar las tiendas y toda su artillería. En dirección hacia el sur y siguiendo por la llanura el mismo curso del río, por la ribera derecha, se descubrían los Baños no solo por el abundante vapor que su caliente agua exhalaba, sino por la multitud de la gente que componía el extenso campamento del inca. Hecho así este reconocimiento Pizarro se regresó hacia los suyos, y los trasladó luego al fuerte, sin que ningún castellano por motivo alguno en el pueblo se le quedara. Estableció su campo, elevó sus tiendas, colocó sus mosqueteros y artillería, y sus caballos en el raso de la vega, con singular placer se mantenían cuidados de sus mismos caballeros. Cuando al siguiente día, él mismo convocó a consejo

a sus principales oficiales, y reunidos que estuvieron en su tienda les habló de esta manera.

«Españoles», les dijo,

«ya hemos ocupado la deliciosa población indiana de Cajamarca. Ya hemos recibido sus continuados homenajes; no tenemos por qué desdeniar su lujosa hospitalidad o, por mejor decir, rica abundante y en extremo sincera y afectuosa. Testigos y poseedores vosotros mismos de cuanto obsequio valioso el inca Atahualpa nos ha hecho, por la embajada de su hermano hasta los valles de la costa; por el alcance a la última posada para estar, por nuestro // [f. 34] paisano Alonso; y últimamente por el encuentro fausto y solemne de su cacique en Cajamarca. Pero vosotros diréis a todos estos comedidos tratamientos que todo lo que ha hecho, está conforme al civil hospedaje que se os ha debido dar, y por tanto vuestra misión no está todavía practicada. Para que ella se verifique y para que su resultado sea conforme a la piedad de nuestra santa religión hacia los indios; a la gloria de las armas de Castilla; al engrandecimiento del Imperio de Carlos de Austria, nuestro augusto soberano; y a la seguridad, conservación y bienestar de nosotros mismos y de cuantos españoles en lo sucesivo, siguiendo nuestras huellas, vengán a radicarse y ser padres de familia, os he reunido en consejo con el fin de tratar, oír, discutir y resolver el plan que a este intento se proponga más conveniente y acertado por cualquiera de sus vocales.

Castellanos: yo soy de parecer, que antes de romper hostilidades toquemos primero los medios más suaves, pacíficos y políticos para hacer inclinar al inca a que él y toda su gente sean cristianamente bautizados; es el modo de invitarle a ello, y ahora nos es de necesidad demostrarlo. Vosotros sabéis muy bien, que el urbano y atentamente al príncipe Titu Atauchi, su hermano, nos lo ha mandado de embajada, y yo en igual recompensa, a Hernando Pizarro, mi hermano. Propongo al consejo para que de vuestro parte nombre al castellano que gustéis, para que vaya con Hernando acompañado, y así unidos desempeñen cerca de la persona del inca las instrucciones que al efecto yo tenga por más conveniente encomendarles. Este es, españoles, el punto esencial que debéis discutir, y aun también el de indicar, si mi plan ya demostrado a vuestro conocimiento, merezca por su importante tendencia el bien general de todo cuanto él abraza, por vuestra sabiduría ser aceptado».

El consejo, que se componía presidido por Pizarro, de Sebastián de Benalcázar, de Fernandes, los tres Pizarros, de Candia, de Diego Pizarro, de Alcántara, de los dos Sotos, de Diego de Olivares, de Alonso Valera, los dos Chaves, Peralta, Riquelme, Pedro del Barco, Sancho, de Cuellar, // [f. 35] Francisco de Fuentes, Pedro de Ayala, Diego de Mora, Francisco Moscoso, Hernando de Haro, Pedro Mendosa, Juan de Herrada, Alonso de Ávila, Pedro de Lerna, Blas de Atienza, Sierra, Zárate, López Gomera, Altamirano, Ruiz, Sotelo, Tello, Jerónimo Aliaga, Francisco Jerez, Vasco de Guevara, Villafuerte, Pedro de Vergara, Loayza, Mercadillo, Francisco de Barsona, Ruis Diaz, Juan Peres, Meza, los dos Riveras, Hernández Oviedo, Valdés, Orellana, Fermín de Vasques, Hernán Sanches, Velásquez, Antonio Picado, y ocho con los padres dominicos fray Vicente Valverde, Loayza y cuatro religiosos más del mismo orden, todos unánimemente exclamaron que quedaba todo aprobado, y que a Hernando de Soto nombraban para que fuera a los Baños en unión del hermano de Pizarro. Acto continuo se disolvió el consejo, y los nombrados durmieron esa noche porque ya era tarde, con la orden de estar listos para el día siguiente a partir en desempeño de la preparada embajada. Al cacique de Cajamarca se le avisó esta medida para que a los dos españoles, que iban cerca del inca, los hicieran conducir con una buena guardia de indios hasta los Baños, y cual custodia que llevaran, era su deber cuidarlos y preservarlos de cualquier ocurrencia imprevista y desagradable. El cacique les puso doscientos indios bien temprano y dio aviso a su inca, de que en breves momentos en su presencia tendría a los enviados de Pizarro.

Vino el día que los castellanos aguardaban, y el caudillo de estos, llamando a sus dos heraldos, les dio las instrucciones que en la noche con Valverde ya las habían estudiosamente acordado. Armáronse los dos nombrados, los que montando en sus caballos, pónense a la cabeza de aquellos doscientos peruanos y parten con Felipillo el intérprete sin más demora en dirección de aquel campo indiano de los Baños. Sabedor el inca de esta visita del hermano de Pizarro, dispónese a recibirlo, destacando a un general suyo con la división de su mando. La historia asegura que además de esto, el mismo inca fue el que se tomó este ejercicio manifestando a sus vasallos que no tenía miedo a los españoles, y menos a sus caballos, y que

si muchos de sus indios corrieron de ellos asustados, más su ejemplo denodado los hizo volver naturalmente a esperarlos. Los dos españoles, antes de llegar a la división, mandaron un indio avisando que ya // [f. 36] se hallaban próximos a su campo. La constestación del general peruano fue que avanzaran sin recelo. Entonces Hernando de Soto, por darle a entender a los indios que si no fueran amigos, él solo sería suficiente para vencerlos, con ostentosa apariencia le abrigó los acicates a su caballo, el que con el dolor del rasgo parte haciendo corbetas hasta darle con el resuello en la cara del mismo rey, que disfrazado de general dirigía esta recepción, y el que inmutable y valiente en su porra en la mano a la vanidad española contuvo. El castellano entonces sentó a la violencia de su caballo y le dijo: «Cacique, yo y mi compañero que ya llega somos los embajadores de Pizarro». «Bien», le contestó el rey. «Espera un momento aquí, que yo voy en persona a avisar al inca, para que sean conducidos a su presencia». Atahualpa, que ya había visto personalmente los caballos que deseaba conocer más que a los mismos españoles, dejó a su verdadero jefe al mando de la división y se fue a sentar en su trono, para recibir a los mensajeros como soberano. Poco tiempo después de su marcha vino la orden de que siguieran sus pasos los enviados hasta su majestuosa presencia. Los soldados del inca, por ambos costados de los caballeros los acompañaban hasta dejarlos en las puertas del palacio donde residía el inca. A su entrada admiraron la grandeza y riqueza de la casa real, la mucha gente que en ella había, y lo mismo todos los que les veían a ellos se quedaron estáticos y sorprendidos sin poder juzgar de parte quién de estos era mayor.

Presentáronse al fin al inca, al que le hallaron sentado en una silla y pedestal de oro macizo rodeado de sus jefes y cortesanos, manifestando con su séquito numeroso y deslumbrador, el alto carácter de que era investido. Los embajadores, luego que lo vieron, le hicieron un gran saludo real a la usanza castellana. Atahualpa, lleno de agrado, de bondad y de dulzura, se puso de pie y les alargó los brazos con mucho cariño y afabilidad, diciéndoles: «Seáis bienvenidos, Cápac Viracocha, a estas mis regiones». Hecha esta operación política amable, y digna de un rey noble y sincero, // [f. 37] se sentó en su silla y les dijo a los castellanos que tomaran descanso en los asientos también de oro del uso del inca, que para este acto

les había mandado tener preparados. Excusó toda etiqueta en razón de su regia dignidad para con ellos, e inspirádo luego una propia de su respeto y magnificencia característica, y muy especialmente a Hernando Pizarro, que se le instruyó que era el hermano del jefe de los españoles, dio principio a cortejarlos. Luego que los enviados se sentaron volvió el rey la cara a sus hermanos, y les dijo: «¿No veis que la cara y figura, y aun el vestuario, es el mismo que el de la estatua del dios Viracocha, que en fantasma se le apareció al inca de este nombre nuestro antecesor?». Los incas le repusieron y a la verdad eran muy parecidos a la figura. Apenas oía el rey esta respuesta de los suyos, cuando entraron dos ñustas muy hermosas de la sangre real, conduciendo cada una de ellas, dos vasos de oro llenos de licor que el inca bebía, y a las que les seguían cuatro jóvenes de la misma sangre con cantarillos del mismo metal, provistos todas de tan grato líquido. Las dos princesas, luego que llegaron a los pies del inca, le hicieron su catamiento; y después, una de ellas puso en sus manos el vaso, y la otra en las de Hernando de Pizarro, porque así el mismo rey se lo mandó. A este tiempo el hermano de Atahualpa, Titu Atauchi, le previno al intérprete Felipillo que le dijera a Hernando Pizarro, que el inca quería beber con ellos en señal de paz, de amor y de hermandad perpetua. Dicho esto, el inca tomó con él parte del vaso y el resto se lo dio a su dicho hermano Titu Atauchi para que lo concluyera; luego hizo la misma operación con Hernando de Soto, y lo que le sobró en el vaso se lo dio a otro hermano suyo de padre llamado Choque Huaman. Verificado este acto, los dos heraldos españoles quisieron exponerle la misión y él les dijo que descansasen todavía, porque estaba muy contento con ellos. No bien acabó de decirles esto el rey, cuando seis pajes entraron y otras tantas bellas infantas // [f. 38] con bandejas y fuentes de oro, bien aderezadas de toda clase de frutas secas y frescas; pan superior, y del que hacían de regalo para el rey; vino hecho de las semillas del molle, y toallas ricamente trabajadas de algodón, y de aquellas de una extremada blancura. Entonces es cuando también una de las princesas más apersonadas y consiguientemente linda por su físico natural, con suma honestidad y viveza les dijo a los embajadores: «Castellanos, oh hijos de Cápac Viracocha, serviros pues del pequeño obsequio que los presenta, aunque no sea más que para nuestro consuelo de que no habéis

despreciado las oficiosidades de nuestro sincero cariño». Los dos españoles [se] admiraron de ver tanta cortesanía en una gente que las suponían sumidas en la barbarie o torpeza. Esta princesa obsequiosa se llamaba Pillac Cisa Ñusta.* Mas luego que se gozó de este regalo, Hernando Pizarro, viendo que toda la gente estaba en cama, le dijo a Soto que empezara el discurso de la embajada, en razón de que ya el día se había vencido y no convenía dormir entre gente infiel, de quien todavía no se debía tener confianza. Hernando de Soto no se hizo de los pesados, y levantándose de su asiento le hizo al inca una cortesía castellana descubriéndose la cabeza, y haciéndole una gran reverencia se volvió a sentar y le dijo lo siguiente:

DISCURSO DE HERNANDO DE SOTO AL REY ATAHUALPA

«Serenísimo inca:

Sabrás que en el mundo hay dos potentísimos príncipes sobre todos los demás. El uno es el Sumo Pontífice, que tiene las bases de Dios. Este administra y gobierna a todos los que guardan su divina ley y enseñanza, su divina palabra. El otro es el emperador de los romanos, Carlos V, rey de España. Estos dos monarcas, entendiendo la ceguera de los naturales de estos reinos, con la cual menospreciando al Dios verdadero, hacedor del cielo y de la tierra, adoran a sus criaturas y al mismo demonio, que los engaña, enviaron a nuestro gobernador y capitán general don // [f. 39] Francisco Pizarro y a sus compañeros, con algunos sacerdotes ministros de Dios, para que enseñen a vuestra alteza y a todos sus vasallos esta divina verdad y su ley Santa, para lo cual han venido a esta tierra. Y habiendo gozado en el camino de la liberalidad real de vuestra mano, entraron tras antes de ayer en Cajamarca, y hoy nos envían a vuestra alteza para que demos principio al asiento de la concordia, parentesco, y paz perpetua que ha de haber entre nosotros, y para que recibiéndonos bajo su amparo, permita oírnos la ley divina, y que todos los suyos la aprendan y la reciban; porque a vuestra alteza y a todos ellos les será de grandísima honra, provecho y salud su cristiana recepción. He dicho».

* Pillac significa encontrar un objeto por acaso, y cisa es flor, que quiere decir flor encontrada impensadamente.

Este discurso de Hernando de Soto fue transmitido al inca por el intérprete Felipillo, quien como indio torpe, formado para el efecto de la isla de la Puná o Poechos, no entendía bien al castellano, y menos sabía la lengua general de los incas que era la quichua, por cuyo motivo, conociendo Atahualpa su ignorancia, le dijo: «tú andas tartamudeando, no expresas bien lo que dicen los Castellanos. Es una lástima que no nos entendamos; este torpe faraute* no hace otra cosa que cambiar las razones, y conducirnos de un error a otro». Pero por lo poco que medio se había hecho entender el intérprete, y la malicia que había adquirido por los ademanes y gestos de los españoles y lo que Alonso le explicó porque enviaba a esa sazón de reconocer el campo, se hizo medianamente capaz de lo que los españoles querían. Así es que tomando la palabra, les contestó a los enviados para que le dijieran a su gobernador Pizarro lo siguiente:

CONTESTACIÓN DEL INCA ATAHUALPA
A LOS EMBAJADORES ESPAÑOLES

«Castellanos,» les dijo,

«todo lo que uno de vosotros me ha hablado, no puedo decir que lo he comprendido en toda su inteligencia. Sé, sí, que vos y tu compañero son enviados por Pizarro, mas no avanzo a la verdad lo que quiere. Desde que se me avisó que él y sus compañeros habían asaltado la isla de la Puná y Tumbes con cólera, causando a sus habitantes toda clase de males, mandé a mi hermano, el inca Titu Atauchi, para que le aplacara con presentes de oro y plata, ganados y mieles que producen estas mis tierras, a las que hasta que vosotros no habéis venido ninguna otra planta de hombres extraños la había hollado. Alonso de Molina, // [f. 40] que está aquí presente, fue del mismo modo a la primera jornada de este valle, a felicitarle a mi nombre y el suyo, a ese vuestro jefe con mejores y más abundantes regalos que los primeros. Mi pariente, amigo y súbdito, el cacique de este riquísimo y lindo lugar, de mi orden os ha llenado también de otros mayores cariños y obsequios, no solo a vosotros, sino

* *Faraute* en quechua significa intérprete u hombre instruido en lenguas [En el manuscrito, Cortegana escribe «taraute» y se equivoca al señalarla como palabra quechua, aunque el significado que le atribuye es correcto. Faraute es una palabra del español utilizada en diversas crónicas].

hasta a vuestros animales, dándoseles en polvo, tejos y barras, la plata y oro con una liberalidad y profusión nunca sucedida ni vista en ninguna parte del mundo y como vos mismo así lo acabáis de confesar. ¿Qué más queréis, pues, de mí y de la de mis vasallos? ¿Qué más recibimiento he podido haceros? Sí más queréis, decídmelo claro, que yo no comprendo lo que este intérprete habla, de los que vosotros les decís me imponga, pues creo que no sabe la lengua vuestra, porque aún no puede hablar bien la mía.

«Desde que vosotros habéis ingresado a mi reino sois bien servidos y asistidos, no como huéspedes humanos, sino como a hijos de nuestro dios Viracocha, pero a estos pobres no les correspondéis bien a sus buenos oficios que practican en favor de las personas de cada uno de vosotros, porque los maltratáis y aun les habéis dado la muerte por quitarles sus pueblos, sus riquezas y familias, como ellos mismos así me han informado de tan horroroso sucesos, sacando de aquí por consecuencia que tampoco a mí me favorecéis con tales hechos, y que mis súplicas en este particular no han causado en vuestros duros corazones, aquel sensible afecto de la piedad para haberme otorgado lo que con tanta justicia os he pedido.

Pero sin embargo, castellanos, yo por una inclinación natural os amo. Yo deseo conocer a Pizarro y a todos sus compañeros; yo he tenido mucha complacencia en que hubieseis venido a este mi imperio con cosas admirables y nunca vistas por nosotros. A más de que, en vuestra venida, yo, y mis indios vemos que además de la tierra nuestra, hay otras regiones por el medio de los mares con gentes más civilizadas de la inocencia en que vivimos. Si vuestro caudillo es mi amigo y el bienhechor de todos mis pueblos, yo apreciaré que nos enseñen lo que hasta el día ignoramos. Y si él se aviene a existir entre nosotros con sus Viracochas observando unión y paz, yo le pagaré en recompensa con todo el oro y plata que quieran // [f. 41] tener, porque este suelo que pisamos está entretejido por todas direcciones con las vetas de tan ricos y nobles metales.

Medianamente he maliciado que me habláis de dos príncipes, los más grandes del mundo, y que estos os han mandado para que me enseñéis por parte del primero que hace las veces de su dios, que según me decís es el verdadero, su culto, su ley, y su divina palabra. Esta operación entiendo que sea obra aplicada de muchos días y hasta que yo, y mi gente podamos comprender el origen de él, sus atributos y sus preceptos. Y el segundo es vuestro monarca Carlos V emperador romano y

rey de España, quien es el que ha mandado de vuestro gobernador y capitán general a don Francisco Pizarro con algunos de sus sacerdotes, que entiendo seréis vosotros, engalanados de sus armas y animales estrepitosos y aterrantes. Y que aquel quiere paz y parentesco con mi real familia y vosotros con mis indios, a lo que no me niego, y antes por el contrario lo deseo mucho, tanto porque ellos adelantarán con lo que vosotros les enseñéis a ser⁵³ industriosos y trabajadores, cuanto que también el reconocimiento y creencia del Dios verdadero, siendo instruidos en sus dogmas y veneración, como yo feliz, si consigo por medio de su observancia una tranquilidad perpetua en mis dominios, teniendo a los hijos del dios Viracocha de mi parte y en mi protección.

Asegurenle, asimismo a Pizarro, que yo no le haré guerra de ninguna clase, y que por el contrario, respetando el cumplimiento de los anuncios de mis oráculos y la de mi Padre Huayna Cápac, de reconocerlos por hijos del dios Viracocha, y hombre sobresaliente a nuestra ralea, aunque atentaran contra mi vida, no les haría yo nada recibiendo más bien de sus manos y los suyos con serenidad la muerte.

El día de mañana yo iré con mi corte y ejército a Cajamarca, y este viaje consultará dos objetos. El primero será para que me explique Pizarro quién es ese príncipe que hace las veces de Dios verdadero, y se me haga demostración del conocimiento real de este mismo Dios de quien él hace su representado, para que así yo y mi pueblo abracemos su religiosa adoración con todas las veras del alma, por el convencimiento grato de haberle conocido tal cual es en su omnipotencia, sabiduría, bondad y justicia. Y el segundo // [f. 42] será también para que el mismo Pizarro me informe bien de ese príncipe que le ha despachado a él y a vosotros, tan armados, para que yo y mis vasallos seamos sus amigos, guardemos paz y buena inteligencia, y que unidos por una misma religión y creencia del verdadero dios que quiero saber y conocerle cual es, se verifique, el contraimiento de ese parentesco que se pretende hacer conmigo, al mismo tiempo que pagarle con mi visita personal a vuestra embajada porque mi ánimo es rogar a Pizarro de viva voz, para que a mis humildes indios, en lo sucesivo no les haga perjuicio ni él ni sus castellanos en sus individuos, teneres y familia».

53 En el original: «les enseñéis hacer industriosos».

De esta manera tan recomendable contestó el inca a los dos enviados españoles por el mismo intérprete Felipillo ayudado de Alonso, los mismos que luego que calló le hicieron una cortesía de despedida, y él les dijo: «Idos en paz y hasta que mañana nos veamos en Cajamarca».

Los dos extremeños salieron acompañados de Alonso y otros jefes peruanos del palacio del rey más admirados todavía que antes, de las riquezas que en él habían visto de nuevo. Apenas estuvieron afuera, cuando pidieron sus caballos, y antes que pusieran sus pies en el estribo, llegaron donde ellos dos curacas con muchos sirvientes cargados de presentes de oro y plata de diferentes piezas labradas en pasta, polvo, tejos y barretancillos, y quienes les dijeron: «Hijos del dios Viracocha, no desdeñéis de recibir este nuevo presente que os hace nuestro inca. Disimulad su pequeñez pues él quisiera que fuera de mayor importancia para la estimación de tales dioses como los sois vosotros». Los dos enviados españoles, mientras más era su admiración, tanto más crecía su codicia para dejar de aceptar los obsequios tan luego como los vieron que era para ellos. Los tomaron sin más escrúpulos que el hacerlos cargar a espalda de indios y montando acto continuo en sus coscojantes caballos, se regresaron llenos de júbilo con tan abundantes riquezas al campo de los suyos por el pueblo de Cajamarca, en donde entregaron al cacique a los peruanos que llevaron en calidad de escolta de sus personas.

Tan luego como se presentaron en su campo se dirigieron a la tienda de Pizarro, y se apearon en ella para darle cuenta de su comisión. Todos los castellanos se agolparon a la novedad, y aún más todavía // [f. 43] por ver las riquezas que cargados traían con ellos muchos indios; más al darle cuenta le dijeron lo siguiente:

«Invicto Pizarro: hemos desempeñado la comisión de embajadores tuyos con que nos honraste, con la mayor escrupulosidad como si tú mismo lo hubieses hecho. Hemos hablado con el mismo inca. Hemos recibido mil de atenciones de urbanidad y bondad de parte de este rey gentil, que nos ha dejado sorprendidos de que en una corte reputada por salvaje hubiera tanta cortesía, buena fe y dignidad que aun en las que se llaman civiles y políticas del viejo mundo. Hemos comido y bebido con el inca de sus mejores frutas, pan y licor trabajado con delicadeza para su regalo

en servicio de plata y oro y cuidados por las manos de las más bellas princesas de su familia. Hemos finalmente sentádonos a su inmediatez en sillas de oro macizo, y al tiempo de venirnos nos ha dado todas estas riquezas que traemos a espaldas de estos indios en señal de que nos ama y es nuestro verdadero amigo.

Hace esto con agrado el contenido de la misión. Y aunque él no ha quedado muy convencido de sus fundamentos a causa de que Felipillo, intérprete nuestro, no está todavía bien versado en esta clase de materias, pero él nos ha contestado manifestando su adopción y el anhelo que tiene de conoceros, y a todos los compañeros. Se ha quejado de los acontecimientos de la isla de Puná y del cantón de Tumbes, y él nos ha asegurado que mañana viene a hablaros personalmente y a recibir la instrucción por sus labios del verdadero Dios; a saber, que quiénes son el pontífice y el rey Carlos; pagaros vuestra embajada con su visita personal; y a suplicaros para que los indios sean en lo sucesivo más bien tratados por vos y los demás castellanos. Nuestro paisano Alonso os manda sus aprecio y mañana dice que tendrá el gusto de abrazaros, pues que también viene con el inca. Él se dignó acompañarnos hasta habernos puesto sobre los caballos».

Hecha así la manifestación de los embajadores a Pizarro, de la venida del inca con toda su corte y ejército, y entregados al mismo tiempo los presentes, todos se quedaron estupefactos, esperando la resolución de su gobernador en asunto tan arduo. Pero este con suma tranquilidad de ánimo, distribuyó entre todos sus paisanos las riquezas presentadas, y después de haber hecho por igual el reparto, les dio orden para que se aprestaran de sus armas y caballos para el día siguiente bien temprano, pues tenían que ir a Cajamarca a encontrar al inca, y aun // [f. 44] tal vez a darle batalla a su ejército puesto que venía con él, en número de más de treinta mil hombres. Aquí se suspende la pluma por tomar un poco de descanso, para luego en el siguiente capítulo continuar la descripción de lo más interesante del desenlace histórico de los sucesos a la sensación y vista del constante lector en esta parte de la posición del rey Atahualpa.



[f. 45] Libro I, Capítulo 4

Atahualpa, inocente de la traición que le fraguaban para su ruina los ingratos y pérfidos españoles, luego que se fueron los embajadores de estos se // [f. 46] llenó de tristeza, porque parecía que los agitados latidos de su corazón le anunciaban como precursores de su desgracia que esa sola noche era la última de su reinado. Se rodeó de sus hermanos y parientes y anunciándoles sus melancólicos y funestos presentimientos, lloraron juntos la víspera de su destrucción. Sin embargo, Alonso le distrajo diciéndole: «Inca, ten confianza en mis ofrecimientos girados a Pizarro. Si este español procede hasta ahora con la mejor buena fe, ¿para qué entonces, inca, llamar al dolor que no existe en tu noble corazón? Permíteme distribuir tu ejército desde esta tarde, en el orden que han de marchar mañana escoltando tu persona a la hora que quieras y le tengas por más conveniente el hacerlo».

Obtenido el permiso del inca,⁵⁴ Alonso le formó una guardia de diez mil hombres que circunvalara las andas de oro del rey, todos de un valor experimentado; y haciendo el centro de la línea —al mando del general Quisquis y los hermanos del mismo Atahualpa, a la vanguardia de esta fuerte división— puso a los dos mil istmeños y mexicanos a la orden de su cacique Capana y su hijo. A la derecha colocó seis mil hombres al comando

54 A partir de aquí sigue a Marmontel, *Los incas, o La destrucción del imperio del Perú*, tomo II, caps. XLVIII-XLIX.

del príncipe mexicano Gurorozimbo y otros tantos a la izquierda a las del sufrido y constante Felastiro, los doce mil hombres restantes al todo del ejército peruano, cerrando la retaguardia del inca haciendo de reserva a las órdenes del valiente general Rumiñahui, y Alonso de Molina tomó por colocación el lado de las andas del rey, su amado y protector. Distribuidas así las legiones del inca en su rededor, «yo hago votos al cielo» le dijo enseguida este joven español a Atahualpa, «para que la buena fe persista en esta conferencia y forme entre Pizarro y tú, los nudos de una sólida paz. Si yo soy engañado en mis votos, si lo soy en mis esperanzas, yo derramaré mi sangre por ti hasta morir. He aquí cuanto yo puedo hacer, sacrificándome como fiel amigo tuyo. Yo no he fiado nada al acaso». Entre tanto vino la noche y ella suspendió aquel flujo y reflujo de temores y esperanzas que una penosa incertidumbre y pensamientos confusos del destino hacían nacer en los ánimos continuamente. Mas estos movimientos apaciguados por el sueño, se les renovaban cada vez que recordaban cada uno de ellos para ver que se les aproximaba el día. Pizarro, que ve también los primeros albores de este, y de su fortuna, hace tocar el clarín guerrero la diana y esta es la señal de alistarse para marchar a la plaza de la población.

No bien los rayos de la luz se habían esparcido sobre las alfombradas campiñas en cuyo terciopelo verde, coloreando variadamente pastan sus intrépidos corceles, y es cuando el mismo clarín, resonando por los inmediatos cerros, impone la orden de marchar al trote, a los que entre pocas horas habían de ser con tan corto número los conquistadores y reguladores del famoso Imperio de los incas.

[f. 47] Llegan pues los españoles a la plaza de la ciudad y en ella se distribuyen en el orden siguiente. A su altiva caballería la dividen en tres trozos. El primero es mandado por Hernando Pizarro, el segundo por Sebastián Benalcázar o Moyano y el tercero por Hernando de Soto, los mismos que se emboscan con sus respectivos soldados montados detrás de unos elevados paredones para que los Indios no los vieran y sorprendiéndolos súbitamente, o atropellándolos por diversas direcciones bajo el aparato de un completo bullicio de muchos caballos corveteando a la vez, huyan pavorosos y asombrados abandonando al inca, cual presa era el ahínco de todas las combinaciones y deseos de Pizarro. Este se puso en

persona, acompañado de Valverde —que tenía un crucifijo y un libro en las manos—, a la cabeza de sus mosqueteros y artillería, para hacer vomitar el fuego de estas bocas, contra un rey pacífico, bondadoso y hospitalario que rebosando en la sinceridad, buena fe y confianza, había de presentárseles como un inocente cordero para hacer víctima de tales lobos hambrientos que ya lo esperaban infames y dolosos por devorarlo junto a sus inocentes, sencillos y sumisos indios. Para darle más amplitud a estos sus cautelosos fuegos, se estableció Pizarro con su tropa a un extremo de la plaza donde había un tambo y era su localidad una plazoleta limpia y extensa; donde haciéndose con hipocresía —él y sus compañeros— los humanos y admiradores de la grandeza del inca, le anhelaban ansiosos de que llegara tanto más pronto posible para quitarle la vida por el oro que traían las andas, sus adornos y sus armas.

Mas volviendo al campo del inca ha de saberse, que luego que aclaró el día saludó al Sol su padre y elevando sus votos al dios Pachacamac por el buen resultado de su entrevista con Pizarro, hizo que su gente se alimentase bien para que en todo el día de la función que iban a desempeñar, no flaquearan de hambre. Asimismo reunió a todos sus generales, grandes y oficiales de la corte, y les dijo: «Vamos a almorzar porque tengo no sé qué presentimiento que esta sea la última vez que comeréis con vuestro inca». Sus jefes se consternaron acabándole; sus hermanos y princesas lloraron abrazándole; y solo Alonso, conmovido, le consoló disipándole de sus téticas impulsiones que naturalmente harían sus presentes males, pero los intrépidos príncipes mexicanos, y particularmente Guorozimbo, sin particular de enternecimiento alguno, sino más bien animado // [f. 48] de un brío sostenedor y vengador de Atahualpa, le dijo a este: «Inca, si tú, amilanado, sigues los pasos de irresolución bajo la misma calma de bondad que hacía Moctezuma, te pierdes como él y nos pierdes a nosotros y a tus pueblos. Consiente en que les hagamos la guerra a estos hipócritas españoles y lo salvarás todo con honor y con gloria. Advierte que Pizarro es de la misma casta que Cortés. Ambos tratan de conquistar; ambos tienen sed implacable de oro; ambos usan del mismo lenguaje y motivo; y los mismos medios de dolo, usa Pizarro que Cortés. Y en suma, inca, todos son lo mismo, porque todos son enemigos nuestros como fieros españoles».

«Vamos a verle», repuso el inca resignado. «No todo se puede hacer con precipitación». Guorozimibo desde entonces calló, y aunque conocía evidentemente que se iban a repetir con Atahualpa y Pizarro, los sucesos de su patria, en el fondo de su alma exclamaba: ¡Todo lo veo perdido! Su moderación ya no quiso importunar más al rey, que entre el peligro cierto y una incertidumbre de que los castellanos por sus obsequios, bondad y mansedumbre vendrían a ser sus amigos, existía confundido y sin una enérgica resolución para atacar o defenderse de las insidias de tan alevosos maquinadores de su trono y gobierno. Al fin se sirvió la mesa y concluida esta, todos los jefes se fueron a ocupar sus puestos esperando la salida del rey para empezar la marcha.

Las diez de la mañana eran cuando al fin Atahualpa salió de su palacio en sus andas de oro, ricamente adornado de esmeraldas, turquesas y este rico metal en su corona, hacha y vestuario, cargado en los hombros de sus más nobles vasallos, rodeado de los incas y parte de la familia real que se hallaba con él y también Alonso de Molina. Estando el ejército formado aguardándole, y todo el que al divisarle le acata inclinando una rodilla, y luego rompieron a su señal la marcha para Cajamarca, en el orden que ya desde la tarde anterior se hallaba arreglado. A la vanguardia del ejército iban muchos indios del pueblo quitando las piedras y pajas del camino por donde había de pasar. Toda su corte y nobleza tornaban también las andas, de modo que su marcha figuraba una procesión sumamente pomposa. Una legua de distancia que hay de los Baños a la ciudad de Cajamarca por una llanada preciosa, no la rindió sino al cabo de veinticuatro horas de haber andado el camino a un paso tardío y majestuoso, o porque parecía que su inocencia pugnaba demorándole con la fatalidad de su indolente, atentatorio, pérfido y cruel destino, y la prueba de ello era que siendo este inca tan belicoso, no llevara el ánimo hecho de pelear con los castellanos, sino por el contrario resuelto a morir indefenso y como una criatura sujeto a los preceptos de su padre. Tal viene a ser el poder de una fantástica superstición, cuando se apodera del genio y alma del hombre, que creía este rey enfatuado en las engañifas españolas, que solamente iba a oír por boca // [f. 49] de Pizarro la embajada del papa de Roma y de Carlos, rey de España. Bien pronto se desengañó, experimentando los inesperados efectos de su

credulidad insensata, que a pesar de los esfuerzos de Guorozimibo concluyó con la vida y su reinado.

Llega al fin el inca a los suburbios de Cajamarca y divisa ya la tropa de Pizarro que avanzaba formada al frente del tambo, y la que era fácil reconocer por el brillo de sus resplandecientes armas. Ella se aproxima, el rey entra a la plazoleta y le aguarda sobre su trono de oro sostenido por veinte caciques. Los españoles, desplegados en dos líneas que hacían más pequeño su frente porque no vieran los indios más que a los infantes apeñascados con apariencias de miedo, cual situación insignificante al parecer del rey Atahualpa, le llenó de compasión y ordenó a los suyos diciéndoles: «A estos mensajeros de Dios no hay para qué hacerles guerra, sino más bien mucha cortesía y dulzura para hacerlos nuestros amigos, puesto que de tan lejas tierras han venido para que como Alonso sean nuestros parientes dignos de ser amados». Más en esto Pizarro y treinta de sus guerreros montan en sus belicosos caballos y se adelantan acompañándolo con paso altivo y grave a tiro de piedra, y entonces este caudillo les ordena que ahí se detengan. Y acompañado solo de fray Vicente Valverde y de diez de sus tenientes, se llega con una notable seguridad ante el trono del inca para darse a conocer. Esta operación atrevida tenía sobre ella todos los ojos fijos, no solo a los de entre ambos partidos sino hasta a las últimas familias del pueblo y sus cercanías. El murmullo de las tropas del inca hace silencio y desde lo alto de un caballo negro que alza su cabeza al nivel del tronco del inca, Pizarro le habla al rey en los términos que siguen:

ALOCUCIÓN DEL GOBERNADOR DON FRANCISCO PIZARRO
AL INCA ATAHUALPA

«¡Gran príncipe, tú sabes ya quienes somos, y ojalá que el nombre español fuese menos famoso de lo que ya es en este nuevo mundo, pues que no debe su celebridad sino a horribles calamidades! Pero la vergüenza del crimen no debe recaer sino sobre el criminal; y si la fama la ha extendido sobre el inocente, ella es injusta, que tú no debes serlo. Si yo // [f. 50] creyera a tus enemigos, yo te miraría como el más bárbaro de los tiranos. Pero tus amigos me han respondido de tus derechos justos, de tu equidad o por mejor decir, de tu incomparable generosidad, y yo los creo porque tus hospitalarias liberalidades así nos lo comprueban.

Sigue pues tratándonos del mismo modo o al menos, sin llevarte de sugerencias de los males que han experimentado otros países de este nuevo mundo. Antes de juzgarnos empieza a conocernos y no hagas recaer sobre nosotros los males que no hemos hecho.

Cuando los incas, tus abuelos, fundaron este imperio y colocaron bajo de sus leyes a los pueblos de este continente, ellos les dijeron: “Os traemos un culto, artes y leyes que os harán mejores y más felices”. He aquí, el título de su conquista. Este título es el mío, y como ellos, yo me anuncio por beneficios. No tendré trabajo en persuadirte que somos superiores por la industria y las luces a todos los pueblos de este mundo. Con los frutos de tres mil años, y de experiencia y de trabajos, es con lo que venimos a enriqueceros. En vuestras leyes, yo no mudaré sino lo que tú mismo creyeres útil de mudar por el bien de tus pueblos. Y estas leyes y la autoridad, que es el apoyo de ellas, quedarán en tus manos, y tus pueblos, no tendrán la desgracia de perder un buen rey. Protegido por el mío, tú serás su amigo, su aliado y su tributario. Y ese tributo, ligero para ti, no es sino la participación de un bien que os prodiga en esta tierra la naturaleza, cuando ella nos ha negado a nosotros. En cambio del oro, os traemos hierro, presente inestimable, y para vosotros, mil veces más útil y más precioso para los favores de otras tierras. Nuestros frutos, nuestras cosechas, nuestros ganados son riquezas todas de nuestros climas y los más deliciosos al gusto que sirven de alimento al hombre. Los otros animales, a la vez robustos y dóciles son criados para compartir sus trabajos con él, con el dueño que los ejercita; los productos de nuestras artes hacen el encanto de la vida; al paso que nuestros secretos os ayudan en vuestros sentidos a multiplicar nuestras fuerzas; secretos para curar o aliviar vuestras dolencias; mil frutos que el hombre industrioso ha hecho producir a la naturaleza; mil descubrimientos útiles para subvenir a sus necesidades para añadir a sus placeres: he aquí lo que yo te prometo en cambio de ese metal, de ese polvo brillante cuya necesidad sois bastante felices para no conocerle. Tal es, inca, la concordancia pacífica y el comercio mutuo que mi amo Carlos de Austria, poderoso monarca del oriente, me ha encargado de ofrecerte».

Calló Pizarro. Al silencio del jefe español, Atahualpa desde su trono, lleno // [f. 51] de gozo y de reconocimiento a las ofertas que le acababa de hacer, le respondió a Pizarro diciéndole:

«Castellano: bien me persuadía yo que merecerías ser el caudillo de estos bizarros españoles como tú. Ni podría ser de otro modo, si tú no fueras un genio superior a todos ellos para haber merecido la confianza del poderoso príncipe que te ha mandado a estos mis estados.

Tu actual discurso, justifica bastante la buena opinión que me había formado de tu rectitud y de tu generosidad en cuanto me propones para el adelantamiento de mi imperio. En todo veo que procedes con justicia y con aquel tino que es característico a los hijos del dios Viracocha, como mis anteriores lo han dejado prevenido.

Si afanzamos la paz como tú lo quieres, las montañas donde nace y se cría el oro te serán abiertas a ti, a tu rey, y a todos tus castellanos, pues esta mi franqueza la considero, muy pequeña recompensa hacia la amistad de una reacción ilustrada, que nos trae sus luces, y la alianza de un gran rey por mejor felicitar no solamente a mí, sino a todos mis vasallos».

A esta respuesta del inca, replicó Pizarro diciéndole:

«Inca, has de saber asimismo que, más sublime que todas nuestras luces, es el conocimiento de un dios verdadero, de quien la tierra, el cielo y el sol son la obra tan solo de su querer. No te ofendas por ella. Ese hermoso astro de quien tus abuelos se decían ser hijos, es sin duda la más estupenda maravilla de la naturaleza; pero él mismo ha salido de manos de un creador, y él no hace sino obedecer, dando su luz al mundo. Es, pues, Dios quien de una ojeada ha prescripto al sol su carrera, a la mar sus límites, su reposo a la tierra, a los cielos sus revoluciones, a la naturaleza entera sus movimientos diversos, su orden, sus leyes eternas, y es solo a él, a quien únicamente se debe adorarle».

«No me es hasta ahora nada de nuevo lo que tú me anuncias», le respondió el inca, «pues ese dios que tú me pintas, no nos era desconocido al tener un templo entre nosotros, el cual está dedicado al que anima al mundo, y se llama Pachacamac. ¿Mas por qué este ser tan sublime no había de ser el Sol? Esa brillantez continua; esa majestad de su curso, parece que son muy dignos de él». «Inca», le preguntó Pizarro,

«¿si de una extremidad del imperio a la otra, yo viese todos los años a un viajante ir y venir sin moderar jamás su carrera, sin reposar un momento,

sin extraviarse un paso, lo habría yo de tomar por el rey del país, o por uno de sus mensajeros? El Dios del universo no tiene hora prescrita, ni espacio determinado; él está sin cesar sus designios y en todas partes presentes. Aquel a quien oscurece una nube, y que no puede iluminar a una mitad del globo, sin dejar la otra en la obscuridad, no es el Dios del universo. En otro tiempo tus pueblos adoraban el mar, los ríos, y los montes. Todos los que como el sol, tienen sus puestos en la naturaleza; mas todo no hace otra cosa sino obedecer y servirle. Adoremos al que manda; y para tener una idea de él, escucha lo que nuestros sabios nos han revelado. Estos hombres ejercitados en ver lo que pasa en los cielos, están todos persuadidos de que el mundo en que estamos no es el solo mundo habitado; que // [f. 52] hay otros muchos en el espacio, y que cada una de las estrellas es un sol más lejano de nosotros hecho para ilustrar a esos otros mundos todos sometidos a la misma ley. El que los gobierna a todos y a quien todos obedecen ese es el dios a quien yo adoro. Juzga cuán superior es este dios al tuyo».

«Bien, Pizarro», le dijo el inca.

«Tú tienes ese conocimiento porque has nacido en un país donde ya se adoraba a ese dios del que me hablas, y no hay mayor dios que aquel que desde pequeño se nos enseña que lo es. No obstante, tus observaciones son conformes con la verdad de lo que debe ser un dios sobre todas las cosas superiores. Yo no niego que tú me has confundido, pero te lo agradezco porque me has ilustrado. Desde este momento empiezo a convencerme de que mis abuelos fueron engañados en su creencia al Sol, pero nunca en el Pachacamac, que es el mismo dios superior que tú le veneras. ¿Dime ahora solamente, si tu dios es justo y bueno, y si su ley hace al hombre un deber de serlo?».

«Él es», le respondió Pizarro, «la justicia y la bondad misma, y el único deber del hombre es parecerse a él». «Basta, Pizarro», le dijo el inca. «Ya no te preguntaré más, si todo lo que me has dicho lo cumples, ven pues a instruirnos. Ven a iluminarnos con tu razón, a enriquecernos con tu sabiduría bien seguro de hallar corazones dóciles y agradecidos que observarán ciegos tus doctrinas santas y benéficas, al conocimiento de ese nuestro dios, que tú y yo lo hemos encontrado hoy en su efectiva esencia».

Cuando en este estado estaban los asuntos de catequización entre Pizarro y el inca; cuando bajo tan nobles sentimientos todo anunciaba paz

y buena armonía, es cuando el mentiroso y frenético Valverde pide hablar a su turno. «Sí, príncipe», le dijo al inca; «lo que acabas de oír es positivo y su verdad es sensible. Se trata ahora de olvidar tu propia razón o de humillarla bajo el yugo de la fe. He aquí lo que la fe te enseña. Escúchame».

DISCURSO DEL PADRE VALVERDE AL REY ATAHUALPA⁵⁵

«Has de saber, poderosísimo rey, que Dios, trino y uno, creó el cielo y la tierra, y todas las cosas que hay en el mundo. Él cual da los premios de la vida eterna a los buenos y castiga a los malos con pena perpetua. Este Dios al principio del mundo, creó al hombre del polvo de la tierra, y le dio el espíritu de vida que nosotros llamamos alma, la cual hizo Dios a su imagen y semejanza. Por lo cual todo hombre consta de cuerpo y ánima racional. De este primer hombre a quien Dios llamó Adán, descendemos todos los hombres que hay en el mundo y de él tomamos el principio y origen de nuestra naturaleza. Este hombre Adán, pecó quebrando el mandamiento de su creador y en él pecaron todos los hombres que hasta hoy han nacido, y los que nacerán hasta el fin del mundo. Ningún hombre // [f. 53] ni mujer hay libre de esta mancha, ni la había sacado a nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo hijo de Dios verdadero, descendió de los cielos y nació de la Virgen María para redimir y librar de la sujeción del pecado a todo el género humano. Finalmente murió por nuestra salud en una cruz semejante a esta que tengo en las manos por la cual, los que somos cristianos, le adoramos y reverenciamos.

Este Jesucristo, por su propia virtud, resucitó de entre los muertos y a los cuatro [sic] días subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios padre todopoderoso. Dejó en la tierra a sus apóstoles y a los sucesores de ellos, para que, con palabras y amonestaciones, y otros caminos muy santos, atrajesen a los hombres al conocimiento y culto de Dios y a la guarda de su ley.

Quiso también que San Pedro, su apóstol, fuese príncipe así de los demás apóstoles y de los sucesores de ellos, como de todos los demás cristianos y vicarios de Dios; y que después de él todos los pontífices

55 Este fragmento, proveniente de la obra de Marmontel, es una novelización de la lectura del *Requerimiento*, documento legal que los españoles leían en voz alta a los indígenas para exigirles su sometimiento y justificar la apropiación de sus territorios.

romanos sucesores de San Pedro, a los cuales los cristianos llamamos papas, tuviesen la misma suprema autoridad que Dios le dio. Los cuales todos, entonces y ahora y siempre, tuvieron cuidado de ejercitarse con mucha santidad en predicar y enseñar a los hombres.

Por tanto, al papa romano pontífice que hoy vive en la tierra, entendiéndolo, que todas las gentes y naciones de estos reinos dejando a un Dios verdadero, hacedor de todos ellos, adoran torpemente los ídolos y semejanzas del Demonio, por lo que queriendo traerlas al conocimiento del Dios efectivo, concedió la conquista de estas partes a Carlos V emperador de los romanos, rey poderosísimo de las Españas y monarca de toda la tierra. Para que habiendo sujetado estas gentes, y a sus reyes y señores, y habiendo echado de entre ellos los rebeldes y pertinaces, reine él solo, rija y gobierne él solo estas naciones y las traiga al conocimiento de Dios y a la obediencia de la Iglesia. Nuestro poderosísimo rey, aunque estará muy bien ocupado o impedido en el gobierno de sus grandes reinos y provincias, admitió la concesión del papa y no la rehusó por la salud de estas gentes y envió sus capitanes y soldados a la ejecución de ella, como lo hizo para conquistar las grandes islas y las tierras de México, sus vecinas. Y habiéndolas sujetado con sus armas y potencia, las han reducido a la verdadera religión de Jesucristo, porque ese mismo Dios dijo que los competiesen a entrar en ella.

Por lo cual el emperador Carlos V eligió por su lugarteniente y embajador a don Francisco Pizarro (que está aquí) para que también estos reinos de vuestra alteza, reciban el mismo beneficio y para asentar confederación, y alianza perpetua, amistad entre su majestad y vuestra alteza y todo su reino le sea tributario. Esto es, que pagando tributo al emperador, seas su súbdito y de todo punto le entregues el reino y renuncies a la administración y gobierno de él, // [f. 54] así como han hecho otros reyes y señores. Esto es lo primero. Lo segundo es que hecha esta paz y amistad, y habiéndose sujetado de grado o fuerza, has de dar verdadera obediencia al papa, sumo pontífice, y recibir y creer la fe de Jesucristo nuestro Dios y menospreciar y echar de ti totalmente la abominable superstición de los ídolos, que el mismo hecho te dirá cuán santa es nuestra ley y cuán falsa la tuya y que la inventó el Diablo. Todo lo cual (oh, rey) si me crees debes otorgar de buena gana, porque a ti y todos los tuyos les conviene muy mucho. Y si lo negares, sábetelo que serías apremiado con ira a fuego y a sangre, y todos tus ídolos serían derribados por tierra y te constriñéremos con la espada (a que dejando tu falsa religión) que quieras que no quieras recibas nuestra fe católica y

pagues tributo a nuestro emperador, entregándole el reino. Si procuráis porfiarlo y resistir con ánimo obstinado, tendrás por muy cierto, permitirá Dios que como antiguamente faraón y todo su ejército pereció en el mar Bermejo, así tú y todos tus indios serán destruidos por nuestras armas».

Esta fue la oración seca, áspera y nada inteligible para el inca, que le hizo Valverde. Él creyó sin duda que en ese mismo momento iba a ser el príncipe un teólogo profundo y que solo porque él le hablaba quedaría instruido de la lengua española y desde luego sabedor de los misterios de la religión cristiana. Bien imprudente se engolfó en la profunda oscuridad de nuestros misterios, en cuyo número comprendió la autoridad de un hombre propuesto por Dios mismo para comandar a los reyes, dominar sobre los pueblos, disponer de las coronas como de todos los bienes de los soberanos y de los súbditos, y hacer exterminar a todos aquellos que no le estuviesen domesticados. Atahualpa, asombrado de un lenguaje tan extraño para él, preguntaba con dolor al que acaba de hablar. «Ay» suspirando le dijo, «¿y en dónde habéis aprendido todas esas cosas de tus dioses, en uno solo a más del que nosotros adoramos en el solo Pachacamac?». «En este libro», le responde Valverde con tono lleno de arrogancia. «En este libro inspirado y dictado por el Espíritu Santo mismo; en este libro que contiene también los Santos Evangelios, es decir la pasión de nuestro Señor Jesucristo, escritos por sus apóstoles». «Bien», le dijo el inca.

«Sí eso es así tú tienes diferente religión y diferentes dioses al que me ha hecho saber Pizarro. Él me presenta un hacedor supremo, su legado de este en la tierra y su rey Carlos, más tú me instruyes de tus dioses en uno solo, es decir, un trino. Después a ese señor Jesucristo, sus apóstoles, al papa y el rey Carlos: cosas son estas, a mi entender, confusas y contradictorias que no las puedo comprender. Pero supuesto que ese libro es tu maestro y que del saber todo lo que me ha dicho, quiero oírlo a ver si me esclarece mejor estas dudas para penetrarme de la certidumbre de cómo son tantos dioses en uno, y así concebirlo y admirarlo de tan grandiosa existencia nunca oída ni imaginada en el reinado de los incas, y me resigne a obedecerla, // [f. 55] respetarle y tributarle todo el culto de adoración que merece».

Tomó entonces en las manos el libro de los evangelios sin conmoverse. Y después de haberle abierto, recorrió con la vista, y aplicada al oído, le dijo a Valverde: «Todo lo que Pizarro me anuncia lo concibo y lo aceptaré sin trabajo alguno, pero lo que tú me dices no puedo absolutamente comprenderlo; y este tu libro, mudo para mí (alargando la mano para devolverle, en cuyo acto se le cayó al suelo), no me instruye nada». Dicen que añadió algunas palabras ofensivas como la de decirle que seguramente, el papa sería algún loco pues que había dado liberalmente al rey Carlos lo que no era suyo y mucho más loco todavía cuando se había arrogado el derecho de mandar a los reyes, y disponer de los imperios de estos.

La caída del libro, fuere por desprecio como supuso Valverde, o por un natural descuido, lo cierto es que no fue menester más para que este sacerdote fanático, arrebatado de ira, tórnase hacia los españoles y conminándolos a gritos a la venganza en nombre de la religión, de que aquel bárbaro monarca peruano la había menospreciado y cuya prueba era la caída del libro sagrado a tierra, que le había arrojado por los pies, para que al instante saliere un fuego rápido y mortífero de los mosquetes y arcabuces españoles, y anuncien la más injusta guerra y sea el desarrollo de la más negra maldad dolorosamente tramada. Ábrese el batallón y del centro truena el cañón de bronce, y vomitó sin respeto ni piedad la muerte. Al ruido de aquellos volcanes artificiosamente preparados que se cruzan, se abrazan y braman; al estrago imprevisto que invisibles golpes hieren y matan delante del trono del rey, túrbase este. Ve a sus pies su guardia despavorida y trémula, estréchanle por toda defensa y parecen a ser vistas cual un rebaño humilde en medio del cual cayera el fuego devorador del rayo. El inca les había prohibido a sus soldados toda especie de hostilidad para con los facinerosos castellanos que ya derramaban su sangre y cegaban sus vidas, y ellos pacientes, no obstante estos traidores asesinos [ilegible] observan su orden. Un alboroto que hubo antes de que se rompiera el fuego entre indios y españoles, fue originado por la sed insaciable de oro que tenían aquellos malévolos, los que no pudiendo resistir la demora de las conferencias de Pizarro y Valverde con Atahualpa, se precipitaron de sus filas para cargar a los indios que tenían muchas y muy ricas joyas de oro, la plata, y de piedra preciosa, que como gente confiada y sencilla de

que solo venían con su inca a oír la embajada del Dios del universo, había a cuál más engalanados con ellas a sus // [f. 56] personas para hacer más de vida y solemne su asistencia. Pero ellos, además de acometer a los indios por tal vil interés, se subieron también a una torrecilla a despojar un ídolo que allí habían adornado con muchas y dobles planchas de oro, plata y piedra de superior calidad, con cuyo desorden los indios, que no estaban acostumbrados a ver semejantes acciones ni robos, se levantaron a defender a sus propiedades tan licenciosamente atacadas con grandísimos alaridos.

El inca, viendo lo que pasaba desde lo alto de su trono, lleno de paciencia, a fin de evitar de todos modos la guerra, mandó a los suyos que no hicieran caso de esas superfluas decoraciones que sus hogares les producían, y que no les hiciesen nada a esos enfermos de mal tan degradante. Cálmalos de tal modo, pero a la avaricia castellana nada la contenía, ni los llamaba al orden el poderoso deber de reparar por su honor, y de que tales propasamientos tolerados por solo el querer de un rey sumamente bondadoso, y afecto a ellos, podría perderlos para siempre, si con tantos insultos y desacatos llegaban a existir sin aletargada rabia. Pero el destino fatal del inca y del Imperio peruano estaba resuelto, ser en ese día la presa de las aventuras españolas. Roto ya el fuego, la sangre indiana vertida y los indios expirantes tendidos por el suelo, de las heridas de las balas y las espadas toledanas, ya no era el campo de la catequización a la ley de Dios por la palabra sino el teatro de la más cruel degollación de indios inocentes. En tan críticas y amargas circunstancias, Alonso de Molina furioso les excita para le sigan y que se arrojen desesperados sobre aquella tropa de asesinos. «¡Vengaos, y vengadme a mí de esos traidores que deshonoran mi patria! ¡De ese Pizarro que abusando de la virtud de Las Casas, le hizo que me escribiera esa carta fatal que ha hecho la pérdida de este sincero rey de sus súbditos! ¡De mi hijo; mi esposa y mi persona misma! ¡Defended, salvad al rey!». A estas palabras, el joven siéntese herido y cae. El inca vele caído; mas Pizarro atrevido y cruel carga a la cabeza de su infantería sobre el rey. Entonces Guorozimibo, irritado, le dice a sus indios que comanda: «A nosotros nos toca exterminar a estos monstruos de perfidia. Seguidme amigos, salgamos a resistir y repeler a Pizarro y apoderémonos de sus rayos». Marchó con ellos sin rodeos hacia aquellas bocas asoladoras que truenan

delante de él y ya no las oye; sus amigos fusilados le inundan con su sangre; los pedazos de su carne; los despojos de sus huesos caen sobre él de todas partes; su furor le ciega y le arrastra. Felantiro al ver su carga, le sigue también con sus divisiones como amigos desventurados. Se encuentran los dos, se abrazan y con la cabeza baja son los primeros que se arrojan sobre las baterías mandadas por Pedro de Candía, que por una explosión formidable les reduce a polvo. Ellos desaparecen en un torbellino de humo y de su bizarría y desgraciada tropa, el acero del castellano derriba lo que no ha destruido el fuego traidor de estos malvados.

[f. 57] Sin embargo de este espantoso desastre tan pronto como el pensamiento, no desalientan al sereno general Quisquis, a los príncipes Titu Atauchi, Choque Huaman, Sumac Yapanqui y Quilliscacha, incas grandes y nobles de la corte de Atahualpa. Todos con los diez mil hombres de guardia del trono se apiñan alrededor de este, como única defensa que pueden hacer del furor español para salvarle. Entre tanto Huapana con sus dos mil mexicanos e istmeños, y Rumiñahui con los doce mil indios de reserva, procuraron envolver a los fuegos españoles, pero en aquel momento como una aparición repentina, preséntanse con una fogosidad indomable los tres escuadrones emboscados. Estos vuelan sobre nubes de hombres indefensos, atropellando y acuchillando a las víctimas destinadas por un hado sangriento a suerte tan lamentable. Los caballos de Hernando Pizarro, Cristóbal de Mena, Sebastián de Benálcazar y Hernando de Soto, unos cercan a los indios y otros al sonido del degüello tocado por el trompeta, el bufido de los metales de cascabeles y consumado con el estruendo de los cañones de sencillo y grueso calibre, reparten hondas heridas o infinitas estocadas y cortes mortales en los cuerpos de los indios, al paso que esos jinetes furiosos a pechada derriban a los batallones y abrigando las espuelas al ijar de los descansados corceles, saltan por medio de las púas, pisan, acorralan una multitud de peruanos echados por tierra, y el acero empapado en sangre redobla tan feroz carnicería. Más de seis mil hombres son degollados de la guardia del inca, y todos los demás van a serlo. Los que cargan el trono apenas tienen tiempo para remudarse y todos perecen, y el moribundo herido cae de repente sobre el muerto a quien ha reemplazado. Pizarro, que todo su ahínco es ser el primero de sus soldados, se

arroja sobre el medio de sus furiosos castellanos hasta llegar a donde se halla Atahualpa. Ponerse él mismo al frente de sus asesinos de los indianos; adelantárseles, penetra y llega con espada en mano a la vez que con los soldados españoles Miguel Astete y Alonso de Mena,* que le da al inca el primero una cuchillada que solo hiere en la mano a Pizarro. Preso este, con su otra mano agarra al príncipe de su vestido, le arrastra, échale a sus pies y entonces Astete quítale de la cabeza la corona y la borla colorada, pero luego exclama lleno de victoria y alegría diciendo a todos los suyos:

«¡Castellanos! Atahualpa es mi prisionero, vivo le conservo para que tengamos todos sus tesoros». Esta voz anunciadora de la rica presa infundió, desde luego, el respeto a la rabia. El rey Atahualpa estuvo ya en manos de sus verdugos, en uno de los días del mes de diciembre del 1531, aunque Herrera dice que fue el día viernes tres de mayo de 1533, día de la Santísima Cruz, y el Padre Velasco el 16 de noviembre de 1532, habiendo sido la víspera de este hecho la primera erupción volcánica del Cotopaxi, es decir el 15 del mismo mes y año, pálido, turbado, fuera de sí. Cae en fin desmayado, pero luego de verse todo bañado de la sangre de sus indios, reúne en medio de sus conflictos a los cuerpos de sus amigos destrozados, atravesados, acribillados a golpes. Él los abraza con gritos tan dolorosos que conmueven a sus verdugos mismos, que lo escoltan. Llegan // [f. 58] un poco más allá y ve a los cuerpos de Guorozimibo y Felastiro, corre y los abraza «¡Oh, amigo Guorozimibo! ¡Oh, hombre previsivo y verdadero! ¡Cómo conocías bien lo próximo de mi desgracia! ¡Cómo han salido todos tus anuncios confirmados! ¡Yo no fuera quien pasara hoy por este acerbo dolor, sí de sus consejos me hubiera llevado! ¡Tú solo conocías bien la perfidia, el dolo y la traición del asesino castellano!». Y volviéndose al cuerpo de Felastiro le dice:

«Y tú, ¡modelo de la constancia! Escaparte de las furias españolas en tu patria. Amaytiti, tu amante y tu compañera acrecentó tu dolor, sepultándose en las ondas de Tumbes por librarse de la cautividad de estos monstruos, nuestros comunes opresores. Mas tú hoy has pagado esa

* Astete era natural de Santo domingo de la Calzada y Mena de Toledo.

deuda que ello se te anticipó en mi defensa, a las mismas manos tiranas que te quitaron a tu rey, a tu querida Amaytiti y a tu misma patria. ¡Guorozimibo, Felastiro! Ya todos somos iguales. Pronto en la tumba os seguiré para que en nada me aventajéis. Vosotros erais mis [ilegible], pues yo soy ahora el más desdichado de los reyes, porque aún os sobrevivo para pasar por las amarguras crueles de ser prisionero y maltratado de estos feroces castellanos, de este fementido Pizarro».

Andando un poco más, y en el centro de una multitud de cadáveres, descubre el cuerpo de Alonso. «Caro y funesto amigo, tú me has perdido», dijo, «pero te han engañado. Tu desgracia es la de haber tenido el alma de un indio». A estas palabras, apercibiéndose de que Alonso aún respiraba: «Ah, ¡cruel!», le dijo a Pizarro, «salva al menos al que me ha entregado a ti; que sin su eficacia en saberse captar mi voluntad y mi confianza, no seríais hoy mi destructor, ni yo habría consentido en aceptar tus falsas promesas con que has logrado atar mis pies, desarmar mi brazo y enmudecer mi boca». Cuando en este estado estaba el gobernador con su prisionero el rey Atahualpa, el agonizante Alonso, se le presentó Hernando Pizarro con la espada goteando de sangre; y entonces le encarga de guardarlos a los dos y de tomar cuidado de ellas, y él corre a reunirse a sus castellanos, que incansables perseguían a los de las legiones del inca en el cerco de la isla a que le habían formado tomándole sus salidas y entradas. Y sabiendo que ya su rey se hallaba preso, afectados del degüello general que les hacían los españoles a caballo y huyendo de esta impetuosa carnicería, todos unánimes se abrieron paso empujando una pared doble y de pulida cantería, que había formada desde el tiempo del inca Pachacútec que conquistó a la nación cajamarca. Derribaron con la fuerza del empuje más de cien pasos de ella para poder salir a refugiarse con la velocidad de sus pies en el campo. Del cual suceso, varios autores han dicho que aquel muro doble y sólido y sus deformes piedras se mostraron // [f. 59] más piadosos y sensibles a los conflictos y sufrimientos de los inocentes indios, que los corazones más que empedernidos de los españoles, pues que se dejaron caer para dar salida a su escape de ese sitio que los habían encerrados para pasarlos a todos a cuchillo. Los españoles no se contentaron con verlos huir despavoridos,

sino que todavía persiguiéndolos los lanzaron hasta que la oscuridad de la noche se los borró adelante. Luego saquearon el campo, donde tomaron muchísimas joyas, plata y piedras preciosas, sin que la población ni sus caciques se escaparan de tan inaudito comportamiento, y sin contentarse con esto todavía los descuartizaban todos los días para darles carne a sus hambrientos perros.

En los Baños y su real morada hallaron cinco mil mujeres, que aunque tristes y desconsoladas recibieron bien por temor a los castellanos. Luego procedieron al saqueo de los alcázares del inca, en donde encontraron muchas tiendas famosas para acampar, infinita ropa de vestir y de servicio, de excesiva finura, de colores vivos y una blancura sorprendente. Entrando a varios almacenes de los útiles de servicio de la persona regia, hallaron multitud de lindísimas piezas y vajillas de plata y oro. Unas de ellas, aseguran los historiadores antiguos, que tuvo ella sola de peso dos quintales de oro, es decir ocho arrobas castellanas; muchas tinajas, viches [sic], ollas, cántaros, calderos, jarros, vasos, escudillas, mesas sillas, armas y otras infinitas piezas diversas más de servicio y de lujo, todas de este mismo metal, además del oro en polvo, en tejos y barras almacenados, pues solamente la simple vajilla que estaba en actual servicio del inca les dio el valor de más de cien mil ducados a los españoles que la saquearon.

Pero volviendo al destrozo de los españoles en las vidas de los infelices indios, bastará decirse que en medio de aquellos cuerpos mutilados, muertos y agonizantes allí se hallaba Valverde, excitando la carnicería con el crucifijo en la mano, y echando de su boca espumarajos de rabia, gritaba: «¡Amigos cristianos, acabad, acabad! El ángel exterminador os guía; no deis sino de punta para no romper vuestras espadas. Atravesad con ellas, empapadas en su sangre». Cuando a este monstruo de la humanidad que de tal manera desempeñaba sus ministerios de predicar el Evangelio, le encontró Pizarro, entonces este le dijo: «Reverendo Valverde, dais ejemplo con tu celo cristiano a nuestros valientes castellanos. Retiraos, que os juzgo ya cansado de estimular a los nuestros para el exterminio de estos bárbaros. Ya el inca se halla preso: mi hermano Hernando lo custodia, pues quiero conservarle vivo hasta cuando convenga y que seamos dueños de sus tesoros, y nos hagamos asimismo por él, del dominio de todo su imperio,

haciendo que los indios no se armen, y haga desde luego que nos juren obediencia. Ya no hay riesgo, Valverde, apártate de este sitio indigno de tu ministerio». Entonces el monstruo, espantado por su misma conciencia de // [f. 60] haber hecho cometer tanta maldad y tantos crímenes, cuántas muertes, robos, y violencias habían cometido sus paisanos, se retiró bramando. Pizarro, separándose también de Valverde, les grita a sus soldados diciéndoles: «Ya es tarde, españoles encarnizados, envasad vuestras armas y replegar todos donde yo me hallo». Fuere por respeto o por cansancio de sus fuerzas y de su furor de tanto haber degollado a los indios, ellos le obedecen y todos se reúnen en su primer puesto donde están Pizarro y su hermano Hernando con el rey preso.

Acaeció en aquel mismo día de horror y de delitos un encuentro en que la humanidad tuvo un momento de consuelo, y este fue que Huapana, viendo el combate en su completa pérdida de su parte, huía con su hijo y un corto número de sus istmeños y mexicanos. A sus pasos de salvación seguía para lanzarle y envolverle en los estragos de la muerte, una partida de los castellanos. El cacique, desesperado, tornase contra él sobre su propia fuga. Extiende su arco y escoge con ojos centelleantes al jefe de la tropa enemiga. Era este Gonzalo de Dávila. La flecha parte y cae el joven mortalmente herido. Rodean entonces al cacique los demás compañeros del herido, préndenle, arrástranle a los pies de Dávila para despedazarle delante de Gonzalo, que entreabre un ojo moribundo y reconoce al que le tuvo en las montañas del istmo en su poder, al que le dio la vida y la libertad. «¡Eres tú, generoso Huapana!», le dijo teniéndole sus brazos trémulos. «¡Es de tu mano que yo muero! Tú me habías hecho gracia una vez, yo respiraba por tu clemencia, estaba libre por tu bondad, y yo he abusado de ella. El cielo es justo, él te ha escogido para arrancarme tus propios dones. Castellanos, escuchadme y temed por mi ejemplo la mano del Dios, que ha descargado su ira sobre mí. Yo le debo todo a este indio. Dejadme pagar mi deuda. Viva él, y sea libre con los suyos. Ven hermano mío, mi asesino y mi amigo; ven que al respirar yo te abrace. Yo debí aprender de ti la justicia y la humildad». Estas palabras fueron pronto seguridad de su último suspiro, y Huapana con sus restos desgraciados y perseguidos fueron a buscar más allá de los montes del oriente entre los pachiteas, maynas, el Sacramento,

y los moxos —¡libres aun entre los feroces Andes! que se alimentaban con sangre humana—, un asilo contra la rabia de un pueblo todavía más inhumano, más cruel y sanguinario, como lo era el castellano venido a devorarlos en su propia patria como tigres que acometen a cualquier presa para satisfacer su insaciable hambre. Pero volviendo al gobernador Pizarro y el infeliz rey Atahualpa, junto que el desventurado Alonso mandó aquel que al inca lo custodiasen preso en un seguro aposento. A Molina lo colocaron del mismo modo en otro para que exhalase su último suspiro; sin embargo, esa noche // [f. 61] le ligaron sus fatales heridas para que después, viviendo un poco más tiempo, pudiera sufrir otros mayores martirios que le preparaban sus mismos paisanos. Llenáronle al rey de porras y cadenas de hierro y cual si hubiera sido un bandido o malhechor, de una situación a otra lo fueron reduciendo al más triste estado de insultos, humillaciones y abatimiento. Él, sin embargo, lleno de aquella noble entereza correspondiente a su ilustre clan, les dijo a sus opresores carceleros: «Estas pesadas cadenas, ¿son por ventura las que ha traído Pizarro para ponérselas a un rey que jamás para ello motivo alguno le dio?». Se enterneció el príncipe y unas lágrimas hermosas, fruto de su interno dolor, se precipitaron de sus ojos para bañar los hierros que comprimían sus manos, que hasta entonces solamente habían empuñado el cetro y la corona de su imperio. Dejemos aquí pasar la noche a Atahualpa en profundas meditaciones sobre su suerte y la de sus estados; a Alonso moribundo con sus heridas; y a Pizarro herido en la mano con sus castellanos, celebrando la victoria en su campo; por no fastidiar al lector sin un poco de descanso, para en el capítulo subsecuente continuarla con otros más importantes acontecimientos.



[f. 63] Libro I, Capítulo 5

Jamás había pasado noche más amarga ni más funesta Atahualpa en los días de su vida, que la que acababa de sufrir en la prisión encadenado. Él se decía:

«Nadie sino yo solo me he faltado a mí mismo, a mi real autoridad y a la seguridad y salvación de tantos intereses sagrados, míos y de mis pueblos. Ya ves. // [f. 64] Conversé [sic] a estos malvados por todas partes, para talar, violar y matar a familias enteras por la sed de oro que tienen, pues ninguna porción que se les da los puede satisfacer. Mi desdicha ha consistido en no haber seguido las sugerencias del más leal a sus principios, de aquel heroico príncipe Guorozimivo, cuyas verdades y experiencias pospuse por persistir en mi ciega credulidad a las garantías de Alonso sobre la buena fe de Pizarro. Este sin duda ha estado de acuerdo con él para engañarme y adormecerme. Pero no, su fidelidad, sus heridas, y su estado moribundo por mi defensa abogan en su favor, desmienten mi presunción, y dicen que solo su buen corazón, ese corazón de indio inocente, lo ha perdido, perdiéndome desde luego a mí y a todo mi fidelísimo reino. Más, ¡ay de mi querida Quispe Allyn Cori Duchicela! ¡Ay de mis tiernos y desgraciados hijos! Si en sus corazones amorosos y sencillos presentían el destrozo de un esposo, de un padre y de un rey, pronto lo sabrán por los prófugos que pueden haber escapado del sacrificado ejército por mi creencia y mi confianza del modo más impune e indefenso. Pero estos, ¿qué les dirán a esas almas involantes?

Nada menos que dejaron a mi rey, a vuestro esposo, y a nuestro padre preso en el poder duro de los traidores, de los asesinos castellanos. Él existe atormentado con el peso de las cadenas de hierro que le han amontonado. Sus manos, que jamás agarraron otra cosa que el hacha de oro, símbolo de autoridad y justicia distributiva, se hallan atracadas con cinchos y candados de hierro; sus pies, con barras y sortijas apretadas de este mismo negro y helado metal que le agobian con su peso, para que su augusto cuerpo sea innoble y le impidan hasta el dar un paso; y la larga cadena que ciñe su cintura, y penden de ella sus gruesos eslabones que le arrastra por el suelo, es porque su odiosa y retumbante bulla anuncian siempre a sus verdugos carceleros sus más pequeños movimientos. De tal manera maltratado, vejado, sin asistencia alguna y lo que es más, vigilado, sin perderle un momento de vista por la guardia doble y bien armada que le han destacado de tan alevoso accionar, todo esto le anuncian su infalible conclusión. Informe fatal. ¡Ay de los pobrecitos! ¡Y a la vez, y a la vez, oprimírseles el corazón de dolor! ¡Ya se les rebasan las lágrimas por sus brillantes ojos, llenos de susto y estremecimiento! Y un grito unísono y desesperado de todos cuantos le acompañan, confunden y llenan a mi palacio de angustia, de desesperación de dolor, de luto, de llanto y de completa consternación. La tierna y sensible Quispe Alliyñ Cori Duchicela, mi esposa, veo que toma a sus hijos, los abraza, los besa y al conducirlos de nuevo de sus infantiles manos a su regazo, es cuando ellos también la abrazan llorando y diciéndole con balbuceante palabra: “¡Ay de mi querido padre! ¡Ay, pobrecito de él! ¡Muerto, encadenado, como dicen los que dan la noticia en el poder bárbaro! ¡Ay, mamá! ¡Ya lo habrán muerto!”. Ella entonces, reprimiendo su acerbísimo dolor y empujando su llanto y el de sus caros chicuelos, se sobrepone valerosa a las inspiraciones de la primera y tan terrible nueva que recibe, los acaricia ya no como a hijos de rey, sino más amorosamente como huérfanos abandonados y les dice: “¡Hijos míos! ¡Príncipes desdichados, ya todo se acabó para nosotros!”. Mas en medio de su arrebatado estremecimiento // [f. 65] los estrecha de nuevo y tomándolos de las manitas y sin más demora ni preparativos les dice: “Vamos, hijos queridos, vamos imitando el aire a recoger siquiera los últimos alientos o cenizas de ese gran rey, de ese amante esposo, de ese que, habiendo sido el más virtuoso y el más opulento de los hombres, es hoy el más infeliz de los padres”. ¡Ay!».

Suspirando, dice luego con un grito desmedido: «Yo solo me he figurado de lo que pertenece a mi dolor; pero no que un rey debe dolerse de todos los que le han pertenecido, y puesto que su deber es para con todos los que ha gobernado, en razón de no solo ser su monarca sino su verdadero padre. Esto supuesto, ¡ay de la pobre Cora!», dijo al saber la situación del desfallecimiento de Alonso. «¡Ay de mí! ¡De mi ejército, mis hermanos, mi corte, y todos mis pueblos!».

Y al acabar de hablar esto, cayó al suelo aletargado de un doloroso delirio, anegado con un llanto involuntario. Y cuando apenas le pasaba este insulto y volvería a gemir en su tétrico calabozo, confundido de mil de ideas y reflexiones distintas, es que el bullicio de sus guardias le anuncian la venida donde él, de Pizarro. Este atraviesa la guardia y le pregunta al comandante de ella: «¿A dónde se halla Atahualpa?». Condúcelo a su prisión, y allí alrededor de aquel príncipe desventurado, nota un corto número de castellanos, quienes con los ojos clavados en tierra se parecen menos vencedores que criminales. Llega a donde está el inca,⁵⁶ mas este en el foco de su misma desgracia guardaba todavía bastante entereza, para no haberse quejado ni aun ligeramente a ninguno de los castellanos de las cadenas, prisión, y mal tratamiento que estos le estaban prodigando. Más cuando vio entrar a Pizarro, de arrebato de horror déjase caer, y apartando de él sus ojos, como si huyeran de algún monstruo, le repulsa y rehúsa su vista y sus halagos. «Tú me crees pérfido o perjuro», le dijo Pizarro. «Sí, más horroroso y más cruel que aun las fieras carnívoras yo te conceptúo Pizarro», le repuso Atahualpa. «Tus hechos así me lo han comprobado». «Pero mira», le dijo el jefe de los castellanos con tono compasivo, «¿esta mano despedazada y sangrienta que te liberó del golpe mortal es acaso la mano de un enemigo? Yo te arrebaté de aquel trono en que veinte espadas iban a atravesarte. Yo te prendí para librarte de los forajidos a quienes no me había sido posible desarmar y a quienes no hubiera podido contener. Pregunta a esos guerreros, si durante aquella matanza horrible no hice yo por impedirlos los más invencibles esfuerzos. ¿Qué querías que yo

56 A partir de aquí sigue a Marmontel, *Los incas, o La destrucción del imperio del Perú*, tomo II, cap. L.

hiciera? ¿Qué es lo que en tales apuros ha podido hacer un hombre solo?», «Pizarro», le repuso el inca con viveza. «Hablemos aquí con libertad; ya ves la diferencia que hay entre un oprimido encadenado a uno que es libre y que lo puede todo. ¿Me prometes escucharme con paciencia y contestarme a los cargos que te haga?». «Te prometo», le contestó Pizarro. «Pues bien, oye», le dijo el inca con tono de queja y agrado. «Tú dices que me has liberado la vida recibiendo esa herida en el brazo y que por salvarme de veinte espadas, me arrastraste de la cima de mi trono hasta revolcarme por el suelo en la sangre de mis vasallos. Convengo en que sea así, ahora dime: ¿quién es la causa de todo este desacato? Tú solo, y ninguno otro Pizarro». «¿En qué forma?», le contesto este. «En engañarme», le replicó Atahualpa. «No ha sido así», le repuso Pizarro, «los acontecimientos todos me han sido imprevistos». «El jefe general de un ejército», le dijo el inca, «siempre sabe lo que su tropa hace, porque él todo lo dispone». // [f. 66] «Me han desobedecido», le repuso Pizarro. «¿Luego, qué clase de caudillo eres, si ellos no te obedecen?», le increpó Atahualpa. «Las intrincadas circunstancias», contestó Pizarro, «de conservarlos en sostén de la ley de Dios, y de mis dos soberanos, me hacen pasar por sus debilidades». «Esto es lo que quería yo saber, Pizarro», le dijo el rey tomando una actitud más insinuante.

«Es preciso que confieses, Pizarro», continuó el inca,

«que tus castellanos han venido a mi imperio no como apóstoles de ese verdadero Dios que traen por aparato, sino bajo esa espaciosidad se hacen usurpadores de mi trono y de mis pueblos. Yo es preciso que os hable, Pizarro, en el lenguaje propio de mis sentimientos y de la pura verdad. Vosotros antes de verme atacasteis de mano armada a los pueblos de la Puná y Tumbes; los saqueasteis y les disteis muerte a sus habitantes, conducta impropia de hombres de honor y mucho menos de los que propagan la ley Santa del verdadero omnipotente. Luego os habéis venido en pos mía, y no obstante mis buenos oficios de recibiros con ricos y suntuosos presentes de paz, teniendo pueblos y ejércitos formidables para hacerlos la guerra por todas partes, no te la he hecho y sí te he cumplido con mi palabra contrayéndome a eludirlo fiado de tus falsas promesas, de unión, paz y parentesco, que a Alonso vuestro paisano se lo jurasteis observar, y a lo que en todo nos habéis faltado. Con tus embajadores, Hernando de Soto y tu hermano Hernando Pizarro

así me lo corroborasteis, y en aprecio de vuestra palabra auténticamente manifestada, vengo a la plaza de este Cajamarca, desprevenido, y a solo oír la embajada del Dios del universo, para que de sus altos atributos me instruyáis, me expliquéis de su conocimiento real, y soy por ti recibido a balazos. Y saltando tus vasallos emboscados, me habéis hecho la guerra más sangrienta, jamás vista, ni nunca oída, degollando a mis amigos, pasando a cuchillo a todos mis fieles indios ¿Qué motivo fundado habéis tenido para hacernos esto? ¿Cuáles males yo y mis súbditos os hemos hecho? Vosotros habéis venido a mi reino determinados a matarnos, y nosotros os hemos recibido en recompensa de tanta maldad adorándolos como a dioses; nosotros en vez devolveros males por males, de los que nos habéis hecho, os hemos colmado de caricias y valiosos obsequios, os hemos abierto nuestras puertas, hemos dado nuestros alimentos, nuestras ropas y además del inmenso oro y plata, que de mis arcas reales se os ha entregado repetidas veces, habéis sido los dueños de nuestros corazones porque os amábamos, como a hombres superiores a nosotros en conocimientos. ¿Por qué pues, entonces Pizarro, habéis desplegado tanta ira, tanto encono y rabia para disparar tus rayos, tus caballos y tus espadas contra nosotros indefensos? Yo mismo a la cabeza de mi pueblo y ejército, ¿acaso he dejado de presentarme humilde, sumiso y reverente a oír la palabra divina? ¿Cuál fue la ofensa que se os hizo? Ninguna, Pizarro, antes por el contrario yo les ordené a mis indios que aunque vosotros nos matarais, no se te os hiciera nada, a ti ni a ninguno de los vuestros. No creáis, Pizarro, que esta medida fue tomada por mero temor, nada de eso; la prueba de ello te la hubiéramos dado pues si yo hubiera dado la orden de haceros la guerra, habríais visto a un ejército desplegarse para concluirnos, mis pueblos no os hubieran admitido en sus lares, aldeas, ni estancias, a mi persona jamás la hubierais visto ni tocado, y al fin de toda la tierra misma se habría levantado contra vosotros. Pero a toda esta generosidad, // [f. 67] ¡a esta dulce mansedumbre, el fuego y el filo de vuestros aceros sobre nuestras cabezas y cuerpos ha sido tu inaudita recompensa! ¿Qué queríais Pizarro? ¿Destronarme sin duda? ¿Haceros dueño del imperio? Bien, ya lo sois; pero entended que aun para esto debíais haber usado otros indios de más nobleza y de más razón, que dieran visos de alguna legalidad a vuestra causa y nunca, ni por nunca, tanta hipocresía, tanto dolo. Y por último, el degüello de sus inocentes dueños, ¿no son, Pizarro, los títulos más justos para ponerle? Ya me tenéis aquí encadenado, mira como a tu placer los arrastro; mira estos grillos que me impiden dar un paso,

mira estas esposas en manos que jamás fueron criminales ni cometieron injusticias contra nadie. ¿Así, Pizarro, se propaga la religión de ese Dios verdadero? ¿Así ese papa, como si fuéramos sus rebaños, nos ha vendido a vuestros yerros? ¿Así, finalmente, queréis Pizarro hacer valer que vuestros títulos para referir a mis pueblos, son los que tuvieron los incas, mis antepasados, para someter a su dominio si estos, presentándoles una creencia mejorada que daban a sus ídolos, leyes más propias, a la mejora de sus bárbaras costumbres, y un amor decidido para con ellos! Es verdad todo que aquestos dones efectivos fueron sus derechos fundados y adquiridos, cumpliéndoles estrictamente, todo cuando ellos le ofrecieron y por cuya razón, llegaron el extremo de ser adorados por amor, y por tales beneficios, no como a reyes humanos sino como a sus dioses bienhechores. ¡Estos han sido, ciertamente, Pizarro, sus derechos, repito, y estos han sido definitivamente los míos! Coteja ahora si los tuyos o el de reyes, son así por su naturaleza justos, y entonces no te repugnaré en mi trono. Pero sin más origen noble que el rayo, la llama y la espada, no son, Pizarro, entre nosotros los que nos han constituido de tal modo criminal y violento, soberanos de aquellos dos vastos reinos. Ponte, Pizarro, en mi lugar y entonces solo podrás saber el dolor y tormentos que en mi inesperada situación padece el alma grande de un rey, digno padre de sus pueblos. Si tú, como digo, pasaras por este ominoso baldón, otras serían las consideraciones para el desgraciado y tal vez entonces procederías con más prudente justicia».

Calló el inca, inclinando su cabeza a un consternado anonadamiento. Pero Pizarro, medio conmovido, le contestó diciéndole:

«Inca, no creas que yo tengo un placer en tus desgracias. Es verdad que yo soy el jefe de estos castellanos por nombramiento de mi soberano el rey Carlos, pero has de saber que el hecho de serlo solamente lo soy para dirigir las operaciones de las conquistas mas no para poderlos contener a mi voluntad razonable, porque no son soldados a sueldo del rey, ni por naturaleza y educación sumisos como los tuyos en todo instante, a menos de solo el momento del peligro. Como estos, solo se han reunido bajo la bandera de las conquistas y carecen de la subordinación metódica y ejemplar, y solo la sed de oro por mejorar de sus pobres condiciones en tales y tales momentos los hacen unidos y obedientes al jefe, que por solo la necesidad tiene la desgracia de comandarlos. Yo los

habría llamado a sus deberes, pero carezco de una fuerza absolutamente mía para hacerles sentir la importancia de mi autoridad. Pero sin ella, mi posición es tan peligrosa como la tuya y tengo por lo tanto, muy a pesar mío que disimular sus excesos. De aquí es, o rey desventurado, el que debes convencerte de que yo no soy directamente el que te oprime, ni te ha reducido ante tu estado fatal».

Cuando así le estaba hablando a Atahualpa entra Gonzalo, hermano de Pizarro, y le dice en secreto a este general: // **[f. 68]** «¿Qué haces tú aquí tan sosegado? Sábette que se conspira contra ti y tus soldados van a sublevarse, y a nombrar otro jefe que te reemplace. Preséntate a ellos imponente, disipa ese complot inmoral, cálmalos y vuelve a atraerte esos ánimos vacilantes a tu partido pues sino lo verificas pronto, cuenta que somos todos perdidos». Pizarro con este aviso vio luego los escollos que tenía que superar. El paso le era peligroso, pero le era también de necesidad evitarle con una arrogante energía antes que la conspiración estallara, arrastrada de la violencia, la seducción o la debilidad. Se despide entonces del inca con presteza y echándole los brazos le dijo: «Me voy porque tratan de consumir los castellanos sus desórdenes deponiéndome del mando, y este es el motivo que me separo de tu lado, pero estad seguro, infeliz príncipe, que yo defenderé tu vida aunque sea a riesgo de la mía». A estas palabras, Atahualpa le miró con ojos en que la ira dio lugar al enternecimiento, y deja escapar por él algunas lágrimas. Al instante que se va Pizarro, le dijo el rey: «Yo te amo, y mi alma sujeta a la tuya se sometió hasta mi pensamiento y mi voluntad. Idos, que el dios verdadero te salve de las furias de los tuyos, pero prometedme que volveréis a verme luego que tranquilicéis sus ánimos». «Está hecho», le contestó Pizarro y se partió volando.

La conmoción era esta. Los españoles, cansados de matar a los indios y cargados de ricos despojos que habían cogido en el campo de los peruanos, se habían reunido casi todos bajo los techos y abrigo de la población de Cajamarca. Los unos, que eran el más corto número, retirados en silencio vergonzosos y consternados, reprochábanse la sangre que acababan de derramar y consiguientemente por evitar la vergüenza de abandonar a sus compañeros habían cedido al ejemplo de ellos, pero con el honor satisfecho cayeron en el abismo de los más crueles remordimientos. Los

otros, altaneros y orgullosos, se aplaudían de haber vengado la fe y espantado a las naciones por un ejemplo terrible. A estos fue a quienes se quejó Valverde de la piedad de Pizarro de haber hecho suspender la matanza de los ahuyentados indios, con toda la exaltación y violencia de un sedicioso furibundo que no respiraba más que sangre y devastación sobre las personas de estos inertes hombres. «Castellanos», les dijo, para comprometerlos a desobedecer a Pizarro,

«acabáis de vengar vuestra religión que la había ultrajado un bárbaro. Armaos de constancia, pues este celo heroico es colocado ahora en el número de los delitos más abominables. Pizarro os mira como asesinos dignos del último suplicio, y si tuviese poder como tiene la voluntad, os arrastraría todos a él apoderándose de ese rey a quien guarda en su palacio. Él no ha hecho sino sustraerlo; no ha querido otra cosa que salvarlo, por él esperaba hacerlo independiente y absoluto. El traidor Alonso, su agente mutuo, conservaba esta inteligencia y había urdido el complot. Si hubierais oído de la manera que hablaba Pizarro a ese salvaje, os hubierais horrorizado. Él parecía un suplicante delante de Atahualpa. En vez de una conquista para nuestro soberano era solamente una alianza, un comercio, un tributo ridículo, lo que él solicitaba humildemente por favorecer a sus cómplices los bárbaros».

«¿Y la religión?», le interrumpieron ellos. «Eso sería lo que os hubiera sublevado», les repuso luego el fraile.

«Castellanos: Pizarro ha hablado de ella a la manera de los impíos, él no se atrevía a exponer la fe. Sonrojábase de nuestros misterios. Él mismo // [f. 69] a los ojos de los infieles no se atrevía a presentarse como cristiano. Indignado, ya he tomado la palabra, he levantado la voz, he dicho que un cristiano no puede disfrazarse ni callar. Habéis visto el ultraje con el cual me ha respondido Atahualpa y es eso lo que su amigo, su aliado, su protector os acusa de haberle castigado. Cuanto a mí, yo le soy odioso y me consuelo de serlo. Sus acciones y desprecio con que en el campo me ha tratado, haciendo que de vuestro lado me retire, es una de las pruebas nada equívocas que de ello tengo. He visto hollar el depósito sagrado de la fe. Yo os he gritado venganza: he aquí mi delito. Era preciso disimular el sacrificio, aplaudir la blasfemia y perjurar la religión en favor de la

impiedad. No lo he hecho y aguardo sin quejarme las humillaciones, los oprobios, el destierro, y acaso el martirio».

Apenas acabó, cuando cien voces se levantan y responden: «Tú serás protegido, defendido y reverenciado como el vengador de la fe, como el que mejor sabe dirigir y consultar la plantificación de esta y como el que cuida del aniquilamiento de estos infieles, de la extensión de los dominios de nuestro rey, y el que seamos los dueños de estos países y de todos sus tesoros».

Esta sublevación de los ánimos se aumentó con la llegada de Pizarro. Colocados sobre su paso los soldados no le muestran ni temor ni confusión. Míranle a los ojos fijos, prontos a sublevarse, si se le escapase una sola mala palabra. Mas lejos Valverde, rodeado de sediciosos, fanáticos, le muestra aún más indiferencia y con una frente en que estaba pintada la audacia, sostiene sus miradas amenazadoras. Mas Pizarro no le dice nada hasta llegar a su alojamiento. Muéstrase luego a las puertas de él y hace juntar a ellas aún a soldados fieles y también a los resentidos preparados por el corruptor Valverde, y manifestándoles un rostro de una tristeza majestuosa les dijo:

«Castellanos, vosotros sois valientes y desde luego sufridos como religiosos, y por lo tanto sois compasivos. Nosotros acabamos de degollar a un pueblo inocente y pacífico que se entregaba a vosotros, que os colmaba de bienes, que os veneraba, y que renunciando a su culto no pedía sino que se le ilustrara para abrazar la ley de los cristianos. Su rey le había prohibido toda hostilidad contra vosotros y este solo mandato, lo ha puesto al amparo de la misma religión e igualmente que de nuestras leyes civiles para respetarle su existencia. Lejos de cometer ninguna falta los ha visto asesinar sin haber vertido una gota de vuestra sangre. Él está ahora revolcándose en el polvo a la faz del cielo, vuestro juez y el suyo. El asesinato de veinte mil hombres, aunque fueren criminales, sería espantoso al verlo. ¡Cuánto más no debe serlo cuando son otros tantos inocentes! El que no os excedierais en destruir a más de estas víctimas, os hice suspender que no lo hicierais porque era innecesaria, puesto que la victoria estaba conseguida y completamente afianzada, estando los indios desechos y su rey ya prisionero bajo vuestras armas

y vigilancia. ¿A qué, españoles? Yo solo reparando por vuestra fama he procurado con esta medida que evitaran caer en esa mancha de sacrificar a prófugos indefensos, que nos hacían resistencia huyendo, ni os daban gloria alguna con su muerte. Y además que esos hombres, tratados después con humanidad y afecto, podrán servirnos con sus brazos en los trabajos de las estancias o pueblos en donde quisierais estableceros. Yo he consultado todo esto como jefe y como hermano // [f. 70] de todos vosotros, pues mis anhelos y mi amor para con todos los que me acompañéis, es proporcionaros un bien seguro, pero este que sea sin desorden y sin carnicerías horrorosas que resienten a la misma humanidad. Vosotros, españoles, siempre habéis sido temibles y el ejercer este acto de conmiseración, es tanto más satisfactorio al que lo recibe, cuando pues la generosidad del que le otorga habiendo sido vencedor. El rey de los desdichados indios os pide para sus muertos sepultura. Concededle al menos esta señal de humildad. Esta es una gracia que el hombre no niega a sus más crueles enemigos y tanto más es esto conveniente, cuanto que estáis en el caso de evitar su pestilente corrupción».

Este fue el discurso de que Pizarro se valió para distraer de su encono a la conspiración, y así que, en lugar de las quejas, de las reprensiones y amenazas que esperaban de su jefe justamente airado, su lenguaje moderado y desentendido les hizo una impresión profunda que desistieron al instante de sus ligeras aberraciones y pensamientos extraviados para desobedecerle. Los soldados le respondieron a Pizarro diciéndole que ellos no se negaban a sepultar a los muertos, si lo que quedaba de indios en los lugares circunvecinos querían emplazarse con ellos en una tan santa obra. «Ellos os ayudarán», les repuso Pizarro: «Mañana en esos llanos ensangrentados le juntarán al amanecer. Idos, mis amigos, a descansar pues no quiero molestaros más tiempo, porque os considero rendidos del trabajo de haber ejercitado vuestros brazos en la matanza horrorosa de más de veinte mil peruanos». Todos los ánimos de los castellanos desde aquel momento se sintieron conmovidos de una relación tan fúnebre, de forma que la naturaleza recobró insensiblemente su derecho, los remordimientos de la conciencia se apoderaron del corazón de los culpables, arrepintiéndose de que sangrientos y enfurecidos habían sacrificado a miles de indios.

Como en todos los lugares vecinos a Cajamarca y aun en esta misma ciudad no hubiesen quedado sino los viejos, las mujeres y los niños, Pizarro les hizo mandar que viniesen desde el alba del día próximo a inhumar a los muertos de sus parientes y compatriotas. Todos aquellos infelices, llenos del mayor dolor, obedecieron sin repugnancia, porque iban a recoger los restos tristes de sus deudos. Así lo hicieron desde que la luz naciente pudo iluminar los trabajos de la sepultura; los castellanos vieron aquellas mujeres, aquellos niños, aquellos viejos consternados y trémulos acudir a este triste deber. Su dolor profundo y mudo, su palidez y su abatimiento llevaron la compasión hasta a las almas feroces. Más cuando sus ojos reconocieron en el número de los muertos, aquellos que les eran queridos, cuando se les vio arrojar sobre aquellos cuerpos ensangrentados y a estos estrecharlos en sus brazos, regarlos con sus lágrimas, pegar sus bocas sollozantes sobre sus labios lívidos o ya sobre la llaga entreabierta de un esposo, de un padre, de un hijo, de un pariente o amigo, los asesinos no pudieron menos que manifestar su dolor y arrepentimiento de haber cometido tal carnicería. El asesino de un padre abrazaba a los hijos sollozantes, manos empapadas en la sangre del hijo, y del esposo sacaban a la esposa y la madre del hoyo en que querían sepultarse con ellos. De este modo fue variado, durante aquel día lamentable, el largo suplicio de los remordimientos. Pero al fin concluyen su obra y los castellanos vuelven a Cajamarca con la cerviz inclinada, con sus ojos clavados en la tierra y con sus corazones // [f. 71] abatidos y humillados y melancólicos. Se presentaron por último delante de Pizarro. «¿Acábase ya?», pregúntales este tan luego como los vio. «Sí, se concluyó», contestaron ellos. «Y bien», continuó el general,

«¿habéis visto esa carnicería que horroriza a la naturaleza? ¿Pues vosotros solos, lo habéis hecho? ¡Más no!, que ese delito no recaer sobre vosotros, que habéis sido instrumentos ciegos de un fanático. Recae, sí, en el perverso de Valverde. Aquí tenéis al execrable autor de vuestra infamia y de la infeliz suerte de esos sacrificados inocentes y sin objeto. Él solo es ese tigre hambriento, el que tiene esa alma hipócrita y feroz, y él solo es, repito, quien por vuestras manos ha hecho correr esos torrentes de sangre. Sabed en el momento en que os gritaba venganza en el nombre de un dios a quien se ultrajaba, según decía, ese pueblo y su rey

adoraban con nosotros a ese dios y saltaban de gozo al ver las maravillas de su poder. Yo os lo juro y pongo por testigo a los guerreros que me acompañaban. Ellos han oído el homenaje que le rendía ese príncipe virtuoso a quien ese impostor ha calumniado. Cargadle pues a él solo con los delitos de que su impostor es causa. Y como víctima impura, que vaya lejos de nosotros a alguna isla desierta a expiar, si puede, veinte mil asesinatos con que el aleve ha manchado nuestras manos. Que los buitres y víboras despedacen ese corazón desnaturalizado, ese corazón digno solo de alimentarlas».

Valverde quiso entonces hablar y defenderse. Mas Pizarro, arrastrándole a sus pies, díjole:

«¡Miserable! Habla y di si tú esperabas que un rey que nunca te vio, comprendiese lo que no puedes comprender tú mismo; sobre tu palabra, creyere ciegamente lo que confundía a su razón. Tu libro era sagrado para ti, ¿y cómo queráis que pudiera serlo para quien no sabe lo que es ni de dónde viene, ni qué él encierra? Él le deja caer y por este accidente involuntario tú haces degollar a un pueblo entero, y yo te oía en medio de la carnicería gritar que no se escapase ninguno. Anda, monstruo, yo te dejo por suplicio una vida odiosa, pero anda a arrastrarla lejos de nosotros con horror al cielo, a la tierra y a ti mismo y si te queda un corazón susceptible de remordimientos».

A estas palabras pronunciadas con el tono de un juez inexorable, los más atrevidos de los amigos de Valverde no osaron tomar su defensa, y al instante fue dada la otra de que fuera donde él quisiese. «En fin», repitió el general, «sin este hombre tan malvado nuestra conquista no habría tenido mancha alguna. Sin embargo, lo hecho ya no tiene remedio; pero en adelante me prometo que la razón, la humildad y la gloria, van a presidir nuestros hechos».

Despedido así Valverde a presencia de los castellanos por Pizarro, y cuando este estaba en este regocijo, vino a avisar uno de los guardias de Alonso que este estaba en agonías. Pizarro, que por sus ocupaciones continuas aun todavía no le había visto, pasó inmediatamente donde él, seguido de los castellanos. Llega Pizarro donde el infeliz Alonso, que aún luchaba su

joven naturaleza con la muerte. Se acerca. «Amigo Alonso», le dice Pizarro. Pero el moribundo, reanimándose del éxtasis del dolor, viose rodeado de un tropel de castellanos todos manchados del salpique de la sangre indiana. Estremeciéndose al verlos y recogiendo un resto de sus fuerzas, lleno de horror, «Bárbaros», les dijo.

«¡Osáis acercaros a mí, y rodeados de mi suerte procurando mi vida! Me la habéis hecho odiosa, ¿Es este el tiempo de mostraros compasión y auxiliares después de ver mil asesinatos cometidos sobre la fe de la paz? He aquí los // [f. 72] héroes cristianos, teñidos de sangre y ahogándose de rabia. ¡O monstruos fanáticos! El cielo, el justo cielo, no dejará sin venganza tan execrable atentado. Yo os conozco. Veo el orgullo y la avaricia encender entre vosotros los fuegos de un odio implacable. Armados uno contra otro, os despedazaréis como fieros carniceros, os arrancaréis esas entrañas codiciosas, y esos corazones sedientos de sangre que no han podido conmover las lágrimas de la inocencia ni los clamores de la humanidad. Retiraos, forajidos infames, cobardes asesinos, y dejadme morir».

Pizarro insistió en hablarle llamándole «Alonso, Alonso amigo». «¡Quién!», volvió el cadavérico a hablar. «Yo soy Pizarro», le dijo este. «¡Ah! Pizarro, ¡Pizarro!», exclamó. «Tú lo has ganado todo porque has faltado a todos tus compromisos; yo lo he perdido todo, y justo es que yo antes de ser malvado como tú, acompaña a Atahualpa y a su ejército en la tumba». Y dicho esto exhaló su último aliento dejando viuda y madre a la encantadora Huayta Cori, que aún ignoraba su malograda suerte. Los castellanos se molestaron con él y le abandonaron. Más Pizarro tuvo serenidad para sufrir su anatema y cuidó de hacerle enterrar.

Calmada así la rebelión que Valverde trató de hacerle a Pizarro; separado este del seno de los españoles a medida de precaución; enterrados los veinte mil asesinados y el infortunado Alonso, los días de más apacibilidad aparecieron. Cambiando la ferocidad española en un poco de dulzura; adoptada la confianza de perdón y seguridad para los pobres indios que habían escapado de la carnicería de Cajamarca, se propaló en la ciudad entendiéndose por consiguiente, por todas las estancias de su comarca tal conducta considerada. Sabedores los hermanos del inca que este vivía

existiendo preso, y desde luego también los grandes nobles y demás cortesanos y vasallos que habían podido salvar del campo, como los pacíficos residentes en las vecinas tierras, vinieron todos sin dilación a presentarse a su rey y a servirle como leales vasallos en cuanto él necesitare. Fueron asimismo llegando las matronas, princesas e infantas de su familia que estaban con él en los baños y de las provincias inmediatas; los nobles y los vasallos con sus hijos, maridos y criados le traían cuanto él apeteciera para su ostento y regalo, porque si él para los castellanos estaba destronado y en cadenas, no era así para aquellas buenas gentes que en cualquiera condición y estado reconocían en él a su inca, a su rey, y a su padre. Atado como se hallaba, siempre reinaba en sus corazones con el mismo amor, prestigio, veneración y respeto que cuando estaba sentado en su trono de oro, sostenido por más de veinte reyes, sus subordinados. Así es que puede decirse, sin temor de ser contradicho, que desde ese sitio de opresión, de en medio de la vigilancia española, y burlando todas sus insidias y crueldades, hubiera sublevado a todo su reino, y dirigido una guerra exterminadora contra todo castellano, una sola palabra de él a este fin habría sido bastante para morir vengando sus ultrajes, restableciendo su imperio para sus hijos, y concluyendo con sus tiranos aventureros. Esta es una evidencia confesada por los mismos conquistadores.

Restablecida ya por algunos días la paz y la confianza entre indios y castellanos, Pizarro trató de darle impulso a sus operaciones; mas no podía adelantar sin el mandato del rey cautivo. Por todas partes veía peligros, y el // [f. 73] ningún conocimiento geográfico del país para dirigir sus pasos, lo ponían en el indispensable estado de ver a su prisionero. Pasó, pues, sin más demora a la cárcel de aquel rey, a cumplirle la vista que le tenía ofrecida. La guardia se puso en orden a su llegada, y el rey conoce por este movimiento que viene a verle su opresor. Preparase a recibirle, ya Pizarro está con él. Échale este los brazos y le dijo: «Me ha sido imposible venir a verte más pronto». «Bien», le dijo el inca, «también me has tenido cuidadoso, pero tu semblante alegre me anuncia que todo se ha terminado o por mejor decir, todo lo tienes vencido». «Sí», le repuso Pizarro, «nada ha ocurrido de notable, porque aunque el mal no puedo asegurar que se haya completamente desaparecido, pero al menos sus primeras furias se han segado en su

nacimiento sin violencia ni derramamiento de sangre». A estas expresiones suspiró el inca y le dijo: «¡Ay, Pizarro! Quién fuera tan venturoso como tú, que hubiera compuesto sus disgustos sin el sacrificio de la sangre y vidas de mis inocentes pueblos y ejército, solo para mi desgracia. El hado fatal me tenía previstos todos estos horrores; todos estos sentimientos, cautividad y cadenas sin transición alguna». «A eso soy venido», le contestó Pizarro recorriendo por todo el calabozo la vista, «y yo veo», continuó, «que estáis perfectamente asistido». «Lo estoy», le dijo el inca,

«por la bondad y amor de mis queridos vasallos. Nada me falta, sino mi esposa, mis hijos y mi libertad. Todo este menaje de oro y plata que veis, ellos me lo han traído para que me sirva, porque nunca para sus generosas y sensibles almas, desmerecen sus reyes, aunque están en el abatimiento. Los incas, para su entender siempre son sus incas, en cualquier estado que se hallen, así como sus opresores, les son conocidos en esta detestable condición en todos tiempos. Mas no quiero hacerte explicaciones que hacen perder el tiempo del objeto a que me dicen has venido. ¿Qué es lo que quieres por mi libertad? Proponme, que todo te será cumplido. ¿Por qué, pues, queréis continuar mi cautividad? ¿Por qué querrían tus castellanos degollar más, a hombres pacíficos que los han recibido como a un dios? ¡Yo no creo hasta ahora que tú me hubiereis vendido con tus falsas promesas a la rabia de ellos! No, no; tú no lo has querido. ¡Te juzgo más digno, más decente, más compasivo y generoso!».

Pizarro se entenece y le corren algunas lágrimas. «¡Tú lloras...!», continuó el inca. «¡Ah! Ya veo, que no eres como tus compañeros. Ven, abrázame. Tu compasión alivia el corazón de un infeliz, que nunca te aborreció y que no obstante sus desdichas, aún te ama todavía. Pero Pizarro, dime, ¿están destruidos mis pueblos? ¿Acabose mi ejército al furor indómito de sus paisanos?». «Yo he salvado de ellos cuanto he podido», le respondió el caudillo. «Sí, ¡es posible!», replicó el inca.

«Sácame, Pizarro, de las manos de estos tus bárbaros castellanos que no te obedecen, sino cuando solo ven que peligran. Estos son para mí, unos traidores inmorales sin principios, sin temor a Dios, inhumanos y lo que es peor, sobre todo, el ser más fanáticos materiales que religiosos

en una sana moral y costumbres benefactoras. Además, son mis asesinos. Sus gritos de alegría me despedazan el alma, su vida me causa un horror abominable. Evítame el suplicio de oírles y verles saciados de sangre. Están hambrientos de oro; yo quiero también // [f. 74] saciarles de él. Yo me obligo por mi rescate a llenar de ese ansiado metal para vosotros, el recinto en que estamos, hasta la altura a donde ves que mi brazo se extiende. Llévense en buena hora unas riquezas que no son a mí y a mi pueblo perniciosas, y déjennos en paz, en el regazo de nuestras familias».

Tiró una raya roja señalando en la pared la altura a que debían llegar las riquezas que les daría por su libertad. Entonces, admirado Pizarro de su oferta, le dijo: «Tu causa es la mía, y yo haré por ti cuanto puede esperarse del celo de un amigo. Demos al furor el tiempo de apaciguarse y armémos —tú y yo— de constancia y resolución. Ya te he dicho que por mí solo nada puedo hacer; y es preciso anunciarles el ofrecimiento a sus insaciables ambiciones. Celoso de estar dispuesto en todo instante a tu servicio, yo deseo que veas y que consigas tu rescate. Me separo de ti, y voy a reunirlos para que deliberen sobre tu propuesta», y se marchó.

Mientras que Pizarro volvía con el resultado de la propuesta que le hacía Atahualpa de su rescate a los castellanos, este tuvo bastante tiempo de distracción con sus indios que se le iban presentando, y con las muestras que le asistían consolándolo. Por ellas y los indios, se iba informando de la verdad de los acontecimientos: del entierro de los muertos, junto que el fallecimiento de Alonso. A esta noticia, se tapó la cara con las manos. Dijo:

«¡Pobre de mi amigo Alonso! El único castellano bueno que ha venido entre todos estos forajidos, y que tenía la misma alma que la de un indio, es también quien acaba de dejarme para que yo solo padezca a todo el furor de estos inhumanos. He perdido un fiel amigo. Bien me decía él, que con su muerte me probaría la congruencia de su amistad. ¡Ya lo has cumplido, Alonso! ¡Pronto también te seguirá este tu abandonado amigo! ¡Pobre Cora! ... En fin, el destino así lo quiere: porque todo es corriente que suceda para agobiarle de más males al desgraciado. Yo estoy en esta fatalidad; y este es otro de mis mayores tormentos con que debo hacer más amarga, más acerba esta mi lamentable prisión».

Derramó sus lágrimas por su confidente Alonso: «Tú me has puesto en este estado de perdición; preso tú me has defendido también hasta morir, y es justo, que mi llanto sea tu premio». Cuando así sollozaba Atahualpa por la muerte de Alonso, sus hermanas Quilliscacha y Choque Huaman, con el general Chalcuchima, entraron a verle. Con la vista y abrazos de estos logró mitigar su dolor, pero estos, postrados a sus pies, bañaron sus hierros con sus lágrimas. Mas él los levantó como pudo y les dijo: «Paciencia, somos desgraciados ¿Qué es del ejército? ¿Nada ha escapado?». «Casi todos han sido muertos», le contestó Chalcuchima, «y solamente la división del general Rumiñahui, que estuvo a tu retaguardia con más de mitad de sus fuerzas, ha tomado libremente el camino para Quito». «¿Y los demás de mis hermanos y generales?». «Nada sabemos con evidencia de ellos», contestó Quilliscacha, «pero sí sé por los indios que no han estado en los muertos, porque con cuidado los han buscado, así es que creo con bastante fundamento, que están salvos y sin duda con los restos de la división del general Quizquiz». «Pues bien», les dijo el inca, «idos a descansar y continuamente vengan a verme. Se está // [f. 75] tratando de mi rescate a precio de bastante oro y plata, y si esta propuesta se acepta por los codiciosos castellanos, estaréis pronto a partir para verificar este cumplimiento». Los incas y el general lo acataron y se retiraron enseguida, manteniéndose siempre a la vista de su real persona.

Entretanto Pizarro ya había reunido en su pabellón a los españoles y manifestando un interés decidido por la buena fortuna de cada uno de ellos, les dijo: «Sentaos. Yo os he convocado, castellanos, para daros una nueva de bastante aprecio para todos nosotros, y esta es que el rey propone pagar su rescate y os espantaréis del montón de oro que ofrece hacer acumular en la prisión que le encierra. Castellanos: yo os he prometido, sí, que vuestros bajeles volverán a España cargados de riquezas inmensas. Pero en el nombre del Dios que nos juzga, en el del rey a quien servimos, os pido que dejen los excesos. No más crueldades. Hagamos gracia a lo menos a unos pueblos sometidos. Esto supuesto, pues, ¿qué decís! ¿Prestáis vuestra aprobación para admitirle su ofrecimiento?». «Sí», contestaron todas las voces, y Pizarro levantándose, se fue acto continuo donde el rey. Este luego que lo vio le preguntó: «¿Pizarro, qué dices?». «Está resuelto tu rescate»,

le contestó el general. «Pues bien», le replicó Atahualpa, y en ese mismo instante llamó a todos sus hermanos generales, curacas y demás nobles y gente útil que se le habían presentado y los remitió a todo el imperio para que trajeran las riquezas del rescate prometido y aceptado. Pizarro, más satisfecho que antes de haber servido a Atahualpa en esta parte, se retiró a descansar, dejando al rey solo para que librara sus órdenes.

Los castellanos, por otra parte y desde entonces, no se ocupan más que de la promesa de Atahualpa. Este rey, conservando en las cadenas una igualdad de alma, que tenía un medio, entre el orgullo y la desgracia, mandaba a sus pueblos desde lo interior de su prisión y sus pueblos le obedecían como si hubiese estado sobre el trono. De todas partes veíase llegar a Cajamarca a sus indios, los unos agobiados bajo el peso del oro, de que habían despojado los alcázares y templos, los otros llevando en sus manos los granos de este metal que habían recogido y que, con sus mujeres y sus hijos, se adornaban en los días solemnes. Sobre el umbral del palacio en que su rey estaba encerrado quitaban sus sandalias, besaban el polvo a la puerta de su prisión y poniendo en tierra su fardo, se prosternaban a sus pies y los regaban con lágrimas. Parecía que la desgracia misma había hecho más sagrado a este rey a los ojos de sus pueblos. Transcurrieron algunos días en estas colectaciones. Y como habíase trazado una línea a la altura de los muros, a que debía elevarse el montón de oro que había prometido, resultó que por mucho que se acumulase allí, mucho aún faltaba todavía para que el espacio fuese lleno. Apercibióse al rey por esta demora con las murmuraciones que la avaricia impaciente de no completarse pronto como lo quería, dejaba por ello escapar de continuo delante de reconven- ciones // [f. 76] ofensivas y las más criminosas y llenas de desconfianza. El sufrido y paciente príncipe les representó varias veces manifestándoles que era imposible hacer más diligencia y que la lejanía del Cusco de 250 leguas, a Quito 300, al Rímac 160 y al Collao más de 100, eran la causa inevitable de la demora de que se quejaban, pero que estas provincias tenían con qué cumplir su promesa. Entonces fue que, en razón de esta desconfianza, se resolvió mandar a varios castellanos a ellas para informarse de la verdad, y en este intervalo fue cuando una revolución funesta acabó de precipitar a los indios en la desgracia y a los españoles en el crimen más horrible. Los

españoles nombrados fueron para el Cusco Hernando de Soto, extremeño; y Pedro del Barco, natural de la villa de Lobón, y según Herrera lo fueron también Pedro Moguer, Zárate y Martín Bueno; Sebastián de Benalcázar para Quito; Hernando Pizarro para el Rímac y aquellos otros para Huaylas, Huamachuco y Sillapampa. Los que fueron al Cusco, Quito y Huaylas, Huamachuco y Sillapampa fueron en andas que los indios llaman huantis, y solo Hernando Pizarro fue con un piquete de caballería bien montados. Hernando de Soto y Hernando Pizarro fueron a despedirse de Atahualpa, y le manifestaron sus recelos de ser tal vez víctima de los indios. El inca les dijo: «Yo os he amado por los primeros que de vosotros vi y por sola esta razón podéis iros sin recelo, pues mientras yo esté atado a vuestras cadenas estad seguros que no os harán nada, ya que están recomendadas vuestras personas a los curacas para que os asistan bien con cuanto necesitéis en el camino». A Hernando Pizarro le dio algunas señales con que pudiese desarmar al general de alguna fuerza suya que encontrase por el valle de Pachacamac, en el que se sufría porque allí había soldados del inca en gran número. El objeto de estos comisionados castellanos era informarse de las poblaciones de las riquezas prometidas por Atahualpa, y el ver si esta oferta era verídica o alguna estratagema de parte de él para ganar tiempo, mientras sus jefes hacían gente para libertarle de la prisión inmolando a los españoles: recelos innobles de unos hombres fieros en todo, y sinceridad sin cotejo del lado de la del inca, que en todo era exactitud y buena fe.

Justo parece tomar aquí un poco de aliento mientras siguen los españoles su viaje y también para seguir leyendo el capítulo que sigue y en el que se va a demostrar otros más fuertes sucesos.

[f. 79] Cronología de los emperadores incas del Perú y de los emperadores reyes de España sobre el mismo Perú según el cómputo del autor, copiándose también el practicado por otros autores. Cómputo del autor es el que sigue

Estos son emperadores incas	Números de ellos		Sus Nombres		Entró a gobernar				Tiempo que reinaron					Épocas en que murieron			
					años	meses	días		años	meses	días	totales	murió en	años	meses	días	xxxx
Primero	1°	1°	Manco Cápac en	885	"	"	reino	52	"	"	52	murió en	937	"	"		
Segundo	2°	2°	Sinchi Roca en	937	"	"	reino	46	"	"	98	murió en	983	"	"		
Tercero	3°	3°	Lloque Yupanqui en	983	"	"	reino	55	"	"	153	murió en	1038	"	"		
Cuarto	4	4	Mayra Cápac en	1038	"	"	reino	53	"	"	266	murió en	1091	"	"		
Quinto	5	5	Cápac Yupanqui en	1091	"	"	reino	48	"	"	254	murió en	1139	"	"		
Sexto	6	6	Inca Roca en	1139	"	"	reino	59	"	"	313	murió en	1198	"	"		
Séptimo	7	7	Yahuar Huaca en	1198	"	"	reino	22	3	"	335.3	depuesto en	1220	"	"		
Octavo	8	8	Viracocha Inca en	1220	"	"	reino	77	9	"	413	murió en	1297	"	"		
Noveno	9	9	Pachacútec Inca en	1297	"	"	reino	57	"	"	470	murió en	1354	"	"		
Décimo	10	10	Inca Yupanqui en	1354	"	"	reino	60	"	"	530	murió en	1414	"	"		
Onceavo	11	11	Tupac Yupanqui en	1414	"	"	reino	50	"	"	580	murió en	1464	"	"		
Doceno	12	12	Huayna Cápac en	1464	"	"	reino	58	"	"	638	murió en	1522	"	"		
Treceavo	13	13	Huáscar Inca en	1522	"	"	reino	6	8	"	644.8	murió en	1530	"	"		
Catorceavo	14	14	Arahuapla Inca en	1530	"	"	reino	1	4	"	646	murió en	1531	"	"		
Décimo Quinto	15	15	Manco Inca en	1533	"	"	reino	11	"	"	657	murió en	1544	"	"		

Los monarcas españoles son los que siguen

Reyes de España que gobernaron al Perú	Primero	16°	1°	Carlos 5º en Alemania y 1º de España (+) en	1534	"	"	reinó	22	"	"	renunció en	1556	"	"
	Segundo	17°	2°	Felipe 2º en	1556	"	"	reinó	43	"	"	murió en	1599	"	"
	Tercero	18	3	Felipe 3º en	1599	"	"	reinó	23	"	"	murió en	1622	"	"
	Cuarto	19	4	Felipe 4º en	1622	"	"	reinó	44	"	"	murió en	1666	"	"
	Quinto	20	5	Carlos 2º (a) en	1666	"	"	reinó	35	"	"	murió en	1701	"	"
	Sexto	21	6	Felipe 5º (b) en	1701	"	"	reinó	23	4	14	renunció en	1724	"	"
	Séptimo	22	7	Luis 1º (c) en	1724	"	"	reinó	"	3	16	murió en	1724	"	"
	Octavo	23	8	Felipe 5º (g) en	1724	"	"	reinó	22	4	"	murió en	1747	"	"
	Noveno	24	9	Fernando 6º en	1747	"	"	reinó	23	"	"	murió en	1760	"	"
	Décimo	25	10	Carlos 3º en	1760	"	"	reinó	13	"	"	murió en	1789	"	"
	Onceno	26	11	Carlos 4º (f) en	1789	"	"	reinó	29	"	"	abdicó en	1808	"	"
	Doceno	27	12	Fernando 7º (g) en	1809	"	"	reinó	13	7	11	el 28 de julio de 1821	1821 1824	"	"

Era que dan los demás autores a la aparición de los incas gobernando
y con el que nos conformamos

Cómputo de los incas por los que han escrito de la materia en un orden de vida de la raza europea, sin consultar la larga vida de los hijos de la tierra del so	1°	Manco Cápac	en	1021	"	"	reinó	40	"	"	40	murió en	1062	"	"
	2°	Sinchi Roca	en	1062	"	"	reinó	30	"	"	70	murió en	1091	"	"
	3°	Lloque Yupanqui	en	1091	"	"	reinó	35	"	"	105	murió en	1026	"	"
	4	Mayra Cápac	en	1126	"	"	reinó	30	"	"	135	murió en	1166	"	"
	5	Cápac Yupanqui	en	1158	"	"	reinó	41	"	"	170	murió en	1192	"	"
	6	Inca Roca	en	1197	"	"	reinó	51	"	"	221	murió en	1249	"	"
	7	Yahuar Huaca	en	1249	"	"	reinó	40	"	"	262	depuesto en	1289	"	"
	8	Viracocha Inca	en	1259	"	"	reinó	51	"	"	313	murió en	1340	"	"
	9	Pachacútec Inca	en	1340	"	"	reinó	60	"	"	373	murió en	1400	"	"
	10	Inca Yupanqui	en	1450	"	"	reinó	32	"	"	412	murió en	1439	"	"
	11	Tupac Yupanqui	en	1439	"	"	reinó	36	"	"	446	murió en	1476	"	"
	12	Huayna Cápac	en	1475	"	"	reinó	50	"	"	496	murió en	1525	"	"
	13	Huáscar Inca	en	1525	"	"	reinó	7	"	"	505	murió en	1532	"	"
	14	Arahualpa Inca	en	1532	"	"	reino	1	4	"	506.4	murió en	1533	"	"
	15	Manco Inca	en	1533	"	"	reinó	11	"	"	512	murió en	1554	"	"

[F. 80] ADVERTENCIAS

El inca Yahuar Huaca siendo depuesto por su hijo en 1220, murió siete años después en la vida privada, es decir en 1227.

Viracocha. Este inca subió muy joven al mando y fue el que gobernó más que ningún otro de ellos. Ascendió al poder en 1220 y murió después de más de cien años en 1297. Se le tuvo por deidad; y fue el primero que predijo la pérdida del imperio con la entrada de los extranjeros blancos y cubiertos la cara de largas barbas.

Al inca Urco, su primogénito, no se le ha puesto en la anterior nomenclatura de ser padre y abuelo por haber tan solamente reinado solo once días; y depuesto desde luego por los grandes de su corte a causa de su incapacidad para gobernar como simple o cierta debilidad de amencia en su carácter físico y moral. Coronaron en consecuencia a su hermano menor Pachacútec, quien también murió como su padre de más de cien años de edad.

El gran Huayna Cápac reinó desde su coronación solo en el imperio y en el reino de Quito, porque siendo todavía príncipe fue el conquistador de este último y no como otros autores tratan de denigrar, ya que después de emperador le sometió habiendo reinado 12 años como emperador del Perú, y los restantes también como rey de Quito.

Huáscar Inca. Este fue tomado prisionero de guerra por Atahualpa en las guerras civiles que se hicieron unos a otros defendiendo cada uno sus derechos o pretensiones, como queda demostrado en el cuerpo de la historia cuando se habla de esta materia. Por lo tanto, no se le debe conceptuar como depuesto sino como desgraciado en la guerra que su propio orgullo promovió. Su prisión fue a principios del año de 1530. La razón para creer esto es que Pizarro desembarcó en Tumbes en este citado año y se encontró ahí con esta nueva. Atahualpa, de regreso con el ejército del sitio de la batalla y estando esperando aún gente suya en Cajamarca, y habiendo él avanzado solo para Quito de paso de ver a su familia, tuvo la noticia en Loja de la toma de Tumbes por Pizarro de boca del cacique de aquella comarca, ya de Molina, de la de los emigrados mexicanos y de otros tantos que venían huyendo de las huestes castellanas. Hasta entonces y [ilegible]

su prisión en Cajamarca [ilegible] existía prisionero, todo lo que justifica que este inca murió en día del mismo año de 1530 y no en el año de 1532 como tanta se asevera por otros equívocos historiadores. Huáscar murió a la edad de 50 años.

Atahualpa Inca reinó solo en Quito desde el tiempo que falleció su padre en esta ciudad y en sus brazos hasta que venció a su hermano Huáscar y recayó sobre él toda la autoridad real del imperio, y hasta que Pizarro lo aprehendió en Cajamarca y lo decapitó traicioneramente, que todo fue un año y cuatro meses en el gobierno del imperio tan solamente, y sin incluir el tiempo de su reinado como solo rey de Quito.

Sábase también que después de la conquista de los españoles // [f. 81] se coronaron otros cuatro incas que mantuvieron solo el nombre y sombra de la soberanía en las montañas del Cusco, del modo siguiente.

Manco Inca 2°, como hermano de los precedentes, fue el primero que coronaron por Francisco Pizarro en el Cusco, por octubre de 1533. Reinó 11 años en Vilcabamba y murió de cerca de setenta años de edad en el de 1544, a manos del español Gabriel de Peres.

Su hijo primogénito Sayri Túpac Inca fue el segundo que fue coronado por los indios de las montañas de Tarma, Vilcabamba, Maynas y Chunchos el mismo año de 1544. Reinó 14 años hasta enero de 1558, que salió de su asilo a verse en Lima con el virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete. Se asegura que renunció a su corona en favor de Felipe II de España por no tener más que una hija. En compensación de su dimisión le dieron los españoles el retiro de Urubamba o Yucay y viviendo así privadamente consumido de pesar murió en el del 1563. Se bautizó y tomó por nombre el de Diego Sayri Túpac Inca, lo mismo que su mujer, que tomó el nombre de doña Angelina Cusi Huaracay Coya en el propio año de 1558. Luego que se supo en la corte de Vilcabamba que el inca había muerto reclamando los pueblos que lo habían coronado, dando por nula e inválida la renuncia porque aún vivían sus hermanos menores.

Coronaron al mayor de ellos llamado el inca Cusi Titu Yupanqui, que fue el tercero y coronado por las mismas naciones el citado año de 1563. Reinó poco más de seis años y murió en el de 1569 de un fuerte dolor de costado, y por cuya muerte ordenó su mujer Angelina Polanquilaco

que dieran un cruel patíbulo a frey Diego Ortiz, natural de Getafe, y a Martín de Pando, mestizo de mal carácter que hacía de secretario del inca, el que escapó de la sentencia de doña Angelina poniéndose a la cabeza de todos los capitanes del inca que salieron a prender a fray Diego. Estos eran Cusipaucar. Guandope, Canen Tumi y Atoc; y los que se unieron a estos fueron Martín Pando, Macora, Sotic, Manacotana, Paucar Inca, [ilegible], Gualpa, Yucra, Rimachi y Túpac. Todo estos consumaron la muerte del religioso, solo porque la coya se los ordenó culpándole de que había muerto a su marido con sus [ilegible] predicaciones. Se asegura que fueron bautizados por fray Marcos García, natural de Oteruelo en 1567 a 28 de julio, y tomó por nombre el de Santiago de Castro Cusi Tito Yupanqui, y su mujer, que solo se llamaba Coya Polanquilaco, tomó el de Angelina Coya Polanquilaco como el nombre de la esposa de Sayri Túpac, su hermano. La muerte del inca Cusi Titu fue apresurada por los mestizos don Martín de Pando y don Gaspar de Sulegana, que fueron los que le dieron a beber clara de huevo batido con azufre, no obstante que el inca al ver ese remedio le repugnó el admitirles diciéndoles: «No quiero que me den algo con que muera». Pero asegurándole que le administraban...⁵⁷



57 El texto se interrumpe abruptamente.

[f. 282] Libro II, Capítulo 5

[f. 283] Va pues ahora a entrar nuestra pluma en la descripción de sucesos sumamente interesantes, como son los hechos bélicos de los peruanos cuando la conmoción general promovida por Manco Inca contra los españoles, y también los de estos en sostenerse inamovibles y fuertes en los puntos que ocupaban con sus armas, castellanos y caballeros. Lllamaré, pues, aquí la perspicaz atención del lector para que traiga en consideración el punto en que se le dejó en el anterior capítulo de la materia que se va a tratar a fin de que no se separe de la ilación de los pasajes, y por consiguiente del concepto que de ellos hubiere de formarse.

Esto supuesto, pues, es muy del caso aseverar que el inca Manco, luego que llegó al punto donde había convocado a sus vasallos, se le reunieron en breves días más de quinientos mil hombres, porque se le vienen pueblos enteros a defenderle, de los cuales escogió la gente más selecta y fuerte para la guerra, y de ella formó un ejército de doscientos cincuenta mil combatientes, y los otros doscientos cincuenta mil los destinó para que le proporcionaran bastimentos y armas que sirvieran de repuesto en el caso de necesidad de unos y otros artículos, y desde luego que también formaran una reserva formidable para imponerle a la soldadesca española, y rectificaron cuando menos a su respectiva vez sobre ella el triunfo infalible que se prometía alcanzar con la primera fuerza. Arregladas que fueron las

divisiones y colocados sus generales, jefes, oficiales y clases que los habían de dirigir al servicio y al combate, según el orden militar que ellos tenían, entonces los formó en cuatro, en un llano por columnas cerradas y él colocándose en su centro, y al mismo tiempo que elevado en su anda de oro en que estaba sentado por más de doscientos caciques, les habló en los términos que sigue:

PROCLAMA DEL REY MANCO INCA A SU EJÉRCITO QUE IBA A
MARCHAR A PELEAR CON LOS ESPAÑOLES QUE SE HALLABAN
POSESIONADOS DE LA IMPERIAL CIUDAD DEL CUSCO.

«¡Hijos de la tierra del Sol! ¡Queridos vasallos! ¡Fieles amigos de los incas!», les dijo,

«estos otros cuidadosos soberanos os dirigen por mis labios desde sus estancias de paz y quietud donde se hallan sentados al lado de su padre el Sol, [ilegible] sagrados agradeciendoos la docilidad con que habéis obedecido la convocación que os ha hecho mi persona como el hijo y sucesor legítimo del inca Huayna Cápac a su imperio y señorío en esta tierra, que el gran Pachacamac y nuestro padre // [f. 284] el Sol, para un orden natural de sus sabias deliberaciones, les concedió desde siglos atrás, mandando al legislador Manco Cápac para que le instruyera como que fue uno de sus esclarecidos varones que crió, y ha sido el fundamento desde luego de la dinastía de los incas con su esposa y hermana Mama Ocllo. He aquí pues, guerreros, como mejor lo sabéis el origen de mis derechos a él. He aquí, pues, que notoriamente soy el décimo quinceno rey, que ha ceñido en su frente la borla colorada, signo supremo de estar en posesión de él, después de que han sido muertos mis dos hermanos los incas Huáscar y Atahualpa, que se disputaban el poder y al furor devastador de unos hombres extraños que sin saber cómo ni de dónde se han introducido en esta tierra que habitamos, llamados con generalidad españoles o castellanos, además de ser nombres particulares de cada uno, y el de sus caudillos que son Pizarros y Almagros.

Amados súbditos: los Pizarros se hallan esparcidos con sus soldados castellanos en el Cusco, en el valle de Rímac, la costa de Tumbes y Quito, y los Almagros se hallan en Chile, con los españoles que también militan en su bando sedientos de riquezas y por las cuales se han lanzado por aquellas regiones en busca del oro, la plata y piedras preciosas y de todo lo que son sin ejemplo, excesivamente codiciosos. A estos

han ido igualmente acompañando con mi permiso el príncipe Paullu, mi hermano menor, y mi tío el inca Villac Umu, sumo sacerdote, por complacerlos y servirlos como a hijos parecidos a la fantasma de nuestro dios Viracocha, que aquel emperador de este nombre —mi abuelo— anunció que se le había presentado en sueños en su destierro de Chita. Persuadido, pues, de que ciertamente fueran hijos de aquella divinidad, y también, hijos de nuestro padre el Sol, los hemos recibido como a hermanos y como a incas, con suma mansedumbre, sagacidad, obsequios y cariño, pero ellos en correspondencia de estos buenos servicios solo nos han retribuido pesares, ya en las sagradas personas de vuestros incas, y ya en la de los inocentes de vuestros hermanos, mis queridos vasallos, haciendo con ellos tan solamente lo que hacen los tigres hambrientos con sus indefensas presas, cual es ensangrentar sus garra, con una carnívora matanza a fin de no dejarle vida a aquello que aún respira, porque todo les parece poco para saciar a sus furiosas ansias de destrozar.

Amigos: no es esta mala práctica de acciones y de ingratitud la que observan contra todos los hijos de este desventurado suelo, sino que todavía hay otros más execrables con que nos quieren baldonar para siempre. Y estos son que no contentos con haber cometido tan horrendos crímenes en vidas inocentes que piden venganza a la justicia del Pachacamac, hoy ya se han constituido en usurpadores declarados del imperio pues no quieren devolvérmelo, no obstante // [f. 285] los varios reclamos que de él les he hecho. Y aunque Francisco Pizarro, gobernador de ellos, me ha prometido repetidas veces cumplir las capitulaciones de Cajamarca —que mi hermano, el inca Titu Atauchi, las celebró con un general suyo llamado Francisco Chávez— cada vez que volviera del valle Rímac y en cuantas ocasiones ha regresado no lo ha verificado. Y es tanto este pernicioso dolo que ha usado, que tan lejos de cumplir sus promesas reiteradas ha cometido, más bien, desacatos y repetidos insultos en mi persona, burlándose de mi honrada credulidad. Y en esta última vez que se ha ido, ha llegado la imprudencia y mala fe al colmo de hacer ir a mi persona con viles engaños a vivir a mi real fortaleza, aseverándome de que si a ello me lo exigía era porque en ella tuviera más respetabilidad mi augusta dignidad, cuando a la verdad solamente era para que luego que ya yo estuviera allí, y verificada su ausencia, sus hermanos y amigos me pusieran freno y me aherrojaran de cadenas, esposas y grilletes de hierro. Ved, hijos míos, la conducta atroz y doble de estos pérfidos castellanos para con vuestro rey, que vive con ellos, sin darles motivo alguno de quejas y mucho menos para que le hicieran

experimentar un insulto semejante. Otro tanto hicieron con el finado rey Atahualpa, mi hermano, que cuando más los llenaba de tesoros y servicios era cuando más perversos y desconocidos lo comprimieron hasta quitarle su existencia. Estos sacrificios, estas injusticias son crímenes regicidas y nacionales, que demandan una irremisible venganza. Esta no puede hacerse porque la alma de un indiano es bondadosa, pero sí estamos en el caso de concluir con ellos, porque son enemigos crueles de nuestra propia conservación.

Vasallos obedientes: sabe bien el Pachacamac cuál fue la astucia, suavidad y regalos que él me facilitó, infundiéndome una paciente tolerancia hasta desnudarme de tan infames prisiones, que humillaban entonces a la calidad de rey poderoso, manso, justo y benévolo como lo han sido todos los incas. Logré, pues, con esta seductora conducta un poco más tarde seducir con las promesas de llevarles mucho oro a la codicia de Hernando Pizarro y los suyos, para salir del Cusco al valle de Yucay en solicitud de él. Y como yo me hallase entonces libre de sus opresoras vigilancias, reuní en Tampu a todos vuestros antiguos jefes, curacas y nobles a mi consejo, a quienes les expuse esto mismo que tan sucintamente os relato, pidiéndoles un dictamen acertado de lo que se haría con estos hombres tan perjudiciales al imperio. Ellos a mi propuesta discutieron, y por lo tarde nombraron unánimes al sabio general Sinchi Uma en jefe vuestro, para que me contestara categóricamente a nombre de todos ellos, sobre lo que yo debía hacer. Se adunaron todos, resueltos a practicar y seguirse por lo que este anciano opinara. // [f. 286] Facultado así, este ilustre capitán se decidió por la guerra. Sí, por la guerra más justa que ha tenido el mundo contra la villanía, criminalidad y audacia de unos extranjeros indignos de existir por más tiempo entre nosotros. He aquí, pues, que sin que me quede nada reservado os manifiesto los motivos poderosos que me han obligado a llamaros a las armas, no solo en sostenimiento de la corona de los incas, hijos del Sol, sino a la defensa y seguridad de vosotros mismos, porque nada quiero sino la felicidad de mis queridos hijos, que lo sois vosotros. De aquí es pues que nada tenéis que os arredre cuando vais a combatir para un interés propio, cual es el salvar vuestras mismas existencias, amagada de una esclavitud tormentosa, y cuál es también el evitarle una muerte afrentosa que no carece de duda. Vosotros mismos, otra vez o antes de ahora, sois testigos que os llamé a las filas de mi ejército y aun os dirigí a combatir a los tenientes de mi hermano Atahualpa, pero esta era guerra de familia, guerra entre nosotros mismos, que conforme se concitaba y se

encendía en su mismo Cusco se apagaba. No éramos esclavos, no se nos humillaba hasta el extremo de perder el suelo en que habíamos nacido. Mas hoy con los castellanos todo es rapacidad, todo llanto y desolación. No somos dueños ni del aire que naturalmente respiramos; porque no mirándonos estos como a semejantes suyos, disponen aun de él despiadados cada vez que quieren, apeando de su lugar a nuestros cuellos. No somos propietarios de nuestros tesoros porque nos los quitan, para llevárselos a los países de donde ellos han venido, y no somos dueños, finalmente, de esta tierra que como madre nuestra nos ha producido, porque ellos ya todo se la han apropiado, repartiéndose como cosa suya, y dejándonos abandonados para ir a buscar a los bosques de las sierras, o en el seno de las montañas más recónditas un nuevo asilo, ¡pero dónde no irían, siguiéndonos estos codiciosos monstruos! Por tanto, pues, yo no encuentro más remedio a mal tan grave que el recurso terrible de la guerra. Solo con ella entiendo que podremos vernos libres de plaga tan devastadora como la que se nos ha introducido sin que los hubiésemos apetecido ni buscado.

Últimamente amigos: yo os mando como vuestro emperador, como vuestro inca hijo del Sol, y como tan interesado que vosotros en empresa tan ardua, que primeramente marchéis a exterminar a todos los castellanos que andan aparecidos en busca del oro y la plata para entrar minas, lo que verificaréis en el término de quince días. Concluido esto seguiréis en el de ocho días contados de los quince cumplidos a las doce de la noche del último, la marcha que se os designe todos reunidos y armados con otras flechas, arcos, hondas, lanzas, piedras y porras hasta llegar a dos leguas del Cusco, donde aguardaréis mi presencia para con ella avanzar al acometimiento de los españoles existentes en la imperial ciudad donde se hallan fortificados. Idos, pues, a cumplir lo que vuestro inca y señor // [f. 287] os manda».

De tal manera asombrosa despidió Manco a toda aquella multitud comisionada, los que reverenciándolo y acatándole con gritos aclamatorios de «¡viva Manco Inca, viva el hijo del Sol nuestro rey legítimo y mueran los tiranos, los asesinos y ladrones españoles!», se fueron llenando los campos con algazara y silbos retumbantes a cumplir lo que les había ordenado. No bien se cumplió el tiempo señalado, cuando ya le impartieron que todos los españoles codiciosos en bastante número, que se hallaban por las minas les habían dado su pasaporte a la eternidad, y a los ocho cumplidos y hora

indicada, con el mayor secreto estuvieron también reunidos sin falta de uno solo en el sitio y distancia designado, y a donde su inca llegó al mismo tiempo a encabezarlos.

Media hora les dio este de descanso para que se arreglaran algunas preparaciones que debían llevarse, pero venida esta y colocados sus generales, jefes y oficiales en sus correspondientes puestos, rompieron la marcha por divisiones y diversos caminos, haciendo nubes de gente armada y al intento de circunvalar al Cusco. El inca fue imparable del lado de su general Sinchi Uma, y al que le resguardaban cincuenta mil guerreros escogidos, bien armados y con órdenes expresas de no darle cuartel a ningún castellano que de aproximarse a sus reales, sea con el pretexto o embajada que fuese, pues que la guerra que ya se hacía no era otra sino la de muerte: no habrá piedad, y este fallo había de cumplirse con la mayor estrictez. Prevenidos así todas las armas de ofensa, y sin descuidar de llevar el fuego incendiario, llegó Manco Inca al Cusco con toda su fuerza formidable, a las dos de la mañana acometiendo a los españoles por todas las entradas de la población cercado de tanta gente, de un modo súbito y repentino. Un espantoso alarido, sucedido de un estruendo murmulloso desplegado sin recato por la indiada, y que llegaron a los oídos de los castellanos, que existían recogidos en el palacio del inca Viracocha, les dio con asombro suyo el sobresaltado aviso de que tenían a sus enemigos sobre ellos.

Los más de los soldados del inca traían consigo el fuego, el que encendido en yescas, y prendidas estas en sus flechas y el impulso de la cuerda de sus arcos, le aventaban a todos los techos apabellonados de las casas de la ciudad, para que se quemaran inflamándose con el aire, la paja llamada ichu que les servía de cubierta.

De este incendio general no se escaparon las casas reales de sus antepasados incas, y sí a algunas de estas las respetaron fueron tan solamente el templo del Sol con los aposentos que él contenía en su interior y sus adyacentes exteriores: la casa de las vírgenes escogidas, con sus oficinas que en cuatro calles existían en su seno y bajo el cuadro de sus // [f. 288] muros; por último, sus tres salones grandes que les servían de plazas para la realización de sus fiestas en tiempo de invierno y fuera de estas. Todas las demás las comprendieron en el plan convenido de la consumación por las

abrasadoras llamas que con tanto empeño le planteaban por todas partes, hasta volverlas una arena infernal y luego en un polvo de cenizas.

A las casas excepcionadas las respetaron los incendiarios indios, por manifestar veneración al Sol padre de sus incas, y a las de ser escogidas porque pertenecían al servicio de aquel, y por no cometer el crimen de sacrilegio, menospreciando con tan devorador atentado al templo de dios de sus creencias y sus vestales, y a los tres salones porque querían tener dónde celebrar abrigados de las lluvias el triunfo que consiguiesen degollando a todos los españoles. La primera de estas grandes salas se hallaba situada a la parte superior de la ciudad, y por donde había sido el Palacio del emperador fundador Manco Cápac. La segunda era el alcázar del inca Pachacútec llamado Cassana. Y la tercera, el palacio de Huayna Cápac nombrado Amaru Cancha. Preservaron junto con estas del fuego a un hermosísimo cubo redondo, que se hallaba situado delante de estas importantes salas o plazas.

Los indios más valientes y determinados, como escogidos al intento para que quemaran el palacio del inca Viracocha —donde los españoles atacados tenían sus alojamientos y era, desde luego, todo el fuerte de sus defensas—, fueron los que le acudieron todos a la vez con sus combustibles incesantes, para que se incendiara y de manera que así se lograra el objeto de que fuera todo él abrasado. Como en efecto que luego así lo fue, y solamente la sala principal, en donde tenían establecida una capilla provisional los castellanos para celebrar el sacrificio de la misa, pudo libertarse milagrosamente del fuego no obstante los innumerables flechazos de yesca encendida que caían en su techo arropado de la misma paja con que se habían ardidado todas las demás. Garcilaso dice que esta fue una de las protecciones manifiestas del Señor, librando a la pequeña capilla porque era su casa, que aunque malos, aquellos conquistadores le tenían establecida para tributarle sus holocaustos y adoraciones y en la que, finalmente, se había de formar su templo en forma, como lo es al presente su iglesia catedral de cantería y de la mejor arquitectura.

De tal manera, tan uniforme y en medio de la mayor algazara y confusión por la multitud inmensa de indios de combate, por las mujeres, viejos y niños que lloraban la pérdida de la ciudad, sus bastimentos, y sus

haciendas que tenían guardadas en sus depósitos, fue quemado el pueblo cuzqueño por la primera vez desde su fundación por Manco Cápac, y aumentando por sus sucesores, no por las manos extranjeras, sino por las de su mismo rey, // [f. 289] nieto de aquel primer emperador, y de su propio nombre, pues que si un Manco Cápac le hizo aparecer al mundo poblándolo, otro de su misma sangre llamado Manco Inca, le redujo a cenizas en una sola madrugada, defendiendo su dominio, su libertad y su independencia.

Incendiado así simultáneamente aquel Cusco, cuna de la adoración al Sol, y recinto de más de medio millón de peruanos, al paso que el coloso de todas las grandezas de los incas, y todavía a las sombras negras de la noche, se elevó el fuego en tan extenso caserío a formar un admirable anfiteatro de llamas, de ascuas conservadoras de ellas, y de un humo perceptible hasta de las más largas distancias. No parecía con la brillante luz de la llamarada que salía de la techumbre de tantas casas, que en el ascuante [sic] Cusco existía por entonces el reinado de las tinieblas. Todos los objetos se veían palmariamente y si ellos algún momento eran interrumpidos, solo era por el polvo o humo que causaba el desplome repentino de las casas que iban consumiéndose, o el desgaje de sus palos que quedaban ardiendo, pendientes de otro madero que todavía no era atacado y parecía que invulnerable desafiaba a las volcánicas llamas de aquel fuego asolador que jamás la tierra del sol le había visto ni tenido y al que, al fin, todo cedía, y caía al suelo ya sumamente rojo por tan activo enemigo. A la claridad, pues, de estas empinadas y constantes teas combatían ya el poder inmenso del inca con los cientos de españoles que comandaban Hernando Pizarro y sus hermanos Juan y Gonzalo, y también con algunos indios más que a su servicio habían sabido ganarse. Las inmediaciones de la plaza mayor eran el teatro de sangre donde disputaba la flecha indiana con el fuego, el acero y el caballo español, que en medio del bramido de las llamas agitadas por el aire, la gritería de los indios, el tropel de los corceles y el estrépito de los mosquetes peninsulares, hacían desde luego tal concurso de espantosas circunstancias a aquellos lugares inocentes para que no parecieran otra cosa más tolerable, sino que el mismo infierno enfurecido desarrollando sobre entrambos contrarios, todas sus furias de cólera, de dolor y devastación. Pero a esta vez

conviene que vea también el autor el estado del campo español desde su principio, al que enseguida se va a describir, haciendo de él, de estos y del inca, uno mismo en adelante para su mejor inteligencia.

Como ya se ha indicado Hernando Pizarro,⁵⁸ desde que supo que Manco Inca se había ido a sus estancias de asilo, quedó temeroso de alguna grande ocurrencia que le sobreviniera por el influjo y cólera de este rey, tan repetidamente burlado por todos ellos en sus esperanzas // [f. 290] de ser restablecido en el dominio de su imperio. Conocieron entonces, tanto él y sus hermanos, lo mal que habían hecho en darle libertad que les había perdido, pero en el estado de violencia en que ya estaban las cosas toda reflexión era inoportuna, y solamente sus precauciones de defensa y acometimiento sobre las mangas de indios que les habían de acometer era ya lo único que temían hacer por parte de ellos. Siendo, pues, por lo tanto, su posición azarosa, se dedicó con sumo esmero, en unión de sus hermanos y sus castellanos que con él estaban a sus órdenes. A la práctica vivían todos juntos en un solo alojamiento, y como hombres que dependían de sus propios esfuerzos, se dedicaron también a mantenerse en continua vigilancia. Arreglaron sus guardias y centinelas alrededor de su cuartel, y en las cumbreras de los techos de él aposentaron sus respectivos vigías para que observaran a toda hora los movimientos de los indios por el campo e igualmente que en el interior de la ciudad. Juntaron asimismo todos los comestibles que pudieron para sí y sus caballos por solo mera precaución, y cuando así existían de un modo cauteloso y dispuesto a superar lo que tratasen de hacerles sus enemigos, fueron asaltados por estos en la noche citada a las dos de su mañana.

Pero no bien oyeron la grita atolondrante de la gente del inca, cuando al instante se armaron y enfrenando a treinta de sus caballos —que cada noche dejaban este número ensillados para salir al momento sobre ellos a contener cualquier desorden o tumulto que apareciese en la ciudad— los monteros y se dirigieron con presteza de los primeros a reconocer a sus innumerables adversarios. La multitud que de estos vieron a luz de los

58 La descripción del levantamiento de Manco Inca sigue en parte a la *Historia general del Perú* de Garcilaso (lib. II, cap. XXIV-XXV).

primeros incendios y el ningún conocimiento que tenían de la clase de armas que traían para ofender a sus caballos, acordaron para evitar todo mal suceso a los animales, a quienes temían más los indios, el posesionar de todos de la plaza, la que por ser bien plana y extensa podían ser en ella más [ilegible] con el furor de estos, al paso que estarían también libres de ser ofendidos, a mansalva de los mismos si incautos o divididos anduvieran por las calles. Así lo hicieron, replegándose a la expresada plaza tanto los que habían salido al reconocimiento, como los que se quedaron alistándose en el cuartel. Luego que estuvieron en la plaza se formaron en un cuadro sólido. Los infantes, que eran ciento veinte (120), ocuparon el centro y los ochenta hombres de caballería (80), divididos de veinte en veinte jinetes, cubrieron los cuatro frentes para resistir así al empuje de los indios por cualquiera parte que lo hiciesen.

El inca Manco, con su principal Sinchi Uma, luego que vio a los españoles reunidos con toda su fuerza en la plaza y formados del modo descrito, dio la señal de ataque sobre ellos. Por todas partes fue este ejecutado con ímpetu // [f. 291] y en un orden simultáneo, pues que sus columnas apiñadas, y que oleaban sus cabezas con sus armas hasta hacer divagar la vista por cualquier lado que se extendía, no dejaban de hacer estremecer de terror al corazón temerario de los españoles, al persuadirse que tal vez ese instante de lucha iba a ser el último fin de todos ellos. Acométenles, pues, feroces esas masas inagotables de peruanos, y más audaces todavía al creerse invencibles por esa inmensidad de gente que componían su número y con la que, agrupada, pretendieron llevarse de encuentro a ese pequeño cuadro de españoles que de tal manera y armados eran inamovibles sobre el terreno que buscaban. A este empuje rápido de los incautos indios salieron los castellanos de a caballo a encontrarlos, y resistiendo con un valor poseionado de estar todos ellos resguardados de cotas de acero, y de sus yelmos ostentosos sobre sus cabezas que inutilizaban los tiros de las flechas y los golpes de las piedras, palos y lanzas que les dirigían los contrarios, llegaron a rechazarlos, atropellándolos con los caballos, lanceándolos y acuchillándolos como a manadas de carneros. El fuego de los infantes, por otra parte, causaba otros y más fuertes estragos sobre aquellas masas desde la distancia, y su uso y efecto maravilloso para los indios que jamás le habían visto

hizo que sus imaginaciones supersticiosas se llenasen de sobrecoimiento y que conociesen la superioridad española por sus armas sobre las suyas que eran inservibles para ofenderlos, y por lo tanto solo recibían la muerte de un modo carnívoro e indefenso. La sangre de los pertinaces vasallos de Manco corría a borbotones en todo el círculo de la plaza. Los cadáveres indianos eran extraídos con precipitación del campo de lucha tan desigual al llanto y protección de sus familias; los heridos de la misma suerte salían a buscar quien fajase sus inutilizados miembros o sus innumerables heridas. Los castellanos con las lanzas y sables goteando de sangre hasta el guante de sus implacables manos, ya se hallaban fatigados de tanto sembrar la muerte en aquellos hombres que llenos de valor buscaban al filo de sus aceros, una positiva muerte por la defensa de los otros, de su patria y de su rey. Los caballos se atollaban en los fangos de sangre, que vueltos grandes cuajaronos en el suelo, les decían: «castellanos, basta, basta de derramar más sangre peruana», pero nada era capaz de contener a la rabia y encarnizamiento de entrambos bandos, porque si el inca perdía a sus vasallos, los españoles temían ser castigados y ahogados por el cansancio del trabajo y por la muchedumbre de sus enemigos, que constantes y siempre bravos embestían con decisión y sin que nada pudiera distraerlos del combate. Entretanto, que así la batalla era general en el contorno de la plaza, y que en esta lid hacían ya como tres horas de las oscuras que se empeñaban en destruirse y sin más claridad // [f. 292] que los reflejos de las llamas, vino el día amaneciendo. Al fin la inimitable claridad de este puso a todos los objetos en su expresa percepción y con la misma los peruanos empeñaron más la batalla, reforzándose con tropas de fresco. Estos inocentes campeones hacían en vano llover sobre los españoles nubes de flechas y piedras, pero ellas no penetraban sus armaduras de hierro, y por tanto este infructuoso denuedo era siempre vengado con usura por los caballos y las lanzas de los castellanos, pues cada arremetida que les daban estos a más de tumbarlos al suelo a pechadas, los privaban y atropellándolos en su fuga, dejaban doscientos o trescientos indios muertos, y esta era la razón por qué ellos tenían más miedo a los caballos que aun a los infantes que les dirigían sus rayos destructores.

Fueron tan inocentes los peruanos en esta guerra, que no hicieron uso de las picas que tenían contra los caballos solo porque jamás habían peleado con esta clase de animales, y como todas sus batallas que habían dado y aun la que se hallaban ejecutando era tan solamente a pie, unos contra otros en el mismo estado y naturalmente desarmados, porque no tenían las que contra ellos empleaban con tanta destrucción los españoles. Sin embargo de esta ventaja que tenían de su parte los castellanos, Manco confiaba en la pujanza de la mucha gente que tenía y así es que la mortandad que estaba sufriendo de más diez mil hombres no le arredraba para retraerse de su propósito, porque la esperanza que conservaba en su corazón de vencerlos y degollarlos pronto a los que así le causaban en sus vasallos tantos desastres, se resignaba a sufrirlo todo, y alentar con más ardor y vehemencia sus huestes para que venguen las vidas de sus hermanos. Su general en jefe Sinchi Uma no descansaba un momento en dirigir sus órdenes al éxito de la victoria. Así pues, con una tenacidad constante siguió el encarnizamiento de la pelea, y hasta que cansados los súbditos de Manco se retiraron a unas pocas cuerdas del teatro de destrozo, como lo era el recinto de la plaza. Esta batalla puede decirse que no fue la sola de aquel primer día, sino que consecutiva de diez y siete días con sus respectivas noches, en las que [ilegible] los apretaban y combatían de todos los modos que solían imaginarse los indios en hostilidad de aquellos peninsulares sin dejarlos salir de la plaza donde existían formados. Estos guardando siempre su primera formación, presentaban el imponente aspecto de un pequeño castillo ambulante. Porque estando tan estrechados por la muchedumbre de sus contrarios, formados iban a tomar al arroyo que pasaba por la plaza, el agua que deseaban para satisfacer su sed; formados iban a buscar a las casas quemadas algún maíz que hubiese escapado del fuego para saciar el hambre que con fuerza les acometía, y muy especialmente a sus caballos, cuya necesidad era la que más sentían que aun las suyas propias, // [f. 293] porque de la existencia de estos corceles en todas sus fuerzas consistía la conservación de tus vidas, y también en alguna oportunidad la salvación de sus personas hacia el Rímac, donde se hallaba el gobernador Pizarro del mismo modo que Hernando su hermano en el Cusco, cercado por el bravo general Asto Yupanqui, que encabezaba sesenta mil guerreros reunidos de

la gente de los pueblos de la costa y la sierra que se le habían designado por el inca para este efecto, al tiempo de comisionarle.

Los españoles hallaron todavía algún bastimento, aunque tostado del fuego entre los escombros de las casas quemadas del Cusco, mas con el hambre poderosa que sentían todo lo que encontraban se les hacía el más delicioso manjar, tanto a ellos como a sus apreciados caballos. Así existieron formados en cuadro, y así andaban a satisfacer sus necesidades estos hombres si vituperables por sus codicias y crueldades, dignos sí de admiración y de encomio, como guerreros por la vigilancia y defensa infatigables que observaron en todo aquel tiempo, que de noche y de día los tuvieron los indios en azar y sobre las armas con sus súbitos acometimientos sin dejarlos descansar.

En estos días, pues, de tanto aprieto y peligro se distinguieron en matar indios, como principales caudillos, los tres hermanos Pizarro, sus capitanes Gabriel de Rojas, Hernando Ponce de León, Alonso Henríquez y el tesorero Alonso de Riquelme y otros muchos castellanos, porque todos peleaban no obligados del deber del honor, sino convencidos de que no tenían otro medio de escapar de tanto riesgo en que se hallaban que combatiendo hasta vencer o hasta morir, vendiendo bien cara sus existencias. Ellos se veían y reveían para exponerse indirectamente a la muerte, porque eran pocos en número y también sabían que no podían tener más esperanza de socorro que sus propias fuerzas y la voluntad divina, puesto que cada día se disminuían con algún muerto que artificiosamente ocultaban de la vista de los indios o con varios heridos, que en el centro del mismo cuadro, ya existían medicinándose, y ya con este motivo fuera del número de los de la pelea, pues que los frecuentes golpes de la indiada, siempre les dejaba alguna desgracia que deplorar.

Visto, pues, por el inca que en tantos días de fatigas peligrosas sin alimentarse ni dormir se hallaba su gente muy maltratada con el continuo trabajo que tenía necesidad de enterrar sus muertos, curar sus heridos, reparar sus armas y reorganizar su ejército con nuevos conscriptos que llenen las bajas que había sufrido, hizo que sus divisiones se retiraran // [f. 294] a tres cuadras de las últimas casas de la ciudad y fuera de tiro de los castellanos, a ocupar sus respectivos cuarteles que cuidadosamente les

había hecho establecer, formando el cordón de circunvalar a todo el Cusco quemado, y solamente resuelto a darles batalla en cada una de las lunas plenas y hasta hacerlos perecer de necesidad, llevándoles el asedio al extremo por un tiempo indefinido o hasta que se rindiesen a discreción, que así habría sido si tal le hubieran hecho y entonces muy ciertas y seguras sus conclusiones, porque el inca Manco, existía irritado en lo absoluto contra todos ellos.

Retirados que fueron de tal manera los soldados de Manco a sus cuarteles y venida la obscuridad de la noche, los españoles también se recogieron al salón de la capilla con todos sus heridos y muertos, y en la que dieron mil gracias a Dios, a la Virgen Santísima y al Apóstol Santiago, patrón de España, por haberlos hasta entonces salvado del furor de tantos enemigos, y porque al mismo tiempo les habían preservado del incendio a aquel hermoso salón que iba a servirles de abrigo a ellos, y de hospital militar a sus enfermos que tenían que curarse. En la propia noche con sus indios domésticos dieron sepultura a los castellanos que habían fallecido de sus heridas mortales en número de treinta individuos, quedando solamente de ellos, entre lastimados y buenos, ciento setenta, sus indios sirvientes, y tres capellanes españoles que los confesaban y absolvían a los que a sus pies imploraban arrepentidos el auxilio divino.

No obstante las más activas diligencias que hicieron los castellanos en los diez y siete días de continuada pelea para proporcionarse qué comer, llegó a pesar de estas su asiduas diligencias a tanta estrechez sus escaseces de bastimentos para ellos y sus caballos, que a los once y doce días de tan estimado cerco se hallaban ya todos ellos con sus animales muy fatigados, y en tanto peligro que el de morir todos en muy pocos días más de duración del asedio por necesidad, y devorados por una hambre terrible que no la podían sobrellevar. Muertos pues treinta de ellos, heridos los más de los vivos, y llenos de un temor pavoroso de que dentro de pocos días perecerían todos, sus situaciones se hacían de momento en momento las más amargas y duras en que pueda hallarse el hombre en los días de su vida, que muy especialmente a la vista, hostilización y sitio de un enemigo pertinaz y enardecido en la consecución de su objeto. Estando, pues, en tan evidente peligro, los castellanos sin esperanza de más socorro que el del cielo, ni en

circunstancias de tener cómo valerse cada uno por sí para salvarse aun con sus propias fuerzas y los empujes, bríos y vuelos de sus caballos, porque todos de instante en instante, también se veían desfallecidos e incapaces de continuar // [f. 295] en una nueva pelea sino se les reforzaba a sus debilitados cuerpos.

Y cuando así fluctuaban en los bordes de tan eminente riesgo, es cuando les vino un consuelo milagroso de parte de sus domesticados indios. Estos, viendo a sus patrones en tan apurados conflictos, se pasaron todos a donde el inca y dándole a este y sus vasallos a entender peleando con ellos de día contra los españoles —que de buena fe los negaban a estos—, fueron incorporados entre los demás como soldados fieles a su rey Manco y, por tanto, andaban libremente con todos los demás, pero luego que venía la noche se volvían a sus amos llevándoles toda la comida y hierba que en el día podían reunir con un disimulo grande. De tal manera tan noble para con los españoles se manejaron sus indios domésticos, pues estos traicionando a sus positivos intereses, a los de su país y rey, los sustentaron en una actitud fuerte y capaz de hostilización y de defensa, tanto a ellos como a sus caballos durante todo el largo asedio de ocho meses en que estuvieron encerrados. Esta conducta importante de parte de unos seres que en nada les interesaba la permanencia de los castellanos, y que más bien negando a los de su misma sangre les probaban tanta fidelidad que un júbilo o un doble gusto consolatorio para todos los moribundos encorralados, y era otras de las maravillas que les admiraba a los mismos españoles, al ver que venían estos extraños salvajes con tal astucia a libertarlos de la muerte y también en conocimiento de que la mano del Señor los protegía, a fin de que entre esta gentilidad por cualquiera medio, se propagara y estableciera su culto y dicho evangelio. Reparados pues así tan extraordinariamente los conflictos de los castellanos, sus ánimos y sus fuerzas volvieron a su primitivo tono. Sus caballos, reforzados, curados y mantenidos del cansancio y maltratamiento que habían experimentado en los días tan continuados de refriega que había habido, orgullosos ya roncaban, y sus dueños placenteros al verlos así, fijaban en ellos todos sus conatos de salvar bien sobre sus lomos de cualquiera otra batalla que el inca Manco les quisiese nuevamente empeñar. Y sus heridos, curados con hierbas botánicas y eficaces,

proporcionadas también por los mismos indios amigos de los españoles, se hallaban ya asimismo en estado de engrosar las filas de que habían sido para ello temporalmente separados. Tales adelantos hicieron Hernando Pizarro y sus compañeros durante bastantes días de [ilegible], en que su línea sitiadora se mantenía a causa de que los indios se hallaban ocupados —lo mismo que ellos— de arreglos y reparos que les proporcionaren en lo futuro el efectivo vencimiento de sus contrarios. Mas volvamos al campo del inca.

Este príncipe, luego que tuvo a su ejército recogido // [f. 296] en sus cuarteles, a sus heridos en cumplida curación y a sus muertos sepultados, hizo reemplazar sus bajas con nuevos guerreros y en seguida revistó sus armas, y dándoles el completo de estas de las nuevas a todos convocó en junta a sus generales, jefes y oficiales. Esta reunión la verificó en público, y luego que todos estuvieron presentes según sus categorías sentados, se les presentó él y les habló del modo siguiente:

DISCURSO DE MANCO INCA

«Vasallos míos», les dijo el inca,

«os habéis ahora conducido en los combates con los españoles, no como hombre de valor, sino con mucha flaqueza de espíritu y sobre todo con cobardía. Por lo tanto, pues, yo estoy muy disgustado con vuestras conductas en los campos de batalla. Porque es cosa muy extraña que tan pocos castellanos, cansados y muertos de hombre, pudieran más que tanta multitud de indios, que debían con solo el número ahogarlos, arrojándose todos a la vez sobre ellos, y en todas direcciones aun antes de que pudieran ofender a más de diez personas de las nuestras. ¡Es un escándalo esta tímida conducta! Y por ello así se burlan aquellos cuantos españoles de los hijos valerosos del tiempo de mis mayores en la tierra del Sol. ¿Cómo, pues, eclipsáis así, con vuestro temor, aquellas glorias pasadas, aquellas inmensas conquistas, donde siempre el valor peruano fue invencible? ¿Por qué no le imitáis?... Esto os debe servir de estímulo para arrojaros ciegos sobre los castellanos, sin pararos por sus rayos, por sus aceros, ni sus caballos pues que, al fin, son hombres mortales como vosotros y pocos, y por muy esforzados y valientes que sean, siempre tienen que sucumbir a la inmensidad de vuestro número.

Esto supuesto, pues os prevengo, si en los sucesivos ataques que se les van a dar, no os comportáis como hombres de ánimo como el cargo que desempeñáis, conduciendo a los guerreros que cada uno de vosotros mandáis hasta agarrar a los españoles y pulverizarlos, os relevaré del puesto con otros que lo hagan así, y entonces tendréis que ir como débiles a hacer los oficios de mujeres, cual es solamente los de hilar, tejer y cocinar, lo que es entre nosotros de mucha mengua para un hombre, y en caso de reincidencia será el único destino para lo que podréis servir en el reinado de Manco».

Dicho esto, paró de hablar el inca.

Reprendidos así tan seca y ásperamente por su soberano, los jefes y oficiales del ejército sitiador del Cusco se miraron ellos unos a otros las caras, sonrojados por la reprimenda que acababan de sufrir. Pero reanimados de las primeras impresiones del dolor y vergüenza que causa siempre tan duro trato, y principalmente por el rey y absoluto señor del imperio como lo eran los // [f. 297] incas, no pudieron menos que tratar de satisfacerle diciéndole uno de ellos, en nombre de todos, lo que se sigue.

«Inca y señor», le dijo el caudillo nombrado,

«mis deseos son calmar vuestro justo enojo en nombre de los capitanes que me han nombrado para este efecto, haciéndoos ver sus motivos porque no han podido acabar con los castellanos que están fortalecidos en la plaza del Cusco, y conferir desde luego que tenéis mucha razón para estar desagradado de nuestro tímido comportamiento, viendo innumerales tus indios y muy pocos aquellos Viracochas. Pero os ruego, señor, que tengáis la bondad de escuchar en esta parte los descargos que os presentamos en fuerza de nuestra lealtad y rendimiento.

Haz de saber, inca, que no son tan solamente aquellos cortos castellanos, los que intimidaban a tus numerosos combatientes, sino un solo nuevo Viracocha, que ha aparecido entre ellos, y que siempre pelea más adelante que todos en un hermoso caballo blanco, embrazado de una adarga con su divisa militar en ella, y llevando en su mano derecha una espada retorcida que parecía un relámpago, según el resplandor que echaba de sí cada vez que acometía a los más avanzados y valientes de nuestros indios. Los echaba solo con esta luz y su tropel aterrante por tierra, atropellándolos o espantándolos para que corrieran del sitio de la pelea, y los más como fuera de sus sentidos se creían ya perdidos y

agrupándose unos con otros, confusos de temor, se embrollaban y caían al suelo enredados entre ellos mismos, al tiempo de huir de tan imponente maravilla. De aquí es, pues, señor que veo andando naturalmente este solo Viracocha por todos lados, sino volando en su caballo blanco a cualquiera de las partes del ataque, a favorecer a los suyos, donde más empeñados se hallaban con nuestros indios y ya como que estos aseguraran el vencimiento sobre ellos, es allí cuando en tal crisis caía siempre este nuevo castellano, tan formidable y aterrante por sí solo, y con este repentino aparecimiento nuestras masas de indios se disipaban, y en esta dispersión, los demás castellanos siguiéndolo a la carrera de sus caballos, los lanceaban sin piedad y he aquí el motivo porque no se han portado como lo habéis deseado —¡oh gran rey!— todos tus fieles vasallos. Estos mismos se avergüenzan al considerar y ver que tan pocos hombres extranjeros, puedan más que tantos peruanos como son todos ellos, y se tratan de hombres tontos, pusilánimes y cobardes.

¡Pero estad seguro, señor, porque en adelante se prometen forzarse en cumplir tus deseos, pues apetecen permanecer firmes en la demanda que los impartes, y yo os ruego, // [f. 298] porque ellos así también os suplican que los dispenseis de sus faltas naturales, emanadas de acontecimientos y objetos sumamente nuevos para ellos, como para todos nosotros!»

Acabó de tal modo su discurso satisfactorio el general comisionado a desirritar al inca —pues era el segundo de Sinchi Uma en el mando de todo el ejército—, llamado Atum Runa, que quiere decir «un grande hombre».

El rey Manco, que había estado, pues, dirigiendo y viendo las batallas que se habían dado desde una eminente posición en que se había colocado con este intento, y desde donde siempre animaba y esforzaba a los suyos, nombrándoles con confianza por las provincias y naciones a que pertenecían, y haber sido solo el resultado de aquellos días tan aciagos por la sangre que se derramaba y vidas que se perdían quedaba restituido al goce pleno de su imperio. Y como había divisado también al castellano que se le ponderaba en los términos que se lo acababan de figurar y nada dudoso de esta verdad, se aplacó de su ira y dio por bien recibida la disculpa que se le dio por su enunciado general a nombre de todas las clases reprendidas. Y encargándoles que descansaran con vigilancia y estuvieron listos con sus soldados para la primera orden que diera para volver a atacar a los

españoles con más fuerza y bravura, los despidió de su presencia, y él se retiró también a hacer lo mismo en su célebre fortaleza, donde tenía establecido su corte beligerante. Así se mantuvieron solo en cerco por muchos días, y esperando la llegada de la luna llena para sorprender a sus enemigos de noche, y a fin de que los indios, con sus oscuras sombras, no vieran al español del caballo blanco, que tanto miedo les había infundido y pelearan sin recelo. Y prevenidos así de su mismo rey se fueron todos a sus cuarteles, haciéndole cada uno la cortesía de obediencia, con que se habían presentado, y quedando por tanto disuelta la junta convocada y reunida.



[f. 303] Libro II, Capítulo 6

No pasó mucho tiempo sin que llegase la noche prefijada por el inca para verificar el asalto, y el que fue a los diez y siete días de la retirada última que hicieron las tropas a sus cuarteles. Salieron, pues, todos sus indios bien provistos de sus armas nuevas, y con grandes vociferaciones y amenazas de que iban a vengar sus injurias pasadas, dando muerte a todos los españoles en esa noche. Pero aquellos indios en su empresa, lejos de guardar silencio sobre lo que iban a ejecutar, hicieron públicamente alarde de ello y de modo que los amantes de los castellanos, tuvieron el tiempo suficiente para avisarles porque estos, a la verdad, eran los espías que tenían en el ejército del inca, que todo cuanto intentaban practicar contra ellos se los comunicaban con toda la anticipación conveniente para que no fueran sorprendidos. Era el aviso de que sobre ellos venía todo el poder del inca. Los españoles se armaron velozmente, montaron en sus caballos y se dispusieron a recibirlos. Mas sin embargo, de estar así preparados, no dejaron de llevarse de un temor natural por lo incierto del suceso y la suerte adversa que tal vez podrían correr, así es que azorados y compungidos existieron durante la proximidad del peligro o, por mejor dicho, invocando, con gran fervor y devoción, el amparo de Cristo, Señor nuestro; el de la Virgen María, su madre santísima; y el del apóstol Santiago, para que los favoreciere y sacare de aquel evidente riesgo de que se veían amagados

nuevamente. Pero a este tiempo, criando un valor natural con la cercanía y bullicio que traían los peruanos para atacarlos, salieron ellos a la plaza y formaron en ella en el mismo orden que lo habían hecho en los combates primeros para recibirlos. Cuando así estaban los españoles esperando repetir las matanzas de los pobres [ilegible] y demás comprovincianos suyos, es cuando (aseguran aquellos historiadores-conquistadores, y los del partido del inca) se les apareció a unos y otros en los aires vuestra señora la Virgen santísima con el niño Jesús en sus brazos, y llena de un resplandor inimaginable, colmada de grandezas y hermosura al paso que tornada de ángeles y llamando la atención de entrambos beligerantes. Los indios, sumamente admirados de aquella maravilla, que por vez primera miraban sus ojos, se quedaron estáticos y sin decir para nada, pasmados // [f. 304] así por lo que veían materialmente en el aire como porque sentían que les hería en los ojos un polvillo de arena menuda, a manera de rocío o de lluvia muy fina que les embargaba la vista para ver y hasta el caso de no percibir bien los objetos que sobre ellos avanzaban.

Este nuevo acontecimiento tan raro y embarazoso que habían visto y que acababan de sentirlo, prácticamente los desalentó de tal modo que no pudieron llevar a cabo el ataque que iban a ejecutar seguramente preparados y resueltos, sino que tuvieron por más conveniente de retirarse a sus alojamientos sin haber hecho nada de lo que traían trazado y convenido para deshacerse de sus enemigos. De tal manera, y con sola esta ocurrencia, quedaron ciertamente tan medrosos para lo sucesivo que en muchos días no se atrevieron a salir de sus cuarteles, porque habiendo quedado como adementados, no atinaban a saber lo que les habría pasado. Esta novedad acaecía en la décima octava noche, que los del inca habían comprimido más a los españoles asaltándolos, esto es, separado de los diez y siete días con sus noches del primer envión con que los acometió Manco con los suyos a su ingreso de guerra sobre ellos, quemando al Cusco, y estableciendo la línea de circunvalación sin dejarlos salir de la plaza y el salón de sus habitaciones, que cuidadosos le defendían como a sus propias personas del incendio que quisieron hacerle para reducirle como a las demás casas a cenizas.

Desde entonces para adelante, con el aparecimiento asombroso de nuestra referida Señora y su niño en los aires del cielo, rodeada de jerarquías y de toda la grandeza celestial, les cobraron un gran miedo los peruanos a los castellanos sitiados que los dejaron ya salir por este motivo aún más afuera de las casas de la población. Mas este temor se les fue pasando con los días, y en muchos de ellos volvieron a acometerlos, pero esta se ejecutó sin éxito decisivo, y sin un arrojo que trabara cuerpo a cuerpo una batalla general, ni consiguieren una victoria como ellos querían porque les faltaba aquel valor ardoroso que trajeron al principio, pues se acostumbraban como por un orden natural, debilitados pacíficamente con los efectos de aquellos aparecimientos prodigiosos o de ensueños para todos ellos. Y así es que como gente pusilánime y acobardada, se llegaban a contentar con solo amagosos acometimientos con dar gritos y llamar a alarmas de día y de noche a los españoles, inquietándolos siquiera así de la tranquilidad en que existían, ya que no podían irse a las manos como lo deseaban. Los peninsulares, conociendo que los soldados del inca se hallaban sin valor para pelear, se recogieron también a su cuartel convencidos de que ya eran, aunque pocos, superiores a esas masas enormes que los tenían cercados, pero en más desahogo y por consiguiente mucho menos peligro.

El príncipe Manco Inca, viendo que sus capitanes y soldados por omnipotentes motivos no podían avanzar nada contra los españoles, ni que él ni sus jefes atinaban a qué atribuir todas aquellas prodigiosidades que pasaban por sus propios ojos, maravillando a sus vasallos y soldados con ellas, y desde // **[f. 305]** luego, sin saber qué medio tomar en la sucesivo para concluir con semejantes usurpadores, se contristaron de ello al extremo, mas no el inca que, siempre constante en su empresa, no desmayó hasta alcanzar alguna vez una oportunidad favorable de cómo vencerlos, y reanimando con tal esperanza al espíritu atribulado de sus vasallos, porfió con más pertinacia en la permanencia del cerco del Cusco, estableciéndolo de un modo duradero y estricto, y hablándoles al mismo tiempo a los suyos, lo que sobre el particular sigue.

PROCLAMA DE MANCO INCA A SUS VASALLOS

«¡Vasallos míos!», les dijo, «si para con estos españoles no han podido vuestro valor, vuestras armas ni vuestro número al noble intento de desaparecerlos de nuestra ciudad imperial, que la profanan ocupándola, lo podrán sin duda la necesidad de no tener con qué mantenerse ellos ni sus caballos en ella por mucho tiempo. Prohíbo en lo absoluto el dejarles el más pequeño recurso de subsistencia. Queda el sitio rigurosamente establecido, y sujeto a las penas de traidor a su patria y a su rey, el desgraciado que faltase a estos mis preceptos». El inca tomó este partido desesperado, por ver si con su imperturbable tenacidad hacía cambiar su mala ventura en los sucesos de la guerra que sostenía, con que los españoles se extenuasen de hambre, y también por ver hasta dónde llegaban esas sus apariciones protectoras que tanto aterraban a sus indios, como si recibieran todas las iras de sus dioses penates.⁵⁹

Así es que, viendo estos que en el curso del sitio ya establecido, siempre salía en persecución de ellos, ese caballero español en su bucéfalo albo y que tanto los amedrentaba aun sin llegar a ofenderlos, y desde luego sin más acción que el de seguirlos, les gritaban desde las cimas de los cerros, diciéndoles: «Si sois tan valientes, haced que ese Viracocha del caballo blanco no salga ni vosotros en vuestros caballos, salid solos a pie, uno por uno para cada uno de nosotros, como hombres valerosos, y con armas iguales a las nuestras, y veréis entonces en lo que paráis todos vosotros con todas esas arrogancias que tenéis encima de esos animales y sin esos vuestros rayos que nos echáis desde lejos sobre nuestros cuerpos». De tal manera, y con estos continuos voceríos de parte de los indios, siguió el sitio bien riguroso, pero sin que maliciaran los del inca, que los indios domésticos de los Viracochas, eran los que les suministraban con mil peligros y amaños, los víveres para la mantención de ellos, la hierba para sus caballos, las medicinas de raíces y arbustos de grandes herbolarios y virtudes, para que se curaran de sus heridas y enfermedades, y desde luego todos los avisos de cuanto trataban y querían hacer contra ellos, ya yendo

59 En la mitología griega, dioses del hogar.

cuando podían personalmente con los bastimentos, y ya cuando no les era conveniente el ir con las correspondientes señales indicativas // [f. 306] tanto de día como de noche. Así que esta lealtad de sus indios domésticos les parecía a los españoles, sus amos, otra de las portentosas maravillas del Señor que obraba en favor de ellos tan protectoramente, cuando a la verdad era porque quería de cualquiera suerte que se hubiera plantificado la augusta religión de Cristo Señor nuestro en estos lugares inocentes que aún no habían sido mancillados con los vicios y corrupción del Viejo Mundo, aboliendo así, desde luego, la idolatría de su natural gentilidad. Entonces, los indios eran leales con sus patronos, por la costumbre que tenían en sus guerras de que, el que era tomado prisionero se constituía de derecho y hecho en un perro fiel del que le había rendido y salvado la vida sin matarlo. Agradecidos hasta lo infinito, su reconocimiento no tenía límites y observaba el que por quedar bien con sus benefactores, no reparaban en faltar a los otros naturales de sí mismos, a los preceptos sociales de su patria y a los de sus compatriotas y reyes. Todo era menos para ello en esta parte de gratitud, con tal de quedar bien con los que los habían libertado. El agradecimiento era el principal norte de todos sus brotes naturales en el orden de sus conductas en la vida doméstica y civil de cada uno, pero en el día no hay uno solo que los de su ralea sean como ellos, pues son por lo regular los más ingratos y desconfiados, y ha resultado esto sin duda de los continuos engaños y maltratos que han sufrido de los mismos castellanos, incluyéndose en esta parte evidente, hasta los que se llamaban criollos o hijos del país, siendo descendientes de aquellos cuyos vicios les eran siempre transmisibles.

Pasados, pues, más de cinco meses de cerco, un capitán que se tenía por muy valiente de los del rey Manco, llamado Illapa, que quiere decir rayo, cual nombre le era bien aplicado, porque su coraje en el ejército no tenía igual, y por consiguiente era mucha su fogosidad en los combates. Él, tanto por lucirse como satisfecho de su brío y fortaleza muscular, y como también por animar a los suyos, trató de tentar a su fortuna persuadido que tal vez lograría destruir a los castellanos en una batalla singular de hombre a hombre. Porque conociendo en las generales que se daban frecuentemente con la multitud entre la cual se encaminaba solo al peligro, y no era

tan de manifiesto su valor, pidió licencia al inca para ir a desafiar a combate personal a cualquiera de los peninsulares que se tuviera por el más invencible, e irse matando con él, uno a uno, hasta que él perdiera la existencia. El rey Manco y sus generales le otorgaron esta, muy ciertos y persuadidos del valor y fuerzas que tenía con bastante fama este arrojado capitán, y también porque apetecían adquirir un medio seguro como vencer a aquellos españoles que tanto y de continuo les molestaban. Obtenido que hubo el permiso el capitán Illapa, lleno de contento, tomó cual un Alcides, y a la semejanza de la de los españoles, su grandiosa lanza, al mismo tiempo que un hacha // [f. 307] pequeña, que llamaban ellos *champi*. Armado de tal modo se dirigió con el paso grave y majestuoso que le caracterizaba, y manifestando con su donaire de que despreciaba al temor que con el furor y estrepitosa violencia de los mismos caballos castellanos, hasta el punto en que se acercó al cuerpo de la guardia de ellos, que siempre le tenían en disposición de pelea, colocados en la plaza. Y llegando ya a sus inmediaciones, se puso en su puesto superior y capaz de que le percibieran la voz, y les dijo así:

«Castellanos, yo he venido a probar de hombre a hombre el esfuerzo y valor español. Salga, pues, cualquiera de vosotros a pelear conmigo, pues yo no tengo más armas que estas que a la vista de los cielos y la tierra traigo. Una batalla tan singular, y sin ventaja del fuego y de los caballos que vosotros tenéis sobre nosotros, no os da mérito ninguno en este respecto, porque son armas devoradoras que artificialmente causan daño sin exponer a los que las manejan, donde tampoco no luce con gallardía y honor la valentía y fuerza natural del que combate. Si nosotrosuviésemos iguales armas, entonces sí tendrían lugar todas las matanzas que hacéis de los indios indefensos como acciones militares y de un heroísmo alabable, mas no siendo así, todo lo que hasta ahora vais verificando con horror y destrozo de la humanidad solamente os llena de la más inaudita ignominia. En tal concepto, os reto y emplazo para que si sois valientes guerreros e hijos del dios Viracocha, de almas nobles y de mucha resolución y honor, el que admitáis luego lo que yo os propongo, con la ingenuidad de un capitán indiano que ama a su patria y adora a su rey Manco, y más cuando en semejante lucha no hay más ventaja que el poder natural que cada uno de los combatientes tenga. Enviad, pues, oh españoles, al más valiente de vuestros guerreros

que aquí le espero, cierto de que un indio no sabe engañar a nadie, y mucho menos a sus enemigos».

En estos términos desafió Illapa como famoso y atrevido capitán a los españoles y no hubo uno solo de estos que saliera a satisfacerlo, porque decían cada uno de los castellanos, por eludir su miedo, de que era bajeza pelear con un indio solo. Pero como nunca faltan desfacedores de agravios en todos tiempos y lugares, no se quedó las instancias provocantes del capitán Illapa sin que un indio cañari de los nobles de su nación, que cuando joven había sido paje del emperador Huayna Cápac, que saliese a contestar por sus amos los españoles en batalla, al reto de aquel adalid de la parte del inca, quien lo consentía en todos estos actos por ver si se restablecía a su imperio, deshaciéndose de ellos de cualquier modo.

El indio cañari que se brindó a salir al reto de Illapa en lugar de los españoles desafiados, había sido tomado prisionero por D. Francisco Pizarro en Cajamarca a causa de haber estado sirviendo el mismo oficio de paje que lo había desempeñado antes al servicio del rey Atahualpa en Cajamarca, // [f. 308] y quien lo había hecho continuar en este oficio de tal paje cerca de su persona y corte, respetando y conservando como buen hijo de aquel emperador lo que le había dejado de su servicio, y el mismo que se constituyó, después del fallecimiento de Atahualpa, de criado del marqués de los Atavillos, el que haciendo bautizar le puso el nombre de Francisco, lo mismo que él, y solamente diferenciándose en el apellido, que siempre llevó el de Cañari. Este indio, conocido desde entonces y llamado después con el tal nombre de Francisco Cañari, oyendo con frecuencia el desafío que hacía el capitán Illapa, y viendo que ningún español tenía resolución para ir a pelear con él, se determinó salir a reparar el honor de su partido y para cual ejecución pidió la respectiva licencia a Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, hermanos de su señor, diciéndoles: «Aquel capitán atrevido os está desafiando. Permitidme que yo vaya a cumplir con el honor vuestro, admitiendo el duelo con que os emplaza, pues yo espero por mi buena fortuna volver con la victoria, y cumpliendo con los deberes que os impone aquel atleta indiano, como a Viracocha que sois». Los tres Pizarros, agradecidos de su graciable oficiosidad, le otorgaron su petición y ya entonces el cañari,

con la autorización que recibió de sus tres patronos, se armó con iguales armas que los que el capitán tenía, y se partió hacia donde él estaba, aguardando al que le mandaran los españoles. El capitán Illapa, luego que vio acercarse al cañari en estado de pelea, le dijo: «¡Desnaturalizado! ¿Cómo osáis llevar las armas contra vuestro inca y señor?». El cañari no contestó nada y si le arremetió con golpes repetidos con el hacha que llevaba, y que Illapa diestramente pudo desviarlos antes que le ofendieran. Mas con tan brusco y audaz proceder, ambos contendores ya se acometieron como dos leones enfurecidos a la expectación de los españoles y de todo el ejército del inca, quitándose uno y otro frecuentes golpes de lanza y hacha por más de tres horas, sin saberse para quién quedaría la victoria, hasta que llegaron por tres o cuatro veces a agarrarse cuerpo a cuerpo con una admirable lucha forzulenta, equilibrada y bien sostenida por entrambos disputantes, y sin que aun en esta se decidiera la ventaja por ninguno de los dos. Pero si en ella hubo lugar un incidente casual y este fue que desgraciadamente en toda la fuerza del quebrantamiento del cuerpo, se le reventare la cuerda de que pendían sus demás armas, como lo eran su carcaj y flechas, del capitán que se le cayeron al suelo, y mientras este se equilibró inclinándose a quererlos recoger, sosteniendo al mismo la lucha con una mano, el cañari innoble aprovechó de esta coyuntura favorable para traspasarle el pecho con la lanza que él pudo tenerla más lista que su adversario, trayéndole con golpe tan atroz a sus infames pies muerto a aquel peruano, si desgraciado por su fatal pérdida, signo también de todo encomio y de gloria // [f. 309] por la nobleza y valor de todos sus [ilegible] dio fin.

Muerto que le hubo así el cañari, le cortó por el cuello la cabeza y agarrándola a esta por los cabellos se fue corriendo con ella hacia donde estaban los españoles, quienes lo recibieron con vivas y aclamaciones, y por consiguiente como al vengador de sus afrentas.

Por el contrario, el inca Manco y los suyos se quedaron extremadamente escandalizados de la victoria conseguida por la osadía del ingrato cañari, el que la acababa de arrancar, cometiendo el crimen de sacrificar traidoramente a un superior suyo que defendía los derechos de su patria, de su rey y de sí mismo, mientras que el asesino solamente había defendido su infamia y su esclavitud, al paso que había dado el mal ejemplo de

insubordinación a las leyes de sus reyes naturales, quebrantándolas en un combate no propio a su naturaleza, sino más bien visto en cualquiera de los castellanos, pues que si estos lo hubieran hecho y alcanzándola no les hubiera causado ninguna impresión como la que les impuso a la verdad, tan inesperada ocurrencia de parte de un indio de la servidumbre de sus precedentes emperadores.

Así es que habiendo visto por sus propios ojos el inca que un vasallo infiel y paje de su padre y hermano se hubiere atrevido a derramar la sangre que corría por su mismo cuerpo, quitándole la vida al capitán que había asesinado, contrariando con tan alevoso hecho las órdenes de su soberano legítimo y sin guardarle respeto alguno a él y a todos los suyos, le tomaron al tal horroroso suceso por un fatal presentimiento para otras mayores desgracias. Y como en esta parte los indios eran muy llevados de malos agüeros y peores pronósticos para el porvenir, luego opinaron funestas consecuencias en su contra, y como si ya estuvieran en ellas, todos se amilanaron, y ya desde entonces no hicieron cosas de mayor notabilidad en muchos días de curso del sitio, que llevaban establecido con estudiada estrechez y vigilancia. Sin embargo, autorizado en algún tanto con el paso de los días, el sentimiento que les causó el pasaje desventurado del capitán Illapa, trataron una noche de quemar de cualquiera suerte el salón que habitaban los españoles. Así lo hicieron súbitamente, y por más infinidad de yescas encendidas que le tiraron al techo por medio de las flechas, no pudieron conseguir que se ardiera porque vieron que se les presentó una señora sobre el aire que las apagaba a todas con la mayor exactitud, sin que los tiros de los indios le hiciesen daño alguno, y cual suceso, nuevamente repetido, contribuyó a mayor desengaño de todos ellos, y hasta que saliendo los // [f. 310] españoles en sus caballos los dispersaron, obligándolos a retirarse a sus anteriores posesiones de donde habían bajado.

Atemorizados así otra vez los vasallos del inca, no se atrevieron en más de un mes a salir a hostilizar con armas a los castellanos, sino que solamente los gritaban amenazantemente desde las eminencias de sus campos. Pero los españoles viéndolos de tal manera acobardados, y en retribución de las visitas que les habían hecho esa noche y en las anteriores con el fin de quemarles la casa, se resolvieron a atacar de sorpresa al fuerte que ocupaba

el inca con toda su corte, hasta conseguir el tomarlo prisionero. Acordado este plan, se pusieron en marcha sobre él antes que rayara la aurora con el objeto de vencer la cuesta que había sin ser vistos de los indios, dejando en sus reales una guardia de treinta hombres que la defendiera y pusiera a cubierto de cualquier ataque o incendio que pretendieran hacer en ellos, viéndole sin gente alguna y abandonada.

Ejecutado el asalto, caminaron en verdad con mucho silencio, pero como tardaran en desfilas los caballos y los infantes trepando la subida por varios caminos excusados, llegaron juntos con el día en diversos trozos a las inmediaciones y contorno del castillo, y por consiguiente fueron sentidos por su guarnición, ya en este caso. Una algazara furiosa y unos gritos capaces de atolondrar al más cerrado de oídos, anunciaron al inca el empuje de los españoles contra él, y al mismo tiempo el fuego graneado de los mosquetes, la carga de los caballos y la sangre derramada de los hijos del Sol por los suelos le confirmaron que la batalla estaba empeñada, y su persona en todo el azar del peligro. Los demás indios, al ver el pabellón y persona de su rey comprometido y en un positivo riesgo de que fuera tomado el fuerte, acudieron de todos los campamentos a salvarle. Y así es que por más que se esforzaran los españoles en mostrarse sobre la fortaleza, no lo pudieron hacer en seis días que duró el ataque, menos abrirle brecha alguna ni asaltarle porque los vasallos del rey hacían llover sobre ellos nubes interminables de piedras, flechas y palos que no los dejaban operar tan libremente. Y para mayor frustración de sus designios, acaeció la última noche de los días citados, la desgracia de Juan Pizarro. Este valeroso castellano, hermano de los demás Pizarro, estando de noche en su puesto de descanso después de haber combatido todo el día, se quitó de la cabeza la celada que le cubría porque le era insufrible, en razón de que le comprimió a sus heridas anteriores, causándole mucho dolor // [f. 311] por estar recientemente cicatrizadas, y cuando así estaba descubierto, una piedra arrojada con honda le dio en la cabeza con tanta fuerza que se la partió dejándolo como muerto. Y aunque al instante los cuidados y auxilios de sus hermanos y compañeros fueron activos en recoger su persona y curar su herida, esto no le pudo salvar del fin que le venía a prisa encima, sino tan solamente para hacerle durar tres días con vida, pero que al fin falleció

vencido este periodo, y con cuyo fatal suceso desistieron los españoles de la toma de la fortaleza, retirándose a su primera posición en la misma noche, y sin que los indios lo percibieran. Mas ellos, no obstante el secreto de los españoles, al siguiente día supieron el triste estado de uno de los Pizarro, por los mismos indios domésticos de sus criados, que también hacían de espías dobles para con ellos, y con cual noticia lisonjera a sus intereses que disputaban recobraron su ánimo decaído. Y unos días después, su efectiva muerte los puso más enorgullecidos porque se decían que si ellos habían perdido al capitán Illapa traidoramente, su muerte se hallaba bien vengada en buena guerra con el fallecimiento de uno de los hermanos del gobernador Pizarro, y, por lo tanto, volvieron a su primer tono, creyéndose ya capaces de que sin remedio acabarían con todos ellos, y por consiguiente con más probables esperanzas de restablecer a su inca a la posesión de su imperio.

Engreídos los sitiadores con la muerte de Juan Pizarro, porque tenían ese menos enemigo poderoso que combatir, en razón de haberle acreditado de muy valiente y experimentado en las guerras que habían tenido con él, se dedicaron a darles nuevas batallas y reencuentros a los castellanos, ya viniéndose sobre su cuartel, y ya en cualquiera de los sitios del campo donde los avistaban. Y aunque en todos estos perdían porque la caballería y el fuego español los dispersaba, no por esto abandonaban el deseo ni la esperanza de concluir con todos ellos. Después de estos repetidos sucesos guerreros los indios entraron en una inacción tolerante, retirándose como a más de legua y media de distancia, dejándoles a los castellanos el desahogo de correr en sus caballos hasta donde el mismo inca acampaba.

Con esta separación de las gateras⁶⁰ del Cusco, consultaron los de Manco la absoluta privación de que los indios domésticos no les llevaran víveres a sus amos, por cuya razón se vieron los españoles en apuros para vivir, y sin el preciso caso de salir a buscarlos hasta la distancia de una legua, y aun si los encontraban // [f. 312] en aquella distancia, quitándolos al rigor de sus brazos, peleando con los indios y dueños de ellos. Tal

60 Mujeres que vendían alimentos en las plazas. Proviene de gato, que significa «mercado al aire libre» y que proviene a su vez del quechua *ghatu*, traducido al español como mercado.

circunstancia forzada era también un desconsuelo para los castellanos, porque antes del retiro del ejército del inca, recibieron en parte y con alguna continuación el alivio de los socorros de aquellos indios fieles, que aunque no les traían todo el necesario bastimento, porque no lo podían haber de un modo libre, sino robado y a escondidas, pero sea del modo que sea, ellos siquiera contaban con la seguridad de esos sus pocos y generosos auxilios para subvenir a las necesidades de la hambre de sus personas y a la de sus caballos.

A una de estas correrías salió Gonzalo Pizarro como uno de los hermanos del gobernador D. Francisco, acompañado de 20 hombres de caballería y hasta la laguna de Chinchero a cinco leguas del Cusco, y en donde fue acometido por una multitud de indios del ejército del inca con quienes por mucho que peleó, matándolos y defendiéndose de sus golpes, ya le traían en todo el día cansado y en el caso de ser completamente muerto por aquella furiosa muchedumbre, hizo se le auxiliara inesperadamente por una de aquellas casualidades que proporcionará siempre la buena suerte a los que no están filiados para ser víctimas al rigor de semejante destino: su hermano Hernando Pizarro y Alonso de Soto, que con una escolta de 110 castellanos montados recorrían también a este tiempo los mismos lugares buscando víveres, los que llegaron en tan buena oportunidad, que viéndolo oprimido a su hermano Gonzalo y sus soldados, cargaron a los indios de refresco, los derrotaron y le salvaron con toda su gente, bastantemente magullada de golpes de piedras, palos y flechas. Y aun el mismo Gonzalo, no obstante de haber sido por entonces una de las mejores lanzas entre los suyos, se vio terriblemente ahogado por aquellas nubes de obstinados enemigos que le acometían como olas sucesivas del mar y de los que, si no hubiese llegado como se deja dicho su hermano Hernando, infaliblemente habría entonces ido a acompañar a la eternidad, a su finado hermano Juan Pizarro.

Con motivo de estas frecuentes salidas de los españoles, los hechos gloriosos de los indios se repitieron y muy especialmente en la última batalla que dieron en el campo de las Salinas, que está a una legua corta y al mediodía del Cusco. De ambas partes pelearon con bravura, y aunque los cusqueños hicieron todo lo que puede hacer un esfuerzo ardoroso por

obtener el vencimiento, tuvieron al fin que ceder el triunfo a sus enemigos, huyendo del fuego incesante y cargas de los caballos castellanos con que los acribillaban en aquel desastroso campo // [f. 313] de sangre y de devastación peruana. Sin embargo, de esta derrota de ellos quedaron sosteniendo el hacha varios famosos capitanes del inca, que resueltos más bien a morir a vista de él —que presenciaba sus constancias, sus esfuerzos y corajes desde la altura de un otero— rechazando el sanguinario furor de los españoles por la ventaja de sus armas y caballos, no querían cometer el baldón ignominioso de la fuga que habían hecho sus tímidos soldados abandonándolos en lo más cruel de los peligros. Pues que la presencia del inca les daba más valor para no aflojar en resistir las furias de sus altivos destructores. Así que duró para un tiempo más la defensa que hacían en vano los solos capitanes del inca, buscando su último fin en la muerte, pero Manco a este tiempo les tocó la señal de reunión hacia donde él estaba y quedó con esta ocurrencia en el todo el campo por los victoriosos castellanos.

En la persecución que hicieron los españoles a los derrotados peruanos sucedió con uno de estos jefes de Manco, que hallándose situado en el camino que va del Cusco para el Collao, al que le carga con la lanza en ristre un español de caballería con ánimo de bandearlo, pero el valiente caudillo indiano le esperó con un valor sereno y decidido. Al ver partir sobre él al ostentoso animal con su inflexible gente, de tal modo también se preparó como un impertérrito soldado con su arco y flechas para rechazar el golpe mortal de su enemigo. En este estado llegó donde él y le tiró una feroz lanzada, pero él, más audaz que su agresor, le rebatió en el aire con su arco, y soltándole al suelo le tomó de la teta de lanza, y jalándosela con fuerza se la quitó de las manos. A este tiempo otro español también de a caballo que había estado sin tomar parte en la lid, viendo tan solo la batalla singular del jefe indiano con su compañero y hasta ver quién podía más, y desde luego penetrarse hasta donde también llegaba el valor del arrogante vasallo de Manco, se presentó en la lucha luego que advirtió que su amigo había sido desarmado, picó a su corcel con los acicates, y le arremetió lo mismo que el primero al indio, tirándole acto continuo una lanzada. Pero este adalid peruano, siempre denodado y perspicaz, quitó el tiro de su adversario con la lanza que había sido su anterior trofeo y la tenía en las

manos, y a la que soltándola como a su arco al cielo se aferró con suma agilidad del cabo, y asiéndola con extraordinaria fuerza se quedó con ella en las manos para defenderse de los dos castellanos, que aunque sin lanzas, ya de consuno, obraban contra él.

A este tiempo, que así partían para destruir al valeroso indio con sus toledanas, si les ayudaba la suerte, asomó Gonzalo // [f. 314] Pizarro que había estado por un lado del campo derrotando a los indios, y viendo él que los dos castellanos acometían al solo peruano les gritó diciéndoles: «¡Fuera, fuera!», y cual voz conociéndola los dos españoles, a él le iba mejor que a ellos en su carga contra el indio invulnerable. El súbdito del inca, viendo venir a Gonzalo sobre él, se puso de pie sobre la primera lanza que quitó, cual acción le notaron bien los primeros españoles, y con la segunda en las manos recibió al tercer castellano que nuevamente le acometía, y antes que llegase a herirle le dio un bote fuerte de lanza en la cara del caballo que le hizo a este enarbolarle en dos pies y hasta casi hacerle salir a su cabalgado por las ancas. El indio vivísimo en sus operaciones, acatando que sus enemigos se hallaban en este embarazo, aprovechó de él para soltar la lanza que tenía en las manos y se abalanzó como un rayo de la que traía Gonzalo para ofenderle, pero este español por no perderla la agarró firme con la mano izquierda, y con la derecha jaló la espada para cortar las manos del varón esforzado que se la trataba con empeño de arrebatarse. Entonces el combatiente indiano, adivinando que la espada iba a descargar sobre él la soltó y voló a tomar una de las lanzas que anteriormente había ganado a fuerza de su presencia de ánimo y de su valor heroico. Cuando así ya se había cubierto con tanta prontitud, los dos primeros castellanos que hasta entonces habían estado solamente a la vista de lo que pasaba, y pareciéndoles a estos que era demasiado atrevimiento del indio lo que tan infatigablemente estaba practicando con ellos, y también con el hermano del gobernador Pizarro, le arremetieron ambos a un mismo tiempo con sus espadas a matarle. Pero vista esta acción terrible por Gonzalo de lo que aquellos dos españoles iban a ejecutar temerariamente con el indio, se los impidió gritándoles con voces bien firmes de esta manera: «Castellanos», les dijo, «no merece ese valiente guerrero que se le haga mal alguno, sino por el contrario, todo el bien y servicio posible para salvarle. Yo os lo prohíbo

el que le matéis, y espero que no daréis más para contra su vida, pues yo le quiero vivo, y en mi compañía, si logro aprisionarle en este instante».

Con esta prevención, los dos españoles suspendieron sus hostilidades, y todo el campo de la lid se quedó en suma inacción. Mas el indio, penetrativo y hábil por naturaleza, conoció en el momento que aquellas voces fuertes o importantes habían hecho disipar el furor de los dos españoles que venían cargando contra él, tela [sic] el caso, de hacerlos parar sin más acción que el verle, salvando así y por tal modo de la segura muerte que ya había consentido en sufrir. Entonces, // [f. 315] conmovido el indio valiente, no pudo menos que, con igual generosidad, tirar las lanzas al suelo y con paso de gratitud, por acabar de recibir el bien extraño en los españoles que no se lo imaginaba, dirigirse desarmado allá donde estaba parado Gonzalo, y al llegar a él, lleno de candor y sensibilidad amorosa, saludándolo como a su inca: «¡Oh, Viracocha!», le dijo,

«admirado vengo de tu piedad. Sin duda que tú eres el único de entre los castellanos tus compañeros, quien sabe como nuestros incas amar a los pobres indios. Yo acabo de recibir la prueba de que soy considerado por ti, puesto que acabas de salvarme de la muerte. Así es que vale más un acto generoso de amor y piedad para aprisionar el corazón de un súbdito que el rigor de la crueldad para uncirlo al yugo de la esclavitud. Yo te lo acabo de deber todo y por lo tanto, aprecia mi gratitud con que te me ofrezco de corazón a tu servicio, porque ya desde este instante eres tú para mí no el castellano destructor de mi patria, sino mi inca y yo tu vasallo fiel en todas circunstancias. Dispón de mi persona en tu servicio como gustes».

Gonzalo entonces se inclinó más en favor de él, lo acarició y se lo llevó a su lado, quedando por lo tanto de tal manera concluido un tan singular acontecimiento.

Estos hechos caballerescos por una y otra parte causaron mucha admiración a todos los castellanos luego que llegaron a informarse de él, y más admirable les fue todavía al ver que este valiente indio le salió a Gonzalo tan sumamente fiel en su servicio que jamás lo desamparó, hasta que

pereció en la conquista de la canela,⁶¹ y cuya muerte fatal la sintió mucho, pues le hizo derramar lágrimas de sus ojos, a causa de que lo había llegado a querer como a su hijo o como a su más leal compañero para quien nada tenía reservado, pues era el más admitido y allegado a todas sus confianzas y deliberaciones, pues que su natural talento, maneras agradables y servicios oportunos, propendiendo siempre al bien de su nuevo inca y al de todos sus compañeros e indios, le daban un lugar de acreencia sobre todos en el corazón de su amo para obtener de él tan distinguida estimación y preferencia.

Más de los hechos también notables y digno de toda celebridad, y según Rodrigo de Villa Fuerte, es aquel que hizo un indio moribundo que avanzado un poco más allá del campo de batalla de las Salinas. Y el cual es que estando caminando por frente de él un español de caballería, pasó entre paso montado en su caballo por donde ya no había indio alguno a quien matar porque todos se habían dispersado y alejado de la vista, fugándose y ocultándose de la persecución española para entre las eminencias y quebradas de los cerros o collados // [f. 316] inmediatos. Se le cayó su caballo al suelo repentinamente, y aunque el dueño se desmontó de él a toda prisa, el animal apenas pudo pararse en tres pies porque por los menudillos de la una mano tenía atravesada una flecha. Mas mirando el castellano quién era el que le había hecho ese mal por todo su torno y hasta a bastante espacio de sus cercanías, no descubrió nada, pero volviendo a examinar todas las partes que había recorrido antes con la vista, al fin halló a un peruano arrimado a unas barrancas muy largas y altas que parecía incapaz de creerse que él hubiese expedido la flecha contra el caballo y su jinete, hasta que convencido el castellano de que no podía ser de otro modo, y más viendo que el cabo de ello y la herida correspondían hacia a la parte donde él estaba, procedió a irle a ver y vengar su agravio o cerciorarse mejor el cómo había verificado aquella acción tan perjudicial para su caballo el tal indio, cuya pérdida sentía más que sus penurias mismas. Llegó donde él estaba con otros castellanos más que ya se le habían

61 Se hace referencia a la expedición encargada a Gonzalo Pizarro, en búsqueda del mítico territorio que estaría ubicado en algún lugar de la selva y en donde abundaban los árboles de canela y el oro.

incorporado, y se encontraron recién muerto, pero en pie y arrimado al barranco como se le veía desde lejos, con su arco en una mano y su flecha en la otra preparada para dirigirla como a la primera, cuando seguramente expiró y se quedó con ella yerto. El infeliz tenía una herida de lanza dada por un español que le bandeaba de un hombro al costado opuesto. Los españoles curiosos, viéndole ya inanimado, se regresaron donde estaba el caballo herido y vendándole la lastimadura lo mejor que pudieron, se contramarcharon al Cusco.

Con esta derrota que sufrió el inca Manco aflojó mucho en el cerco que tenía puesto a la Ciudad Imperial, pues si antes se había retirado a más de legua y media del Cusco, ya desde que fue vencido en las Salinas trató de hacer un sitio más retirado, estableciendo diversos campamentos sobre los cerros donde no podían trepar tan fácilmente los caballos castellanos, interceptando los caminos y buscando nuevos medios de concluir con los españoles con otros nuevos ataques, formando otros y otros ejércitos hasta agobiarlos por el número, pero para ello esperaba el resultado de sus enviados de Chile, que habían llevado sus [ilegible] para que destruyeran a Almagro y sus castellanos, al mismo tiempo que noticias del Rímac de la muerte del gobernador D. Francisco Pizarro con todos sus prosélitos de su hermano el inca Titu Yupanqui, que comandaba sobre él las operaciones del ejército chinchaysuyo. Se deja pues en tal estado a Manco Inca, entreteniendo la guerra en las inmediaciones del Cusco, por pasar a referir la campaña del Rímac en el capítulo que sigue.



FACSIMILARES

NOTA

Existen dos numeraciones para cada una de las hojas del manuscrito: el número de folio y el número de página; el primero corresponde al orden sucesivo de los folios del manuscrito, el segundo refiere a una ordenación interna, escrita con lápiz por algún poseedor del manuscrito. En esta selección y edición de la *Historia del Perú* utilizamos el número de folio, que facilita la revisión de la versión digitalizada del manuscrito. Sin embargo, ya que el número con lápiz aparece en la esquina de los folios, lo registramos en la descripción de cada facsimilar.

Dedicatoria del autor

á la Nación Peruana.

Salve, ¡O Nación Peruana! De tu salude con todas las veas de mi amor y mi razon. No hay en este ufroclacion, ni pretive alguno de interes, que no sea tuyo, mas que el de vuestro nombre y vuestra gloria.

Quise que naci, y tuve con honor. Tu que en el suelo peruano habia en se la luz primera, y de que este suelo dotado por el cielo de una naturaleza rica, y deliciosa era mi patria. Cuantas gracias me lo he tributado a este mismo cielo por de tan infante que con su bondad me lo ha favorecido á la par que á todos mis compatriotas á quienes me dirijo como que ellos son los que forman la Nación Peruana! es deber, los que respusieron el Imperio de los Incas, que ya se venian mas que en sus descendientes, despues del Imperio de ellos, el Conino de España, cuyo sangre se mezclada con la de aquellos hacen al presente la Republica Peruana, sabiendo antes conseguido con la razon y las armas, su gloriosa y justa emancipacion de las omnes vasallaje despues que tambien los hijos de otros en sucesion la habian siempre á vista de protestaciones en protestaciones y segun los siglos que la providencia los quiera conservar sin tomarlos del Catalejo de las naciones vituperadas y libres. De aqui se fuea que, se pide saluandote.

Salve, ¡O Nación Peruana!

Si, por que te muera. Por que si se te examina conqui tuo fuere, se te encuentra, que eres tan fértil en tus producciones vegetales, como animales, y como tambien en tu suma riqueza por la explotacion inagotable de tus inmensos manantiales de oro y plata, y tan generosa y benigna al mismo tiempo por su simula sin pretensiones, y clima tan suave, no solo para con tus hijos, sino que aun mas devida deidad para vuestro vicio de diversos paises y regenes estranas á con esta, y á gran libertad sus explotaciones por vuestros para si mismas á lo supuesta, pues, no cede en vuestro vicio sus sensibles caracteres, que en su primer como, es de un hijo vuestro, tiene de respeto y voluntad una parte de la historia de la fundacion del Imperio de Atahualpa y sus sucesores, que con expresion de su vicio, sus leyes y costumbres, se presenta en la faz del mundo desde vuestro primitivo origen en sociedad, y así, muy distante de cualquier barbaridad é ignorancia que hubo de ser en vuestro vicio, á estos primeros moradores de quienes emanamos, por sus cruces conquistadoras de los españoles, y de quienes tambien yo participamos, sin remedio.

De aqui fuea, que los vicios en la material del cuerpo se vicio que muere y pasar á la vida del estado, por que el tiempo los consume, y el tiempo mismo reduce á la nada en este caso cuerpo y vicio, sin caso hecho y no vicio, de, pero no así la buena de las naciones, que siempre vive pasando el

Figura 1. Manuscrito I. Folio 3 (página 1).

Historia antigua del Perú de los Incas

qu'outo que inspira un humano animado; por que para que se la transforme con que hace la muerte del cuerpo separandole de la vida, es solo punto a los vivientes el triste aspecto del hueso y descomposicion de lo que semo en el mundo, y esto que en verdad se reduce al hombre desde el alto Solio hasta el de la mas inferior Catana que no es otro que a polvo y a nada mas que a polvo.

Por esta ligera confusio que se acabo de hacer del primer Imperio del Peru. Nacio Capac en esta in concepcion el hijo que fue un genio vado del Imperio, y sus costumbres civilizadas, bajo qualo caso empezaron sucesivamente sus descendientes, emulandole en todo, e adelantandole mas, segun la capacidad natural de cada uno de los que se dividian al poder que dijo fundado.

Exalta a tu memoria de Manco Capac.
— Fundador del Imperio de los Incas. —

«Esta es patria feliz la he de historiar
que enoga un hijo tuyo a tu memoria
cantando a las orillas del Tivato
«En el clero he de del Gran Manco Capac e.»

Manco Capac primer Imperador.

Manco Capac esote y castisano,
«Se corrió por la Inca Titicaca
«El el Peru un gobierno fue mi ley,
«La dilerio como padre y como Rey;
«Quea fingiendo como el del mundo Placac.
«En pero en la Laguna Titicaca
«Para aprender las ciencias y las artes
«Tu habian de usar en las partes,
«Conseguio que los Indias se bastaron,
«Al Peru quieto y amor se arasallaron.
«Para esto vino un otro de oro fino,
«Al en mas de setenta leguas de camino,
«El buscaba la tierra: y yo aqui busco
«Y en conomate. Proba entrar al Cuzco.
«Este es la corte he este de Capac Titic.
«Que trazo el Inca para el Solio,
«Al entre el y Manco Capac en frido cine,
«Lamar es el apido y obedencia de,
«Para que se todos a su heroyeo ejemplo,
«Dulcora al Sol el primer Imperio.

Figura 2. Manuscrito I. Folio 27 (página 19).

Libro 1.^o
Tabla de Cuenta de numeras en

Quechua	Castellano	Arabe	Spanano
Suc	uno	1	I.
Iscaj	Dos	2	II.
Quinta	Tres	3	III.
Chusco o tabua	Cuatro	4	IIII.
Pichca	Ynca	5	V.
Solta	Sis	6	VI.
Canchus	Sita	7	VII.
Pasag	Scho	8	VIII.
Wajen	Nauve	9	VIIII.
Chungca	Diez	10	X.
Chungca suc	Ynca	11	XI.
Chungca iscaj	Dos	12	XII.
Chungca quinta	Tres	13	XIII.
Chungca chusco o tabua	Cuatro	14	XIV.
Chungca pichca	Ynca	15	XV.
Chungca solta	Diez y sis	16	XVI.
Chungca canchus	Diez y sita	17	XVII.
Chungca pasage	Diez y scho	18	XVIII.
Chungca wajen	Diez y nauve	19	XIX.
Iscaj chungca	Ynca	20	XX.
Iscaj chungca suc	Ynca y uno	21	XXI.
Iscaj chungca iscaj	Ynca y dos	22	XXII.
Iscaj chungca quinta	Ynca y tres	23	XXIII.
Iscaj chungca chusco o tabua	Ynca y cuatro	24	XXIV.
Iscaj chungca pichca	Ynca y ynca	25	XXV.
Iscaj chungca solta	Ynca y sis	26	XXVI.
Iscaj chungca canchus	Ynca y sita	27	XXVII.
Iscaj chungca pasage	Ynca y scho	28	XXVIII.
Iscaj chungca wajen	Ynca y nauve	29	XXIX.
Quinta chungca	Ynca	30	XXX.
Quinta chungca suc	Ynca y uno	31	XXXI.
Quinta chungca iscaj	Ynca y dos	32	XXXII.
Quinta chungca quinta	Ynca y tres	33	XXXIII.
Quinta chungca chusco o tabua	Ynca y cuatro	34	XXXIV.
Quinta chungca pichca	Ynca y ynca	35	XXXV.
Quinta chungca solta	Ynca y sis	36	XXXVI.
Quinta chungca canchus	Ynca y sita	37	XXXVII.
Quinta chungca pasage	Ynca y scho	38	XXXVIII.
Quinta chungca wajen	Ynca y nauve	39	XXXIX.
Chusco chungca o tabua chungca	Cuatro y uno	40	XL.

Figura 3. Manuscrito I. Folio 86 (página 65).

Quatro de estas como las otras de todas las frutas del mundo. La primera es conocida con el nombre Chimimoga, en lo español por manjar blanco; la segunda es el Azucaite o Patte que sin sus huesos, agua, ni azúca, tiene todos los sabores del mejor gusto por que hace de comida y de fruta al mismo tiempo. La tercera es la Pina o Chirana de America, la misma que a mas de ser muy agradable tiene la virtud de ser muy medicinal para curar la sangre corrotada. La cuarta, es el platano que semejante a una palma en el tallo, y en lo alto ^{de} sus hojas crece mas largas y mas anchas que la de la olivera, dan su fruto por el centro de la espiga echando una gran cabeza o rasimo de muchas andanadas de frutos y agradable este para dero de las necesidades del genero humano. Se come cruda, en sazón, maduro, asado, frito, coinado y pasado. El Padre Alonso dice que una vez que le presentaron una cabeza de estas ^{en un plato} ^{de} trescientos platanos en ella. Hay entre estas diversas calidades de ellos. En las orillas del Marañon y en la montaña de los Andes hay platanos que casi cada uno de ellos es como mas de un medio bazo de un hombre en tamaño y grosor, y los llaman mozambicos. Otros menores que los comen por setas ^{de} ellas los que se llaman quinicos tambien los hay de diversas clases. En San Luis Romeria de la provincia de Cuzco hay otro quimo que le llaman Mato, y es por que la cascara es verde y gruesa y de colora, y la comida interior color de oro, estando siempre verde la cascara aunque ella este ya en estado de tomarse. De

Habria asi mismo como hasta haora, muchas huazabas coloradas, blancas y amarillas, y a las que le llamaban sabimto. El Caputi parecia ala Junca. La papaya que es una de las frutas de muy buen sabor y fresca muy para los calandilintos. Lemas, Pelillos, huasabanas, uvenas, pacas y huatas, Pepinos, secanas, pitajayas, narajones, limones, butiles, narajonas azúcas, lacas, Cafe y el melle que es la semilla de firmiento y para la elaboracion de chicha (4) tuvas blancas, amarillas y coloradas, narajitas de olor, chambucas, mutes y toronchis, abundancia de huasabanas azúcas llamadas Ussun, otras moradas encidas por las de praya huas huasos blancos, tumbos granadillas y poros pecos, semate o caputi del poro dorado. La uvena que llaman Uhuca, el anchi, el oje de gallina o quallpap uaguini. La pepilla y en fin otras mas frutas q. por menos esclarecidas nose mencionan.

4 La chicha del grano de Maiz se hace haora sacandole todo el dula que tiene este sacramento en agua calida, y con un hazo de esta se le amarga por que entonces todo se pinda. Despues de arrojado se cuela la agua y depositandose en botijas, o cantaros se le echa que haze su fermentacion y por esto es el chicha a un tiempo chicha. Esta misma agua torada hasta darle punto para mente se reduce a miel muy agradable, al paso q tambien puden la propia agua al dolo chicha se reduce a un favor amargo. La chicha tomada con frecuencia y medida es muy saludable y es el mal de tener huasabanas y huas. Mas me elada con el hazo de maiz se usa haora en mas sabores.

Figura 4. Manuscrito I. Folio 157 (página 128).

De la Nación Peruana.

Discurso y idea general del origen de los Incas
y de los primeros moradores antes del Imperio de ellos.*

Muchos autores han opinado y escrito sobre el origen de los Incas y los primeros habitantes antes del Imperio de ellos, presentando varias ideas fabulosas: una de ellas es, la que el Inca titi de Garcilaso de la Vega contó a esta, de que el Sol padre y Dios de ellos los envió desde su esfera celestial, para civilizarlos, es decir, un hijo y una hija habidos en su madre la Luna, apareciéndoles en una Isla de la Laguna de Titicaca, para que de allí en cierto tiempo salieran donde mejor les pareciera ir a realizar sus conquistas sobre los de su especie que andaban errantes, y vivían selvaticamente en un tan estenso territorio que a sus ojos solo parecía en el horizonte.

El Hijo Titicaca, como se deja dicho en el primer tomo y cuando aparecieron, crió y fecundizó las Islas de su reino, y una de ellas tiene el nombre indicado, por cuya raza lleva su nombre, y por que también en ella se construyó primero el templo, por los antecesores de Manco Capac, el primer palacio de la dinastía de los Incas, y consiguientemente el primer templo del Sol para gloriar sus crónicas sagradas.

Las ideas antiguas y comunes que se pertenecian a la raza purificada de los Incas, contaban entonces otra fabula sobre sus primitivos predecesores; y esta era, que el origen de sus reyes Incas vino (después de haber pasado un gran diluvio de aguas corriendo de sur a general, es decir, del norte al sur) del apareamiento entre sus antepasados de un genio Sumantú que descendió en el punto de Titicaca, a medio día del Cuzco, quien como padre común de cuatro hermanos titulado los reyes, se repartió el mundo que pisaba; también en cuatro partes, a saber, de él a cada uno de estos reyes de ellas para que las gobernasen. El repartimiento del territorio se hizo en la forma que sigue =

Un: que ocupaba aquellos territorios antiguos que al presente llamamos Manco Capac le dio la parte septentrional; al siguiente llamado Uella la parte del medio día; al tercero denominado Sora la parte del Sur; y al cuarto que se le llama Quinabua la de Oriente;

* Este es el discurso preliminar en el cap. 1.º del primer tomo.

Figura 5. Manuscrito II. Folio 1 (sin página).

De la historia antigua del Perú y de los Incas.

que los centos, bien pudieran llevar su cuenta hasta milleros de milleros si querian, y lo que prueba que su idioma quechua, ademas de ser claro y sumamente la expresion y dula, era tambien muy rico en su prolongacion para llevar que bien hacer o decir. La dacia o ignorancia de los Españoles en la conquista, hizo seguramente que este lenguaje natural, llegase sin dudo a toda su cultura de intencas, el que perdiera mucho en su exactitud y naturalidad de que constaba y se componia en toda su esencia y amplitud.

En esta cuenta para saber los miles y los milleros debe decirse así:

Sus Guaranga	Mil
Yscay Guaranga	Dos mil
Quimsa Guaranga	Tres mil
Chusco o tabua Guaranga	Cuatro mil
Pichca Guaranga	Seis mil
Sota Guaranga	Siete mil
Canchus Guaranga	Ocho mil
Pusay Guaranga	Nueve mil
Hogon Guaranga	Diez mil
Chunca Guaranga	Veinte mil
Yscay Chunca Guaranga	Trenta mil
Quimsa Chunca Guaranga	Cuarenta mil
Chusco o tabua Chunca Guaranga	Cinquenta mil
Pichca Chunca Guaranga	Seisenta mil
Sota Chunca Guaranga	Setenta mil
Canchus Chunca Guaranga	Ochenta mil
Pusay Chunca Guaranga	Noventa mil
Hogon Chunca Guaranga	Cien mil
Pachac Chunca Guaranga	Doscientos mil
Pachac Yscay Chunca Guaranga	Treccientos mil
Pachac Quimsa Chunca Guaranga	Cuatrocientos mil
Pachac Chusco o tabua Chunca Guaranga	Quinientos mil
Pachac Pichca Chunca Guaranga	Seiscientos mil
Pachac Sota Chunca Guaranga	Setecientos mil
Pachac Canchus Chunca Guaranga	Ochocientos mil
Pachac Pusay Chunca Guaranga	Novecientos mil
Pachac Hogon Chunca Guaranga	Un millon
Pachac Pachac Guaranga Chunca	

Y así siguiendo el orden de la multiplicacion con las primeras indias es, y este ultimo caracter numerico quechua pudiese contar los milleros que se quisiera como queda demostrado.

Figura 6. Manuscrito II. Folio 71 (página 48).

Libro Segundo del tomo Segundo.

habiéndole visto llegar al mas alto grado de cultura, de paz, de riqueza y abundancia, bajo todos sus aspectos qualesquiera; este Inca Huaynacabasi dio un gran golpe de estado político, introduciendo en el reino de Quito sus generosas leyes y sobre todo, su mas acertada y prudente gobierno, con cuyas acciones se dijo conacero como que sin duda habia llegado á ser prudentísimo y grande entre todos los Incas sus antecesores. La capital de Quito tubo para esta vez un abicente extraordinario, puesto que situada en ella se cete por mas de sesenta años, cambio de fix á aquel Reyno en su obsequio primero, en su política y costumbres, en su religion y tambien en el idioma introduciéndole bastante interes á su lengua general la Quichua. Propuso de la batalla de Hatoatagui que ganó y bajo los laureles del vencimiento se hizo el Temo de los Estados de los antiguos reyes de aquellos paisas, y para asegurar mejor su conquista ordenó unirse con la hija que habia dejado huérfana el difunto rey de Quito en divorcio; y para mejor hacerlo se declaró en posesion del Reyno colocando en su llanta Imperial la gran estroada de este signo de obtener la autoridad suprema de aquellas provincias que entonce formaban el reino Quintero y aborreciendo la república Quetocana. Este matrimonio en su alta política, la considero Huaynacabasi muy necesaria para calmar las alteraciones y desde luego para gobernar sin ser aborrecido de todos cuando habian sido venidos por él.

Las empleos nobiliarios y nombres de las dignidades fueron en la forma siguiente

<u>Nombres de las Dignidades</u> en Quichua	<u>Significaciones de estas</u> en Castellano
1.º Inca	Precedente del Sol y de raza luminosa
2.º Inca Capac	Imperador regnante
3.º Inca apfle	Correspondiente á la familia real como hijo, hermano, sobrino pariente &c.
4.º Incaqui	Virreina hermana del Imperador
5.º Intij Chusin	Principio heredero ó hijo del Sol
6.º Mama Cilla Coya	Primera mujer del Inca Imperador
7.º Coya	Segunda 2.ª y 3.ª mujer del Inca
8.º Cijua Coya	Concubina real
9.º Tusta	Princesa real
10. Batta	Propante 2.ª y 3.ª hija del Inca ó sus parientes
11. Curaca	Temo natural de un Estado
12. Nueva Niencocha	Caballero noble
13. Mamanchic	Temo liberta ó como madre
14. Apuzin Comadica	Ministro de Estado
15. Apuzin Cance	Consejero de Estado

Figura 7. Manuscrito II. Folio 122 (página 94).

Tradición a la rebelión del General Ollantay en el Cusco contra el Emperador
 Tupac Inca Yupanqui. Confirmación de ella por las particiones que se en-
 cuentran en el Pueblo de Ollantay y en el de Alquisacocha, Casatesa
 a Ollantay. Sus empleos y dignidades. Particular de su rebelión. Juicio
 civil que se estableció por ellos. ^{Historia de Ollantay} Conclusión de ella. Fin de Ollantay.

Entre las varias tradiciones ^{razas o complicadas,} que se cuentan de las Peruvianas y Pueblos de
 antiguo Imperio del Cusco, se ha creído muy conveniente dar lugar en
 esta historia general del Perú a la particular del celebre General Olla-
 ntay en el Reynado del sabio Emperador Tupac Inca Yupanqui, la cual
 es como sigue —

Historia del General Ollantay

Sabe con mucha comunidad entre todos los habitantes, ^{de} y de ordinario
 en esta antigua Corte del Cusco, que el General Ollantay fue natural del
 Pueblo Sampo, y Curaca, o Cacique de su gente privilegiada de aquel se-
 ñorío: sus talentos militares, su noble cuna, y sus servicios a la corona
 imperial del Inca, le llevaron a elevar al rango de General, y a ser
 primer Jefe Superior del Distrito de Andahuaylas, que comprendía, varias
 Cargos, subalternos a su cargo, por su noble cuna, y su noble cuna. Había
 en la misma Corte del Cusco por su empleo realzado, y por la proximidad
 con a ella a sus moradores. Acusado general de ^{que} también residía en
 Ciudad por especial predilección concedida por él a sus mayores desde el
 tiempo de Manco Capac en la fundación del Imperio; y que siendo a tan
 su origen era naturalmente de aquellos Cortesanos, o gentes intrinsecas,
 espíritu fuerte, y en extremo audaz y atrevido. Su buena figura personal, los
 servicios que disputaba por su valimiento y las distinciones que merecía al Rey
 por sus servicios, dotes y apatados, le hicieron conseguir el alto pomamiento de
 Solitario de la Infanta o Huaca, hija hermosa del Inca, y ganar su volun-
 tad y correspondencia. Los ruegos, el atrevimiento y constancia, llegaron con el
 tiempo a hacer delinamente a la Infanta, y esta debilidad de tan alto rango
 no pudo mantenerse oculta, y la traición o malicia la corte y solo la
 ignoraba el Rey. El General Ollantay sabía muy bien a que punto había lle-
 gado de atrevimiento; pues le constaba la imposibilidad, que tenía por las
 leyes para aspirar a la mano de la Infanta, y a hacer sus amores lícitos; pues to-
 do la gerarquía de su ennoblecida corte no le sacaba de la clase de vasallo, y
 como tal no podía, ni debía solicitar un enlace divino. Temió por otra par-

Figura 8. Manuscrito II. Folio 187 (página 153).

Ala Nación Peruana.

Como ya en un tomo temo, se va a tratar de lo ocurrido al Perú de los Españoles, realizando la conquista, se pro tanto de necesidad aquí, dar una espectral idea del descubrimiento de la mar del Sur.

Diez años después del descubrimiento que hizo Colon de la América, en los años de 1492 y 93, también se siguieron los de las Yslas Lucayas y la Florida. Diez años se habían pasado de estos descubrimientos importantes, y aun los Españoles no habían pensado en hacer en ellos un establecimiento formal, hasta que el año de 1509 autorizados por el Sumo Pontífice, para favorecer los terrenos Americanos como cedidos por su graciable voluntad a la corona de España, pensaron mas seriamente en hacerlo: no obstante de sus frecuentes rivalidades, entre los colonos Bobadillas, Obando, Nicuesa y Ojeda, que en partidos ambiciosos se distinguían. La pérdida por otra parte de las naues de estos, por accidentes imprevisibles sobre unas costas desconocidas, y las enfermedades del clima mas insalubre de toda la América, los obligaron a esto de decididamente. Así que fuere escasa de las provisiones convenientes para sus subsistencias, y causa de estar el país que pisaban mal cultivado; y ademas de las divisiones que se suscitaron entre ellos mismos, y las ostilidades continuas de los habitantes, que los involucraron en una sucesion de calamidades; cuya simple relacion de lo que hicieramos, haria temblar de horror a cualquiera que aun se jactara de ser insensible a los desastres de una humanidad inculpable y codiciosa; por que aun estos caudillos en las posiciones en que se hallaban colocados, habian recibido de la Ysla Española dos socorros considerables, la mayor parte de estos habian perecido antes de un año en la mas espantosa miseria; y el resto numero que quedo sobreviviente, llevo al fin a formar una pequeña y debil colonia en Santa Maria la antigua, sobre el golfo de Darien, bajo el comando de Vasco Núñez de Balboa.

Por estas razones este bizarro Español, desarrolló en las ocasiones mas criticas, un caracter de intrepidez, de prudencia, de juicio y de valor a toda costa, que mereció desde luego, por ello, la confianza, respeto y admiracion de sus compatriotas que le obedecian, que llegaron a nombrarle voluntariamente que fuera su Jefe aun en las empresas mas dificiles, como en las mas brillantes y felices. En el numero indicado existia entonces Francisco Pizarro, como destinado a manifestarse en lo futuro y en circunstancias mas importantes como de sus dignos compañeros, y como que habia sido el mas afegado a Joda, aprendiendo en su escuela de atrevida, la justicia de sus suprimientos, y el cultivo de sus talentos, que debia desplegar en el porvenir para ejecutar las acciones extraordinarias que finalmente hizo un poco tiempo despues.

No bien D. Juan Ponce de Leon, habia adquirido la gloria y fortuna en la reduccion de Puerto Rico, cuando un tiempo mas despues descubrió que fue la Florida, hizo tambien un descubrimiento mucho mas importante en 1512 en otra parte de la América. Mas el caso que habiendo sido nombrado Vasco Núñez de Balboa

Figura 9. Manuscrito III. Folio 5 (sin página).

Figura 10. Manuscrito III. Folio 57 (página 32).

Historia antigua del Perú de los Incas y Pirués.

sus altas clases, sentar en su tienda, se presentaban delante del soberano con
tumbos, y usando de palabras de paz procuraban suavizarle. Huascar apenas
durante le cabere, y mirando à sus valederos con ojos de indignacion les
dixo: Traedme mis cadenas, ó empujád vuestras manos con mi
sangre. Vosotros incultas recibid el daga, mi desgracia, presdando el res-
pito al ultraje. Si soy rey, volvedme la libertad y entonce os presentarian
lo en mi presencia, mas si no soy mas que un esclavo ¿por que no me
arrullais à vuestras fieras? No bien habia acabado de pronunciar es-
tas palabras, quando sus ojos fueron heridos con azotes y lamentos de
vuestro solo el degrañado, dijo Palla Puntua, pues que Atahualpa
acaba de pender en la batalla à su hijo de edad: contempla si el,
en nosotros podemos estar gozosos en perdida semejante, meno en
haber desatado al yquite muy à pesar nuestro; y mucho mas meno con-
tenemos cautivo. Nosotros os reconocemos como à rey del Cerco, y aun tu
hermano mismo así os reconoce y os quiere; He exclamó entonce
Huascar, con una alegria inhumana, yo le vié morir, y ofala que el
cielo le vulea toda los males que me ha hecho. Entonce Fita Atan-
chi tomó la voz de los humanos presentes, y le dijo: Huascar: yo
soy Anca lo mismo que tu, y nuestros hermanos el rey de Quito, Qui-
llacacha y Simac Tupac que estamos aqui à tu vista, y los mas
que tienes en el Cerco, por que todos somos hijos del gran Huayna Ca-
pac. A voz os dejó este al concluir sus dias, de rey del Cerco, y à
Atahualpa de rey de Quito, y à nosotros de vuestras Subditos; los dos
desterrais vuestras pueblos, así por quitarse à Atahualpa lo que
legalmente le dejaron; y el, por sostenerse en lo que de tal modo, justa-
mente por: nosotros os amamos à los dos, y quieramos con nuestra
existencia que vuestras reynados fueran unidos y felices. Atahualpa
quiere que le desis en paz en su reyno: por que pues hermanos le
perseguis y le tratais como el enemigo mas implacable, si solo de vuest-
ra guerra dependa de que el, vos y nosotros, vivamos en paz, y en la prosperi-
dad de vuestras reynos, por que no lo hacis haciendole ^{reyno} gozar de esta ven-
tura? No osais humano, que tota es reconocida mi humillante abu-
sando de la prision de prisionero en que estais: nada de eso; vos no es-
tais entre nosotros en tal condicion, y sino fuera el motivo de concluir
la guerra; hoy mismo, esterais libre. Ahora vamos à marchar à encon-
trare à tu hermano el rey de Quito Huacacha à su querido, Huallpa de
paz tu soberano, que me muestra; y esta primera vida que ha perdida
en defensa de los derechos de su padre, la habia sacrificado con

restare al Com III

III

Figura 11. Manuscrito III. Folio 211 (página 171).

(A) ^{de compañía} ^{relacion 1528} ²³¹
está en el documento de Contrato, que hicieron en Panamá, los dichos
cabos aventureros Pizarro, Almagro y Luque para el descubrimiento
y ~~partición~~ ^{partición} del Imperio de los Incas, o la tierra del Sol.

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu
Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la Lau-
dable Virgen nuestra Señora, haremos esta compañía.

^{de compañía}
Sepan cuantos esta Carta, vieren como Yo Don Fernando
de Luque, Obispo Presbítero, Vicario de la Santa Iglesia de Panamá, a una
parte, y de la otra el Capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, Veri-
dicos que somos de esta Ciudad de Panamá de vuestro, que somos comerciantes
y comercios de hacer y de formar compañía, la cual sea firme y verdadera
para siempre jamás en esta manera:

Que por cuanto nos los dichos dichos Capitan Francisco Pizarro
y Diego de Almagro tenemos licencia del Señor gobernador Pedro Arias
Dávila para descubrir y conquistar las ~~provincias y tierras~~ ^{tierras y provincias} de los Reynos
llamados del Perú, que está, por noticia que hay, parados el golfo y travesía
del mar de la otra parte; y por que para hacer la dicha conquista y forma-
ción de ~~ciudades y pueblos~~ ^{ciudades y pueblos} y edificios y otras cosas que son necesarias
no lo podemos hacer por no tener dinero y posibilidad de tanto cuando
es menester; y Yo el dicho Don Fernando de Luque por lo dar, por que
esta Compañía la hagamos por iguales partes, somos contentos y con-
venidos de que todos tres firmen nablemente, sin que haya de haber
ventaja mas el uno que el otro, ni el otro que el otro de todo lo que se
descubriere, ganare y conquistare, y pudiese en los dichos Reynos y pro-
vincias del Perú. Y por cuanto vale el dicho Don Fernando de Luque su dote
y poner de pronto por vuestra parte en esta dicha Compañía para gastos
de la armada y gente que se hace para la dicha jornada y conquista
del dicho Reyno del Perú, veinte mil pesos en barras de oro y por cuarenta
onzas y dieciséis maravedíes el peso, los cuales nos recibimos luego en
las dichas barras de oro que pararon de vuestro poder al nuestro en pre-
sencia del Escribano de esta Carta, que lo valió y otorgó; y yo Don Fernando
del Carillo doy fe, que los vide poner los dichos veinte mil pesos en las
dichas barras de oro y lo recibí en mi presencia; los dichos Capitan
Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y se dió por contentos y pa-
gados de ella. Y por los dichos Capitan Francisco Pizarro y Diego de
Almagro ponemos de nuestra parte en esta dicha Compañía la me-
ta que tenemos del dicho Señor gobernador, y que la dicha conquista
y Reyno que descubriéremos de la tierra del dicho Perú, que en nom-
bre de su Magestad no ha habido, y las demás mercedes que nos hubiere
y acrecentare de su parte, y los de su Consejo de las Indias de aquí adelante,
para que se todo goze y haya su buena parte, sin que en

Figura 12. Manuscrito III. Folio 281 (página 236).

Historia del Perú que contiene
la destrucción del Inca Atahualpa
en Cajamarca y consumación de la Conqui-
ta de su Imperio por el Español D. Francisco
Pizarro: escrita por el Benemerito Ferrentes
Coronel de infanteria de Ejército D. Juan Basilio
Cortegana.

Tom. Cuarto.

Figura 13. Manuscrito IV. Folio 3 (sin página).

del ves a darle batalla, a su Espueto; presto que venia con el en numero de
mas de treinta mil hombres. Aqui se suspende la pluma, por to-
mar un poco de descanso, para luego en el siguiente Capitulo continuar
la descripcion de lo mas interesante del temida historico de los sucesos, a
la busacion y vista del constante lector en una parte de la prision del Rey
Atahualpa.

Capitulo 45

Atahualpa vió ante de la trahicion que le fraguaban para su ruina
los nigritos, y populos Españoles, luego que se fueron los Indios de este, se
halló de buena fe, que parecia que los Españoles batidos de su Espueto le anun-
ciaban como penitentes de sus pecados, que esa sola medicina era la ultima de
su remedio. Se volvió de sus hermanos y parientes, y anunciándoles sus malan-
cias y funestos presentimientos, pidieron juntos la vengencia de su destrucion. Los
embargó. Nono lo distrajo el dolo de Inca, ten confianza en sus operaciones.
Para todo poder para Pezara, Si este Español procura hasta ahora con la
mejor buena fe, ¿para que entonces Inca, llamar al dolor que es
opuesto en tu noble corazon? Permíteme distribuir tu Espueto desde
esta hora en el orden que has de marchar suarano escollan
de tu persona a la hora que quieras, y te tengas por mas conveniente.

Obtenido el permiso del Inca, Nono le formó una guardia de
circumbaras las banderas de Oro, de diez mil hombres de un lado
experimentado y hábil, al frente de la Inca, al mando del general Qui-
quis, y los hermanos del mismo Atahualpa a laanguardia de esta
fuerte division truxo a los dos mil Mexicanos a las ordenes de
Don Gasque Capana, y su hijo

Figura 14. Manuscrito IV. Folio 44 (sin página).

Figura 15. Manuscrito IV. Folio 215 (página 65).

Tiene 12 estatuas, seis por banda de Mariscal en su pedestal, las que representan los 12 signos del Zodíaco, y en los bordes como y otros lados 120 palabras con caracteres de fierro barnicidas de blanco en los cristales de las ventanas, a saber, de un género elegante y armonioso, dando el suficiente espacio para el tráfico de los Carros y Caballos, y para los coches, con otros, también en el centro derecho y cerca de la entrada de los decanos se le ha construido una especie de Iglesia o glorietta para la música que concurre los días de fiestas a deleitar en el paseo. Era reformada a un costo de 19,047 pesos siete reales. Tiene igualmente la Alameda o Acha de la plaza al Norte, compuesta de 120 columnas y torres y en su obelo principal o promediado se encuentra el cuadro de monumento y estatua de Simón Bolívar, y en sus grupos, con otras de empujados de la América y más adelante la Cruz del Cristianismo, obra bastante bella del escultor Salvador Novelli, y la que ha sido de bronce. La Directiva se encuentra en el pedestal de bronce sobre su pedestal de Mármol en cuales se figuran los tallados y grabados de las batallas de Junin y Ayacucho que independizaron al Perú y a toda la América del Sur, y la vejez de fierro que le precede y obra en las inferiores del tipo y a los decanos solo en ciertos y malpudientes se expresan la declaración de la Constitución, artículos 1.º y 2.º y 3.º y 4.º y 5.º y 6.º y 7.º y 8.º y 9.º y 10.º y 11.º y 12.º y 13.º y 14.º y 15.º y 16.º y 17.º y 18.º y 19.º y 20.º y 21.º y 22.º y 23.º y 24.º y 25.º y 26.º y 27.º y 28.º y 29.º y 30.º y 31.º y 32.º y 33.º y 34.º y 35.º y 36.º y 37.º y 38.º y 39.º y 40.º y 41.º y 42.º y 43.º y 44.º y 45.º y 46.º y 47.º y 48.º y 49.º y 50.º y 51.º y 52.º y 53.º y 54.º y 55.º y 56.º y 57.º y 58.º y 59.º y 60.º y 61.º y 62.º y 63.º y 64.º y 65.º y 66.º y 67.º y 68.º y 69.º y 70.º y 71.º y 72.º y 73.º y 74.º y 75.º y 76.º y 77.º y 78.º y 79.º y 80.º y 81.º y 82.º y 83.º y 84.º y 85.º y 86.º y 87.º y 88.º y 89.º y 90.º y 91.º y 92.º y 93.º y 94.º y 95.º y 96.º y 97.º y 98.º y 99.º y 100.º y 101.º y 102.º y 103.º y 104.º y 105.º y 106.º y 107.º y 108.º y 109.º y 110.º y 111.º y 112.º y 113.º y 114.º y 115.º y 116.º y 117.º y 118.º y 119.º y 120.º

El pedestal ~~de~~ construido por el conquistador español Francisco Pizarro en el mismo año de la fundación de Lima, fue destruido completamente por el terremoto de 1684, fue reconstruido en 1690 por el Virrey Conde de la Mondaca: se quemó parte un Almirante en 1761. En San Martín, los que fueron edificados

Figura 16. Manuscrito IV. Folio 225 (sin página).



Fundación
BBVA



ISBN 978-612-4045-86-8

